EDICIÓN EXTENDIDA



JASON FRY

Planeta

Escrita con la contribución del director, Rian Johnson, esta emocionante adaptación de *Star Wars: Los últimos jedi* expande lo visto en la película al incluir escenas alternativas y material adicional. Desde las cenizas del Imperio ha surgido una nueva amenaza para la libertad de la galaxia: la despiadada Primera Orden. Afortunadamente, han surgido nuevos héroes dispuestos a levantarse en armas —y arriesgar sus vidas— por la causa. Rey, una chica huérfana y poseedora de la fuerza; Finn, el exstormtrooper que se opone a sus maestros; y Poe Dameron, el intrépido piloto, han unido fuerzas para luchar lado a lado con la General Leia Organa y la Resistencia. Pero el Líder Supremo de la Primera Orden y su sanguinario ejecutador Kylo Ren son adversarios con un número superior de tropas y un armamento de fuego devastador. Contra este enemigo, los campeones de la luz podrían estar enfrentándose a su extinción. Su única eséranza es una leyenda perdida: el Maestro jedi Luke Skywalker. Donde termina la acción de *Star Wars: El despertar de la Fuerza* empieza *Star Wars: Los últimos jedi*, mientras la batalla entre Luz y Oscuridad escala hacia nuevas y extraordinarias alturas.



Edición extendida

Jason Fry

Basado en la historia de Rian Johnson



NUEVO CANON

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

Título original: *Star Wars: The Last Jedi: Expanded Edition*
Autor: Jason Fry
Traducción: Eloy Pineda Rojas
Publicación del original: marzo 2018

34 años después de la batalla de Yavin

Aporte: Darth Neurus
Revisión: Klorel
Maquetación: Bodo-Baas
Versión 1.1
24.06.18
Base LSW v2.22

DECLARACIÓN





Hace mucho tiempo en una galaxia muy, muy lejana....

La PRIMERA ORDEN impera. Luego de diezmar a la pacífica República, el Líder Supremo Snoke ahora envía a sus despiadadas legiones a asumir el control militar de la galaxia.

Sólo la General Leia Organa y su grupo de combatientes de la RESISTENCIA se oponen a la creciente tiranía, convencidos de que el Maestro Jedi Luke Skywalker regresará y restaurará la chispa de esperanza en la lucha.

Pero la Resistencia ha sido expuesta. Mientras la Primera Orden se dirige hacia la base rebelde, los valientes héroes organizan un desesperado escape…

PRÓLOGO

Luke Skywalker permanecía de pie en las arenas cada vez más frías de Tatooine; su esposa se encontraba a su lado.

La tira de cielo en el horizonte todavía estaba pintada con el último anaranjado de la puesta de sol, pero ya habían salido las primeras estrellas. Luke las observó, buscando algo que sabía que ya se había ido.

—¿Qué crees que viste? —preguntó Camie.

Él podía escuchar el cariño en su voz, pero si escuchaba con más atención, también podía percibir el cansancio.

—Un destructor estelar —dijo él—. Por lo menos, eso pensé.

—Entonces te creo —respondió y puso una mano en el hombro de su esposo—. Siempre pudiste reconocer uno, aun en pleno mediodía.

Luke sonrió, rememorando aquel lejano día en la Estación Tosche, cuando había irrumpido para contar a sus amigos sobre las dos naves que se encontraban en órbita justo encima de sus cabezas. Camie no le había creído; ella había mirado a través de sus viejos macrobinoculares, antes de pasárselos desdeñosamente y buscar refugio de los implacables soles gemelos. Fixer tampoco le había creído. Ni Biggs. Y, sin embargo, había tenido razón.

Su sonrisa se desvaneció al pensar en Biggs Darklighter, quien se había ido de Tatooine y había muerto en algún lugar inimaginablemente lejano. Biggs había sido su primer amigo. Su único amigo, supuso él.

Su mente se apartó de la idea, tan rápido como si su mano desnuda hubiera tropezado con la cubierta de un vaporizador a mediodía.

—Me pregunto qué querría el Imperio por aquí —dijo, explorando de nuevo el cielo. El reabastecimiento de la guarnición en Mos Eisley difícilmente necesitaba una nave de guerra del tamaño de un destructor estelar. Más aún, en esos días, con la galaxia en paz, difícilmente se necesitaba una nave de guerra, punto.

—Lo que sea, no tiene nada que ver con nosotros —dijo Camie—. ¿No es así?

—Por supuesto —dijo Luke, mientras sus ojos exploraban reflexivamente las luces que marcaban el perímetro de la granja. Esa precaución no era necesaria: no se había visto a un morador tusken de este lado de Anchorhead en dos décadas, pero los viejos hábitos nunca morían.

«Los tusken se han ido; nada queda de ellos sino huesos y arena».

Por alguna razón eso lo hizo sentir triste.

—Hemos cubierto nuestra cuota imperial por cinco años seguidos. Y hemos pagado nuestros impuestos por el agua a Jabba. No le debemos nada a nadie. No hemos hecho nada.

—No hemos hecho nada —estuvo de acuerdo Luke, aunque sabía que no había garantía de seguridad. Muchas cosas les pasaban a personas que no habían hecho nada, cosas que nunca se volvían a comentar o, por lo menos, no lo hacía alguien con sentido común.

Su mente regresó a los días distantes en que seguía diciéndose que no pensara en eso. Los droides y el mensaje: un fragmento en que una joven de la realeza le suplicaba a Obi-Wan Kenobi que la ayudara.

«Deja que el pasado se vaya». Eso es lo que siempre le decía Camie. Pero al mirar en la oscuridad, Luke descubrió una vez más que no podía seguir su consejo.

El droide astromecánico había huido en la noche mientras Luke cenaba con su tío y su tía. Temiendo la furia del tío Owen, Luke se arriesgó a alejarse de la granja, a pesar de las amenazas de los tusken.

Pero ni un morador de la arena había estado al acecho esa noche. Luke encontró al droide astromecánico fugado y lo llevó de regreso a la granja, empujó el speeder los últimos veinte metros para no despertar a Owen y a Beru.

Luke sonrió con tristeza, pensando, como a menudo lo hacía, en todo lo que pudo haber salido mal. Fácilmente pudo morir y convertirse en uno más de los temerarios agricultores de humedad reclamados por la noche de Tatooine y lo que acechaba en ella. Había tenido suerte… y la tuvo una vez más al día siguiente.

Los stormtroopers habían llegado justo después de que Luke regresó de trabajar en los obstinados condensadores de la cordillera sur (la fuente de irritación de Owen y Beru en ese entonces, ahora suya y de Camie). El sargento estaba haciendo demandas aun antes de que él bajara de su dewback.

«Una banda de carroñeros te vendió dos droides. Tráelos. Ahora».

Luke casi tuvo que arrastrar a los droides fuera del garaje. El droide astromecánico silbó salvajemente, mientras el droide de protocolo siguió farfullando que se rendía. Permanecieron bajo el calor implacable durante más de una hora mientras los imperiales hurgaban en los bancos de memoria de los droides; por su parte, los stormtroopers cortésmente rechazaron el pedido de Owen de que por lo menos dejaran que Beru se sentara a la sombra.

Fue entonces cuando apareció el viejo Ben Kenobi, arrastrando los pies en el desierto con su polvosa túnica café. Había hablado a los stormtroopers con una sonrisa, como si fueran viejos amigos que se habían encontrado en una reunión de intercambio en Anchorhead. Les dijo, con una ligera ondulación de una mano, que la identificación de Luke era incorrecta: el apellido del chico no era Skywalker, sino Lars.

—Es correcto —había dicho Owen, mientras sus ojos saltaban en dirección de Beru—. Luke Lars.

Ben permaneció un rato, diciendo a los stormtroopers que no había necesidad de llevarse a Owen para interrogarlo. Pero rechazaron esa solicitud y forzaron al tío de Luke a meterse en el vientre de un transporte de tropas junto con los droides, mientras el

astromecánico dejaba escapar un último desesperado chirrido antes de que la escotilla se cerrara de golpe.

Liberaron a Owen tres días después; él siguió pálido y en silencio durante el largo camino de regreso de Mos Eisley. Eso pasó semanas antes de que Luke reuniera el valor de preguntar si el Imperio los compensaría. Owen le lanzó una sonrisa burlona para que lo olvidara y luego metió sus manos debajo de sus codos, pero no antes de que Luke viera que estaban temblando.

Un meteorito se quemó por encima de sus cabezas, sacando a Luke de su ensueño.

—¿Qué piensas de eso ahora? —preguntó Camie, y su voz era cautelosa.

—Que de alguna manera me estoy haciendo viejo —dijo él, tirando de su barba—. Viejo y canoso.

—No eres el único —dijo y llevó una mano a su propio cabello. Él le ofreció una sonrisa, pero ella se había quedado con la vista fija en la noche.

Nadie había vuelto a ver al viejo Ben. Hubo rumores, susurros acerca de una nave armada que voló a baja altura sobre los eriales de Jundland y de fuego en la noche. En Anchorhead descartaron eso y lo tomaron como charla de cantina, pero Luke lo dudaba. Las tropas en la granja habían sido reales. Igual que las que habían llegado a la granja Darklighter y se habían llevado a la familia de Biggs. Los Darklighter nunca habían regresado; la granja fue saqueada por jawas y moradores de las arenas, y luego la habían dejado para que el polvo del desierto la enterrara.

Las semanas se habían vuelto meses, los meses años y los años décadas. Luke resultó especialmente dotado para la maquinaria, con una buena percepción para las enloquecedoras complejidades de las condiciones de crecimiento en Tatooine y con talento para obtener buenos resultados al regatear con los jawas o elegir sitios para los evaporadores. En Anchorhead, al niño que alguna vez se le apodó Wormie se le llamaba con más frecuencia Afortunado Luke.

Camie también había visto eso, al igual que se había dado cuenta de que Fixer hablaba mucho mientras hacía poco. Se había casado con Luke, y ambos se asociaron con Owen y Beru antes de heredar la granja. Nunca habían tenido hijos (un dolor que de alguna manera se había vuelto sólo una aflicción que ya no admitían sentir), pero habían trabajado duro y les había ido bien. Habían llegado a tener la vida más confortable que se podía gozar en Tatooine.

Sin embargo, Luke nunca había dejado de soñar con la chica que pedía la ayuda de Obi-Wan. Tan sólo la semana pasada se había despertado sobresaltado, seguro de que el astromecánico lo estaba esperando en el garaje, con deseos, por fin, de reproducir el mensaje completo para él. Era importante que Luke lo escuchara: había algo que él necesitaba hacer. Algo que *estaba destinado* a hacer.

Después de que los stormtroopers se llevaron a los droides, Luke supuso que nunca conocería la identidad de la misteriosa joven; se había equivocado. Había sido expuesta una y otra vez en la HoloNet durante semanas, hasta un informe final de que, antes de su

ejecución, la Princesa Leia Organa se había disculpado por su pasado de traiciones y hecho un llamado por la unidad galáctica.

Lo curioso había sido que el Imperio nunca compartió una grabación de tales declaraciones, así que Luke se quedó sólo con el recuerdo de su breve atisbo de la princesa y con la pregunta de cuál misión desesperada había hecho que buscara a un viejo ermitaño en Tatooine.

En todo caso, había fallado. Alderaan era ahora un campo de escombros, junto con Mon Cala y Chandrila: todos destruidos por la estación de batalla que había quemado las infecciones del separatismo y la rebelión, hasta dejar a la galaxia en paz. O por lo menos libre de conflictos, que era lo mismo, o algo aproximado a eso.

Se dio cuenta de que Camie estaba pronunciando su nombre, y no por primera vez.

—Odio cuando tienes esa expresión —dijo ella.

—¿Cuál expresión?

—Sabes a qué me refiero. Como si pensaras que algo está mal. Como si te hubieran engañado y todo esto fuera un enorme error. Como si debieras haber seguido a Tank y Biggs e ido a la Academia, como querías. Como si debieras estar muy lejos de aquí.

—Camie…

—Muy lejos de mí —dijo con una vocecita, apartándose con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Sabes que no me siento así —dijo mientras colocaba las manos en los hombros de su esposa y tratando de ignorar que ella se había puesto rígida ante su contacto—. Hemos tenido una buena vida, y aquí es donde debo estar. Ahora vamos…, entremos. Está empezando a hacer frío.

Camie no dijo una palabra, pero dejó que Luke la condujera de regreso al domo que marcaba la entrada de la granja. De pie en el umbral, Luke se detuvo un momento para lanzar un último vistazo a la noche. El destructor estelar (si en realidad eso había sido) no regresó. Después de un momento, él le dio la espalda al cielo vacío.

Luke se despertó sobresaltado, sentándose instintivamente. Su mano mecánica protestó con un zumbido, haciendo eco de los chirridos rítmicos de los insectos que vivían entre las hierbas resistentes de Ahch-To.

Trató de sacudirse el sueño mientras se vestía, poniéndose su ropa de lana y su chaqueta impermeable. Abrió la puerta de metal de su cabaña, luego la cerró sin hacer ruido detrás de él. Era casi el amanecer y el día naciente brillaba como una perla en el horizonte, por encima del vacío negro del mar.

Los océanos de Ahch-To aún lo asombraban: un infinito de agua que podía transformarse de negro y plácido a un caos revuelto. Toda esa agua seguía pareciendo imposible; por lo menos suponía que en eso seguía siendo un niño en los desiertos de Tatooine.

Él sabía que, más allá de las pendientes, los cuidadores pronto subirían para empezar otro día, como lo habían hecho durante eones. Tenían trabajo que hacer, igual que él: ellos por un acuerdo ancestral y él por elección propia.

Había pasado su juventud resentido por sus tareas en Tatooine; ahora daban estructura a sus días en Ahch-To. Había leche para ordeñar, peces para atrapar y un escalón de piedra suelto para colocarlo en su lugar. Pero todavía no.

Luke subió lentamente por los escalones hasta que llegó al prado que ofrecía vista al mar. Se estremeció: el verano casi se había ido y el sueño aún lo tenía atrapado en su puño.

«Ese no fue un sueño común y lo sabes».

Luke levantó la capucha de su chaqueta con su mano mecánica, acariciándose la barba con la de carne y hueso. Quería discutir consigo mismo, pero sabía que no debía hacerlo. La Fuerza estaba en acción aquí: se había disfrazado en un sueño, para colarse entre las defensas que él había interpuesto contra ella. Pero ¿el sueño había sido una promesa? ¿Una advertencia? ¿O ambas cosas?

«Las cosas están por cambiar. Algo está por llegar».



PARTE I

CAPÍTULO 1

Leia Organa, alguna vez princesa de Alderaan y ahora general de la Resistencia, se detuvo en un claro de la jungla de D'Qar, con una multitud de oficiales y personal de vuelo a cada lado.

Todos tenían la cabeza agachada y las manos apretadas. Aun así, Leia podía ver que se lanzaban miradas disimuladas, entre sí y a ella. También podía ver cómo cambiaban intranquilamente el pie en que se apoyaban.

La guerra se acercaba y ellos lo sabían. Les preocupaba que, llevada por su dolor, ella lo hubiera olvidado. La idea la ofendió. Leia sabía demasiado de la guerra y del dolor: había vivido con ambos durante más tiempo del que algunos de esos inquietos oficiales habían vivido. En realidad, durante sus cinco décadas de vida, la guerra y el dolor habían sido sus únicos compañeros fieles. Sin embargo, nunca había dejado que alguno de los dos le impidiera hacer lo que se tenía que hacer.

La furia se sentía caliente y punzante, pero llegó como un alivio después de las horas de tristeza ingobernable que la habían llevado a sentirse vacía, como si la hubieran dejado hueca por dentro.

Ella no quería estar parada aquí, en la jungla hirviente; no había querido llevar a cabo esta ceremonia en absoluto. Había mirado con expresión funesta al Almirante Ackbar cuando el veterano oficial mon calamari la había llevado a un lado en la sala de guerra de D'Qar para entregar su mensaje.

«Han está muerto, a manos de nuestro hijo, ¿y tú quieres que dé un sermón?».

No obstante, Ackbar había enfrentado cosas peores que una Leia Organa furiosa. Su viejo amigo se había mantenido firme, disculpándose pero insistiendo, y ella había comprendido lo que él pensaba. La Resistencia tenía tan pocos recursos si se hablaba de soldados, naves o créditos. Tan sólo había ganado una enorme victoria en la Base Starkiller al destruir la superarma de la Primera Orden. Pero la euforia había durado poco. La Nueva República estaba casi destruida y la Primera Orden tenía ahora la libertad de desencadenar su furia sobre la Resistencia.

Le gustara a Leia o no, la mayor fortaleza de la Resistencia (su único activo indispensable) era ella. Su liderazgo, su legado de sacrificio, su *leyenda* eran lo que mantenía unido a este frágil movimiento. Sin ellos, la Resistencia se habría desintegrado ante las armas de la Primera Orden.

Su gente (y ellos *eran* su gente) estaba enfrentando la mayor prueba de su historia. Para permanecer firmes, necesitaban verla y escucharlo de ella. Y necesitaban que ella se viera y se escuchara fuerte y decidida. No podían sospechar que ella se sentía quebrada y sola. Porque de ser así, también se quebrarían. Si eso le parecía cruel, bueno, la galaxia solía serlo. Leia no necesitaba que alguien se lo explicara.

Así que ella regresó al campo de aterrizaje donde le había dicho adiós al *Halcón Milenario* (¿qué era el carguero maltratado, en forma de platillo, sino otro recordatorio punzante de lo que había perdido?). Lenta y sombríamente, ella había leído los nombres de los pilotos que nunca regresaron de la Base Starkiller. Luego, seguida por su séquito, había caminado lentamente a la orilla de la jungla para la segunda parte de la ceremonia en que Ackbar había insistido.

Un miembro de ese séquito, un delgado droide de protocolo con un acabado dorado y brillante, estaba más agitado que los demás, o tal vez sólo no lo estaba ocultando tan bien. Leia dio un paso adelante y saludó con la cabeza a C-3PO, quien señaló a su vez a un viejo droide cámara.

El droide flotante acompañó a Leia mientras avanzaba y miraba los objetos que ella había colocado entre las raíces de uno de los árboles trepadores de D'Qar. Los sensores del droide siguieron la mirada de ella y sus lentes se enfocaron en una estatuilla de madera sin pulir, tallada por una mano inexperta.

Han había tallado la estatuilla mientras ella estaba recargada contra su hombro en una cabaña de los ewoks, la noche anterior a la Batalla de Endor. Él tenía la intención de dársela, vistiendo ropas primitivas y sosteniendo una lanza. Pero no le había dicho eso cuando ella preguntó inocentemente si era para sus anfitriones los ewoks. Han había hecho a un lado la escultura, avergonzado, pero ella la había recuperado en silencio y la tenía en su bolsillo cuando la segunda Estrella de la Muerte explotó en el cielo, sobre sus cabezas.

Sirvió como un recuerdo muy triste. Han siempre había viajado como si estuviera decidido a evitar a toda costa dejar una huella permanente. La primera vez que ella se deslizó dentro de su cabina de mando en el *Halcón* durante el viaje a Yavin 4, esperaba que un vistazo alrededor le hiciera comprender cómo alguien podría ser a la vez tan encantador y exasperante, y encontró un caos: equipo espacial gastado, manuales de vuelo apilados y pedazos de equipo sobrantes de las innumerables fallas de funcionamiento del *Halcón*. El único toque personal que ella había encontrado a bordo en toda la nave fue el par de dados dorados que colgaban de la cabina.

Leia se dio vuelta para dar el rostro a los miembros de la Resistencia, esperando automáticamente el zumbido del droide cámara mientras se reubicaba enfrente de ella. Ella miró a su lente, con ojos resueltos.

—Han hubiera odiado esta ceremonia —dijo, sabiendo que su voz era clara y firme, como lo había sido durante incontables sesiones en el Senado—. No tenía paciencia para discursos o ceremonias, lo cual era de esperarse de un hombre alérgico a la política y que percibía las causas con suspicacia.

Ella vio que una sonrisa se arrastraba por el rostro del General Ematt. Eso fue algo. Ematt había combatido junto a Han durante los días de la Rebelión, al igual que el Almirante Ackbar y Nien Nunb. Otros, como la Comandante D'Acy y la Teniente Connix, sólo sabían de Han a través de su conexión con ella, que se había cortado años antes. Estaban allí por ella, y esperaban con cara de piedra.

—Una vez le dije a Han que era cansado ver que sólo hacía lo correcto después de que había agotado todas las opciones —dijo—. Pero tarde o temprano, terminaba haciéndolo. Porque Han odiaba a los abusivos, la injusticia y la crueldad, y cuando se enfrentaba con ellos, nunca podía hacerse a un lado. No lo hizo de joven en Corellia, ni sobre Yavin, ni en Endor y tampoco lo hizo en la Base Starkiller.

A la distancia, Leia escuchó el quejido de los speeders que movían equipo pesado: había aceptado dar el discurso sólo si Ackbar se comprometía a no detener los preparativos de la evacuación. Ambos sabían que no hubo tiempo para ocultar el punto de origen de su ataque a la Base Starkiller, lo que significaba que la Primera Orden estaba por llegar.

—Han se consideraba un sinvergüenza —dijo, sonriendo ante la última palabra—. No lo era. Él amaba la libertad; para sí, por cierto, pero también para todos los demás en la galaxia. Siempre estuvo dispuesto a luchar por esa libertad. No quería conocer las probabilidades en esa lucha, porque ya se había convencido de que él prevalecería. Y una y otra vez, de alguna manera, lo logró.

C-3PO volteó su cara dorada hacia ella y por un momento Leia temió que el droide interrumpiera con alguna anécdota de cómo el Capitán Solo era particularmente temerario (a pesar de estar programado para la etiqueta y el protocolo, C-3PO tenía un sentido singularmente atroz de la diplomacia). Así que ella se apuró a continuar, antes de que el droide pudiera activar su vocabulador.

—Han no quiso conocer las probabilidades cuando él y Chewbacca volaron de regreso a la Estrella de la Muerte y llegaron a tiempo de salvar a mi hermano Luke, la última esperanza para nuestra Alianza. No preguntó por ellas cuando aceptó un rango de general para el asalto terrestre en Endor. No quiso calcularlas cuando luchó por la libertad en Kashyyyk. Y rechazó pensar en ellas cuando vio una manera de atravesar volando los escudos de la Primera Orden e infiltrarse en la Base Starkiller.

«Tampoco cuando aceptó acercarse a nuestro hijo», hubiera podido añadir. «Acercarse a él para tratar de sacarlo de la oscuridad».

No dijo eso. Leia había dado todo lo que tenía por Alderaan, y luego por la Alianza, la Nueva República y ahora por la Resistencia. Sin embargo, ahora estaba aquí, sola.

Leia vio los ojos de Ematt fijos en ella y se dio cuenta de que estaba parpadeando con fuerza mientras su labio inferior temblaba. Se esforzó por respirar pausadamente hasta que supo, por sus años de práctica, que una vez más había recuperado la calma y la compostura.

«Ya casi terminamos».

Un transporte se elevó al cielo por encima de la base de la Resistencia, con su escape de iones agitando las copas de los árboles y enviando un vuelo de golondrinas de sonar al cielo, que gorjearon como protesta. Los rostros de alrededor miraron cómo la nave espacial se encogía a la distancia antes de volver hacia ella; entonces sintió que la ira regresaba. Todos sabían que les quedaba muy poco tiempo y eran conscientes de todo lo que faltaba por hacer. Sin embargo, ella sabía que ninguno de ellos se atrevería a

detenerla si hablaba todo el día, deshecha por el dolor y la pérdida, hasta que finalmente un bombardeo de la Primera Orden la silenciara para siempre.

Leia se había horrorizado de escuchar que llamaban a la Resistencia un culto a la personalidad: esas palabras elegidas por sus críticos de la Nueva República cuando buscaron desecharla como una belicista y una reliquia. Se habían equivocado casi en todo, pero la crítica tenía una pizca de verdad: la Resistencia sí era un culto a la personalidad. Leia y los líderes que la acompañaban habían luchado por encontrar el tiempo o los recursos para lograr que la Resistencia fuera algo más.

«Bueno, no es el momento de arreglar eso justo ahora. De cualquier modo, todos mis críticos están muertos».

—Muchos de ustedes me han ofrecido su cariño y les doy las gracias por su amabilidad —dijo Leia—. Sin embargo, ahora les pido que se concentren una vez más en la causa a la que servimos.

Mucha gente asintió. Bien. Había llegado la hora de terminar con esto y liberarlos. Cuanto antes lo hiciera, más pronto podría escapar a su interminable desfile de preguntas y exigencias, aunque sólo fuera por un momento, y quedarse sola con su dolor privado.

—Nuestras probabilidades son mínimas. La Nueva República carece de liderazgo, y la Primera Orden está en marcha. No puedo decirles cuáles son esas probabilidades, y no quiero saberlas. Porque nada puede cambiar mi decisión de lo que tenemos que hacer ahora.

Se quedó callada por un momento, dejando que sus palabras quedaran suspendidas allí para que la audiencia pensara en ellas.

—Debemos regresar a la batalla —dijo—. Lo hacemos porque, como Han, creemos en la justicia y la libertad. Y porque no aceptaremos una galaxia regida por la crueldad. Lucharemos por esas ideas. Lucharemos por cada uno de nosotros y por los sagrados lazos que hemos forjado sirviendo lado a lado. Y lucharemos por todos los seres de la galaxia que quieren luchar pero no pueden y necesitan alguien que los defienda. Ellos nos están llamando, atemorizados y llenos de dolor. Y es nuestro deber responder a ese llamado.

Leia movió la cabeza en dirección a los oficiales que la rodeaban, luego al droide cámara y a todos los que miraban.

—Todos tenemos nuestras penas —dijo—. Nunca las olvidaremos, como tampoco olvidaremos a quienes hemos perdido. En su momento los honraremos de manera más formal y apropiada. Ahora debemos guardar nuestras penas para después de la batalla. Porque justo ahora, tenemos trabajo que hacer.

CAPÍTULO 2

En un planeta helado del Borde Exterior de la galaxia, dos hermanas se amontonaban en un espacio diseñado para una. Los muelles de Refnu estaban abarrotados con personal de la Resistencia que empujaba carritos de magnocargas esféricas negras, que conducían a laboriosos droides de energía a los puertos de carga y que ejecutaban diagnósticos en los ocho bombarderos tipo Fortaleza Estelar que pronto dejarían sus atracaderos.

Apiladas dentro de la torreta esférica del bombardero *Martillo* del Escuadrón Cobalto, Paige y Rose Tico tenían una vista excelente de la actividad a su alrededor. Aquella bola transparente apagaba todo el sonido, por lo que los preparativos para la guerra de la Resistencia se convirtieron en una pantomima. Por lo menos durante esos preciosos minutos, las hermanas podían fingir que estaban solas.

—Odio pensar que vueles sin mí —dijo Rose, mirando a Paige—. ¿Y si se te olvida cómo funcionan las armas?

Paige se rio y le dio una palmada a la montura de la mirilla.

—Las acabas de revisar —indicó ella, luego bostezó y se estiró hasta donde los confines estrechos de la torreta lo permitieron—. Yo acciono estos gatillos y los chicos malos desaparecen.

Los cañones gemelos unidos a la torreta esférica estaban bloqueados y no se movieron ni un centímetro. En cambio, sí lo hizo un medallón dorado con forma de lágrima que estaba enredado alrededor de la mirilla. Rose escuchó el tintineo que el medallón hizo contra el eje y estiró la mano hacia la parte superior de su overol para tocar un medallón similar que ella llevaba en un cordón alrededor de su cuello. Representaban el emblema del sistema Otomok: el hogar de estas hermanas.

Paige echó una mirada alrededor y torció su hombro para sacar a su hermanita de su ensueño con un leve empujón.

—Además, tienes trabajo que hacer —dijo Paige—. Si tus deflectores logran que nuestras otras naves no sean detectadas, tendríamos una gran ventaja en contra de la Primera Orden.

Rose bajó la vista, apenada.

—Todo lo que los deflectores hacen es ocultar las emisiones de las máquinas. Cualquiera pudo hacer lo mismo. Tal vez hasta mejor que yo.

—No empieces de nuevo. Sabes que no es cierto.

—Bien, tal vez no lo sea. Pero quiero ir contigo.

—Estarás conmigo —dijo Paige con una sonrisa, estirando la mano y dando un golpecito en su medallón.

Rose levantó la vista, con la mano en su propio medallón.

—No es lo mismo.

—Tal vez no, pero no será por mucho tiempo. Te veré a bordo del *Raddus* una vez que haya terminado la evacuación de D'Qar.

—Bien —dijo Rose, apretando ahora su medallón con fuerza. Podía sentir que las lágrimas se anidaban en las comisuras de sus ojos y amenazaban con derramarse por sus mejillas.

—Rose —dijo Paige y estiró una mano para tomar las de ella—. Estaré bien.

—Lo sé, Pae-Pae —dijo en voz baja, usando el apodo cariñoso de su hermana, el que había permanecido de sus infancias—. Después de todo, tú eres la mejor tiradora en toda la Resistencia.

Paige sólo sonrió y Rose cerró los ojos, tratando de perderse en el calor y el peso familiar del cuerpo de su hermana contra el suyo. La respiración de ambas había adquirido el mismo ritmo, mientras sus hombros subían y bajaban juntos.

En su primera misión a bordo del bombardero *Martillo* del Escuadrón Cobalto, Rose había dejado su estación de ingeniero de vuelo una vez que el bombardero había entrado en el hiperespacio, bajando por la escalera desde la cubierta de vuelo y apretándose en la torreta esférica junto a Paige. Habían pasado horas mirando el infinito azul y blanco que se agitaba alrededor de ellas y hablando de todo lo que harían una vez que la galaxia estuviera en paz: los planetas que visitarían, los animales que criarían, la granja que construirían en algún mundo con un sol cálido y amable, suaves brisas y buenos pastos.

Si el resto de los tripulantes del *Martillo* del Cobalto pensaba que eso era extraño, pronto aceptaron que las Tico tenían un lazo que habría sido extraordinario aún entre gemelos. Desde el nacimiento de Rose, las hermanas rara vez habían estado separadas más de dos días; al menos no mientras crecían en Hays Minor, en el sistema Otomok, y tampoco mientras servían en la Resistencia después de huir de su planeta de origen y de las fuerzas de ocupación de la Primera Orden. Eso estaba por cambiar.

Refnu no tenía atracaderos lo bastante grandes para el *Ninka*. La fragata esperaba en órbita baja, como una estrella resplandeciente en el violeta oscuro del crepúsculo perpetuo del planeta sombrío. A Rose se le había programado para partir en el transporte siguiente. Los bombarderos serían lanzados poco después de eso, abastecidos de combustible, suministros y armas, y coordinarían los saltos al hiperespacio con el *Ninka*. Paige pasaría el viaje a D'Qar en la torreta esférica, suspendida en una pequeña burbuja rodeada de inimaginables fuerzas cósmicas. Rose se moría por hacer el viaje con ella, pero era demasiado tarde: ella había aceptado permanecer a bordo del *Ninka*, para mostrar a los técnicos cómo funcionaba la tecnología de sus deflectores, con la esperanza de que pudieran adaptarla a otra nave.

—¿Qué te llevó a decir que sí? —preguntó Paige, sintiendo la incomodidad de su hermana.

—Quería un nuevo traje de vuelo.

Eso arrancó una risita a su hermana, como Rose lo había esperado. Luego Paige volvió a ser la misma: ella se mantendría tranquila, aun con un motor fuera de línea, un timón que no respondía y el espacio a su alrededor lleno con fuego de turboláseres;

evaluaría con frialdad la situación e idearía lo que era necesario hacer. Cualquier lotería genética que había premiado a Paige con esa serenidad, había pasado de largo junto a Rose y la dejó con las manos vacías. La batalla la aterraba, y las horas de espera hacían que su estómago se apretara y le produjera náuseas.

«Por eso tú eres una heroína de la Resistencia y yo soy una técnica de mantenimiento», pensó decirle Rose a Paige, pero no serviría de nada y no era el momento. Así que, en cambio, habló de valor y responsabilidad, por lo menos hasta que se escuchó y admitió la verdadera razón por la que había aceptado su nueva tarea.

—Pensé que querías que lo hiciera —dijo Rose—. Pensé que estabas preparada para dejar que me hiciera responsable por *mí misma*.

—Yo quiero que seas tú misma —replicó Paige—. Por supuesto que eso significa también ser mi hermana.

Ella estiró la mano, con un movimiento preciso y eficiente, como siempre, y liberó su medallón de Otomok de la montura de la mirilla del cañón, deslizándolo sobre su cabeza.

—Nada puede cambiar eso —dijo Paige—. Estamos conectadas entre nosotras y con nuestro hogar. No es necesario que estemos en el mismo lugar para que eso sea cierto.

Las hermanas se abrazaron: era hora de partir y ambas lo sabían.

—Te veo después de la evacuación —dijo Rose, rogando a cualquier poder que rigiera el universo que convirtiera esa débil predicción en una garantía blindada.

—Te veo entonces, Rose —replicó Paige. Era lo que ella siempre decía antes de una misión, un adiós deliberadamente casual que Rose había llegado a creer que era su amuleto de la buena suerte.

Luego Rose se empujó para salir de la torreta esférica, poniendo cuidado para no pararse sobre su hermana ni golpear la montura de la mirilla y desalinearla. Emergió de la parte inferior del tallo ventral del bombardero, lo que los tripulantes llamaban el clip. Las puertas de la bahía de bombas a sus pies estaban abiertas, mientras que una escalera llevaba a la cubierta de vuelo arriba de ella y trepaba más allá de los racks de magnocargas. Había más de mil en total, suficientes para partir la corteza de un planeta o abatir los escudos de protección y abrir con una explosión la armadura de una nave capital. Muchas de las magnocargas estaban decoradas con caricaturas o palabras garabateadas deprisa: invocaciones corteses de la causa de la Resistencia estaban apiladas junto a obscenas sugerencias para los líderes de la Primera Orden.

Rose contó seis hileras desde arriba hasta el fondo, luego cinco magnocargas desde la orilla, hasta que encontró la esfera negra que ella y Paige habían marcado con un estilógrafo. El mensaje que habían elegido era simple: JUSTICIA PARA OTOMOK.

Rose escuchó el quejido de un transbordador al despegar. Eso significaba que el suyo estaría entrando. Descendió a través de las puertas de la bahía de bombas, se dejó caer a la cubierta y levantó la vista hacia su hermana en la torreta esférica. Paige estaba recorriendo su lista de verificación previa al vuelo; la pantalla de su datapad bañaba su rostro con una luz blanca y pálida. Mientras la estudiaba, levantó el brazo y metió un mechón suelto de cabello negro debajo de su capucha acolchada.

Ese gesto (familiar e inconsciente) aguijoneó a Rose de una manera que no lo había hecho su conversación. Pasó la vista desesperadamente alrededor de los muelles, buscando al bulto de piel plateada de Fossil, la gruesa comandante en jefe del escuadrón. Le diría a Fossil que este había sido un enorme error y que ella volaría a bordo del *Martillo* del Cobalto como ingeniero de vuelo de respaldo, o haría cualquier otra cosa que fuera necesaria, pero no iba a dejar a Paige.

¿Y si Fossil decía que no? Entonces Rose esperaría hasta que se descuidara, treparía de regreso al clip y se ocultaría en un casillero de mantenimiento hasta que estuvieran en el hiperespacio y fuera demasiado tarde para deshacerse de ella.

Entonces Paige se dio vuelta, vio a su hermana, sonrió y le hizo un ademán de despedida. Como si nada estuviera mal. Como si no hubiera peligro alguno. Mientras descendía el transbordador que la llevaría lejos de allí, Rose se esforzó para regresar el saludo.

«Te veo luego, Paige».

CAPÍTULO 3

Aunque estaba parada en el campo de aterrizaje, fuera de la base de la Resistencia, Kadel Ko Connix supo en qué momento las naves de guerra de la Primera Orden surgieron del hiperespacio sobre el planeta.

Todos los comunicadores empezaron a chillar y a quejarse: un coro de llamados urgentes que le parecieron extrañamente similares a los llamados nocturnos de las lagartijas arbóreas de brillantes colores de D'Qar.

Junto a ella, los ojos de PZ-4CO brillaron. El droide de protocolo, de color azul brillante, se removió sobre sus pies y miró a Connix, mientras los servomotores zumbaban en su cuello alargado.

—Tanto comunicadores como rastreadores informan de dos destructores estelares de clase *Resurgente* y una nave capital más grande —entonó PZ-4CO, con voz tan fría y placentera como siempre—. Clase desconocida, tamaño de Dreadnought. Longitud preliminar estimada de siete mil quinientos metros.

Connix se estremeció. La Resistencia sabía que la Primera Orden estaba construyendo naves de guerra y ejércitos en las Regiones Desconocidas, más allá de la frontera galáctica. La General Organa había enviado a los senadores de la Nueva República un flujo constante de grabaciones holográficas y datos de inteligencia que proporcionaban evidencia para llegar a esa conclusión, con la esperanza de contrarrestar la obstinación del gobierno de que los informes de una escalada militar de la Primera Orden eran, en el mejor de los casos, un producto de la imaginación de la general y, en el peor, sólo exageraciones. Pero ¿una nave capital de ese tamaño? Eso era peor que las más oscuras fantasías de los analistas de inteligencia de la Resistencia.

«Como lo era la Base Starkiller. ¿Qué más ha estado escondiendo Snoke por allí?».

—Estoy preocupado por las evidentes limitaciones de nuestra base de datos de amenazas —dijo PZ-4CO.

Connix tuvo que reírse.

—Estoy preocupada por un montón de cosas estos días, PZ. Como el hecho de que el lugar donde estamos parados va a convertirse en un cráter luego de una explosión cuando la Primera Orden llegue aquí. ¿Qué falta en nuestra lista de pendientes?

Los ojos de PZ-4CO brillaron de nuevo. Connix distinguió al Oficial de Vuelo Jones corriendo por el campo de aterrizaje hacia ellos.

—Falta por extraer casi treinta por ciento de las reservas profundas de combustible —dijo el droide mientras Jones recuperaba el aliento—. El procedimiento de purga de las computadoras críticas para la misión está incompleto. Y todavía se están transfiriendo existencias de mantenimiento de almacenes de pisos inferiores.

—Quedan treinta tarimas de proyectiles en el búnker C —dijo Jones.

«Estupendo. Agrega una cosa más a la lista».

—¿Tiempo para completarse? —preguntó Connix, mientras sus ojos saltaban de los transportes que aún estaban en el campo de aterrizaje al personal y los droides de la Resistencia que entraban y salían corriendo de los portales de la base subterránea.

—Aproximadamente noventa minutos —dijo PZ-4CO.

—No tenemos noventa minutos. Tal vez no tengamos nueve.

«Tranquilízate y piensa. El pánico no resuelve los problemas, sólo crea nuevos».

La General Organa le había enseñado eso y mucho más.

—Olviden los proyectiles y los suministros de mantenimiento restantes —dijo Connix—. Todo lo que aún esté abajo se queda.

—El Oficial de Intendencia Prindel se inquietará demasiado con esta decisión —dijo PZ-4CO.

—Bollie tendrá que preocuparse por Snoke. Da la orden, PZ.

La cabeza de PZ-4CO giró y Connix sabía que el droide estaba transmitiendo las nuevas instrucciones. Ella se mordió el labio, incapaz de resistir otra mirada al cielo, y pensó en las tareas restantes.

Las naves de la Resistencia que habían respondido a la súplica de ayuda de la General Organa se estaban quedando sin combustible; cada gota en la reserva podría volverse crítica, pero extraerlo era un proceso agonizantemente lento.

«No hay una respuesta fácil aquí».

Además, estaban las computadoras y la información en ellas que podría recuperarse después de una purga incompleta. La Primera Orden podría bombardear la base desde órbita, y así terminar el trabajo de la Resistencia por ella, aunque, también podría enviar droides segmentadores y recuperadores de datos para restaurar la información. Lo que encontraran podría poner en peligro a todos, desde los aliados de la Resistencia en otras partes de la galaxia hasta las familias de quienes se habían comprometido con la causa.

«Tampoco hay una respuesta fácil aquí».

¿Qué hubiera hecho la General Organa? Por fortuna, Connix lo sabía.

«Ella diría que la información perfecta es un lujo que pocas veces se puede tener. Todo lo que puedes hacer es tomar la mejor decisión con cualquier información imperfecta que tengas».

—Jones, di al equipo de purga que use las computadoras para práctica de tiro y que salga de allí —dijo Connix—. PZ, da prioridad a la transferencia de combustible. Pero quiero a la nave cisterna y a todos los transportes restantes en el aire en diez minutos.

—Dadas nuestras existencias de combustible, diez minutos tal vez no… —objetó PZ-4CO.

—Debemos poner a la flota en el hiperespacio —dijo Connix—. Una vez que demos el salto, la Primera Orden no podrá rastrearnos y tendrá que empezar a cazarnos a todos de nuevo. Eso nos dará tiempo para idear cómo resurtir nuestro desabasto de combustible.

—Esta decisión…

—Ha sido tomada —dijo con firmeza—. Da la orden, PZ.

Llamado así por un almirante rebelde muerto hacía mucho tiempo, el *Raddus* era la nave insignia de la Resistencia, un bulboso crucero estelar MC85 de los mon calamari, repleto de armas y proyectores de escudo aumentados. Con sus casi tres mil quinientos metros desde su pico puntiagudo hasta el grupo de motores en la popa, el *Raddus* hubiera sido una nave de guerra poderosa aun durante los años en que el Emperador Palpatine había convertido el Imperio en un complejo militar-industrial sin paralelo.

Sin embargo, el *Raddus* era pequeño y débil comparado con el Dreadnought de la Primera Orden que cruzaba lentamente el espacio hacia D'Qar, acompañado por dos destructores estelares. A bordo del puente de la nave de guerra de la Resistencia, el Almirante Ackbar se acariciaba sus bigotes de pez y miraba una mesa de hologramas que mostraba la situación sobre D'Qar. Junto a él se encontraban Leia, el piloto de caza estelar Poe Dameron y C-3PO.

Las otras tres naves de guerra de la Resistencia (*Anodyne*, *Ninka* y *Vigil*) salían de la órbita baja, una vez que hubieron tomado a la mayor parte de los transportes con personal evacuado de la superficie de D'Qar. Pero los recién llegados de la Primera Orden se estaban acercando deprisa.

—Nos encontraron —dijo un monitor de la Resistencia.

—Bueno, sabíamos que eso iba a pasar —dijo Poe y pasó su mirada de la mesa holográfica a una pantalla—. Connix, ¿la base ha quedado completamente evacuada?

—Todavía estamos cargando el último lote de transportes —respondió Connix—. Necesitamos más tiempo.

Poe miró a Leia, pero la general había anticipado lo que él iba a decir.

—Tienes una idea —dijo ella con una bondad cansada—. Pero no me gusta.

Poe abrió la boca para defender su causa, esperando que saliera algo elocuente de ella. Leia también había anticipado eso.

—Ve —dijo ella.

El General Armitage Hux estaba de pie en el puente del destructor estelar *Finalizer* de la Primera Orden, mirando el planeta azul verdoso que pendía del espacio.

Cuatro naves colgaban en órbita sobre el planeta, debajo de sus anillos de asteroides: un bulboso crucero mon calamari, una fragata angular, una nave de carga con un frente redondeado y una parte trasera aserrada, y una nave más pequeña con un arco de tamaño excesivo, como una luna creciente rota.

Hux evaluó y catalogó automáticamente las naves de guerra de la Resistencia, aprovechando sus años de entrenamiento. Conocía la nave mon calamari: era el *Raddus*, que servía a la chusma de Leia Organa como nave insignia y centro de mando móvil. La nave que le seguía en tamaño era una fragata Nebulón-C, de una línea construida por la

Nueva República después de los acuerdos que terminaron su conflicto con el Imperio. La nave con un frente redondeado era algún tipo de fragata de carga, demasiado modificada. La nave con el arco creciente era un modelo que Hux no reconoció, pero evidentemente se trataba de una nave de guerra, repleta de cañones de defensa de zona y cápsulas de municiones.

En unos minutos sería lo de rutina: los cuatro se convertirían en polvo espacial.

El reluciente puente negro del *Finalizer* era un modelo de eficiencia; sus controladores y monitores intercambiaban información enérgicamente desde las computadoras y las suites de sensores del destructor estelar. Hux sonrió ante la idea de sí mismo en el centro de toda esa actividad: una figura delgada, digna, con un perfecto uniforme negro, en descanso de desfile.

—Los atrapamos en medio de su evacuación —dijo Peavey, el capitán del *Finalizer*—. Toda la Resistencia en una canasta frágil.

Hux suprimió una oleada de molestia. Edrison Peavey era viejo (un veterano del servicio imperial que había servido con el padre muerto de Hux). Él y un puñado de leales al Imperio lograron escapar de los cazadores de la Nueva República al aventurarse en las estrellas de las Regiones Desconocidas que no aparecían en mapa alguno.

Esos hombres y mujeres habían resultado útiles en su momento. Pero ese momento había llegado a su fin: la Primera Orden había decapitado el liderazgo de la Nueva República con una sola demostración de su poderío tecnológico.

Era verdad que la Base Starkiller había sido destruida, pero Hux se dijo que fue un mero contratiempo desafortunado (uno que había sido menos una derrota militar que el producto de la incompetencia y la traición dentro de la propia Primera Orden). Esas fallas ya se habían atendido, o estaban por atenderse. Casi todos quienes habían fallado a Hux y al Líder Supremo Snoke se habían vaporizado con la base; quienes habían escapado al castigo pronto recibirían su merecido.

Hux lanzó una leve sonrisa. Sinceramente, no importaba mucho. El Senado de la Nueva República era cenizas, el corazón de su flota quedó incinerado y las alimañas de la Resistencia que habían tenido la osadía de asaltar la Base Starkiller habían sido lo bastante descuidados para dejar un rastro hasta su propio nido. Una vez que estos pocos insurgentes restantes fueran destruidos, nadie en la galaxia se atrevería a oponerse al dominio de la Primera Orden. Hux quedaría en libertad de construir una docena de nuevas Starkiller… o un ciento.

Mientras tanto, a la Primera Orden no le faltaban otras armas, incluidas unas con las que comandantes imperiales como Peavey sólo soñaban.

Era justamente eso, pensaba Hux; Peavey y su generación veían el triunfo inminente de la Primera Orden como una restauración del Imperio, sin darse cuenta de que eso sólo probaba su obsolescencia. No podían o no querían ver que el régimen al que habían servido no sólo se había ido, sino que había sido suplantado. La Primera Orden era la realización de aquello en lo que el Imperio había luchado por convertirse. Había destilado y perfeccionado sus fortalezas mientras eliminaba sus debilidades.

O por lo menos *casi todas* sus debilidades, pensó Hux, mirando a Peavey. Pero habría tiempo para otra demostración selectiva. Mientras tanto, un recordatorio de la estación de Peavey sería suficiente.

—Perfecto —dijo—. Recibí órdenes del Líder Supremo Snoke en persona. Aquí es donde acabamos con la Resistencia de una vez por todas. Que el Capitán Canady prepare su Dreadnought. Incineren su base, destruyan esos transportes y aniquilen a toda su flota.

La orden fue transmitida y Moden Canady la recibió a bordo del puente del *Fulminatrix*, el enorme Dreadnought de asedio clase Mandator IV en el corazón de la formación de la Primera Orden. Bajo las órdenes de Canady, los dos enormes cañones colgados del vientre de su nave empezaron a girar lentamente, reorientándose para disparar sobre el punto álgido de las transmisiones y las emisiones de energía que el personal de sensores había detectado en el planeta de abajo.

El suboficial mayor de Canady, Bascus, miraba la pantalla holográfica y seguía el avance de los cañones con algo parecido al éxtasis en el rostro. Canady frunció el ceño. Su tripulación era de la mitad de su edad, con escasa experiencia fuera de las simulaciones de batalla. No era culpa de ellos que no hubieran tenido oportunidad de probarse; sí lo era que se mostraran arrogantes e indisciplinados.

—Reorienten las baterías de la parte superior para que apunten a la flota de la Resistencia —ordenó Canady—. Preparen nuestros escuadrones de cazas para lanzamiento.

—El General Hux ordenó que no se desplegaran los cazas —objetó Bascus—. Él considera que una demostración…

—¿Necesito explicar la diferencia entre «preparar para lanzar» y «lanzar»? —preguntó Canady a Bascus.

—¡Capitán! —gritó una monitora de campo de acción desde el foso del puente, con su entorno iluminado de rojo para tener una visión ideal en condiciones de batalla—. Se acerca un solo caza X-Wing de la Resistencia. Está pasando a formación de ataque.

El indicativo del X-Wing era *Negro Uno*, acorde con su fuselaje negro y sus llamativas llamaradas anaranjadas. Esos colores eran más opacos de lo que a Poe le hubiera gustado (su amado caza había regresado de la Base Starkiller con un cuadro severo de rayas de carbón, deshilachados enlaces de control de incendios y un cúmulo de otros males menores). Goss Toowers, el perpetuamente consternado jefe de mantenimiento, había pasado la vista por el caza y le había ofrecido una opción a Poe: sus agobiados técnicos podían reparar el daño de la batalla o instalar la pieza de equipo experimental que Poe había pedido, la misma que no había estado lista para la incursión en la Starkiller.

Poe había optado por el equipo experimental y se sostuvo con esa opción, a pesar de que un Goss de ojos tristes le recordó que era más que probable que terminara muerto la

primera vez que se usara. Al fin y al cabo, todos sabían que lo único que hacía que Goss se sintiera más miserable que los pilotos era que estos se divirtieran.

No era que Poe se estuviera divirtiendo; en realidad recorrer solo el espacio hacia tres naves capitales de la Primera Orden le parecía ahora una idea agresivamente mala.

Aun como parte de un escuadrón, volar un caza estelar era física y mentalmente agotador: tensión, fuerzas g y gravedad cambiante eran como golpes a tu cuerpo, mientras que la constante necesidad de conciencia situacional, multitareas e improvisación cobraba su cuota a tu cerebro. Era al mismo tiempo un rompecabezas siempre cambiante y una prueba de resistencia, con consecuencias fatales si fallabas.

Sin embargo, por lo menos detrás del mando tipo volante, Poe tenía algo que hacer. Y eso era preferible a estar clavado en el puente del *Raddus*, jugando inútilmente con sus manos y estorbando. Poe nunca lo admitiría, ni siquiera ante Leia, pero con un caza estelar a su alrededor, la galaxia tenía sentido de una manera que no solía tenerlo.

A juzgar por los lastimeros bips de BB-8 en el foso del droide, detrás de la cabina del X-Wing, su droide astromecánico opinaba distinto.

—Sólo bips alegres, compañero —dijo Poe—. Vamos, hemos realizado acrobacias más locas que esta.

BB-8 no dignificó eso con una respuesta.

—Bips alegres —dijo de nuevo, esta vez más para sí mismo.

—Para que quede constancia, estoy de acuerdo con el droide —dijo Leia en su canal de comunicación.

Poe casi se rio.

—Gracias por su apoyo, general.

—¿Un solo caza ligero? —preguntó Hux incrédulo, escudriñando el espacio profundo—. ¿Qué es esto?

La tripulación del puente no dijo una palabra. Hux miraba de un lado al otro, exasperado por los rostros impasibles que lo rodeaban.

—Bueno… ¡dispárenle!

Antes de que los tiradores pudieran cumplir esta orden, una transmisión de nave a nave crepitó en los receptores de audio del *Finalizer*.

—Atención, soy el Comandante Poe Dameron de la flota de la República —dijo la voz—. Tengo un comunicado urgente para el General Pops.

Hux sintió que todos los ojos volteaban hacia él y sus mejillas amenazaron con enrojecer. Conocía demasiado bien el nombre de ese piloto (Dameron había hecho el disparo que destruyó la Base Starkiller y había sido una verdadera irritación mucho antes de eso). Hux había jurado que algún día muy cercano vería al piloto de regreso en un módulo de tortura de la Primera Orden (y esta vez supervisaría personalmente el

interrogatorio). Donde Kylo Ren y su hechicería habían fallado, Hux y su poderío tecnológico triunfarían.

—Comuníquenlo —chasqueó los dedos—. Habla el General Hux de la Primera Orden. La República ya no existe. Tu flota es escoria rebelde y criminales de guerra. Dile a tu preciosa princesa que no habrá términos. Ni habrá rendición.

Se sintió orgulloso de la última parte y tomó nota para volver a usarla durante los tribunales que serían transmitidos en vivo por la HoloNet a toda la galaxia. Pero Dameron, para su desconcierto, no contestó.

—Hola, estoy esperando al General Pops —dijo el piloto después de un momento.

—*Habla* Hux. ¡Tú y tus amigos están condenados! ¡Limpiaremos su inmundicia de la galaxia!

Otro momento y luego la respuesta:

—Muy bien, sigo esperando.

—¿Qué? —Hux miró alrededor, consternado—. ¿Hola?

—¿Hola? Sigo aquí.

Hux miró con el ceño fruncido al oficial de comunicaciones.

—¿Él puede escucharme?

El oficial asintió con seriedad.

Hux observó que Peavey parecía menos preocupado con cualquier problema que hubiera con las comunicaciones de corto alcance de la nave que con los datos que mostraban la distancia entre el solitario X-Wing y la línea de batalla de la Primera Orden: una cifra que se reducía firmemente.

—¿Pops… con *s*? ¿Un tipo delgado, algo pálido? —preguntó Dameron.

—Te oigo. ¿Tú puedes oírme? —replicó Hux.

—Miren, no puedo esperar eternamente —dijo Dameron, con tono exasperado—. Si lo ven, díganle que Leia tiene un mensaje urgente para él. Sobre su madre.

Hux apenas pudo escuchar algo más en la transmisión: sonó como una risa electrónica.

—Creo que está jugando con usted, señor —dijo Peavey.

Hux miró al capitán del *Finalizer* y le pareció que el rostro del viejo era una cuidadosa máscara sin expresión, igual que la de todos los demás oficiales en el puente.

—¡Abran fuego! —gritó, descargando su puño sobre la consola más cercana. Dolió abominablemente, pero por fortuna todos los ojos en el puente estaban fijos adelante, a medida que una telaraña de fuego de turboláseres llenaba el vacío del espacio, buscando al X-Wing y a su exasperante piloto.

Cuando su contador de energía se llenó, Poe gritó a BB-8 para que lo activara. Un momento después *Negro Uno* saltó hacia delante como si lo hubieran pateado, propulsado por el motor potenciador experimental injertado en la popa del caza estelar.

Por un momento, Poe tuvo miedo de desmayarse, rebasado por fuerzas g que no se parecían a nada de lo que hubiera experimentado tras el volante. Pero luego los compensadores de aceleración se activaron y su visión se aclaró. Adelante se encontraba, amenazante, el enorme Dreadnought de asedio de la Primera Orden, con el fuego láser trazando arcos sobre él desde los cañones turboláser que cubrían su casco superior.

—¡Vaya: eso es acelerar! —gritó Poe mientras su caza rozaba la nariz de la nave de guerra, en el vértice de la cuña gigante.

Los cañones del *Fulminatrix* estaban diseñados para tomar como blanco cazas estelares enemigos, pero *Negro Uno* se movía a velocidades que ningún personal de defensa de zona de la Primera Orden había experimentado, ni siquiera en el simulador. Poe bailaba y se evadía sobre el casco de la nave de batalla, dándose una idea de cuánto tiempo de ventaja necesitaba para dar a sus blancos. Una vez que tuvo el tiempo contado, una sola pasada sobre la parte superior convirtió a varios de los cañones en basura humeante. Mientras Poe daba la vuelta en redondo para iniciar otra pasada, activó su comunicador y cambió al canal general de la Resistencia.

—Sigo destruyendo los cañones: ¡bombarderos, acérquense!

A bordo del *Fulminatrix,* Canady miraba con expresión sombría mientras el solitario X-Wing eliminaba cañón tras cañón y despojaba a la nave de sus defensas dorsales. Un holograma de Hux cobró vida parpadeando.

—Capitán Canady, ¿por qué no ha hecho explotar a esa mísera nave? —exigió el general de la Primera Orden.

Canady había acumulado un extenso historial al servicio del Imperio gracias a su respeto por la cadena de mando y conocimiento del daño que podría hacer un superior vengativo a una carrera. Pero recibir un regaño de un niño perverso (que, aparte, daba preferencia a las grandes demostraciones sobre las tácticas militares básicas) fue demasiado para él.

—Esa mísera nave es muy pequeña y está a corta distancia —dijo a Hux desdeñosamente—. Necesitamos desplegar nuestros cazas.

Mientras Hux lo pensaba con calma, Canady se alejó del holograma.

—Hace cinco malditos minutos —murmuró.

—Nunca podrá penetrar nuestras defensas —dijo Goneril, mirando desdeñosamente cómo el X-Wing se acercaba a ellos.

Canady se permitió una breve fantasía en que lanzaba a la primera oficial por una exclusa de aire ubicada convenientemente.

—No trata de penetrar nuestras defensas, destruye los cañones superficiales —dijo fríamente a Goneril.

En una situación diferente, la incredulidad ofendida del rostro de su primera oficial hubiera sido digna de atesorar. Este día no, porque Canady tenía una buena idea de lo que sucedería a continuación.

—¡Capitán! —gritó Bascus—. ¡Bombarderos de la Resistencia acercándose!

—Por supuesto —dijo Canady.

CAPÍTULO 4

Las tripulaciones de los bombarderos de los escuadrones Cobalto y Carmesí habían pasado horas en las estaciones de batalla, esperando una orden de lanzamiento desde el puente del *Raddus*. No había llegado aún, ni cuando la charla acerca de transportes y suministros se volvió frenética, tampoco cuando los TIE de la Primera Orden empezaron a acosar a la flota de la Resistencia, ni siquiera cuando los oficiales sensores empezaron a gritar acerca de naves de guerra acercándose a su posición. A bordo de los ocho bombarderos, había espaldas adoloridas, vejigas llenas y temperamentos cortos.

Todo ello pasó al olvido cuando sus sistemas de comunicación cobraron vida con un crujido y Fossil les gritó: «Vamos, vamos, vamos».

Suspendida en la torreta esférica que se encontraba debajo del cargador de bombas del *Martillo* del Cobalto, Paige sintió la ligera sacudida mientras desacoplaban conductos y mangueras. Como siempre, sintió un aleteo momentáneo ante la vista de la cubierta de vuelo a sólo un metro debajo del aparentemente frágil globo de cristal que la cubría. Si los repulsores elevadores se cortaban ahora, quedaría hecha pulpa contra la cubierta por el peso de la nave sobre ella. Pero Finch Darrow era un piloto capaz. Él haría su trabajo, tal como ella haría el suyo.

El *Martillo* se sacudió un poco y Paige no resistió el impulso de llevar la mano a su traje de vuelo para tocar el medallón que colgaba de su cuello.

Luego ya no hubo nada debajo de ella más que espacio negro e interminable. Todos los músculos en el cuerpo de Paige se tensaron durante la fracción de segundo que pasó antes de que su cerebro pudiera procesar que no se estaba cayendo. Luego se vio presionada otra vez contra su asiento mientras el *Martillo* aceleraba para llegar a la velocidad de ataque.

—Liberando el seguro de las armas —dijo Finch en los oídos de Paige—. Spennie, Paige, miren con atención.

Paige giró sus cañones láser duales (a la izquierda, a la derecha, arriba y abajo, asintiendo ante el ronroneo de los cardanes de su torreta).

—Armas calientes, sistemas en verde —dijo fríamente Spennie desde la torreta trasera.

—Estoy lista —dijo Paige. Sus ojos pasaron de los bombarderos a ambos lados del *Martillo* al globo verde de D’Qar y luego a los X-Wing y A-Wing, más allá de ellos. Los deflectores de Rose no podían ocultar a los bombarderos durante una corrida de ataque, así que el equipo se había retirado, dejando que los bombarderos dependieran de cazas escolta. Muy a la distancia, Paige podía ver tres brillantes estrellas que ella sabía que eran atacantes de la Primera Orden.

—Mi campo de acción es negativo para bandidos —dijo Spennie—. ¿Dónde están los cazas enemigos?

—¿Te sientes solo, Spen? —preguntó Nix Jerd, bombardero del *Martillo* del Cobalto.

—Corten la charla —dijo Finch—. En cualquier momento tendremos más compañía de la que queremos.

El auricular de Paige crepitó y una nueva voz llegó a sus oídos, la de Tallie Lintra, la comandante del escuadrón.

—Bombarderos, mantengan esa formación apretada —les advirtió—. Cazas, protejan a los bombarderos: no entren en combate. Quiero escucharte decir «entendido», Starck.

—No es divertido, entendido —respondió Stomeroni Starck, compañero de vuelo de Tallie.

—Muy bien. Causemos algún daño y ganemos algo de tiempo para nuestra flota.

La torreta de Paige apenas era suficientemente grande para ella, mucho menos para un tanque holográfico como los que se encontraban en los puentes y las salas de preparación de las naves de guerra, ofreciendo una vista general reconstruida por computadora de una batalla y sus participantes. Por fortuna, no necesitaba uno. Ella conocía la formación que el escuadrón había tomado para su ataque: la había revisado una y otra vez durante las juntas de información en Refnu y mientras viajaban por el hiperespacio hacia D'Qar.

Los puntos de las naves de guerra de la Primera Orden eran más grandes y brillantes ahora. Paige se esforzó para respirar con calma, lenta y profundamente. Por ahora, los bombarderos y los cazas que los escoltaban volaban directamente hacia el enemigo, con una formación sólida como la roca y sin perturbaciones debidas a fuego del enemigo. La tranquilidad era inquietante, pero Paige sabía que estaba por destruirse.

A bordo del *Raddus*, Ackbar estudiaba el holotanque que Paige Tico sólo podía ver en su cabeza. En el pasado, Ackbar hubiera rechazado un holotanque en el puente por considerarlo un apoyo para comandantes poco atentos, pero su visión no era la misma de antes y, en años recientes, había notado que ya no era capaz de procesar información con la misma velocidad y precisión que alguna vez había dado por sentadas.

No le gustaba admitirlo, pero negarlo era tonto: se había vuelto viejo. Ackbar suponía que en una galaxia más amable eso hubiera significado que había llegado la hora de su retiro a una gruta en una laguna cálida en Mon Cala, rodeado por grupos de descendientes que fingirían, por turnos, que estaban interesados en sus historias de la guerra, pero no vivía en esa galaxia. Esta estaba llena de sorpresas, casi todas desagradables en los últimos tiempos, y su gente aún lo necesitaba, sin importar que todo se volviera borroso en las orillas de su vista o que ya no le pareciera tan simple organizar los detalles.

«La autocompasión es para los seres humanos. Tú puedes flotar en tu propia poza de marea más tarde. Por ahora, aletas firmes y dientes afilados».

El *Raddus* y las otras tres naves capitales de la Resistencia habían respondido a la llamada de auxilio de D'Qar a toda velocidad después de la incursión en la Starkiller,

enviando bombarderos y cazas estelares para defender la evacuación que Ackbar sabía que sería necesaria. Ahora el *Raddus* estaba a la retaguardia de la formación de la Resistencia, donde podía interponer su escudo protector aumentado entre las naves más pequeñas y los atacantes de la Primera Orden.

Los bombarderos y cazas estelares estaban más allá de la protección del escudo, moviéndose a máxima velocidad hacia el Dreadnought de asedio (la nave enemiga más peligrosa en el campo de batalla). En cuanto la evacuación estuviera completa, sería necesario replegar a esos bombarderos y cazas para que la flota pudiera saltar al hiperespacio.

Con suerte, eso sería pronto: esas ocho fortalezas estelares eran los únicos bombarderos que le quedaban a la Resistencia. No habían estado disponibles para la incursión a la Starkiller, obligando a Ackbar y los otros líderes de la Resistencia a improvisar un ataque con comandos y cazas estelares para resquebrajar las defensas de la Primera Orden. El plan funcionó, pero la habían visto cerca, y Ackbar no quería depender de nuevo de que la corriente fuera favorable en el futuro.

Aun así, la historia galáctica estaba llena de comandantes que habían perdido la batalla de hoy por preocuparse por la de mañana. Los transportes llevaban equipo y personal esencial para la Resistencia y era necesario que los bombarderos les dieran tiempo para sacarlos de D’Qar. Era así de simple; no había por qué complicarlo con la ansiedad por un futuro que tal vez nunca llegaría.

¿Cuánto tiempo más necesitaban ganar? Ackbar estiró un brazo y dio unos golpecitos en los controles del tanque, accediendo a los bancos de datos de PZ-4CO. Tiró de sus barbillas, tratando de derivar un estimado de tiempo de los datos del droide. Bollie Prindel hubiera encontrado el sentido de todo eso con más rapidez, pero el oficial de intendencia estaba ocupado dirigiendo el estibado de suministros traídos de D’Qar.

Mientras ponderaba la información de PZ-4CO, Ackbar escuchó a algunos de los oficiales más jóvenes (él los llamaba a menudo los pececillos, para diversión de la General Organa) especulando acerca de las razones por las que la Primera Orden no había lanzado escuadrones de cazas y parecía satisfecha con dejar que sus naves de guerra tomaran lentamente su posición sobre D’Qar.

Era la pregunta correcta, pero Ackbar sabía que los pececillos llegarían a la respuesta equivocada. Como los jóvenes lo hacían tan a menudo, estaban discutiendo sobre táctica, pero no tomaban en cuenta las personalidades. La principal preocupación de Hux no era ganar un enfrentamiento, sino demostrar la capacidad y el poder de la Primera Orden para una audiencia galáctica. Él tenía la ilusión de que su enorme Dreadnought incineraría fríamente a la Resistencia desde órbita, un espectáculo que imaginaba que intimidaría a esos mundos que aún no se habían sometido, aturdidos por la destrucción de Hosnian Prime.

Ackbar infló su saco gular, como señal de desaprobación, y el gorgoteo atrajo la mirada sorprendida de uno de los jóvenes humanos. Hux era un chiquillo malvado, pero que aún necesitaba adquirir experiencia; aunque tenía la crueldad propia de la edad, no

tenía su sabiduría. Un veterano comandante preocupado por *ganar* no jugaba para una audiencia. Las narrativas eran más fáciles de moldear que las batallas, y podían redactarse cuando se estaba seguro y se tenía tiempo para el ocio.

Hux era un tonto, pero un tonto con fuerzas enormemente superiores a las que él comandaba.

La ventana de los datos provenientes de D'Qar empezó a parpadear. Ackbar accedió a ella y levantó la vista del tanque, permitiéndose sentir el orgullo de un salmoncillo por ser el primero en dar buenas noticias.

—El último transporte está en el aire —dijo.

Los ojos de Leia Organa (pequeños, patéticamente inadecuados para usarlos a media luz e ignorantes de otras longitudes de onda más abundantes) saltaron hacia los de él. Ella habló por su intercomunicador:

—Poe, la evacuación casi está completa. Sólo mantenlos ocupados un poco más.

Mientras hablaba, varios puntos cobraron vida alrededor de las naves de la Primera Orden.

—Queda un cañón —dijo Poe—. Y aquí viene el desfile.

El Dreadnought había finalmente lanzado sus cazas.

Docenas de TIE surgieron como enjambre alrededor del Dreadnought de asedio, pero sólo tres de ellos se desviaron de su vector inicial para perseguir a Poe por la parte superior de la nave de guerra. Su oleada instintiva de alivio se convirtió rápidamente en alarma: los otros TIE se dirigieron a los bombarderos que se acercaban y que eran mucho más vulnerables que su X-Wing.

«Mantén el rumbo hacia el blanco», se recordó Poe. La mejor manera de apoyar a los bombarderos era destruir ese cañón final, en lugar de salir a cazar TIEs y dejarlo en libertad de crear caos. Además, el cañón aparecería en la mira de un momento a otro.

Poe giró ligeramente el *Negro Uno* para tener un mejor ángulo, pero el piloto líder de los TIE se había anticipado y los tres cazas se abalanzaron desde abajo, disparando a la parte inferior del X-Wing. Luces rojas destellaron en su consola.

—¡Demonios! BB-8, mis sistemas de armas están dañados. Necesitamos dejar fuera de combate al último cañón o nuestros bombarderos quedaran tostados. Haz magia.

Detrás de Poe, en el foso para el droide del caza estelar, BB-8 ya estaba enfrentando una larga lista de alertas, casi todas irrelevantes, de la computadora central del X-Wing. No era nada nuevo: todo astromecánico en el inventario de droides de la Resistencia podía decirte que ese *Negro Uno* era una máquina quisquillosa y presumida.

El X-Wing había usado su mismísimo primer ciclo de procesador, después de que BB-8 se había conectado a la ranura del droide, para señalar que despegar sin haber completado la lista de verificación previa al vuelo constituía un riesgo crítico para la misión. BB-8 eliminó esa alerta, sólo para descubrir que *Negro Uno* había lanzado 28

alertas de mantenimiento a la parte superior de la fila de prioridades. BB-8 las reubicó pacientemente debajo de acciones como encendido de motores e inicio del generador de escudo, sólo para ver que las acciones de mantenimiento reaparecían en la parte superior de la lista, una por una. El astromecánico había resuelto eso mediante la fuerza bruta, bloqueando por completo la subrutina de mantenimiento de *Negro Uno*, lo que había generado una ronda completamente nueva de quejas.

Con un suspiro electrónico, BB-8 extendió varias herramientas de sus seis discos de la bahía de herramientas intercambiables, utilizando de todo, desde magnetómetros hasta trazadores de pulso iónicos para localizar la fuente del desperfecto, mientras se ocupaba de una nueva alerta del *Negro Uno*: el caza estelar pensaba que era importante advertir a BB-8 sobre un posible daño a su giroscopio debido a erupciones solares. ¿Erupciones solares? ¿De verdad?

Los astromecánicos de la Resistencia clasificaban a *Negro Uno* como una interfaz con alto volumen de comunicaciones. BB-8 buscó en su memoria un equivalente orgánico de esa clasificación y encontró una respuesta muy confiable casi de inmediato: *Negro Uno* era una piedrita en el calcetín.

Poe, por supuesto, no sabía nada de esto: BB-8 hubiera sido un pésimo astromecánico si hubiera llegado a enterarse. El piloto estaba accionando como sacacorchos el X-Wing, con giros cada vez más vertiginosos, tratando de deshacerse de sus perseguidores mientras quedaba él mismo en posición de hacer un movimiento repentino y disparar a ese último cañón de la Primera Orden.

—¡Tallie, cuidado! —gritó.

En su A-Wing, Tallie vio que los TIE salían disparados hacia ella en formación de combate e hizo un gesto.

—¡Aquí vienen! —gritó ella—. ¡Tiradores! ¡Vuelvan a la vida!

Los cazas estelares de casco negro ya estaban atravesando de prisa la formación, como sabuesos terribles sueltos entre los whellays, allá en casa, en Pippip 3. Un X-Wing en vuelo de Kaiden Scorbo fue alcanzado por fuego láser y partido en dos; el grito del piloto fue misericordiosamente corto. Los pilotos de Zanyo Arak duplicaron el fuego a los cazadores de la Primera Orden, mientras las torretas posteriores y ventrales de los bombarderos empezaron a disparar, llenando el vacío alrededor de ellos con fuego cruzado.

—¡Están por todos lados! —gritó Jaycris Tubbs, mientras el pánico alcanzaba el máximo en su voz—. No puedo.

La transmisión de Tubbs se desvaneció entre la estática. Un TIE se lanzó hacia la cola del X-Wing de C'ai Threnalli, forzando al piloto abednedense a romper la formación y dejar desprotegido el flanco de babor del Escuadrón Cobalto. Tallie cortó camino, observando con aprobación que Starck había imitado a la perfección la maniobra. Los cañones del A-Wing de ella cortaron el panel solar de un caza TIE y lo enviaron lejos de los bombarderos, fuera de control y condenado.

—¡No vamos a llegar a viejos aquí, Poe! —previno ella—. ¡Dame buenas noticias!

—Negativo —respondió Poe—. Resistan. BB-8, ¡tenemos que destruir ese último cañón! ¡Necesito mis armas!

Perdió altitud, dejando caer su X-Wing a tan sólo unos metros del casco del Dreadnought, ignorando un nuevo grupo de destellos rojos de advertencia y esperando que los pilotos de los TIE no tuvieran el valor de seguirlo.

BB-8 chilló, frustrado, borró seis nuevas alertas de aproximación emitidas por *Negro Uno* y movió su cabeza hacia un hueco en el fuselaje del X-Wing. *Allí* estaba el problema: una caja de conexiones humeante en el estrecho espacio debajo de la cámara de ionización y fusión reactiva. Por fortuna, sólo se necesitaría un par de segundos, cuando mucho, para reparar el corto. BB-8 extendió un brazo de soldar, pero otros circuitos empezaron a lanzar chispas. BB-8 extendió varios brazos más desde su chasís, pero las fallas se estaban produciendo en cascada más rápido de lo que podía repararlas. El astromecánico chilló, frustrado.

En el puente del *Fulminatrix*, Canady estaba parado con las manos en la espalda y los pies separados medio metro. Miraba las pequeñas figuras de los bombarderos y cazas estelares haciendo piruetas en el holotanque. Como siempre, terminó maravillado por la belleza de una batalla reducida a un ballet de ángulos y vectores. De esa manera, una eliminación parecía incruenta, un ejercicio siempre cambiante de geometrías y probabilidades.

Los comandantes podían quedar hipnotizados ante lo que Canady sabía que era una ilusión. Los pilotos estaban muriéndose allá fuera, pilotos bajo su mando… Cuanto menos tiempo pasaran afuera, una mayor cantidad de ellos regresaría a casa.

—¿Están preparados los autocañones? —preguntó.

—Preparados y listos, señor —dijo Goneril.

—¿Qué estamos esperando? Fuego sobre la base.

El *Fulminatrix* tembló bajo los pies de Canady mientras los enormes turboláseres rugían. Esas armas empequeñecían todo lo que había estado a su disposición en la flota estelar del Imperio; además, habían sido construidas para borrar la vida en planetas enteros. Un solo disparo podía aniquilar escudos planetarios como si fueran algo insignificante y convertir cien metros cúbicos de corteza en vapor y escoria.

—Traigan los lectores de imágenes orbitales —ordenó Canady.

Un controlador enrutó la transmisión hacia una pantalla. Una nube ardiente giraba y se agitaba sobre la superficie del planeta, un huracán en miniatura de destrucción. Alrededor de la tormenta, la jungla estaba en llamas y nuevas conflagraciones hacían erupción en cadenas que se extendían por kilómetros, más allá de la zona de impacto. La base de la Resistencia en D'Qar había sido borrada. Bascus se quedó congelado, mirando la pantalla con adoración.

A bordo del *Raddus,* Ackbar ignoró el clamor preocupado de los pececillos cuando la Primera Orden abrió fuego sobre D’Qar. La base había servido mucho a la Resistencia, pero ya no importaba: Ackbar sólo tenía ojos para los bulbosos cargueros en su acercamiento final al hangar principal del *Raddus*. Faltaban cuatro por quedar fuera de peligro, luego dos y después, por fin, ninguno.

—Los últimos transportes están a bordo —anunció—. La evacuación se ha completado.

—Poe, lo hiciste —dijo Leia en el micrófono de su auricular—. Ahora trae de regreso a tu escuadrón.

—¡No! ¡Podemos terminar esto!

Ackbar gorgoteó, a modo de desaprobación. Eso era algo común en Dameron: a pesar de todas sus habilidades como piloto y todo lo que prometía como líder, seguía siendo un joven impulsivo a quien aún le quedaban por cometer demasiados errores debidos a la impulsividad de la juventud, como considerarse el depredador cuando en realidad era la presa.

Por otra parte, la vieja amiga de Ackbar, Leia Organa, había dejado atrás su juventud debido a cargas casi demasiado dolorosas para soportar.

—*Nosotros* necesitamos sacar a la flota de allí —dijo Leia al piloto rebelde.

—¿Cuántas oportunidades tenemos de acabar con un Dreadnought? —replicó Poe.

—Retírate ahora. Es una orden.

Una luz parpadeante indicó que Dameron había desconectado la transmisión. En el holotanque, su pequeño X-Wing dio vuelta en redondo para hacer otra pasada sobre el último cañón del Dreadnought de asedio.

Ackbar giró un ojo hacia Leia. Todos los oficiales en el puente parecían transfigurados por la fría furia en su rostro. Consciente, de pronto, de su atención, ella miró al droide de protocolo con placas doradas que estaba parado a su lado.

—3PO, borra esa expresión nerviosa de tu cara —ordenó.

Esa orden, por lo menos, sí se obedeció.

Poe y Tallie vieron la segunda oleada de TIEs que se acercaban al mismo tiempo. Otro X-Wing fue destrozado y el fuego láser partió en dos un bombardero. Ahora había miedo real en la voz de Tallie: aunque los bombarderos escaparan a los TIE merodeadores, eran demasiado lentos y pesados para evitar el fuego de defensa de zona desde el Dreadnought. Posiblemente un cañón bastaría para destruirlos uno por uno. Lo que significaba que ese cañón tenía que desaparecer. Poe apuntó la nariz del *Negro Uno* directamente hacia él.

—¡BB-8! ¡Ahora o nunca!

Con inventiva nacida de la desesperación, BB-8 había bajado a media altura el elevador que usaba para colocarse en su estación en el cubículo para el droide, lo que lo obligó a borrar tres alertas de operación impropia del *Negro Uno* y girar en el hueco del fuselaje, lo más cerca posible al corto en la caja de conexiones.

El astromecánico ignoró una alerta de operación impropia en sus propios sistemas, retrajo su brazo soldador, despolarizó las ruedas magnéticas que mantenían su cabeza unida a su cuerpo esférico y usó el brazo soldador para voltear hacia afuera y abajo, como un hombre que se quita el sombrero. La metió en la caja de conexión cubierta por chispas, mientras el fotorreceptor primario giraba con la retroalimentación electrónica.

Poe vio que las luces del disparador volvían a la vida y aplastó su dedo contra él: los alerones S del X-Wing se abrieron con toda su potencia. El emplazamiento del cañón del Dreadnought de asedio se esfumó en un pilar de llamas y Poe tiró del volante del X-Wing, con los pies apretados contra los pedales, haciendo gestos mientras las fuerzas g lo aplastaban contra su asiento.

La maniobra terminó con tres TIEs enfrente de la nariz del *Negro Uno*. Un momento después, los tres eran motas brillantes de polvo espacial.

—¡Eso es! ¡Camino libre! ¡Traigan las bombas!

—Con gusto —dijo Tallie en su oído—. ¡Aquí vamos!

Para disgusto de Canady, Bascus seguía monitoreando la destrucción en D’Qar (había que admitir que era impresionante, aunque ahora resultaba totalmente irrelevante) aun cuando los bombarderos de la Resistencia se acercaban al *Fulminatrix* y su parte superior se había quedado sin defensas.

Canady ordenó que la segunda oleada de TIE diera vuelta en redondo y protegiera a la nave, luego gritó que recargaran los autocañones y que apuntaran a la nave insignia de la Resistencia.

Si eso interfería con la demostración cuidadosamente planeada de Hux, bueno, Canady aceptaría las consecuencias. Él tenía que salvar su nave.

En la torreta del vientre del *Martillo* del Escuadrón Cobalto, Paige apretó sus gatillos duales y envió disparo tras disparo al espacio que la rodeaba. Cada tiro agitaba la bola de cristal que la encapsulaba; entre eso y el impacto de los proyectiles de los TIE merodeadores que fallaban por muy poco, ella se había mordido la lengua más veces de las que podía contar. La temperatura estaba aumentando dentro de la esfera, haciendo que el sudor resbalara de su frente a sus ojos. Quería desesperadamente limpiárselo, pero no se atrevía a soltar los gatillos.

Una fortaleza estelar MG-100 volaba como un asteroide torpe, de modo que cada bombardero dependía de sus vecinos para su protección; por ello, volaban de tal manera que los tiradores de retaguardia y de las esferas pudieran superponer sus campos de fuego.

Sin embargo, como Fossil le había enseñado a ella, un plan sólo duraba hasta que te daban un golpe. Tres bombarderos habían sido destruidos, lo que forzó a los escuadrones Cobalto y Carmesí a cambiar sus posiciones. Y los TIE seguían llegando, entablando duelos con los X-Wing y A-Wing, que daban vueltas alrededor de los bombarderos, tratando de protegerlos del fuego implacable de la Primera Orden.

Un TIE se estrelló con el clip de uno de los bombarderos del Escuadrón Carmesí, lo cual detonó su carga y dejó fuera de combate a dos bombarderos vecinos en una devastadora reacción en cadena.

En el mismo canal compartido, C'ai Threnalli aulló en abnedisense, advirtiendo a Poe que no podían contener a los atacantes.

—¡Sí podemos! —lo animó Poe, acelerando hacia la zona de combate en su X-Wing—. ¡Mantente cerca de los bombarderos!

Paige lanzó rayos a un TIE que daba vueltas en su campo de visión; la torreta ventral giró suavemente para seguir el camino del caza enemigo. Los rayos láser perforaron su cabina esférica y lanzaron los paneles solares en espiral hacia todas direcciones.

Rose se hubiera entusiasmado con ese tiro; en sus primeras misiones en el bombardero, Fossil la había regañado porque necesitaba prestar atención a sus labores de ingeniero de vuelo y no a las proezas de su hermana mayor como tiradora. Pero Paige no tenía tiempo para el júbilo: otro TIE estaba girando hacia ella, con fuego esmeralda lanzado en busca del *Martillo* del Cobalto. Adelante, la nariz del Dreadnought se iba acercando como la orilla de una playa.

—¡Ya casi llegamos! —dijo Tallie—. ¡Bombarderos, inicien la secuencia de lanzamiento!

Arriba de ella, en la cubierta de vuelo, Nix Jerd ahora estaría ingresando comandos en el pedestal del bombardero, iniciando la secuencia de bombardeo y activando el disparador remoto que llevaba en la mano. Paige sabía que su control enviaría hacia abajo más de mil magnocargas desde la bahía de bombas del *Martillo* del Cobalto, dirigidas al blanco de abajo. Ella podría mirar cómo caían y sentiría la sacudida familiar mientras su bombardero derramaba su carga y se elevaba, libre de la masa de bombas de protones. *Si* alcanzaban el blanco.

Una brillante luz blanca se encendió en estribor y el *Martillo* del Cobalto recibió un golpe de lado, el fuselaje del bombardero gruñó bajo la presión. Paige había levantado instintivamente las manos para protegerse el rostro y terminó buscando a tientas los gatillos, parpadeando frenéticamente para tratar de apartar los puntos luminosos de su vista.

Los pilotos de la Primera Orden habían aprovechado su desatención para lanzarse en picada hacia el *Martillo* del Cobalto, mientras el bombardero se sacudía por algunos

disparos errados por poco. Paige regresó el fuego frenéticamente, dándose vuelta para revisar la posición de los otros bombarderos.

No había otros bombarderos. El *Martillo* del Cobalto era la única fortaleza estelar que quedaba.

—Los autocañones apuntan al blanco —dijo Bascus.

—Cuarenta segundos para carga completa —agregó Goneril.

Canady se detuvo antes de ordenar a los oficiales sensores que revisaran los esquemas de la nave insignia de la Resistencia y calcularan sus puntos más vulnerables. No importaba: los cañones del *Fulminatrix* masticarían la nave de guerra enemiga en unos momentos.

Canady hizo un gesto; estaba pensando como Bascus o Hux. Exploró sus instrumentos y frunció el ceño ante la única fortaleza estelar que aún volaba sobre el casco de su Dreadnought, en el centro de una escolta de cazas en decadencia.

—Destruyan ese último bombardero —dijo.

Un X-Wing negro pasó debajo de la torreta de Paige, tan cerca que ella pudo ver al astromecánico en su cubículo.

—Bombardero de Cobalto, ¿por qué no están abiertas tus bahías? —preguntó Poe, exigente—. Paige, ¡responde!

Paige vio con horror que las puertas en la parte inferior del cargado de bombas del *Martillo* del Cobalto estaban cerradas. Llamó a Nix, luego a los otros miembros de su tripulación, pero no escuchó sonido alguno.

¿Cuándo había recibido la última transmisión de otro miembro de su tripulación? ¿Por qué Spennie no estaba disparando?

Debajo de ella, el casco del Dreadnought era una extensión vasta. Paige se movió deprisa: liberó la cerradura magnética de la escotilla de su torreta esférica y trepó hacia la bahía de bombas. A través de volutas de humo vio a Nix tirado sobre la pasarela superior. Tenía el disparador en su mano.

—¡Nix! —gritó ella—. ¡Nix!

—Suelta la carga —gritó Poe en su oído—. ¡Ahora!

Paige trepó con manos y pies por la escalera que llevaba a la cubierta de vuelo. De inmediato vio que Nix estaba muerto. Justo cuando tomó el disparador remoto del puño de Nix, una explosión golpeó al *Martillo* del Cobalto. Sus pies resbalaron y por buscar cómo asirse de la orilla de la pasarela, sin querer soltó el control remoto.

Paige golpeó contra la cubierta, en el fondo de la bahía de bombas, diez metros abajo. Sus párpados se agitaron y ella trató de mover las piernas pero no pudo. Arriba, aunque la

visión se le estaba volviendo borrosa, pudo ver el disparador: había caído en la mismísima orilla de la pasarela.

Todo le dolía. Sintió sueño y luchó desesperadamente para no dormirse. Luego se esforzó para levantar un pie y azotarlo contra la escalera. Muy arriba de su cabeza, la pasarela se sacudió y el disparador se movió un poco.

—Los autocañones están completamente cargados —dijo Bascus, inclinándose hacia delante con ansiedad.

—¡Fuego! —gritó Canady.

Paige volvió a patear la escalera y el dolor se disparó por su pierna. ¿Se había movido el disparador? No podía saberlo. Las piernas le temblaban. Deseó que se quedaran quietas y lanzó una última patada a la base de la escalera.

El disparador rebotó y cayó de la pasarela. Ella estiró una mano temblorosa, tratando de seguir al disparador mientras caía por el aire, rebotando de aquí para allá entre las magnocargas en sus racks. De alguna manera cayó en su mano.

«Clic».

Las puertas de la bahía de bombas se abrieron con un quejido. La mano de Paige se arrastró hacia arriba, por su traje de vuelo, en busca de su medallón de Otomok alrededor de su cuello. Lo encontró mientras las bombas caían como una lluvia negra de los racks, atraídas magnéticamente hacia abajo, hacia el paisaje distante de la superficie del Dreadnought. Encontró el medallón y lo mantuvo apretado mientras el *Martillo* del Cobalto se sacudía, perdía poder y se precipitaba como plomada en el fuego y las ruinas de abajo.

Mientras el Dreadnought se despedazaba, los cazas estelares de la Resistencia se apartaron y avanzaron de prisa hacia la seguridad del *Raddus*, perseguidos por los TIE.

Poe lanzó un grito de triunfo, apretó el acelerador y se dirigió deprisa hacia la flota distante de la Resistencia.

—Inicien el salto a la velocidad de la luz, ¡ahora! —gritó.

Se desprendió fuego desde los destructores estelares detrás de él. Poe ignoró los ruidos agudos de BB-8 y las luces rojas que brillaban por toda su consola y voló hacia el hangar de cazas del *Raddus* a toda velocidad.

Un momento después, las naves de la Resistencia se habían esfumado para dejar que el fuego láser de las naves de guerra de la Primera Orden perforara el espacio vacío.

En el puente del *Finalizer*, el júbilo fue sustituido por un silencio atónito. Hux permanecía de pie y miraba el espacio vacío donde la flota de la Resistencia había estado un momento antes. Luego volteó la cabeza para ver con detenimiento los restos calcinados del Dreadnought destruido de Canady.

—General, el Líder Supremo Snoke está haciendo contacto desde su nave —gritó una monitora de comunicaciones.

Hux se esforzó para mostrarse impasible, sin atreverse a preguntar si había tenido éxito.

—Excelente —le dijo a ella—. Tomaré el llamado en mis aposentos.

Pero un momento más tarde un enorme holograma de la cabeza de Snoke había aparecido en el puente. El rostro del líder de la Primera Orden se elevaba ominoso por encima de Hux, con sus sobrecogedores ojos azules lanzando llamas.

—Ah, bien, Líder Supremo… —empezó Hux, pero una fuerza invisible lo lanzó contra el piso negro y pulido del puente.

—General Hux —dijo Snoke—. No hay forma de expresar mi decepción por su desempeño.

Hux luchó para levantarse y recuperar su dignidad.

—¡No pueden escapar, Líder Supremo! —insistió él—. ¡Les hemos atado un lazo al cuello!

Finn despertó sobresaltado, gritando el nombre de Rey, y de inmediato se golpeó la cabeza. Miró alrededor con desesperación, esperando encontrarse en los bosques nevados del planeta que la Primera Orden había eviscerado para construir ahí la Base Starkiller. Eso era lo último que recordaba: la delgada figura de Rey manteniendo su posición, mientras Kylo Ren, sangrando, avanzaba sobre ella, con su sable de luz carmesí escupiendo y gruñendo.

Ese mismo sable de luz había golpeado a Finn desde atrás, por lo que cada nervio de su cuerpo se agitaba en espasmos de agonía. Lo había dejado tendido sobre la nieve, oliendo su propia carne quemada, mientras su cuerpo trataba de doblarse por la mitad alrededor de una línea de fuego tallada en su espalda. Había tratado de hacer que sus brazos y piernas se movieran, para ponerse nuevamente de pie. Como debía hacerlo un soldado. No, como el deber de un amigo.

Finn miró alrededor, confundido. Esta parte del bosque era extrañamente diferente. Aún había nieve por todos lados, pero hacía más calor, y la maleza era extrañamente angular. Porque…, porque no era un bosque, en absoluto. Todo lo que lo rodeaba era blanco, pero no se trataba de nieve; eran las paredes y el techo de una habitación. Estaba

recostado sobre una camilla, con un capullo médico transparente sobre su cabeza. Alrededor de él había cajas y equipo, dispersados al azar. Y no había señales de Rey.

Finn hizo a un lado la burbuja del capullo médico. Su brazo crujió extrañamente al hacerlo y un extraño olor (salobre y oceánico) le quemó los poros de la nariz. Se dio cuenta de que llevaba un traje de bacta de flexpoly claro, lleno de cintas y perforado con sondas. Era un traje viejo; la Primera Orden lo habría echado a un compactador de basura hacía mucho tiempo y lo habría reemplazado con un modelo más nuevo.

Pero él había escapado de la Primera Orden y de su vida como FN-2187 para seguir a Rey de Jakku a Takodana y luego a la Base Starkiller. Había regresado al corazón de la maquinaria de guerra de la Primera Orden para rescatarla de Ren, sólo para encontrar que ella se había rescatado sola.

¿Lo había hecho de nuevo, después de que Finn se quedó inconsciente en la nieve? ¿Ella lo había salvado? Era muy posible: Rey era impulsiva, obstinada y de temperamento explosivo, pero también autosuficiente y capaz. Si eso fue lo que pasó, tal vez ella estaba cerca.

Finn trató de sostenerse sobre sus pies y de inmediato se cayó. Cuando logró reincorporarse, el líquido curativo de bacta había brotado de su traje y formado un charco a sus pies. Sentía un dolor sordo en la espalda y tenía la mente nublada.

Avanzó a tropezones entre las cosas que llenaban desordenadamente el lugar hasta una ventana cubierta por un resplandor azul: el signo inconfundible del hiperespacio. Al menos una de sus preguntas se respondió: estaba a bordo de una nave espacial.

Tratando de concentrarse, Finn se apartó de la ventana. Encontró una puerta, manoseó los controles y salió a un pasillo. Unos soldados pasaron de prisa a su lado, vestían los uniformes parchados de la Resistencia. Antes de que pudiera esforzarse para formar una pregunta desde su mente confundida, ya se habían esfumado por el pasillo, ignorándolo por completo. Finn los siguió lo más rápido que pudo, gritando el nombre de Rey.

En el momento en que Poe colocó a *Negro Uno* sobre la cubierta de vuelo del hangar de cazas del *Raddus*, el X-Wing empezó a bombardear a BB-8 insistentemente con acciones que técnicos competentes debían llevar a cabo de inmediato.

Esta vez el astromecánico simplemente cargó las 106 acciones a la base de datos de solicitudes de mantenimiento de cazas estelares de la Resistencia. Goss Toowers podría vérselas con el temperamental X-Wing por las próximas dos horas. Tal vez hasta programaría un muy necesario borrado de memoria.

El toldo de la cabina se elevó; cansado, Poe se quitó el casco.

—Bien hecho, amigo —le dijo a BB-8.

Mientras Poe bajaba de su X-Wing, BB-8 empezó a desacoplar sus conexiones. Pero *Negro Uno* no había terminado. El motor potenciador era obviamente un producto peligroso, de recambio y mala calidad que nunca debió instalarse; sin embargo, como sí

se había instalado, ¿acaso BB-8 registró la velocidad máxima del caza estelar durante la tarea recién completada? ¿No era la velocidad máxima registrada jamás por un X-Wing T-70?

BB-8 tuvo que admitir una leve curiosidad acerca de la pregunta. La respuesta regresó al instante de la base de datos táctica del *Raddus*: sí lo era. Apenas había pasado BB-8 la respuesta cuando *Negro Uno*, siendo *Negro Uno*, tenía otra consulta: ¿alguna vez *algún* caza estelar había registrado la velocidad máxima?

Esa era una consulta más complicada, una que BB-8 de inmediato decidió que sería un desperdicio de sus ciclos de procesamiento, y mucho más de los de la nave insignia de la Resistencia. Así que el astromecánico aseguró a *Negro Uno* que había impuesto ese récord también.

Si eso era cierto, bien por *Negro Uno*. ¿Y si no? Bueno, ya era muy tarde para dar al X-Wing una lección de humildad.

Los sensores visuales de BB-8 marcaron algo extraño en el corredor, más allá de la puerta del hangar. El astromecánico revisó los datos y llamó la atención de Poe, perplejo.

—¿Finn desnudo en una bolsa con fugas y qué más? —replicó Poe—. ¿Tus chips están bien?

Pero una mirada más detenida reveló que Finn, desnudo dentro de una bolsa con fugas, pasó caminando con dificultad por la puerta del hangar, con serpentinas de bacta saliendo a chorros de innumerables puertos de su traje. Poe corrió hacia el exstormtrooper de la Primera Orden.

—¡Amigo! —gritó—. Vamos a vestirte. Debes tener miles de preguntas.

Sin embargo, cuando finalmente pareció reconocer a Poe, Finn sólo tenía una:

—¿Dónde está Rey?



PARTE II

CAPÍTULO 5

La escalera estaba construida con piedras antiguas, cuarteada por la edad y con surcos dejados por el paso de incontables pies. Se elevaba desde la orilla del mar y serpenteaba hasta el pico, por arriba de la cabeza de Rey, una línea negra contra el verde, oscurecida aquí y allá por mechones de nubes.

Rey recogió su lanza y se ajustó el morral que le colgaba del hombro. Ella imaginó que podía sentir dentro de él el peso del sable de luz, el arma antigua y misteriosa que la había llamado en el castillo de Maz Kanata y que llevaba con ella a este planeta tormentoso de mares grises punteados por islas verdes. Un planeta identificado en el mapa de BB-8 con la leyenda AHCH-TO.

Rey vio la primera de esas piedras anchas (el principio del final de su largo viaje desde las arenas de Jakku) y miró detrás de ella, donde el *Halcón Milenario*, maltrecho y con forma de platillo, se sostenía sobre su dispositivo de aterrizaje. El grueso de la nave llenaba un área amplia y plana, justo por arriba del mar.

Chewbacca permanecía al pie de la rampa del carguero, con el astromecánico R2-D2 a su lado. El wookiee lanzó un grito de ánimo, mientras R2-D2 silbaba y se mecía sobre sus dos patas cortas y gruesas.

Pues bien, ella no había recorrido miles de años luz para detenerse aquí. Empezó a subir por los escalones, mientras el viento le azotaba el cabello oscuro a través del rostro.

Comparado con Jakku, Ahch-To parecía de ensueño. El aire era húmedo, con el aroma penetrante de la sal, y las pendientes empinadas de la isla eran de un verde vivo. Hasta hace unos días, el verde había sido un color con el que Rey sólo había soñado; ahora estaba rodeada por variaciones de él, desde los manojos de hierba esmeralda hasta el musgo grisáceo que se aferraba a las losas de roca.

También el océano era un lienzo de colores casi imposibles, pero estos cambiaban interminablemente: acá el agua parecía negra o gris, mientras allá era de color verde o azul, y por todos lados estaba moteado con espirales amarillas de reflejos de sol o las crecientes blancas de las crestas de las olas. Cuando se paró por primera vez fuera del *Halcón*, el cerebro de Rey había insistido en interpretar el agua como una superficie, y su estómago se había rebelado ante el rechazo de la superficie a permanecer quieta. Ahora, rodeada por el mar, se daba cuenta de que estaba viendo sólo la capa superior de algo profundo, vasto y en movimiento eterno. Ella consideró a la isla como un pequeño punto en el agua, pero esa también era una falla de percepción: la isla era el pináculo de una montaña que empezaba en la oscuridad y se elevaba desde los huesos del planeta, muy abajo.

Ella miró hacia atrás y se sorprendió de lo pequeño que se veía ya el *Halcón* y le divirtió ver a Chewbacca saludándola con la mano. El wookiee no quiso venir con ella,

porque, explicó, el *Halcón* tenía años de malos funcionamientos, descomposturas y constantes modificaciones que necesitaban corregirse.

R2-D2 mostró más disposición, pero no llegó más allá de la base del primer escalón antes de retirarse con un suspiro electrónico.

Las pendientes que rodeaban a Rey estaban llenas de vida. Insectos parecidos a palos la observaban inescrutablemente al elegir su camino entre la hierba, mientras las aves surcaban los vientos por encima de su cabeza. Muchas de las protuberancias rocosas que dejó atrás eran colecciones de nidos de avecillas pequeñas y regordetas. Mostraron curiosidad por la intrusa, mirándola con sus ojos grandes, líquidos, y desafiándola con descargas de graznidos. Su vuelo le pareció a Rey un triunfo de la determinación sobre la habilidad: parecían rocas en el aire, precipitándose desde los acantilados y agitando sus alas regordetas desesperadamente hasta que de alguna manera lograban equilibrarse a centímetros del desastre.

Rey se detuvo para recuperar el aliento: estaba acostumbrada a escalar las ruinas en forma de torres de destructores estelares, pero la escalada era todavía larga. El *Halcón* parecía ahora un círculo grisáceo muy abajo; sobre ella, la escalera seguía su ascenso en espiral.

Se dijo que sólo trepara, sin pensar en lo que le esperaba en la cima, pero eso era imposible. Sería una cruel broma cósmica, por supuesto, encontrar que el Maestro Jedi Luke Skywalker, el hombre que ella había considerado un mito, hubiera empacado algún tiempo antes. No obstante, algo le decía a Rey que no era así. De alguna manera, estaba segura de su presencia: como algo fugaz capturado en su visión periférica o como la sensación de hormigueo entre los omóplatos que te advierte de una presencia detrás de ti.

Ella estaba *destinada* a venir a este planeta, a aterrizar en esta isla, a subir por estos escalones. Estaba segura de ello. Toda su vida, todos esos días de desesperación agazapada en el calor y el polvo de Jakku, todas esas desoladas noches a la deriva en su frío y soledad, todo había sido un preludio para esto.

Llegó a una pared que se erigía junto a los escalones y pasaba a través de un claro anidado contra el acantilado. Varias cabañas modestas de piedra llenaban el espacio: conjuntos cónicos de piedras laboriosamente encimadas, con entradas estrechas. Eran antiguas pero estaban bien cuidadas. Algunas entradas estaban abiertas y vacías, mientras que otras tenían simples puertas de madera gris desgastada. Una de ellas tenía una puerta de metal oxidado y picado, adornada con franjas rojas deslavadas.

Rey miró las cabañas, pero sabía que este no era su destino, aún no.

Siguió las escaleras por una pendiente cubierta de hierba hasta que terminaron en un collado entre torres de roca. Una figura envuelta en una simple capa y una túnica estaba de pie a la orilla de un acantilado, de espaldas a ella sobre el mar interminable.

Después de un momento, la figura levantó su cabeza y se dio vuelta lentamente, mirando debajo de su capucha. El rostro por arriba de la barba canosa era arrugado y estaba desgastado por el tiempo, agrietado y curtido por indicios de climas extremos. Pero los ojos eran de un azul brillante.

Rey caminó hacia Luke Skywalker mientras él echaba hacia atrás su capucha. La mano izquierda de él era de carne y hueso, la derecha de metal y cables. Él se le quedó viendo, con una mirada directa e intensa y una expresión extraña. Ella no podía saber si había furia, desesperación o anhelo en su rostro.

Sin apartar la vista del hombre al que había venido a buscar desde tan lejos, Rey arrojó su lanza sobre su hombro, estiró la mano para tomar su morral y sacó el sable de luz. Se lo tendió, como un ofrecimiento y también como una súplica.

Las emociones se sucedieron unas a otras en el rostro del Maestro Jedi. Después de varios momentos, él dio un paso titubeante hacia el frente, luego otro. Estiró el brazo y tomó el sable de luz de la mano de ella.

Rey dio un paso atrás, con el aliento atrapado en su garganta, mientras Luke miraba con cuidado el arma antigua. Luego levantó los ojos hacia los de ella. Ella se esforzó para sostener esa poderosa mirada y mantener su posición.

Entonces Luke lanzó el sable de luz por el acantilado. Los ojos de Rey siguieron su arco por el aire, luego regresaron a Luke, bien abiertos por la sorpresa. Él pasó caminando junto a ella sin decir una palabra, con zancadas largas y deliberadas.

—Eh, ¿Maestro Skywalker? —logró decir ella, pero él había desaparecido escaleras abajo.

Ella titubeó, luego se precipitó tras él, hacia el claro con las cabañas. Llegó justo cuando se azotaba la puerta de metal oxidado, que la dejaba sola con los pájaros que lanzaban lamentos. Rey se acercó a la puerta y dio unos golpecitos titubeantes en ella.

—Maestro Skywalker, soy de la Resistencia —dijo ella—. La General Leia me envió. Necesitamos su ayuda. Necesitamos que regrese.

No hubo respuesta.

—¿Maestro Skywalker? —lo intentó de nuevo—. ¿Hola?

Esto no podía estar sucediendo, no después de haber pasado por tanto para llegar aquí. Ella sintió como si hubiera caído en una pesadilla, una en la que hablaba pero sus palabras no producían sonidos. Después de unos momentos más de silencio empezó a golpear con fuerza la puerta.

—¿Hola?

Rey encontró el sable de luz en la hierba, muy abajo del acantilado por el que Luke lo arrojó. Varios de los pájaros curiosos y regordetes estaban inspeccionándolo, gorjeando uno al otro con perplejidad. Ella los apartó con sonidos y recuperó el sable de luz, frotándose los nudillos que estaban hinchados por golpear en vano la puerta del Maestro Jedi.

Debajo de ella, vio una forma sumergida en las aguas poco profundas de una bahía: una forma demasiado angular para ser obra de la naturaleza. Se dio cuenta de que era un X-Wing, corroído por una larga inmersión en agua salada.

Revisó el sable de luz y se sintió aliviada de encontrarlo indemne. Lo volvió a colocar cuidadosamente en su mochila, mientras pensaba de nuevo en el Maestro Jedi enfadado en su cabaña de la cima de la montaña. ¿Acaso ella hizo algo incorrecto? ¿Lo ofendió de alguna manera? ¿Debía realizar algún ritual jedi secreto del que nadie se preocupó por ponerla al tanto?

Rey no tenía idea, ni pista de cómo arreglar las cosas. Además, el camino de regreso a la montaña era demasiado largo para que la ignoraran por quién sabe cuánto tiempo.

Miró malhumorada al X-Wing sumergido. Así que de allí era de donde venía la puerta: Skywalker había rescatado una de las alas. ¿Había quitado algo más? Con ojo experto, revisó la colocación de espirales de antenas, repulsores de maniobra, acopladores de descarga de estática y otro equipo que alguna vez había retirado para regatear a cambio de raciones.

«No creo que sea rescatable. Cero porciones».

Sonrió ligeramente ante la idea de Unkar Plutt boquiabierto ante un caza estelar que ahora parecía más un arrecife que un vehículo. Era posible que el reactor aún produjera calor residual, pero eso no le haría bien a nadie, excepto a los peces y crustáceos cercanos. Tal vez algo del cableado y los conductos aún estarían intactos, dentro de sus cubiertas protectoras. Sin embargo, todo lo demás sería basura.

Por supuesto, eso no necesariamente significaría que no se pudiera limpiar y se le tratara de pasar como si funcionara. Montones de comerciantes inescrupulosos en el puesto de Niima vivían de ello. Pero el resultado sería un mal funcionamiento o una descompostura que ocurriría en cualquier momento.

«Malos funcionamientos y descomposturas, ¿eh?».

Si el Maestro Skywalker no hablaba con ella, organizaría una conversación con alguien a quien no podría ignorar. Se echó a correr en dirección del *Halcón*.

Esta vez, por lo menos, los golpes en la puerta tuvieron una respuesta: una orden irritada de que se fuera de ahí. Un momento después, la puerta se había separado de sus goznes y rebotado contra la pared del fondo, mientras un furioso wookiee entraba como una tormenta en la cabaña, gruñendo y rugiendo.

Rey siguió a Chewbacca al interior, mirando detrás del primer oficial del *Halcón*. Luke se había cambiado y ahora estaba vestido con ropas de lana rústica y pantalones elásticos. Ella tuvo que admitir que la sorpresa en su rostro resultaba satisfactoria.

—¿Chewie? ¿Qué haces aquí?

Chewbacca, todavía furioso, sometió a Luke a otra tanda de bramidos.

—Dice que usted va a regresar con nosotros —dijo Rey.

Luke le dedicó otra mirada irritada.

—Lo comprendí —dijo él, antes de regresar su atención al wookiee—. No deberías estar aquí.

Chewbacca gruñó indignado.

—¿Cómo me encontraron? —preguntó Luke, todavía actuando como si Rey no estuviera allí.

—Es una larga historia —dijo Rey—. Se la contaremos en el *Halcón*.

—¿El *Halcón*? Espera…

Rey reconoció el instante en que Luke se dio cuenta de lo que estaba mal.

—¿Dónde está Han? —preguntó Luke a Chewbacca.

La furia del wookiee desapareció por completo, dejándolo abatido por la tristeza. Gimió lastimeramente. Rey dudó, luego dio un paso al frente. Lo menos que podía hacer era evitarle esta parte a Chewie. Pero eso significaba que dependería de ella contar a Luke que Han Solo estaba muerto.

CAPÍTULO 6

Mientras las puertas del turboelevador se cerraban, el General Hux tiró de los puños de su uniforme, aunque sabía que estaban perfectos. Trató de no pensar cuánto tiempo había pasado desde que el Líder Supremo Snoke lo había llamado a su sala del trono a bordo de la enorme nave de guerra conocida como *Supremacy*.

El *Supremacy* era una enorme cuña voladora, que medía 60 kilómetros de la punta de un ala a la otra. Sus diseñadores la habían ungido como el primero de los destructores estelares clase Mega de la galaxia, pero a Hux le parecía una clasificación carente de sentido. Ciertamente, el *Supremacy* podía proporcionar el poder destructivo de una flota entera, pero esa era una perspectiva demasiado estrecha para evaluar su capacidad. Dentro de su casco protegido había líneas de producción fabricando de todo, desde armaduras de stormtroopers hasta destructores estelares, fundiciones y fábricas, laboratorios de investigación y desarrollo, además de centros de capacitación para cadetes. La capacidad industrial del *Supremacy* dejaba atrás a sistemas estelares enteros, mientras que sus almacenes, que contenían de todo, desde alimentos hasta minerales, aseguraban que podía operar independientemente durante años sin hacer escalas en algún planeta.

Así se hizo expresamente. Snoke había sido firme en negarse a designar un mundo como capital de la Primera Orden, explicando fríamente que tenía mucho más en mente para su régimen que gobernar al puñado de sectores que reclamó en el Borde Exterior o colonizar grupos de mundos más allá de la frontera.

Esas ambiciones no harían a la Primera Orden diferente de los varios estados desunidos que habían brotado a la estela de la Guerra Civil Galáctica, ni de los reinos herméticos de las Regiones Desconocidas, muchos de los cuales habían sido desmantelados o destruidos por la Primera Orden durante su ascenso secreto. No, Snoke tenía un destino más grande en mente: la Primera Orden restauraría todo lo que se le había robado al Imperio y luego crecería sobre esa base reconstruida.

Hasta que esa promesa quedara satisfecha, la capital de la Primera Orden sería móvil. Sería el *Supremacy*.

Esta era una estrategia que Hux había ayudado a formular. No era posible privar al *Supremacy* de sus líneas de abastecimiento, porque cargaba con ellas. Además, Hux había visto los peligros de las capitales fijas: tenían su propia gravedad, atrayéndolo todo, desde flotas hasta músculo económico o talento intelectual. Eran centros culturales pero también pozos negros. Eso las hacía vulnerables.

Hux pensaba que Hosnian Prime había confirmado esa vulnerabilidad, y una sonrisa apareció en la comisura de sus labios. La antigua capital de la Nueva República era ahora un depósito de huesos: las brasas revueltas de una estrella, orbitadas por centros planetarios aplastados que eran atraídos lentamente para formar anillos de polvo y ceniza.

En algunos milenios, el sistema hosniano permanecería como un monumento al día en que la Primera Orden había barrido la debilidad y la deshonestidad de la República restableciendo el principio de gobierno mediante la fortaleza y la disciplina.

El nombre de Armitage Hux también sería recordado, de eso estaba seguro. Se le exaltaría como el constructor de los ejércitos de la Primera Orden, arquitecto de su revolución tecnológica y verdugo de la Nueva República. Muy pronto, además, como el destructor de la Resistencia. Por lo cual debía de obtener otra recompensa, reflexionó Hux. «Comandante del *Supremacy*» sería un excelente título, sobrepasado sólo por el de Líder Supremo Hux.

Hux casi murmuró esas tres palabras para sí, pero se contuvo a tiempo. Snoke tenía espías por todos lados en la Primera Orden, incluidos, muy probablemente, algunos electrónicos en el turboelevador que llevaba a su dominio privado en el corazón del *Supremacy*.

Las puertas se abrieron y en ese dominio entró Hux, uno de los pocos seres a los que se había concedido el privilegio de ver a Snoke en persona. El líder de la Primera Orden estaba sentado en su trono, flanqueado por ocho miembros de su guardia pretoriana con armaduras color carmesí. Por encima colgaban estandartes que portaban el emblema del régimen y se reflejaban en el piso negro y brillante; unas cortinas rojas cubrían los ventanales de la cámara. En las sombras de la sala del trono, Hux observó algunos droides realizando sus tareas y a los alienígenas de túnica morada que habían ayudado a la Primera Orden a trazar rutas en el hiperespacio a través de las Regiones Desconocidas.

En cuanto Hux puso una rodilla en el suelo, los ojos azules de Snoke cayeron sobre él, brillando en su rostro arruinado.

—General, le entregué un martillo de guerra y lo usó con una mosca de nugs —dijo.

—Como le aseguré, Líder Supremo, este revés es meramente temporal —replicó Hux.

Snoke lo estudió detenidamente. El Líder Supremo no era la figura imponente de sus transmisiones holográficas, aunque seguía empequeñeciendo a un ser humano. El rostro era asimétrica y el cuerpo encorvado; sin embargo, Snoke irradiaba poder. Una maligna energía parecía emanar de él, una que Hux imaginó que podía sentir lanzando zarcillos de búsqueda a su cerebro.

Hux sabía que la Fuerza era real; su cuerpo aún le dolía luego de que lo azotara contra la cubierta del *Finalizer*. Pero esa hechicería era un eco moribundo de historias antiguas, le parecía poco confiable e impredecible; en cambio, el poderío tecnológico era certero. Snoke no comandaba legiones de guerreros de la Fuerza, como alguna vez lo hicieron los jedi. A ningún niño se le arrancaba de las filas de los stormtroopers de la Primera Orden después de desplegar habilidades superiores a las de los seres comunes. Sólo estaban Snoke y su repugnante criatura Kylo Ren.

Sin contar a Skywalker, a quien Snoke y Ren habían cazado con tanta avidez, a costa de tantas otras cosas que necesitaban hacerse.

—Después de su falla de hoy, general, sus garantías no inspiran confianza —dijo Snoke.

Los hombros de Hux se tensaron ante la ira helada en su voz. Se esforzó por permanecer impasible. Si Snoke hubiera querido matarlo, lo habría hecho a bordo del *Finalizer*, donde la muerte de Hux habría servido como una lección viva para los demás. No habría desperdiciado tiempo en llamarlo aquí para deshacerse de él en secreto.

—Dices que puedes rastrear a la flota de la Resistencia aun después de su escape al hiperespacio, algo que ninguna fuerza militar en la historia galáctica ha sido capaz de hacer —dijo Snoke y Hux se relajó; ahora el Líder Supremo estaba en su territorio.

—Ninguna fuerza militar en la historia galáctica ha tenido acceso a la tecnológica que hemos creado, Líder Supremo.

—Ahora mismo la flota de la Resistencia ya debe estar al otro lado de la galaxia —dijo Snoke—. En cualquiera de los miles de millones de sistemas estelares. La posibilidad de revisarlos todos me deja exhausto, general.

—No necesitamos revisarlos todos, Líder Supremo. La red de cómputo de nuestro sistema de rastreo contiene datos que abarcan milenios: cada informe posterior a la acción de la historia imperial, además de muchos de las Fuerzas Judiciales de la República y de las Fuerzas de Seguridad Planetarias. Contiene informes de navegación astral, desgloses de exploradores y cámaras de comercio, información secreta de separa…

—Un inventario completo será tedioso —rugió Snoke.

Hux hundió su quijada.

—Por supuesto, Líder Supremo. Nuestros sensores determinaron con precisión la última trayectoria conocida del blanco y el control de rastreo lo coteja contra nuestros conjuntos de datos. Billones de destinos posibles se filtran y reducen a cientos. Luego a docenas y por último a uno.

—Entonces ¿por qué no nos dirigimos a ese solitario destino? —preguntó Snoke.

—Estamos cruzando los resultados de nuestro análisis inicial, Líder Supremo —dijo Hux—. Los cálculos finales estarán completos en unos minutos.

Snoke se echó hacia atrás en su trono, meditando la información. Sus guardias permanecían inmóviles en la armadura roja que los aprisionaba. Detrás de ellos, los navegadores alienígenas seguían con su inescrutable trabajo.

—De modo que tu solución a este problema ancestral no es un avance conceptual —dijo Snoke—. Tu invento no es producto del genio sino de la fuerza bruta.

—La fuerza bruta es menospreciada, Líder Supremo —dijo con una sonrisa—. La flota del hogar de la Nueva República está destruida y sus senadores sobrevivientes han disuelto las fuerzas especiales restantes para proteger sus mundos de origen. Su división los deja indefensos. Ningún poder en la galaxia puede interponerse a nosotros, Líder Supremo.

Su comunicador lanzó una alerta de alta prioridad.

—Con su permiso, Líder Supremo —pidió Hux y el líder asintió. El mensaje era el que esperaba—. Tenemos las coordenadas de la flota de la Resistencia, Líder Supremo. Con un porcentaje de confianza lo más cercano posible al cien por ciento.

—Entonces, prosiga, general. Ya explicó cómo funciona su invento, ahora demuéstreme lo que hace. Discipline a esa chusma de Organa.

Mientras Hux se ponía de pie, el turboelevador se abrió detrás de él y Ren entró en la sala del trono, con el rostro oculto detrás de su máscara negra y plateada. Hux no logró evitar una sonrisa.

—Parece que el nuevo juguete de Hux está funcionando —dijo Snoke a Ren—. Pronto tendremos a la Resistencia en nuestras manos.

—Gracias, Líder Supremo —dijo Hux y entró en el elevador.

Snoke lo había llamado para que respondiera por su falla y lo había despedido alabando su inventiva. Hux sabía que Kylo Ren había llegado sin logros que pudieran desviar la ira del Líder Supremo: fue necesario rescatarlo de la Base Starkiller mientras era destruida y pasó la mayor parte del tiempo desde entonces en manos de droides médicos que lo rearmaron.

Snoke había pastoreado a la Primera Orden a través de sus años en los pastizales galácticos, transformando a una banda de refugiados imperiales en un arma forjada para tomar el poder en la galaxia. Como tal, siempre sería recordado. Pero Hux sabía que el futuro necesitaría un tipo de líder diferente, uno capaz de dirigir las industrias de la galaxia y nutrir sus innovaciones, al mismo tiempo que era merecedor del respeto de sus ciudadanos. Snoke no era ese líder. Tampoco lo era Ren.

Kylo Ren ignoró estudiadamente a Hux mientras el general vestido de negro salía casi pavoneándose de la sala del trono. Pero Snoke no tuvo dificultad para percibir la ira que hirvió en Kylo al ver la sonrisa petulante de Hux.

—Te preguntas por qué conservo a un perro rabioso en un puesto de tanto de poder —dijo Snoke una vez que se quedaron solos—. Recuerda esto: esa debilidad, debidamente manipulada, también es un arma filosa.

Kylo ignoró eso, no estaba de humor para las enseñanzas de Snoke, al menos no después de todo lo que había sucedido.

—¿Cómo está tu herida? —preguntó Snoke, sin esforzarse por ocultar la burla en su pregunta.

—No es nada —dijo Kylo.

No era verdad: el corte del sable de luz en su rostro había necesitado microsuturas, pero Kylo portaría su cicatriz por el resto de la vida. Además, el abdomen le dolía en el lugar donde recibió un disparo de la ballesta de Chewbacca: un golpe que habría sido instantáneamente fatal si Kylo no hubiera contenido instintivamente su energía con la Fuerza.

—El poderoso Kylo Ren —dijo Snoke, mirando con detenimiento a su alumno—. Cuando te encontré, descubrí lo que todo maestro ansía ver: un poder indómito y puro. Y,

muy dentro, algo verdaderamente especial: el gran potencial de tu linaje. Un Vader renacido. Ahora temo que cometí un error.

Detrás de su máscara, Kylo miró con el ceño fruncido a la alta figura en túnicas doradas de khalat.

—Les he entregado todo lo que tengo, a usted y al Lado Oscuro —dijo Kylo, con la voz distorsionada por la máscara—. *Todo*.

—Quítate esa ridícula cosa de la cabeza —dijo Snoke, con la voz chorreando disgusto.

El impacto congeló momentáneamente a Kylo. Lentamente levantó los brazos y retiró la máscara, revelando su rostro cicatrizado. Snoke se levantó de su trono; el lento desplazamiento de sus pies indicaba el dolor que se despertaba a cada paso. Kylo mantuvo un rostro impasible mientras Snoke se acercaba a él; deseaba mantenerse quieto mientras el Líder Supremo estiraba un dedo hacia su mejilla. Luego la punta del dedo siguió el contorno del párpado, dejando atrás una franja de humedad.

—Sí —dijo Snoke—. Aquí está. Esa compasión hacia tu padre sigue dentro de ti, joven Solo.

Los ojos de Kylo se movieron rápidamente hacia Snoke, ardiendo de ira.

—*Asesiné* a Han Solo. Asesiné a mi… cuando llegó el momento, lo atravesé con mi sable. No dudé.

—Petulancia, no fortaleza —se burló Snoke—. Mírate. La hazaña dividió tu espíritu hasta la médula. Estabas desequilibrado y fuiste derrotado por una niña que jamás había empuñado un sable de luz. *Fallaste*.

Kylo sintió que la ira se encendía en lo profundo de su ser, se encendía y se volvía un infierno que exigía su liberación.

Sin embargo, Snoke también había anticipado eso. Kylo apenas había dado un ligero paso hacia su maestro cuando surgieron rayos de los dedos de Snoke, lanzando a Kylo hacia atrás y dejándolo tambaleante y adolorido. Los guardias pretorianos tomaron poses de combate, con los visores sin rostro fijos en Kylo.

Tras un movimiento desdeñoso de la mano de Snoke, los guardias retomaron su postura erguida, aunque aún miraban con cautelosa sospecha a la figura vestida de negro en el suelo.

—¡Skywalker sigue vivo! —gritó Snoke a Ren—. ¡La semilla de la Orden Jedi vive! Mientras sea así, ¡aún hay esperanza en la galaxia! —el Líder Supremo fulminó a Kylo con una mirada despectiva—. Creí que tú serías quien la sofocaría para siempre. Pero no. No eres Vader, eres sólo un niño con una máscara.

Kylo dio la espalda a Snoke, esforzándose para contener el fuego de su furia; por ello, se perdió la cruel sonrisa que retorció el rostro del Líder Supremo.

En el turboelevador, con las puertas cerradas, miró al casco que descansaba en sus manos. Esta vez la ira surgió sin aviso, una cosa viva que se sentía como si quemara y produjera ampollas en su propia carne. Kylo golpeó la máscara contra la pared. La Fuerza

estaba aullando dentro de él, dándole la fortaleza para martillear su máscara contra el metal hasta que quedó reducida a un trozo retorcido de negro y plata.

Las puertas del turboelevador se abrieron y dos aterrados oficiales dieron un paso instintivo hacia atrás para distanciarse del agitado hombre de negro.

—Preparen mi nave —dijo bruscamente Kylo.

CAPÍTULO 7

Los soles del atardecer colgaban a baja altura sobre las islas de Ahch-To, alargando las sombras de las viejas cabañas de piedra. Debajo, las olas suspiraban, con un sonido rítmico como el de la estática. Luke Skywalker estaba sentado en una banca afuera de su simple vivienda, junto a un Chewbacca malhumorado. Rey se mantenía cerca, renuente a interrumpir a los dos viejos amigos en su luto. Pero no podía posponerlo por más tiempo.

—Han Solo era mi amigo —dijo ella—. Ya no queda luz en Kylo Ren y sólo se está fortaleciendo.

La mera mención de ese nombre pareció aguijonear a Luke, que estaba encorvado junto a Chewie. Por un momento a Rey le pareció tan viejo y quebrado, desprovisto de cualquier poder que alguna vez hubiera poseído, y ella se sintió como una intrusa en su dolor.

Sin embargo, la galaxia necesitaba a este hombre, necesitaba que se levantara por encima de cualquier desgracia y tristeza que lo hubiera llevado a autoimponerse este exilio. Habían enviado a Rey para encontrarlo, y lo había hecho. Ahora tenía que moverle alguna fibra para hacerlo entender que todo se encontraba en el filo de la navaja.

—Leia me mostró proyecciones de los activos militares de la Primera Orden —dijo Rey—. Son *enormes*. Ahora que la República está destruida, no hay nada que pueda detenerlos. Controlarán todos los sistemas principales en tan sólo semanas. Destruirán a la Resistencia, a Finn, a todas las personas que me importan. *Ahora* ¿nos ayudará? *Tiene* que ayudarnos. Necesitamos de vuelta a la Orden Jedi. Necesitamos a Luke Skywalker.

Los ojos de Luke eran fríos, como de pedernal.

—No.

—¿Qué?

—No necesitan a Luke Skywalker.

—¿Escuchó una palabra de lo que dije? *En verdad*, *en verdad* lo necesitamos.

Luke frunció el ceño.

—Tú crees… ¿qué*?*, ¿que voy a salir y enfrentar a toda la Primera Orden? En cuanto a los jedi, si los tuvieras de regreso, una docena de caballeros jedi en túnicas, ¿qué crees que realmente harían?

Rey lo miró con incredulidad. ¿Estaba tratando de arrastrarla a algún tipo de debate estratégico? ¿En realidad no comprendía lo que significaban los jedi para la galaxia en peligro?

—Restaurarían el… equilibrio de…

Había un poco de lástima en la mirada de Luke mientras ella se tropezaba con la respuesta, pero también había ira.

—¿Qué es lo que crees que iba a pasar aquí? —preguntó él—. ¿Crees que no sé que mis amigos están sufriendo? ¿O que vine al lugar más difícil de encontrar en la galaxia sin una razón?

Ahora Rey estaba furiosa. El problema no era que él no hubiera entendido, sino que no le importaba.

—Entonces ¿por qué *vino* aquí? —exigió una respuesta.

En lugar de dar una, Luke se puso de pie, mirando con pesadumbre a Chewbacca.

—Lo siento, viejo amigo —dijo—. No voy a regresar.

Chewbacca no respondió (su furia con Luke se había disipado), pero Rey saltó de su banca.

—No me voy a ir sin usted —le advirtió.

—Ponte cómoda entonces —respondió Luke mientras se retiraba a su cabaña, deteniéndose para levantar la puerta rota y recargarla contra la piedra.

Rey se paró enfrente de la entrada, con las manos en la cadera, y lanzó una mirada desafiante a través del hueco. Si acaso pensaba que ella se había dado por vencida, pronto descubriría lo contrario. Jakku la había entrenado para hacer dos cosas mejor que nadie. La primera era reparar cosas rotas. La segunda era esperar.

Leia estaba sentada, sola, en su camarote a bordo del *Raddus*, mirando el túnel azul blancuzco del hiperespacio. La flota de la Resistencia se estaba quedando peligrosamente sin combustible, porque no tuvieron tiempo de transferir más que una fracción de la reserva almacenada en D'Qar a las naves en órbita. Ackbar no estaba demasiado preocupado; al fin y al cabo, la flota había escapado al hiperespacio. Su plan era hacer un salto corto en el espacio profundo a un punto de encuentro que alguna vez la Alianza había usado y entonces evaluar su situación.

Leia empezó a revisar automáticamente la lista de pendientes. Su primera tarea era lograr que la galaxia supiera que la Resistencia había sobrevivido y que se opondría a Snoke y su Primera Orden. Tenían que comunicarse a través de canales codificados con Snap Wexley, Jess Pava y los otros pilotos que Leia había enviado a reunir a los comandantes sobrevivientes de la Nueva República. Era preciso reclutar aliados del Borde Exterior, ponerse en contacto con senadores y líderes planetarios en busca de protección de la Primera Orden, fuerzas militares acorraladas que se habían quedado sin líderes por el golpe a Hosnian Prime y reactivar la red de droides espías de C-3PO.

La lista era desalentadora, pero Leia se sintió aliviada de que nada de eso pudiera hacerse en este momento. Al menos por un tiempo, Ackbar y la tripulación del puente podrían manejar todo.

Sin embargo, en cuanto logró un breve momento de soledad, Leia no se sintió reconfortada, al menos no bajo las luces amplificadas de las incontables estrellas que se agitaban a su alrededor. La galaxia estaba en guerra de nuevo y cada estrella que

iluminaba su camino era un posible campo de batalla, una amarga cosecha de miseria y pérdida que esperaba ser recolectada.

Había visto demasiadas pérdidas en tantos mundos: familia, amigos, camaradas de batalla, aliados e inocentes, y la idea de cuántas pérdidas más estaban por llegar representaba un peso monstruoso. No había un lugar en la galaxia al que pudiera ir en el que no estaría rodeada por fantasmas.

«La esperanza es una luz más brillante que la oscuridad más profunda, pero sólo nosotros podemos mantenerla encendida».

Su madre (Breha Organa, la reina de Alderaan) había dicho eso. Breha había sido asesinada por el Imperio, junto con cada una de las personas a las que había jurado proteger.

«¿Así es como ella hubiera querido que la recordara? ¿Que los recordara? ¿Como simples víctimas del Imperio?».

Después de Endor, Luke le había enseñado a abrirse ella misma a la Fuerza, a sentir el misterioso campo de energía que apuntalaba el cosmos. Él le dijo que, inconscientemente, ella había recurrido a la Fuerza toda su vida, no sólo cuando escuchó su desesperado grito de auxilio sobre Cloud City, sino también en las sesiones del Senado y las reuniones de estrategia de la Alianza. La Fuerza la había ayudado a interpretar asambleas y percibir los vientos políticos. Le había prestado autoridad para sus llamados a la acción. Le había dado ánimos cuando las cargas de la oficina amenazaban con volverse aplastantes. Él quería enseñarle cómo acceder a la Fuerza conscientemente; después de eso, todo dependería de ella.

A bordo del *Raddus*, Leia cerró los ojos y recordó esas lecciones antiguas.

«Déjate llevar por tus instintos», le había dicho Luke. «Ve más allá». Él le había explicado que la vida creaba la Fuerza y la hacía crecer. Las lecciones de Obi-Wan Kenobi y Yoda lo habían ayudado a comprender que la Fuerza era una marea luminosa, que rebasaba los límites de los cuerpos que la generaban, conectando y uniendo toda la vida en una telaraña de energía que abarcaba la galaxia entera.

Al aprender a estar en calma y en paz, le dijo, una jedi podía sentir esta energía alrededor de ella, trazando las corrientes y ondulaciones siempre cambiantes que formaban la vida. Al abrirse a la Fuerza, ella podría entonces guiar sus posibilidades y hacer cosas extraordinarias. Pero todas esas proezas dependían de su comprensión de los fundamentos de la Fuerza como una creación de la vida… y de los jedi como meros recipientes temporales de su voluntad.

Leia había aprendido esta primera lección en el mundo pastoral de Gatalenta, en un claro del bosque cubierto por sombras. Al principio, no había sentido nada, excepto la oleada de sus propios pensamientos. No poder detenerlos la irritó, también, que Luke no dijera una palabra cuando ella le pidió ayuda.

Ella decidió esperarlo; no haría nada hasta que su hermano admitiera lo obvio, que ella no tenía el don para la meditación profunda. De modo que se sentó allí obstinadamente por horas, hasta que el suave y cálido sol de Gatalenta había bajado del

cielo y las brillantes aves canoras verdes y azules que vivían en el claro empezaron a regresar a sus árboles.

Al anochecer, Leia ya no estaba molesta con Luke, no era consciente de sus pensamientos precipitados ni le preocupaba la rigidez en su espalda. Sólo estaba sentada, con su mente a la deriva. Observaba distraídamente los destellos de color en los árboles mientras los pájaros reunían hojas suaves para sus nidos, y pensó que casi podía verlos con los ojos cerrados.

Y entonces se dio cuenta de que sus ojos *estaban* cerrados. Sentía a los pájaros a través de la Fuerza, los percibía como manchas de luz y vida. Ella podía verse y también a Luke: rayos de energía vivos en su nueva conciencia. Estaban rodeados por otras presencias incontables: árboles, insectos y las pequeñas criaturas invisibles de tierra y aire. Todas esas cosas vivas creaban la Fuerza, pero no la contenían: su energía se derramaba de ellos hasta que lo imbuía todo, haciendo que la misma idea de presencias individuales careciera de sentido. Asombrada, Leia abrió los ojos y vio a su hermano sonriendo.

Ahora, años después, a bordo del *Raddus*, Leia se recordó que debía inhalar y exhalar. Se visualizó liberando sus miedos y ansiedades, uno por uno. Su respiración se volvió lenta y dejó que sus sentidos vagaran, como si no estuvieran atados a su cuerpo. Se dejó llevar más allá de los confines de su camarote, su conciencia se expandía para abarcar la totalidad del *Raddus* mientras se precipitaba por el hiperespacio.

Podía sentir la Fuerza a su alrededor y los seres que la creaban, junto con la salvaje cacofonía de sus emociones. Su fuga le brindaba alegría y una emoción entrecortada ante la perspectiva de la batalla. Pero también había miedo, por su situación precaria, y ansiedad, ante la posibilidad de que pudieran fracasar. La Fuerza brillaba por la ira y una necesidad de venganza, y se agitaba por la agonía de tener que seguir adelante sin sus amigos y sus seres queridos.

Leia dejó que todo eso la bañara, permitiendo que sus mareas la llevaran de aquí para allá. Luego se extendió hacia los individuos con los que tenía una conexión emocional.

Luke le explicó que en este punto él había rechazado las enseñanzas de los jedi. La Orden había prohibido los lazos emocionales, advirtiendo que dejaban a un jedi vulnerable a los señuelos del Lado Oscuro. Por cierto, había sido un amor convertido en celos y obsesión lo que había llevado a su padre, Anakin Skywalker, a la oscuridad y a la desesperación.

Sin embargo, Luke no estaba de acuerdo con Yoda y Obi-Wan Kenobi en que Anakin se había alejado completamente de la luz. Había insistido en que los mismos enredos emocionales que llevaron a Anakin a convertirse en Darth Vader también podrían atraerlo de regreso (enredos como el inquebrantable amor entre padre e hijo, puesto que ambos pensaban que se habían perdido el uno al otro). Luke había tenido razón: ignorar a sus maestros lo había salvado a él, a la Alianza y a la galaxia.

Leia se dejó llevar y encontró a Ackbar, cansado pero impasible, con la mente filtrando las preocupaciones con su habitual manera ordenada. Percibió que Connix

estaba exhausta, con incertidumbre y dudas. Y la pena de Fossil por la pérdida de los pilotos de los bombarderos era tan cruda y abierta que Leia se retiró instintivamente de ella.

Se sorprendió al percibir la presencia de Finn, desertor de la Primera Orden a quien se le había puesto en coma para sanarlo. Estaba despierto y en una maraña de ansiedad y confusión. Hermanado con él en la conciencia de Leia estaba Poe Dameron, con sus emociones oscilando entre el orgullo y la duda.

«Demasiado orgullo y escasas dudas», pensó ella y siguió adelante. Pronto tendría que lidiar con Poe.

Leia dejó que su mente siguiera a la deriva, lejos del *Raddus*, hasta que sintió el roce de otras mentes, seres en mundos que quedaban atrás de manera precipitada en su salto por el hiperespacio, un zumbido constante de emociones, esperanzas, sueños y temores. Ella llegó aún más lejos, buscando una señal distintiva en particular, una que sabía que ardería brillantemente en la Fuerza, pero no estaba allí.

Alguna vez, ella había sido capaz de sentir la mente de Luke a media galaxia de distancia, aunque sólo como una ligera sacudida en la Fuerza. Sin embargo, habían pasado años desde que había percibido su presencia.

Cuando la traición quebró a su familia, tanto la agonía como la culpa de Luke habían azotado a la Fuerza hasta que se sintió como un mar abatido por la tormenta. Ella había sido capaz de percibir la agitación de las emociones en su hermano aunque él ya se había retirado y la había abandonado en su momento de mayor desesperación. Desbordada por su ira y su dolor, ella lo había dejado irse, y por un tiempo lo había querido lejos.

Eso fue lo que sucedió. La percepción de su hermano se había reducido a un eco, luego a un susurro y finalmente a nada en absoluto. Ella no sabía por qué ni lo que eso significaba. Tal vez Rey había descubierto eso y venía de regreso con la respuesta. Y tal vez Luke estaba con ella.

Leia sintió el dispositivo que tenía enredado en su muñeca y se detuvo. Bajó sus manos y se enfocó en sus sentidos. Tal vez si se dejaba llevar de nuevo…

Un momento después sus ojos se abrieron y se sintió mareada. La Fuerza había sido rasgada de pronto por el peligro. Venía por ella. Por ella y por toda la Resistencia.

En las afueras del ventanal del camarote de Leia, la agitación del hiperespacio se desvaneció y fue reemplazada por la negrura del espacio. Ella se levantó y corrió hacia el puente.

Poe había llevado a Finn a sus cuarteles para que pudiera limpiarse los viscosos restos de bacta, ponerse uno de los uniformes de la Resistencia que le sobraban a Poe y obtener una respuesta a su pregunta. Sin embargo, la respuesta de Poe lo había dejado aún más intranquilo.

—Así que volaron la Base Starkiller, Rey venció a Kylo, la Resistencia obtuvo el mapa —le dijo Finn a Poe—. Ustedes ganaron, ¿verdad? ¿Por qué esto no se siente como un triunfo?

BB-8, que rodaba por el corredor junto a ellos, emitió tristes sonidos electrónicos: al parecer, el astromecánico estaba de acuerdo con Finn.

—Salimos de nuestro escondite para atacar la Starkiller —dijo Poe, ajustando bajo su brazo un bulto que había retirado de un casillero en sus cuarteles—. No le tomó mucho tiempo a la Primera Orden encontrar nuestra base.

Finn podía ver que la atención de su amigo estaba en algún lugar distante. Hizo una pausa, tratando de darse una idea de cómo articular lo que tenía que decir.

—Mira, Poe —dijo—. Creo en lo que ustedes están haciendo, pero yo no me uní a este ejército: seguí a Rey hasta aquí. No quisiera que pensaras que soy algo que no soy.

—Todo va a estar bien, no te preocupes —dijo Poe—. Estás con nosotros. Este es tu lugar.

La reacción de su amigo sólo hizo que Finn se sintiera más culpable. Poe no comprendía que Finn no se había unido al ataque a la Base Starkiller para ayudar a la Resistencia, sino para rescatar a Rey. Finn había soñado con convencerla de que se uniera a él en algún lugar de las tierras inexploradas del Borde Exterior, donde la Primera Orden nunca pudiera encontrarlos. Había sido un plan sensato entonces y seguía siéndolo ahora. La Primera Orden nunca dejaría de cazar a la Resistencia hasta que quedara destruida, pero dos fugitivos podrían tener una oportunidad de escapar a su atención y hacer su vida en algún mundo apartado.

Finn se rascó un costado (era un alivio quedar libre del bacta, pero aún sentía una comezón abominable) y, por tanto, dejó de notar que Poe le estaba ofreciendo lo que había tomado de sus cuarteles.

Ahora vio que se trataba de la vieja chaqueta de piloto que Finn había rescatado de un TIE destrozado en Jakku, cuando pensaba que Poe estaba muerto; la misma que Kylo Ren había cortado en su confrontación en la Base Starkiller. La rasgadura en la espalda había sido remendada por una mano indiscutiblemente inexperta.

—No soy bueno cosiendo —dijo Poe como disculpa—. Además, tú lo sabes, estaba salvando a la flota.

Finn agachó el rostro. Era un gesto amable, lo que no resultaba sorpresivo: Poe nunca había sido más que atento con él. Demonios, ¿no había sido ese piloto quien le dio su nombre? Pero eso sólo significaba que Poe se sentiría aún más decepcionado cuando descubriera cómo se había equivocado por completo al juzgar a Finn.

Finn miró con incomodidad a su amigo, tratando de reunir el valor para explicarse. Antes de que lograra hablar, un droide dorado de protocolo dio vuelta de prisa en la esquina, alarmando a BB-8 y casi chocando contra ellos.

—Comandante Dameron, la Princesa Leia solicita su presencia en el puente cuanto antes —dijo C-3PO—. Traté de que eso sonara lo más placentero posible.

CAPÍTULO 8

Poe no recordaba una sola época en que no hubiera conocido a Leia Organa. Ella había sido mentora de sus padres, Kes Dameron y Shara Bey; ambos habían servido al lado de Leia en la Alianza. Ella le había dado seguimiento al desarrollo de Poe mientras crecía y aprendía a llevar a los cazas estelares hasta sus límites, y en ocasiones más allá de estos. Y ella lo había convencido de que dejara la Nueva República en favor de la Resistencia.

La conocía muy bien para identificar la fría furia en su expresión mientras entraba en el puente del *Raddus*, con Finn y BB-8 detrás de él.

Una furiosa General Organa era una fuerza que debía tomarse en serio, y una por la que Poe sentía un saludable respeto. Pero se sentía seguro de poder tranquilizarla. Después de todo, siempre lo había logrado anteriormente. Se comprendían entre sí. Ella sabía que él podía ser imprudente y tonto, pero él sabía que ella no quería que él fuera diferente. Cuando ella lo reclutó, había dicho, por cierto, que algunos imprudentes podían ser de utilidad a la Resistencia y agregó que a menudo se confundía la tontería con la pasión.

Poe nunca había olvidado esas palabras y sabía que Leia tampoco. Así que fue una sorpresa cuando ella le dio una bofetada.

—Estás degradado —dijo ella, ignorando las caras aturdidas alrededor de ellos en el puente.

—¿Por qué? —protestó él, mientras sentía aguijones en la mejilla—. ¿Un recorrido exitoso? ¡Destruimos un Dreadnought!

—¿A qué costo? ¡Saca tu cabeza de la cabina!

—Si inicias un ataque, ¡lo terminas! —dijo Poe.

—Hay cosas que no puedes resolver saltando a un X-Wing y haciendo explotar algo. Necesito que aprendas eso.

—Hubo héroes en esa misión —dijo Poe, sin deseos de concederle la razón.

—Héroes muertos —dijo bruscamente Leia—. No líderes.

El silencio que siguió fue incómodo y aparentemente interminable. Fue Finn quien lo rompió.

—Estamos en la nada, en el espacio profundo —dijo—. ¿Cómo va a encontrarnos Rey?

La flota había emergido del hiperespacio en un viejo punto de encuentro de la Alianza que no era más que unas coordenadas elegidas al azar, y Finn estaba viendo un mapa holográfico de su posición, con evidente perplejidad.

Algo de la dolorida necesidad en la pregunta de Finn conmovió a Leia. El exstormtrooper era valiente y capaz, pero había una cualidad infantil en él: indefenso y casi inocente. Ella pensó que, en una galaxia dividida por la guerra, eso era algo que merecía encomiarse en lugar de castigarse.

Leia sonrió y subió su manga para mostrar una bagatela con un brillo débil atada a su muñeca, lista para explicar a Finn lo que era. No fue necesario: él lo reconoció.

—Una señal binaria encubierta.

Leia asintió.

—La luz de vuelta a casa.

—Muy bien —dijo Finn—. Entonces hasta que ella regrese, ¿cuál es el plan?

—Necesitamos encontrar una nueva base —dijo Leia.

La Comandante D'Acy asintió.

—Una con suficiente potencia para enviar una señal de auxilio a nuestros aliados en el Borde Exterior.

—Lo más importante es que necesitamos llegar allí sin que nos detecten —agregó Leia.

Como si fuera una respuesta, una alarma empezó a sonar en el puente.

—¡Alerta de aproximación! —dijo un sorprendido Ackbar.

—Eso no puede ser —dijo Poe.

Pero una mirada a las pantallas holográficas del *Raddus* mostró que de eso se trataba.

Una enorme nave de guerra, mucho más grande que cualquier cosa que Poe hubiera visto o imaginado, surgió del hiperespacio, flanqueada por más de dos docenas de destructores estelares. Poe supo que tenía que ser la nave insignia de Snoke. Había escuchado historias acerca de la descomunal capital voladora de la Primera Orden, historias que esperaba que fueran exageraciones sin fundamento.

—¿Podemos saltar a la velocidad de la luz? —preguntó.

—Apenas tenemos combustible suficiente para un salto —dijo Connix, con el rostro pálido por la preocupación.

—Hazlo rápido. ¡Tenemos que salir de aquí!

Pero Leia levantó su mano.

—Espera —dijo ella, mientras reconocía una sombría realidad—. Nos rastrearon a través del hiperespacio.

—Eso es imposible —replicó Poe.

—Sí, y lo hicieron.

Una vez más, fue Finn quien rompió el silencio producido por el aturdimiento en el puente.

—Si damos el salto a la velocidad de la luz, nos encontrarán de nuevo y nos quedaremos sin combustible —dijo—. Estamos atrapados. Nos tienen.

Eso sacó a Poe de su trance.

—Aún no —insistió él, luego volteó hacia Leia, arriesgándose a que ella alzara una ceja—. ¿Permiso para saltar a un X-Wing y hacer explotar algo?

—Concedido.

Enseguida, Poe abandonó el puente, sintiéndose extrañamente aliviado de regresar a la batalla. Leia había estado genuinamente furiosa con él; se prometió que encontraría un momento para pensar en lo que ella había dicho y por qué lo había dicho.

Pero ella también había recordado algo más importante: en realidad ella necesitaba que él fuera temerario en ocasiones. Como ahora, por ejemplo.

El gemido del claxon sacó a Tallie de su siesta en la sala de preparación, apenas fuera del hangar principal de cazas estelares del *Raddus*.

Los pilotos de combate aprendían la necesidad de tomar una siesta en cualquier momento, en cualquier lugar, por todo el tiempo que pudieran permitirse, pero el sueño de Tallie había sido incómodo e intranquilo. Ella seguía cayendo en el mismo sueño, uno en que ella tenía que proteger bombarderos de la Resistencia que no aparecían en su campo de visión; ella sólo los localizaba por los gritos de sus pilotos mientras morían.

Miró alrededor, perpleja, y encontró a Starck incorporándose en un catre cercano, con aspecto igualmente confundido. El holotanque de la sala de preparación se iluminó; ambos pilotos lo estudiaron y luego voltearon a mirarse uno al otro.

—Eso es prácticamente una flota estelar completa —dijo Tallie.

—Dos de ellos son los mismos que nos estaban cazando en D'Qar —dijo Starck—. No puede ser cierto. Debe ser un desperfecto.

Puntos rojos empezaron a destellar en el vacío delante de la nave insignia enemiga.

—Tu desperfecto acaba de lanzar un escuadrón de TIE —dijo Tallie.

Ella se puso sus botas y su chaleco de vuelo, ajustando automáticamente con manos expertas las correas hasta que lo sintió cómodo, luego recogió su casco. Starck estaba saltando sobre un pie, tratando de ponerse la otra bota.

—Después practicas tus pasos de baile. Tenemos que volar —gritó ella sobre su hombro, activando su comunicador y seleccionando el canal del escuadrón—. Jefe, ¿está viendo esto? —gritó Tallie mientras atravesaba a toda prisa la cubierta del hangar, esquivando unidades BB que lanzaban chillidos y que acosaban a los técnicos que estaban trabajando en mantenimiento de rutina un momento antes.

—Lo sé. Voy en camino —dijo Poe, sin aliento.

El *Raddus* se sacudió debajo de Tallie cuando ella llegó a su A-Wing haciendo una seña con la mano a un técnico sullustiano para que se alejara. Acomodó a tropezones una escalera, se trepó al fuselaje del caza y se dejó caer en la cabina del piloto. Starck estaba gritando para que su astromecánico ocupara su lugar y para que la tripulación de tierra desenganchara las mangueras de combustible. Ella tomó nota para acordarse de que no debía hacer eso. Los técnicos sabían lo que tenían que hacer y estaban trabajando con la mayor rapidez posible: gritarles no ayudaría en nada.

El *Raddus* tembló de nuevo. Tallie encendió en frío los motores y el pequeño caza gruñó a manera de breve protesta, luego empezó a ronronear alrededor de ella, como si estuviera ansioso por salir al espacio y enfrentar al tormento de la flota. *Negro Uno* aún se encontraba vacío, pero la tripulación de tierra estaba desacoplando mangueras del X-Wing y cerrando paneles de acceso a una velocidad frenética.

Mientras los pilotos empezaban su pase de lista, Tallie divisó al astromecánico con acentos anaranjados de Poe rodando en el hangar desde el corredor principal. El líder de escuadrón corría deprisa detrás del droide, con los ojos fijos en su X-Wing.

Luego, los sensores en el A-Wing de Tallie destellaron en rojo, lanzando una advertencia urgente.

«¿Bloqueo de misiles? Todavía estamos en el hangar. Este es realmente un desperfecto».

Los dedos de Tallie alcanzaron el interruptor. Antes de que pudiera silenciar la alerta, todo a su alrededor se volvió calor y luz.

Los TIE entrantes cayeron sobre la fragata de carga *Vigil* y le rompieron el dorso. Un momento después, la nave de guerra explotó en una nube de fragmentos brillantes al paso de los cazas estelares. La nave de la Primera Orden pasó rozando el casco del *Raddus*, mientras un arco de fuego láser se dibujaba desde sus armas, y el crucero gruñó y se estremeció.

—¡Torpedo! —gritó un oficial sensor—. ¡Golpe directo en el hangar de los cazas estelares!

Leia no tuvo tiempo de pensar en las pérdidas que habían sostenido en un día ya insoportable, ni de preguntarse si Poe había alcanzado el hangar antes del impacto.

—Máxima potencia al frente —ordenó, y su voz cortó el alboroto en el puente—. Si salimos del alcance de los destructores estelares, los cazas se van a replegar.

—Todas las naves, máxima potencia —dijo Ackbar—. Concentren los escudos traseros.

Leia asintió. El *Raddus* estaba en la retaguardia de la columna de la Resistencia y sus escudos se interponían entre sus perseguidores de la Primera Orden y las otras tres naves.

Entonces se puso rígida. Con la vista al frente, buscó a tientas una silla y medio cayó sobre ella; las caras preocupadas de los oficiales de la Resistencia se dirigieron a ella.

Su mente había rozado una presencia familiar en la Fuerza, una que conocía íntimamente. Una presencia que alguna vez fue brillante, pero que se volvió negra como el espacio, como un grito sin sonido de ira y necesidad. Ella supo instantáneamente que era Ben Solo, su hijo.

Leia trató de que no la arrastraran sus propios recuerdos, aunque sabía que no podría resistirse.

Ben en su vientre, dándose vuelta y estirándose en busca de comodidad, un resplandor siempre expandiéndose en la Fuerza, pero siempre marcado con vetas de sombra. Luke le había asegurado que era normal: cuanto más brillante era la luz, más oscura era la sombra. Ella esperaba con desesperación que fuera verdad.

Ben como bebé, con el rostro rojo y redondo. Su cabello había sido negro desde el nacimiento, imposiblemente fino y delicado, la cosa más suave que Leia había imaginado.

Ben de niño, siguiendo siempre a Han, cargando los dados del *Halcón Milenario* (los que su padre había usado para ganar ese carguero amado y maltratado) y asegurando a cualquiera que lo escuchara que un día sería piloto, tal como su papi.

Ben en la adolescencia, con un rostro más delgado y una quijada fuerte. Un niño que siempre parecía solo, una tormenta agitada en la Fuerza. Su ira había empezado a manifestarse en funcionamientos defectuosos, descomposturas y objetos que se caían de los anaqueles y se destrozaban sin que nadie estuviera cerca.

Ben, su hijo, quien les fue arrebatado a ella y Han, robado por los engaños de Snoke, los errores de Luke y su propia furia. Quien se convirtió en Kylo Ren, el defensor más importante de la Primera Orden y el asesino de su propio padre.

Ben lideraba ese escuadrón de TIEs. Él había disparado el torpedo que mató a sus pilotos y ahora se estaba dando vuelta para matarla a ella y a todos los demás.

Kylo ladeó su caza (un TIE prototipo Silenciador, con un casco negro como la noche), para alejarlo de las ruinas del hangar de cazas estelares; sus compañeros de vuelo imitaron su maniobra.

La flota de la Resistencia apenas merecía ese nombre: el ataque inicial de sus cazas la había reducido al pesado crucero mon calamari y a dos naves más pequeñas y de poca importancia. El crucero pesado había vuelto a equilibrar su escudo para protegerse contra los turboláseres de las naves de la Primera Orden que hostilizaban su popa. Esa era una estrategia sensata, pero dejaba al crucero vulnerable ante los TIE merodeadores, y Kylo acaba de asegurarse de que no lanzarían cazas estelares pronto.

—Apunten al puente principal —dijo él.

Él sabía que su madre estaría allí. No era el estilo de Leia Organa liderar desde la retaguardia, ni poner sus propias preocupaciones por encima de cualquier causa que ella abrigara en un momento determinado. Preocupaciones como su hijo. *Cualquier* tipo de preocupación.

¿Cuántas noches había pasado solo de niño, regañado por droides nanas mientras su madre negociaba con los diplomáticos de la Nueva República, peleaba con líderes planetarios renuentes o se esfumaba en reuniones secretas? Sus protestas habían sido respondidas con promesas solemnes de que pronto las cosas serían diferentes: después de que su madre hubiera resuelto esta crisis actual, o si no esta, entonces definitivamente la que le siguiera.

Nada cambió jamás y nunca hubo alguien que escuchara: ni los droides, ni los lacayos cargados de datapads de su madre y, por supuesto, tampoco su inútil padre, quien hacía bromas y daba excusas, pero jamás estuvo allí para Ben.

Sus padres sólo habían prestado atención cuando la furia y el resentimiento de Ben habían llegado al punto de ebullición y les resultó imposible ignorarlo. Luego habían entablado conversaciones preocupadas a puerta cerrada, pensando que él no se daría cuenta. Conversaciones en que hablaban de él como si no fuera su hijo, sino algún tipo de monstruo.

Él se dio cuenta de que le tenían terror. Así que se deshicieron de él, enviándolo lejos con su tío Luke, cuya traición resultaría peor.

Sin embargo, ya no era Ben Solo: Kylo había mudado su identidad de la infancia y la patética debilidad que representaba. Los días en que Han Solo engañaba y decepcionaba a la gente se habían terminado. La Nueva República estaba destruida. Y ahora la Resistencia (la última de las causas de su madre) sería la siguiente en extinguirse.

El puente del pesado crucero se encontraba en el centro de las mirillas de Kylo. Se quedó viendo sus instrumentos, verificando que sus torpedos estuvieran cargados y armados.

Efectivamente, su madre estaba allí. Podía sentir la presencia familiar de ella en la Fuerza, y podía sentir su determinación y su concentración, junto con un profundo cansancio. Además de pena y preocupación.

«Es demasiado tarde para sentir pena, madre. Aunque tienes razón en preocuparte».

Su pulgar pasó por encima del gatillo, aun mientras sus sentidos se embebían en impresiones de la Fuerza. El pánico en el puente decaía y fluía alrededor del foco de tranquilidad que era su madre. La ansiedad de ella pulsaba en la Fuerza, en el último momento antes de su muerte… pero ella no tenía miedo.

Él se dio cuenta de que ella estaba preocupada *por* él. No estaba enojada. Le dolía que él regresara por ella. Kylo oprimió el gatillo ligeramente, pero no lo suficiente para disparar. Luego levantó el pulgar. No podía hacerlo.

Un momento después, el compañero de vuelo de Kylo disparó. El torpedo se abrió paso a través del puente del *Raddus* y explotó. En un nanosegundo se volvió el centro de una envoltura expansiva de sobrepresurización que lanzó a los miembros de la tripulación y al equipo en todas direcciones, destrozó los ventanales y retorció las mamparas que separaban al puente del resto de la nave. Luego la carga de plasma supercaliente del torpedo vaporizó todo lo que la onda explosiva no había arrojado al espacio, dejando detrás una ruina de metal retorcido, ennegrecido, que ya se enfriaba en el vacío.

La explosión sacudió a Kylo en su cabina de mando. De haberlo sabido, hubiera detenido el torpedo, congelándolo en el espacio con un pensamiento. Lo había sorprendido. Ahora ya no sentía a su madre: el impacto había destrozado su concentración y se quedó allí, tras el mando de su caza, respirando con dificultad.

—Las naves de la Resistencia han quedado fuera de rango —dijo Hux por el comunicador—. No podremos cubrirte a esta distancia. Regresa a la flota.

—¡No!

Kylo se dio vuelta hacia el *Raddus*, decidido a borrar al crucero y al resto de la flota de la Resistencia. Los cañones de defensa de la nave mon calamari escupieron energía a los TIE y el caza a babor se desvaneció en una bola de fuego.

—Órdenes de Snoke —le dijo Hux—. No durarán mucho si siguen quemando combustible a ese ritmo. Es sólo cuestión de tiempo.

Hux sonaba paciente, como si se dirigiera a un niño. Kylo mostraría al arrogante general que aquel era un error fatal.

Las armas del *Raddus* incineraron otro TIE. Con los dientes apretados, Kylo interrumpió el ataque y se dirigió deprisa a la línea distante de naves de guerra de la Primera Orden.

Leia Organa voló por el vacío, con los brazos levantados como si suplicara. Podía sentir que la humedad en sus ojos y su boca se evaporaban y que sus pulmones luchaban por llenarse de un aire que no estaba allí. Todo lo que podía ver alrededor eran escombros y miembros de la tripulación del puente. Quienes no estaban muertos, lo estarían pronto.

Podía ver a los cazas TIE de la Primera Orden, encogiéndose a la distancia. A su hijo, perdido para ella, que ahora volaba de regreso con su maestro. A quienes estaban a bordo de uno de los puntos brillantes de luz ordenados en fila más allá de esos cazas. Esas luces eran destructores estelares, cazando implacables a su pequeña flota maltratada y asediada.

Ella se podía rendir y todo terminaría en un momento. Estaría en paz. Luego observó otra luz cercana, a la deriva en el espacio, entre los restos. Se dio cuenta que era el dispositivo de señal de Rey, que ella necesitaría para encontrar su camino de regreso. Se había soltado de la muñeca de Leia.

Su mano se cerró alrededor de su brillo suave. No podía rendirse, aún no. Tenía que seguir adelante, por Rey y por todos los demás en el *Raddus*. Y por todos a quienes la Primera Orden entregaría a la miseria y a la desesperación. Leia cerró los ojos y agachó la cabeza, con sus manos extendidas y tensas mientras se concentraba.

«Siente la Fuerza a tu alrededor. La vida la crea, la hace crecer».

Leia se dejó llevar por sus instintos. Estaba rodeada por los restos de la batalla, pero delicados hilitos de vida permanecían a su alrededor, generados por los pequeños microorganismos que vivían, indetectables, sobre sus cuerpos y dentro de ellos, incluso en el aire. Su energía de la Fuerza estaba decayendo, muriendo o entrando en estado latente, pero ella pudo percibir que formaban una tenue escalera de regreso a la nave de guerra detrás de ella.

Leia pidió que la Fuerza la ayudara a ascender esa escalera y a regresar al puente destrozado. Ahí, débilmente, podía ver a la tripulación de la Resistencia reunida en una esclusa de aire.

Lentamente, aunque sus sentidos se apagaban, su cuerpo se elevó hacia las fauces abiertas del puente destrozado. Se deslizó entre los restos hacia la esclusa. Los dedos de Leia rozaron el ventanal y la escotilla exterior se cerró.

Entonces la puerta interior se abrió, inundando el estrecho espacio con luz, aire y vida. Débilmente, como si llegaran de muy lejos, escuchó cómo la rodeaban órdenes contradictorias y preguntas agonizantes. La Fuerza era brillante y estaba punteada por el miedo.

Leia quiso decir a sus rescatadores que todo estaría bien, que deberían ver a la flota. Pero le resultó imposible imaginar siquiera el esfuerzo necesario para hacerlo. Así, tardíamente, ella se rindió, dejándose ir y permitiéndose deslizarse en la oscuridad.



PARTE III

CAPÍTULO 9

El Maestro Jedi salió de su cabaña al amanecer. El otoño había llegado a la isla y la mañana era gris, como anticipo de que se avecinaba un clima peor. Encontró a Rey de pie fuera de la puerta reparada, recargada contra su lanza.

—Buenos días —dijo ella.

Luke no la saludó; se echó su mochila al hombro y subió las escaleras.

Rey no había esperado que él cediera tan fácilmente, así que lo siguió. Se fue tras él, mientras ascendía por la isla hasta su cresta aserrada para mirar cómo el segundo sol de Ahch-To aclaraba el horizonte.

—¿De modo que aquí es donde construyeron el templo jedi original? —preguntó ella—. ¿Hace cuánto tiempo?

—Vete de aquí —replicó Luke.

¡Él había hablado! Ella decidió contar eso como un progreso y sonrió mientras lo seguía hacia abajo, por el camino gastado, siguiéndolo hasta que llegaron a las rocas caídas y las estrechas playas que bordeaban la costa. Aves marinas gritaban por encima y el aire salado era punzante en la nariz de Rey. En la playa, marranas marinas holgazaneaban torpemente en fosas de marea, esperando a que los soles las calentaran.

Luke desamarró una botella de su mochila y se agachó sobre la panza de una marrana, extrayendo leche verde de su ubre hinchada. Miró su botella, con una raya verde sobre su labio superior. Rey siguió mirando, aunque ese último momento la había dejado con un poco de náusea. La marrana se le quedó viendo perezosamente.

—¿Esto es algo así como si fingiera ignorarme, pero en secreto me estuviera dando lecciones? —preguntó Rey.

—No —respondió Luke.

Ella estaba allí la siguiente mañana, cuando su puerta se abrió.

—Nunca había visto tanta agua en mi vida —dijo ella.

—No me interesa —murmuró Luke y empezó sus rondas.

Ella suprimió una ligera sonrisa. Hoy, él le había hablado de inmediato. A este paso, en unos cuantos meses podrían establecer una conversación real.

En el lado sur de la isla, una estrecha ensenada perforaba la tierra, sus acantilados se hundían en la ranura espumosa de una bahía. Un poste largo estaba recargado contra la orilla del acantilado, con su extremo plantado en las aguas poco profundas, más allá. Luke tomó el poste y lo usó como una palanca para saltar sobre el hueco.

—¡Guau! ¡Cuidado! —gritó Rey.

Luke aterrizó con ligereza en el otro lado, de pie sobre una saliente imposiblemente estrecha, y lanzó una mirada fulminante hacia ella. Se aseguró sobre la larga ladera, levantó el poste y se quedó mirando al agua. Rey se asomó por el hueco y miró abajo, adonde señalaba el poste, un extremo con una púa colgaba sobre el agua batiente.

Luke esperó, completamente quieto, hasta que alguna señal le indicó que debía clavar el poste en el agua. Cuando lo levantó, un pescado de un metro de largo estaba aleteando en el extremo, atravesado por completo.

—¿Cómo hace eso? —preguntó Rey—. ¿La Fuerza?

—No.

Estaba lloviendo intensamente cuando regresaron a la cima del collado; Luke llevaba el enorme pescado sobre los hombros. Rey lo seguía unos pasos detrás, entre el viento creciente y la lluvia que azotaba, asegurándose de permanecer lo bastante cerca para escucharlo si le hablaba. Pero él no lo hizo.

Una fría lluvia siguió durante casi toda la noche. Cuando la puerta de Luke se abrió por la mañana, Rey estaba helada y cansada, pero allí. Él dudó por un momento, luego pasó caminando junto a ella rumbo a los escalones gastados, envueltos en la niebla.

Rey lo siguió, con los dedos blancos alrededor de su lanza. Comenzó a hablar, primero sólo para mantener el calor, luego para que hubiera algún sonido además del murmullo del mar y los graznidos de las aves. Así, dejó que se desmadejara la historia de su vida: todos esos años de carroñera en Jakku, la llegada de BB-8, el vuelo del *Halcón*, la visión del verde milagroso de Takodana, el encuentro de sí misma en la Base Starkiller, la partida de D'Qar con un wookiee como copiloto y un antiguo mapa como guía.

Contó su historia mientras Luke seguía de espaldas. Tal vez, si la contaba adecuadamente, él se daría cuenta de la importancia de su búsqueda y dejaría de tratarla como una intrusa. Si no, bueno, por ahora molestarlo era su propia recompensa.

De pronto, ella se detuvo a media frase. Algo la estaba llamando: un sonido dulce, susurrado entre la niebla. Dio la espalda a Luke y caminó en silencio en dirección opuesta, con los ojos fijos al frente.

Luke se detuvo y se dio vuelta. La miró irse, con la cabeza erguida por la curiosidad.

El árbol uneti había sido enorme, pero todo lo que quedaba de él ahora era un cascarón antiguo, cubierto por el musgo. En un extremo tenía una apertura tallada por el clima y el tiempo.

Su interior era cálido y seco. La luz que se colaba en el vetusto tronco caía sobre un hueco de la madera (uno que contenía una fila de unos diez libros muy viejos). Rey se aproximó poco a poco, la mirada fija en ellos. Mientras se acercaba a los libros, empezaron a brillar levemente y ella sintió que el aire zumbaba con energía.

Ella se sintió casi hipnotizada. Los libros parecían llamarla. Pero a diferencia del sable de luz en Takodana, no sintió ese llamado como una amenaza. En cambio, lo sintió como una promesa, una hecha hacía mucho tiempo y que ahora estaba lista para cumplir. Estiró la mano hacia los libros para tocarlos.

—¿Quién eres? —preguntó Luke. Él la había seguido y ahora la miraba como si fuera la primera vez.

Rey estaba tan fascinada por lo libros que apenas notó que Luke finalmente reconocía su presencia.

—Conozco este lugar —dijo ella—. Es una biblioteca.

Luke se puso enfrente de ella y tomó uno de los libros de su estante. Ella no podía leer las runas antiguas de su interior, pero sí sentía su poder.

—Fue construido hace mil generaciones para conservar estos…, los textos jedi originales —dijo Luke—. La Aionómica, el Rammahgon, una docena de otros nombres inventados que sonaban místicos: las bases de la antigua fe. Fueron los primeros y ahora, igual que yo, son lo último de la religión jedi.

Él levantó la vista del libro, mientras sus ojos buscaban algo en el rostro de Rey. Después de los días en que ella había tratado de llamar su atención, era un poco inquietante que fijara la mirada en ella.

—Conoces este lugar —dijo Luke—. Has visto estos libros. Has visto esta isla.

—En sueños solamente —dijo Rey.

Él la miró de nuevo y repitió su pregunta inicial.

—¿Quién eres?

—¿No estaba escuchando? Le conté toda la historia.

—La oí en partes.

Sería un error mover los ojos con disgusto en la presencia de los textos fundadores de los jedi. Ella logró evitarlo.

—La Resistencia me envió —dijo Rey.

—¿Te envió a ti? ¿Qué tienes tú de especial? ¿Linaje jedi? ¿Realeza?

Rey no tenía una sola de esas cosas y, después de un momento de consideración, Luke pareció percibirlo.

—Una huérfana —dijo con cansancio—. Esta es mi pesadilla. Mil jovencitos con aspiraciones apareciendo en la entrada de mi cabaña, esperando ser los Elegidos Quienquiera, queriendo aprender a elevar rocas. ¿De dónde vienes? —preguntó.

—De ningún lado —dijo Rey, recordando días interminables de calor y arena.

—Nadie viene de ningún lado.

—Jakku.

Luke arqueó una ceja.

—Está bien, eso es prácticamente ningún lado. ¿Por qué estás aquí, Rey de Ningún Lado?

—La Resistencia me envió. Necesitamos su ayuda. La Primera Orden…

Pero los ojos de Luke se habían vuelto nuevamente como de pedernal.

—Tienes tu juventud, tienes una batalla por pelear, todo un universo por explorar —dijo él—. ¿Por qué venir a desenterrarme? Huesos secos, leyendas viejas y cansadas. Déjalos descansar, Rey de Ningún Lado. Encuentra tu propio camino.

—Es que… este *es* mi camino.

—¿Ah, sí? ¿Por qué estás aquí?

No había ningún lugar en que pudiera esconderse de sus ojos. Ella respiró profundo y luego levantó la vista, suplicante.

—Siempre, dentro de mí, ha habido algo, pero ahora ha… despertado. Tengo miedo. No sé qué es o qué hacer con él. Tiene que ayudarme.

—Quieres un maestro. Yo no puedo hacerlo.

—¿Por qué no? Ya vi su rutina diaria; no está ocupado.

—No voy a entrenar a otra generación de jedi —dijo Luke—. ¿Preguntaste por qué vine aquí? Vine a esta isla a morir y a quemar la biblioteca para que la Orden Jedi muera conmigo. Sólo conozco una verdad: es hora de que todo esto termine.

Las palabras terribles y definitivas reverberaron dentro de la cabeza de Rey.

—¿Por qué? —preguntó Rey.

—No puedes comprenderlo —dijo Luke, desdeñosamente, pero también un poco triste.

—Entonces haga que lo comprenda —dijo Rey—. Leia me envió aquí con esperanza. Si se equivocó, merece saber por qué. Igual que todos.

De pronto, fue demasiado. Él había visto la conexión entre ella y los libros, y había dejado de ignorarla sólo para rechazarla otra vez. Para rechazarla a ella, a su hermana y todos los que dependían de él tan desesperadamente.

Ella suplicó en silencio que Luke dijera algo. Pero él sólo se le quedó viendo por un momento antes de darse vuelta y salir a zancadas de la biblioteca, reclamando la soledad que había protegido con tanto celo.

CAPÍTULO 10

En un corredor de las profundidades del *Raddus*, Finn estaba sentado sobre una caja de equipo mirando la señal brillante en su mano.

La General Organa la estaba apretando cuando la escotilla de la esclusa de aire del puente se abrió. A medida que la tripulación y los médicos trabajaban en las graves heridas de la líder de la Resistencia, el dispositivo de señal había rodado por la cubierta, sin que lo notaran, y llegó a detenerse a los pies de Finn. Él lo levantó y luego se echó hacia atrás, permitiendo que los droides médicos atendieran a la general y se la llevaran en una camilla.

Daba vueltas al dispositivo de un lado a otro en sus manos. Rey estaba allá afuera, en algún lugar… y cuando regresara, lo haría al lugar donde se encontrara la señal.

Finn se puso de pie. Sabía lo que tenía que hacer, aunque Poe y sus otros amigos en la Resistencia nunca lo comprenderían. Sólo esperaba que no se arrepintiera de ello por el resto de su vida.

Rose Tico también estaba sentada en uno de los corredores del *Raddus*, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas y caían en su regazo. Ocasionalmente su mano subía a la parte superior de su overol, para sentir el medallón de Otomok en forma de lágrima alrededor de su cuello.

Había pasado el viaje a D'Qar mostrando a los técnicos del *Ninka* el sistema improvisado que había desarrollado para ocultar los rastros de energía de los motores iónicos de los bombarderos. Una vez completado el trabajo, la habían transferido al *Raddus*. Pero para entonces ya nunca sería posible reunirse con Paige: desde una sala de preparación a bordo del *Ninka*, Rose había mirado cómo el *Martillo* del Escuadrón Cobalto liberaba su carga por encima del Dreadnought de asedio de la Primera Orden y luego desaparecía en la poderosa pira funeraria de la nave.

Paige le había dicho a Rose que estaban conectadas entre sí y con su hogar, y que no tenían que estar en el mismo lugar para que eso fuera verdad. Ahora la conexión de Rose con su hermana había sido brutalmente cortada. Después de haber pasado en muy pocas ocasiones apenas unos días lejos de Paige, Rose contemplaba ahora la amplitud enorme, inabarcable de una vida sin ella. No tenía idea de cómo sobreviviría ante eso (o si quería hacerlo siquiera).

Los técnicos a bordo del *Raddus* no supieron qué hacer con ella y estaban demasiado ocupados manteniendo el avance del crucero para imaginarlo. Le entregaron un overol sobrante de la División de Logística en el Campo y la enviaron a hacer trabajo de droide: revisar puertas de mamparas y conductos de datos en los pisos inferiores.

Rose supuso que debería hacerse la ofendida; después de todo, ella había sido ingeniero de vuelo a bordo de un bombardero. Sabía que Paige habría hecho una escena a nombre de ella. Cuando se unieron a la Resistencia, Paige se había negado a volar sin Rose como parte de la tripulación de su bombardero. Pero ahora, la Resistencia ya no tenía más bombarderos y Paige estaba muerta.

El trabajo de droide resultó ser una bendición disfrazada, porque le permitió estar sola la mayor parte del tiempo allá abajo, en las entrañas del *Raddus*. Se había reunido brevemente con Fossil, quien también quedó a la deriva como personal excedente, luego de ser la comandante de un escuadrón que ya no existía. Fossil le había dado un anillo grabado con el logotipo de la vieja Alianza Rebelde (en memoria, dijo, del sacrificio de Paige por la Resistencia).

La pena que sentía aquella voluminosa martigrada sólo había profundizado la desdicha de Rose; era mejor realizar su tarea como sonámbula, sin más compañía que el zumbido grave y constante de los intercambiadores de aire del *Raddus*.

Luego sucedió el ataque al pesado crucero. Rose había sentido el impacto del torpedo en el puente como un estremecimiento trepidatorio, seguido por un gemido profundo y horripilante que sacudió todo el casco. Habían empezado a volar los rumores, que le llegaban cuando se detenía por el comedor o regresaba a las barracas. Que la General Organa estaba muerta. Que la Resistencia y la Primera Orden estaban negociando una rendición. Que la Primera Orden tenía otra superarma y que habían tomado como blanco a otros mundos liderados por la Nueva República.

Luego, para el turno de la mañana, le habían entregado a Rose un bastón de electroaturdimiento y le habían dado órdenes sombrías: usarlo en quienquiera que buscara acceder a las cápsulas de escape del *Raddus*.

Ella aceptó sin dudarlo. Su hermana había muerto para salvar esta nave (para salvar a toda la flota de la Resistencia) y los desertores deshonraban ese sacrificio.

Rose escuchó que algo se movía por el corredor y levantó la vista de su revisión melancólica del anillo que Fossil le había dado. Un hombre se estaba acercando por el corredor, con una bolsa de lona en el hombro. Estaba tan concentrado en su objetivo que no la vio.

Rose no estaba segura, pero creyó reconocerlo. Llevada por la curiosidad, se limpió la nariz con la manga y lo siguió. Era alto, de piel oscura (y guapo, pensó ella ociosamente). Llevaba una chaqueta de la Resistencia con una rasgadura en la espalda. El daño había sido reparado por un droide descompuesto o por alguien cuya comprensión de una aguja y un hilo se podría describir, en el mejor de los casos, como teórica.

Rose se dio cuenta de que era él. El stormtrooper que había abandonado la Primera Orden, salvado a Poe Dameron y ayudado a regresar a su astromecánico a la Resistencia. Él había proporcionado información invaluable para el golpe a la Base Starkiller y luego se había unido al equipo de mando. A Paige le había impactado su historia y animó a su hermana a que leyera el informe. Ella había dicho que si un exstormtrooper logró resistir

el lavado de cerebro de la Primera Orden y decidió hacer lo correcto, entonces había esperanza para la galaxia. Por cierto, ¿cómo se llamaba?

«Ah, sí: Finn».

Pero ¿por qué un héroe de la Resistencia estaba escurriéndose por los pisos inferiores del *Raddus*? ¿Qué es lo que no le estaban diciendo ahora? ¿Había una fuga de radiación? ¿Saboteadores a bordo?

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó.

Estaba a sólo unos cuantos metros de Finn y el sonido de la voz de ella lo sobresaltó. Él se golpeó la cabeza con la escotilla de una cápsula de escape.

—¡Hola! —dijo, luego empezó a tartamudear. Rose no pudo determinar lo que trataba de decirle.

—No. ¿Qué estás haciendo *tú* aquí? —preguntó ella—. Abajo, en mantenimiento. Tú eres…

—Soy Finn —dijo él.

Bueno, por supuesto que lo era. Rose lo sabía. Probablemente se encontraba en alguna misión importante que ella estaba interrumpiendo. Tal vez estaba poniendo en riesgo esa misión.

—¡Eres Finn! —dijo ella, sonriendo ampliamente—. Lo siento, me estoy portando como una idiota. Yo sólo, yo no…

Esto no iba por buen camino. Ella se obligó a detenerse.

—Eh, trabajo entre tuberías, todo el día —dijo ella, tratando de recuperar la compostura. Pero de alguna manera eso sólo la hizo sentir más desconcertada—. Charlar con héroes de la Resistencia no es mi fuerte —dijo ella, luego se encogió por la manera en que se oyó eso—. Charlar. Soy Rose.

—Respira —le dijo Finn, y ella lo hizo. Sirvió de algo—. No soy un héroe de la Resistencia —añadió Finn—. Pero fue un gusto conocerte, Rose. Que la Fuerza te acompañe.

—Está bien —dijo Rose.

Ella lo comprendió: él tenía cosas que hacer. Al parecer, todos a bordo del *Raddus* tenían cosas que hacer excepto ella.

Rose había dado varios pasos por el corredor cuando decidió que no podía irse así como así. No conocía a Finn, pero cualquier problema que tuviera, tal vez ella podía ayudar. Además, Finn tenía el aspecto de alguien que necesitaba un poco de ayuda.

—Está bien, pero sí eres un héroe y eso es lo importante —dijo ella, de regreso en la escotilla abierta de la cápsula de escape donde lo había dejado—. Dejaste la Primera Orden, y lo que hiciste en la Base Starkiller…

—Escucha —trató de decir Finn, pero Rose siguió hablando, con la idea de hacerlo comprender.

—Nos enteramos, y mi hermana Paige dijo «Rose, ese es un verdadero héroe. Sabe distinguir el bien del mal y no huye de las dificultades» —dijo ella.

—Seguro.

—¿Sabes?, justo esta mañana tuve que aturdir a tres personas que pretendían huir de la nave en esas cápsulas de escape —dijo Rose—. Huir.

Pensar en eso la hizo sentir furiosa otra vez.

—Eso es deshonroso —dijo Finn.

—Lo sé. Como sea.

—En fin. Es mejor que vuelva a lo que estaba haciendo —dijo Finn, lanzando una amplia sonrisa.

—¿Qué *estabas* haciendo? —preguntó Rose.

—Revisando. Sólo revisando la… eh, haciendo una revisión.

Los ojos de Rose saltaron de su rostro a la bolsa en la cubierta y luego a la cápsula de escape abierta.

«Soy la más grande idiota en la historia de las grandes idiotas».

—Revisando las cápsulas de escape —dijo ella en voz baja.

—Revisión de rutina —dijo Finn.

—Abordando una. Y ya habías empacado.

—Está bien, escucha —empezó Finn, pero ella había oído lo suficiente. Estiró la mano, con ese movimiento ya practicado, desabrochó el bastón de su cinturón, lo elevó y aturdió a Finn.

Los convocaron justo cuando Poe estaba discutiendo con Vober Dand sobre la mejor manera de reorganizar los cazas restantes de la flota para proteger al *Raddus*. Poe sabía que el desacuerdo sería menor si no tuvieran ambos los nervios de punta, pero él y Vober terminaron profundamente irritados uno con el otro. Usaron el elevador en silencio mientras echaban humo, ignorando los bips quejumbrosos de BB-8, y se colocaron en lugares diferentes entre la multitud de oficiales que se había reunido en la sala de prensa del puente de emergencia del *Raddus*.

Poe tomó asiento junto a C'ai Threnalli. Desde allí distinguió a D'Acy y Connix, dos de las pocas oficiales que no habían estado en el puente principal durante el ataque de la Primera Orden. D'Acy dio un paso al frente y el murmullo de la conversación amainó.

—La General Organa, Leia, está inconsciente, pero en recuperación —dijo ella—. Es la única buena noticia que tengo. El Almirante Ackbar, los líderes que teníamos… se han ido. Leia fue la única que sobrevivió en el puente.

Poe sabía eso, pero aun así sintió un golpe en el estómago.

—Es terrible, es terrible —dijo C-3PO.

—Si ella estuviera aquí —continuó D'Acy— diría: «Guarden su dolor para después de la pelea». Dado el caso, ella dejó instrucciones claras sobre quién debe tomar el puesto. Alguien en quien siempre ha confiado.

Poe pensó con detenimiento en la probable línea de sucesión. Indudablemente, Ackbar habría sido el siguiente de la fila, pero el viejo veterano de la Alianza estaba muerto. Entonces quién…

No, no podía ser. Sin embargo, pensó que sí podía. Una promoción desde los cuerpos de los cazas estelares era poco convencional, pero ¿Leia no había valorado siempre las personalidades por encima de las jerarquías militares?

Por un momento, Poe estuvo seguro de que D'Acy lo miraba a él. Pero fue la Vicealmirante Amilyn Holdo quien dio un paso al frente para pararse junto a D'Acy, dejando a Poe inseguro sobre si lo que sentía era alivio o decepción. Si Holdo estaba consciente del escrutinio, no lo demostró.

—Gracias, comandante —dijo ella, con una media sonrisa mercurial en su rostro. Su cabello estaba teñido de color púrpura y llevaba un vestido del mismo color—. Miren a su alrededor. Somos cuatrocientos, en tres naves. Somos lo que queda de la Resistencia, pero no estamos solos. En cada rincón de la galaxia, los oprimidos y desamparados conocen nuestro símbolo y han puesto su esperanza en él.

Mientras ella hablaba, Poe estudió a los otros oficiales. Le pareció que se veían escépticos. O quizá tan sólo estaban impactados.

—Somos esa chispa que encenderá el fuego que restaurará la República —dijo Holdo—. Esa chispa, esta Resistencia, debe sobrevivir. Esa es nuestra misión. Ahora a sus estaciones… y que la Fuerza nos acompañe.

—¿Esa es la Almirante Holdo? —preguntó Poe a C'ai—. ¿La misma de la Batalla de Chyron Belt?

El piloto abednedense se encogió de hombros y murmuró algo en su propio idioma.

—No es lo que imaginé —dijo Poe.

Mientras la multitud se dispersaba, Poe se acercó a Holdo. Su discurso había sido largo en retórica, pero corto en detalles específicos. Además, ella tenía una reputación de ser poco convencional, hasta diríase que excéntrica. Pero él también sabía que era una de las más antiguas confidentes de Leia (y lo más cercano que la general tenía como amiga). Sólo eso era suficiente para que Poe ofreciera cualquier ayuda que pudiera prestar.

—¿Vicealmirante? —dijo, tratando de recordar si los habían presentado formalmente—. Comandante Dameron.

Holdo lo estudió. Los ojos de ella le parecieron perspicaces.

—Almirante, con nuestro consumo actual de combustible hay un margen de tiempo muy limitado para mantenernos fuera del alcance de esos destructores —dijo Poe.

—Eres muy gentil en hacérmelo notar —dijo Holdo.

—Hay que dejarlos atrás antes de buscar otra base. ¿Cuál es el plan?

—Llevamos hablando quince segundos y ya me estás mintiendo —dijo Holdo.

Él la miro impactado.

—Es Capitán Dameron, no comandante, ¿verdad? ¿No fue el último acto oficial de Leia degradarte?, ¿por tu plan con el Dreadnought donde perdimos a toda la flota de bombarderos?

Poe, asombrado, no supo bien cómo defenderse.

—Capitán, comandante, como sea. Yo sólo quiero saber lo que vamos a hacer.

Holdo no había terminado. Sus ojos se clavaron en los de él.

—Por supuesto que sí. Lo entiendo, he lidiado con muchos niños voladores de gatillo alegre como tú. Eres impulsivo. Peligroso. Y lo último que necesitamos en este momento. Así que mantente en tu puesto y obedece mis instrucciones —con eso, la nueva comandante de la Resistencia se alejó, dejando a su paso un aturdido piloto as de caza estelar.

CAPÍTULO 11

Chewbacca estaba sentado junto al fuego, con la sombra oscura del *Halcón Milenario* detrás de él. Hacer una hoguera había tomado más tiempo del que esperaba: la isla tenía pocos árboles, sólo arbustos obstinados a los que el viento incesante impedía su desarrollo completo. Por lo menos era fácil atrapar a los rechonchos pájaros nativos (Luke había dicho que se llamaban porgs). Ansioso por un cambio de las raciones a bordo de la nave, Chewbacca había recogido uno para rostizarlo en una varilla.

El wookiee le dio otra vuelta a la varilla y lo olisqueó. Bien cocido, carbonizado, con un toque de especias proveniente de la leña. Eso estaba bien. Lo mejor era que no había escasez de porgs para comidas futuras: la isla se hallaba invadida por ellos y, al parecer, no temían a los bípedos.

Chewie estaba por dar el primer mordisco cuando algo le llamó la atención. Era un porg, parado a la orilla de la hoguera, como hipnotizado. Un porg particularmente rechoncho y de aspecto jugoso, pensó el wookiee, preguntándose si valía la pena demorar su comida unos minutos más para atrapar también a este.

El porg se le quedó mirando con ojos grandes y llorosos. Con renuencia, Chewie decidió que no sería correcto comerse a ese. Su estómago retumbaba y le dio la espalda al porg, molesto por su mirada aparentemente triste.

Al otro lado de la hoguera se había reunido una familia completa de porgs, que lo miraba fijamente. El wookiee rugió y los porgs huyeron en la oscuridad. Revisó los alrededores para asegurarse de que no había pasado por alto a ningún rezagado y luego se dio vuelta hacia su comida, tan sólo para descubrir que había perdido el apetito. Algo en la manera en que los porgs lo habían mirado lo hizo sentir como si hubiera hecho algo malo. Aunque él sólo tenía hambre.

Estaba demasiado ocupado sintiendo pena por sí mismo para observar la figura oscura que se deslizó a través de la luz de la luna y subió por la rampa del carguero, detrás de él.

Luke caminó lentamente por los corredores del *Halcón*, sintiéndose como un fantasma. El tintineo de sus talones sobre la cubierta resultaba dolorosamente familiar. Igual que el olor: una mezcla distintiva de combustible y congelante, con un débil trasfondo de circuitos quemados de cualquier desperfecto que hubiera en el momento.

Desde el instante en que Rey había charlado con entusiasmo sobre volarlo, los pensamientos de Luke habían vagado hacia la nave de Han Solo, desde su lugar sobre la piedra antigua al pie de la isla, hasta que finalmente ya no pudo resistirse más y fue a verlo. El *Halcón* lo había sacado de Tatooine décadas atrás: un niño de granja conmocionado que fue lanzado en medio de una guerra galáctica que había supuesto,

erróneamente, que nunca los tocaría a él, a sus tíos ni a sus amigos. Se preguntó lo que ese Luke Skywalker pensaría de eso en lo que se había convertido.

Luke entró en la cabina y permaneció detrás de la silla del piloto, que había sido la cosa más cercana a un hogar para Han. La luz de la luna brilló sobre el par de dados que colgaban sobre su cabeza, los retiró con gentileza y comenzó a darles vuelta de un lado a otro con sus dedos mecánicos.

La bodega principal estaba oscura y silenciosa. Luke miró la mesa de holoajedrez y sus ojos se quedaron fijos en un casco y un escudo contra impactos que le resultaron familiares. Se había puesto eso para su primera lección con un sable de luz, atormentado por el siseo de un dispositivo remoto de entrenamiento que no podía ver y tratando de descubrir a qué se refería Ben Kenobi al decirle que se dejara llevar por sus instintos.

Se sentó ante la mesa de juego, abrumado. Aquí fue donde había terminado después de que Ben se desvaneció, aparentemente partido en dos por la hoja del sable de luz de Darth Vader. Donde Leia lo había buscado para consolarlo cuando él se quedó sentado en estado de choque. Había visto simultáneamente a Ben como su último vínculo con su pasado en Tatooine y como el maestro que lo enseñaría a navegar por el futuro. Sin él, estaría sin amarras y a la deriva.

Una cadena de bips interrogativos y familiares surgió de las sombras.

—¿R2? —preguntó, avivado, y un momento después el astromecánico azul y blanco apareció rodando ante su vista, mientras chirriaba y silbaba continuamente—. Sí —dijo Luke. Décadas de misiones con R2-D2 lo habían llevado a comprender con fluidez el habla de los droides, pero la lista de acusaciones del astromecánico era a la vez larga y muy específica—. No, yo… sí, es verdad.

R2-D2 chilló burlonamente.

—Oye, la isla es sagrada —dijo Luke—. Cuida tu lenguaje.

El droide respondió con un silbido lastimero.

—Viejo amigo, estoy haciendo lo mejor. Nada hará que cambie de opinión.

Luke descansó su mano sobre el domo de R2-D2, pero el droide respondió activando su proyector holográfico. Luke contuvo el aliento ante la vista de su hermana como la había visto por primera vez, con su túnica blanca, suplicando la ayuda de Obi-Wan Kenobi.

—Esa es una jugada sucia —reprendió al droide, que lanzó varios bips con aire de suficiencia.

La grabación se desvaneció; Luke y R2-D2 se quedaron solos. El pequeño astromecánico permaneció quieto mientras su antiguo amo mantenía la mirada fija en la nada. Y permaneció en silencio cuando Luke se levantó, se abrió paso por el corredor y bajó por la rampa, con pasos lentos y deliberados.

Rey despertó sobresaltada. Luke estaba de pie junto a la banca de piedra donde ella había decidido dormir, la mejor para interceptarlo antes de sus rondas matutinas. Por encima de ella, su rostro estaba estirado y pálido bajo la luz de la luna.

—Mañana, al salir el sol —dijo él—. Tres lecciones. Te enseñaré el camino de los jedi y por qué deben extinguirse.



PARTE IV

CAPÍTULO 12

Parecía como si lo nuevo en Finn fuera despertarse completamente confundido. Esta vez se encontraba recostado sobre su espalda, pero por alguna razón el mundo daba vueltas a su alrededor.

Levantó la cabeza, lo que provocó que el dolor estallara en sus sienes, y vio la espalda del overol de Rose. Ella había encontrado un carrito y lo arrastraba en él por un corredor del *Raddus*.

—Tienes que estar bromeando —dijo Finn, y su boca y su lengua lucharon para formar las palabras con propiedad—. ¡No puedo moverme! ¿Qué me pasó?

Vio que sus muñecas estaban esposadas y lo comprendió de inmediato.

—¡Me aturdiste! —gritó acusadoramente—. ¡Con una… *cosa para aturdir*! Oh, Dios mío, estás completamente loca. ¡Auxilio!

Rose le lanzó una mirada que sugirió que la cosa para aturdir también podría ser parte del futuro de él.

—Te llevaré a la prisión, acusado de desertar —dijo ella.

—¿Qué?

—Porque estabas desertando.

—¡No! —protestó Finn.

Rose se giró para mirarlo; su expresión sugería decididamente que era mejor que dejara de hacerla perder el tiempo.

—Sí, pero…

Ella dejó de guiar su carrito y lo enfrentó. Quedaron nariz con nariz.

—Dejaste la Primera Orden —dijo ella—. Escuché lo que hiciste en la Base Starkiller. Todos estaban hablando de ti. ¡Eras un héroe para la Resistencia! ¿Y ahora ibas a huir?

—Hice lo que hice para ayudar a mi amiga, no para unirme a otro ejército —dijo Finn.

Él supo que era un error en el momento mismo en que lo pronunció. La decepción que Rose sentía por él era palpable, y también lo era su ira. Finn se dio cuenta de que tenía que hablar rápido, o su siguiente despertar nebuloso podría ser en la cárcel del *Raddus* y entonces sería demasiado tarde.

—No sé qué es lo que sabes, pero esta flota está perdida —explicó—. Si mi amiga vuelve aquí, lo estará también. Tengo que alejar esta señal lo más que pueda. Entonces ella me encontrará y la podré salvar.

—Eres un traidor egoísta —dijo Rose con brusquedad.

—Mira —dijo Finn, suplicante—, si pudiera salvar a Rey mientras salvo a la flota de la Resistencia, lo haría, pero no puedo. Nadie puede.

—Yuju —dijo Rose, con desdén.

—No podemos dejar atrás a la flota de la Primera Orden —dijo Finn.

—Podemos saltar a la velocidad de la luz.

—Pueden rastrearnos en el hiperespacio.

Eso hizo que Rose se detuviera.

—¿Pueden rastrearnos en el hiperespacio?

Ella no lo sabía. *Por supuesto* que ella no lo sabía. Finn sabía lo que era pasar turno tras turno bajo cubierta en una nave de guerra, haciendo trabajo de droide y sin que te digan nada. Bueno, por lo menos Rose no estaba sudando hasta quedar medio muerta en un traje ajustado y una armadura.

—Aparecerán tan sólo treinta segundos después y hemos quemado una tonelada de combustible. Por cierto, lo estamos agotando peligrosamente —dijo Finn.

Rose aún estaba lidiando con este último fragmento de información.

—En el hiperespacio también —dijo ella otra vez, mientras su mente vagaba muy lejos.

—¿Lo ves? ¡Sí! No siento mis dientes. Oye, ¿con qué me disparaste?

—Rastreo activo —dijo Rose.

Finn levantó la vista luego de revisar que todos sus dientes estaban donde los había dejado.

—¿Qué cosa?

—El rastreo en el hiperespacio es una nueva tecnología, pero el principio debe ser el mismo de cualquier rastreador activo —musitó Rose—. He hecho mantenimiento de rastreadores activos: hay una sola fuente para evitar interferencia. Así que…

Finn se dio cuenta de las implicaciones y terminó la frase junto con ella.

—Nos rastrearon desde la nave líder solamente.

Rose asintió, pero Finn pudo ver que la mente de ella estaba otra vez en la lejanía, ponderando el problema.

—El rastreo por el hiperespacio requiere *mucho* poder de cómputo —dijo ella—. Toda la flota tendría que funcionar como bancos de computadora, lo que es una locura. A menos que…

—¿A menos que qué…? —preguntó Finn, con cautela.

—Un generador de campo estático del hiperespacio —dijo Rose—. *Así es* como lo están haciendo.

—¿Un qué?

Rose se mordió un labio. Parecía como si ella hubiera olvidado que él estaba allí.

—En lugar de agregar muchas computadoras, agregas montones de ciclos de procesamiento —dijo ella—. Para ello, rodeas las computadoras con un generador de campo del hiperespacio. Puedes acelerarlas hasta mil millones de veces… suponiendo que nada se derrite o se acelera y atraviesa el casco de la nave. Es una cosa teórica: una tecnología superavanzada. Quién más para hacer que funcione que la Primera Orden.

—Así que la han hecho funcionar. ¿Cómo podemos hacer que *deje* de funcionar?

Rose lo miró como evaluándolo. Empezó a decir algo, luego se detuvo. Finn inclinó su cabeza hacia ella.

—Ibas a decir «pero». Lo sé. Tienes esa mirada de «iba a decir pero».

—Pero —dijo Rose, con la frente arrugada—. *Nosotros* no podemos llegar al rastreador. Es un proceso clase A que debe controlarse desde el puente principal.

—No —dijo Finn, y ella le lanzó otra de esas miradas—. Quiero decir, sí, pero todo proceso clase A…

Esta vez fue ella quien siguió el hilo de su conclusión lógica y la expresó al mismo tiempo que él:

—Tiene un interruptor de energía dedicado.

Se miraron entre sí. Ahora los dientes *le dolían* a Finn. ¿Eso significa que las cosas mejorarían o empeorarían?

—Pero ¿quién sabe dónde está la sala del interruptor en un destructor estelar? —preguntó Rose.

Finn se dio un golpecito en el pecho.

—El tipo que solía trapearlo. Al fondo del complejo de submotores. Si pudiera hacer que llegáramos allí…

Rose se dio unos golpecitos con el dedo en su propio pecho.

—Yo podría apagar su rastreador.

—¡Sí! ¡Rose! ¡Tenemos que presentar este plan a alguien en quien confiemos!

—Espera, espera —objetó ella—. Cuando dije «nosotros» no me refería a nosotros.

—Tienes que estar bromeando: ¡podemos salvar a la flota!

Rose negó con la cabeza.

—Tú eres un traidor raro. Yo estoy en mantenimiento. Archivaré tu plan.

—¡Poe! —dijo Finn con desesperación, preocupado de que ella estuviera a punto de aturdirlo otra vez.

—Soy Rose, ¿recuerdas? —respondió ella, irritada.

—No. Rose. *Poe*. Llévame con Poe Dameron y le expondremos el plan. Poe. Rose, *por favor*.

—¿Poe Dameron? Estará ocupado.

—Él me verá —dijo Finn—. Héroe de la Resistencia, ¿recuerdas?

Ese fue otro error. Rose frunció el ceño, mientras una mano se arrastraba hacia el dispositivo enfundado en su cinturón, con sus puntas de carga de aspecto malvado.

—Tan sólo deja que lo escuche —dijo Finn precipitadamente—. Si él dice que no, puedes aturdirme. Con la cosa para aturdir.

—Por supuesto que lo haré. Lo sabes.

Finn no lo dudaba por un segundo. Observó que Rose estaba indecisa.

—No sé por qué estoy confiando en ti —dijo ella, con disgusto.

—Es el rostro de bebé —respondió Finn—. Una bendición y una maldición al mismo tiempo.

—Explícamelo una vez más —dijo Poe—. Pero más simple.

Rose y Finn lo habían encontrado en los aposentos de la General Organa, que habían convertido en un centro médico improvisado. La líder de la Resistencia permanecía inmóvil en una camilla, rodeada por instrumentos y atendida por droides médicos MD-15 con placas blancas. C-3PO se mantenía cerca, mostrando su nerviosismo, mientras BB-8 daba vueltas por el cuarto, lanzando lamentos electrónicos.

Rose miró a Finn, que se preparaba para llevar a Poe a recorrer de nuevo su precipitado plan, el cual ahora a Rose empezaba a parecerle no tan mala idea.

Ella deseó que Paige hubiera visto esto: su hermana menor, la técnica de mantenimiento, hablando con el mejor piloto de la Resistencia y el héroe galáctico que Paige hubiera deseado conocer algún día. Paige se habría entusiasmado enormemente por todo eso (bueno, excepto por la parte en que Rose había encontrado a su héroe metiéndose a hurtadillas en una cápsula de escape).

Finn era guapo, Rose tenía que admitirlo. Lo que estaba demasiado mal era eso de que también era un traidor raro. Y estaba extrañamente enamorado de su amiga. Quien sea que fuera esta Rey, tenía que ser algo importante para hacer desertar a la gente con la que peleaste y una causa en la que has llegado a creer.

Entonces recordó que Finn había crecido en los salones de entrenamiento de la Primera Orden, uno de esos huérfanos desafortunados que recibían números en lugar de nombres. Tal vez por eso se había enamorado tanto de su amiga. La cantidad de gente que alguna vez había sido amable con él debía ser deprimentemente escasa.

—La Primera Orden sólo nos rastrea a través de un destructor, que es el líder —dijo Finn.

—¿Así que lo harán explotar? —preguntó Poe ansiosamente, y Rose combatió la necesidad de mover los ojos con fastidio. Todos los pilotos de caza, aun los ases, eran iguales.

—Me gusta cómo piensas, pero no. Algún otro destructor tomaría su lugar —dijo Finn.

Rose encontró el holoproyector integrado en el escritorio de Leia y lo activó, desplegando un esquema del destructor clase Mega que ella había integrado a partir de las exploraciones de reconocimiento de la Resistencia y lo que Finn le había explicado. Poe miró el holograma con curiosidad.

—Pero… —dijo Rose.

—Pero si nos infiltramos en ese destructor líder y desconectamos el rastreador sin que nos atrapen… —dijo Finn.

—… durante un ciclo del sistema no se darán cuenta de nada —lo interrumpió Rose—. Unos seis minutos.

—Eso le da a la flota de la Resistencia un breve margen para saltar al hiperespacio sin que la rastreen —dijo Finn.

—¡Y escapar! —chilló C-3PO—. ¡Brillante!

Finn remarcó los elementos del plan con sus dedos.

—Infiltrarnos sin ser detectados. Desconectar el rastreador. Nuestra flota escapa antes de que lo noten.

Poe lo pensó con cautela. Rose pudo ver que trataba de calcular las probabilidades. Pero BB-8 estaba lanzando bips entusiastas.

—Tú no votas —le dijo Poe y volteó hacia Rose—. ¿Qué opinas?

—De alguna manera el hecho de que esta idea fue mía se perdió al contártelo —dijo ella—. Si él nos lleva hasta el rastreador, puedo apagarlo. Creo que funcionará.

Poe lo pensó con calma, luego se les quedó viendo.

—¿Cómo se conocieron ustedes dos? —preguntó con curiosidad.

La mirada de pánico en el rostro de Finn en realidad resultó muy entretenida.

—Sólo fue suerte —dijo Rose.

—¿Buena suerte?

—No estoy segura aún.

Poe lo pensó con mucho detenimiento, mientras regresaba su mirada al lugar donde Leia permanecía inconsciente.

—Poe, esto salvará a la flota y salvará a Rey —dijo Finn—. Tenemos que hacerlo.

«Rey, Rey, Rey», Rose quiso realmente aturdirlo de nuevo.

—Si debo ser la única voz de la razón, la Almirante Holdo nunca aprobará este plan —dijo C-3PO—. En realidad, es exactamente el tipo de heroicidad temeraria que la enfurece de manera particular.

Poe lanzó una amplia sonrisa.

—Tienes razón, 3PO. Pero no es necesario que conozca el plan.

—Oh, no —dijo el droide de protocolo mientras BB-8 silbaba con aprobación.

—¿Cómo introducir a los dos en el destructor estelar? —preguntó.

—Robamos una nave de la Primera Orden —dijo Rose.

El rostro de Finn mostró desencanto.

—No es buena idea, necesitaríamos códigos de autorización.

Rose frunció el ceño, pensando que este era el tipo de problema que alguien familiarizado con los procedimientos de seguridad de la Primera Orden debió mencionar antes.

—Entonces robamos códigos de autorización —dijo ella, pero Finn estaba negando con la cabeza.

—Están biohexacifrados y se modifican cada hora —dijo él—. Es imposible. Sus escudos de seguridad son herméticos. No podemos atravesarlos sin ser detectados. *Nadie* puede.

Poe y Rose lo miraron con tristeza. Luego Finn pensó en alguien que sería capaz de probar que estaba equivocado.

En sus más de mil años de vida, Maz Kanata había sido herida más de 67 veces, y 22 de esas heridas habían sido lo bastante graves para ponerla al borde de la muerte. La habían sumergido en litros de bacta, envuelto en metros de parches médicos y conectado a más de una docena de droides; había pasado, además, semanas sin ayuda alguna, dependiendo de su obstinada constitución y del deseo de la Fuerza de evitar que se volviera una con ella.

Fuera de una notable mala suerte que no veía venir (la que, por supuesto, era del tipo que solías tener), en este momento de preocupación, no añadiría algo más a su cuenta. Ella calificaba la lucha actual como algo que se encontraba entre un malentendido y un berrinche, una situación que se había descarrilado tanto que una parte tenía que salvar su orgullo herido disparando a la otra.

Eso sucedió. Ella conocía a todas las figuras importantes y estaba razonablemente segura de que en unas cuantas semanas los sobrevivientes estarían en una cantina, pasándola a lo grande mientras hacían sonar los vasos, comparaban las cicatrices dejadas por disparos de bláster y bebían a la memoria de los muertos desafortunados. Pero ese momento no había llegado aún. Hasta entonces, una excelente política sería evitar que le pegaran un tiro.

Maz se agachó ante una explosión que pasó muy cerca, disparó su pistola en esa dirección para mostrar su falta de aprecio y giró un ojo cubierto por goggles a su transmisor de hologramas. Cuatro figuras brillaron en el campo azul de transmisión.

Una de ellas era Finn, el joven desertor de la Primera Orden que le había despertado tanto interés en Takodana, antes de que sus antiguos colegas llegaran y dañaran enormemente sus operaciones. A ella le había dado curiosidad lo que vio entonces en los ojos de él y se preguntaba qué le mostrarían ahora. ¿Sería posible que hubiera aprendido la paciencia de la que carecía por completo?

Maz lo dudaba. Finn era sólo un ser humano, después de todo. La vida humana, lamentablemente, era un par de siglos demasiado corta para que la paciencia dejara de ser una virtud y se convirtiera en un hábito.

Maz reconoció a dos de las demás figuras. Poe Dameron parecía salido de uno de los carteles de reclutamiento de Leia Organa, pero los héroes de guerra abundaban. Necesitaba fallar unas cuantas veces para volverse intrigante. En cuanto al droide de protocolo de Leia, nunca se le había permitido acumular las ocurrencias y los pitidos lógicos que le hubiera permitido decir algo interesante en uno de esos siete millones de idiomas de los que siempre presumía. Aun así, a diferencia de los otros, no tenía fecha de vencimiento. Unos cuantos miles de millones de ciclos de procesador más sin borrado de memoria lo podrían convertir en un compañero divertido.

La cuarta persona en el holograma era una joven de aspecto dolorosamente aburrido que llevaba un overol. Era nueva para Maz y transmitía pérdida y confusión a través de la Fuerza. Sin embargo, Rose tenía también tenacidad y resistencia. Maz tomó nota de que debía recordarla y aprovechar la oportunidad para ver en sus ojos, algún día. Sentía

curiosidad de ver lo que había en ellos y descubrir en la vida de quién los había encontrado antes.

No había tiempo para eso ahora, cuando la galaxia se encontraba otra vez en medio de las prisas. Además, estos cuatro querían algo de ella. ¿De qué se trataba ahora?

Ah, de acuerdo. Una simple solicitud, en verdad, una que ella hubiera concedido sin pensarlo en circunstancias diferentes, aunque sólo fuera para ver qué corrientes fluían a través de las posibilidades de Finn y Rose. Pero con las cosas en el estado actual, ellos dos deberían mostrar algo de iniciativa en lugar de depender de ella.

—¿Que si puedo? —preguntó Maz—. Claro que puedo. Pero *no* por el momento; estoy un poco ocupada por acá.

Para ser un exstormtrooper, Finn le pareció demasiado alarmado por tanto fuego de blásters a su alrededor. Tal vez era por eso que ya no era uno de ellos.

—Maz, ¿qué está pasando? —preguntó él.

—Riña del sindicato. Ni quieres saber —respondió—. Pero tienes suerte, hay un experto en el que confío para exactamente ese tipo de seguridad. Es un maestro decodificador, un soldado, luchador por la libertad y un gran piloto. Un poeta con un bláster y el segundo mejor contrabandista que he conocido.

—¡Oh! —dijo C-3PO—. ¡Suena como si este decodificador pudiera hacer cualquier cosa!

—Oh, claro que sí —dijo Maz y se permitió recordar algunos de los mejores desafíos y hazañas que ella le había ayudado a idear. En realidad era uno de sus seres favoritos, aunque ella sabía que uno de sus raptos de distracción probablemente lo llevaría a la muerte antes de que se volviera realmente interesante. Bueno, eso o su inflado ego.

Sin embargo, esos dos males estaban entre los muchos peligros de tratar con seres humanos. Maz había aprendido hacía mucho tiempo que ella tenía que disfrutar sus aventuras mientras pudiera. Pero el crujido y lo picante del aire ionizado interrumpió su ensueño.

—*Además*, empatiza con la Resistencia —dijo Maz—. Lo encontrarán en Canto Bight, en Cantonica.

—¿Cantonica? —preguntó Poe—. Eso está… Maz, ¿no hay algún modo de que podamos resolver esto nosotros?

«Pero qué impaciente. Si no está volando una caza estelar, está perdido. Qué mal: me gusta esa mandíbula trabada».

Maz pasó la vista por el campo de batalla y se dio cuenta de que estaban por invadir su posición. Eso sería una molestia.

—Lo siento, chico —dijo Maz—. Esos son códigos avanzados. Si quieres entrar en ese destructor, tienes una opción: hallar al maestro decodificador. Lo reconocerán por la flor de plom roja en su solapa.

Ella activó la mochila propulsora que vestía y mientras ascendía se cortó la transmisión. En su vuelo por los cielos, Maz se preguntó si sus amigos encontrarían al maestro decodificador. No especuló, porque sabía que era inútil. Como todo lo demás en

la galaxia, que tuvieran éxito o fracasaran (o descubrieran que su destino no se relacionaba con ninguna de las dos opciones) dependería de la voluntad de la Fuerza. Aun así, les deseó suerte.

CAPÍTULO 13

El amanecer en Ahch-To encontró a la isla envuelta en la bruma, pintada de un fiero color carmesí por los soles que se elevaban en el cielo.

Confiada en la promesa de Luke de que entrenarían al amanecer, Rey había abandonado su vigilia afuera de la puerta de él para dormir en una cabaña propia, aunque la banca de piedra dentro de la estructura que había elegido no ofrecía más comodidad que la del claro.

Se levantó, parpadeando ante el rayo de sol que se colaba por la estrecha ventana… y luego se detuvo. Por un momento pensó que había visto a alguien en la cabaña con ella: una figura alta, pálida, sentada en silencio, con una forma oscura y bulbosa flotando sobre esta y tocando su rostro. Sintió casi como si algo jalara su propia mejilla, trazando una línea ascendente desde su quijada.

Ella levantó la vista y sus ojos se ensancharon. Kylo Ren estaba sentado allí, con su mejilla dividida por una furiosa línea roja: la herida que ella le había infligido en las nieves de la Base Starkiller. Su parte superior todavía estaba cerrada con suturas.

Aterrada, Rey buscó a tientas el bláster que cargaba en su cartuchera, lo levantó y disparó. Creyó ver que Kylo se estremecía mientras el bláster escupía energía en su dirección, produciendo un ruido alarmante en los confines de la cabaña de piedra. Pero él no estaba allí.

Con una mano ligeramente temblorosa, Rey bajó el arma y se quedó viendo el agujero humeante que había hecho en la pared.

No había señales de su enemigo mortal; la oscura y amenazante figura que la inmovilizó en Takodana y la llevó consigo a la Base Starkiller, donde él había matado a Han Solo y por poco también a Finn. Pero sabía que no lo había soñado: él estaba allí.

Salió disparada de la cabaña, buscando en todas direcciones. Nada. Sólo el frío de la mañana y los chillidos de los porgs cayendo en picada, en grupos, desde los acantilados para bombardear bancos de peces allá abajo.

Luego, instantáneamente, Kylo estaba allí. Esta vez, ella supo que él también la veía. Él levantó su mano, mirándola, y ella pudo oír su voz.

—Trae a Luke Skywalker ante mí —dijo él.

A diferencia de lo que pasó en la Base Starkiller, no hubo dedos invisibles enterrados en el cerebro de Rey para adentrarse en sus pensamientos y sus secretos. A diferencia de lo que pasó en Takodana, el cuerpo de ella respondió a sus propias órdenes, no a las de él. Sólo eran palabras y no tenía poder sobre ella. Sonrió, y Kylo bajó su mano sorprendido.

—No hagas esto. El esfuerzo te destruiría.

Él se quedó viéndola, ahora con curiosidad.

—¿Puedes ver lo que me rodea?

Él sonaba como un estudiante que contempla un problema interesante esperando que ella trabaje como su compañera para resolverlo. Eso la enfureció.

—Vas a pagar por lo que hiciste —dijo ella, pero él la ignoró.

—Yo no veo el tuyo… sólo a ti —dijo Kylo—. Así que no, esto es diferente.

En ese momento Luke salió de su cabaña, parpadeando ante la luz de la mañana. Rey se dio vuelta para quedar de frente al Maestro Jedi, mientras el pánico aceleraba sus latidos. ¿Kylo había visto a Luke? ¿De alguna manera sabría dónde se encontraba el último de los jedi? ¿Había hecho ella algo incorrecto, quitado el cerrojo de alguna puerta que debía permanecer desesperadamente cerrada?

Cuando ella se dio vuelta, la expresión de Kylo le indicó de inmediato que, a pesar de que no pudo ver a Luke, *sí* había visto su reacción y comprendido lo que significaba.

—¿Luke? —preguntó él, con ojos ansiosos y hambrientos, como un depredador que ha percibido el aroma de su presa.

—¿Y esto qué fue? —preguntó Luke.

Los ojos de Rey regresaron al rostro del Maestro Jedi, esperando ver ira y traición allí, pero él sólo parecía perplejo, hasta que, para horror de ella, señaló directamente a donde se encontraba esta extraña visita. Ella se obligó a seguir la mirada de Luke, pero Kylo se había ido. Luke estaba señalando el agujero a un lado de la cabaña.

Kylo se había ido, pero ella y Luke no estaban solos. Algunos alienígenas habían surgido de la niebla y estaban caminando entre las cabañas. Uno de ellos inspeccionaba la pared dañada, con consternación.

Rey supo de inmediato que estos recién llegados eran reales y que no representaban una amenaza para ella. Tenían caras anchas y pies de tres dedos; sus cuerpos fornidos estaban ocultos debajo de simples túnicas de color beige y blanco. Le hicieron recordar a Rey a los anacoretas de Jakku, que habían descubierto que sus tiraderos de basura eran ideales para una vida simple de contemplación religiosa.

Ella se dio cuenta de que Luke seguía esperando una respuesta a su pregunta. Igual que los alienígenas.

La primera reacción de Rey fue contarle la verdad, con la esperanza de que él la ayudara a cortar la indeseable conexión antes de que se volviera más peligrosa. Pero algo le dijo que sería un error. Luke había dejado de fingir que ella no existía, pero su relación era frágil y peligrosa. Rey sentía que el más ligero paso en falso causaría que él la rechazara aun antes de la primera lección que le había prometido. No, ella tenía que decirle algo más.

—Estaba… limpiando mi bláster —logró decir—. Se disparó.

Luke no se mostró menos perplejo por esa explicación, pero los alienígenas dieron muestras de aceptarla, aunque sin dejar de gruñir. En minutos estaban retirando pescados de sus cestas, afilando cuchillos y tirando furiosamente piedras sueltas de la pared dañada.

Luke inclinó su barbilla hacia las escaleras que llevaban arriba de la montaña. Cuando Rey se dio vuelta para seguirlo, una de las alienígenas la fulminó con la mirada y luego se dirigió a Luke.

—¿*Choo-chigga chupa*? —preguntó, o algo parecido.

—*Croopy* —replicó Luke.

Los alienígenas parecían sospechar algo más. Segura de que había causado una pésima primera impresión, Rey siguió a Luke por los sinuosos escalones hasta que quedaron fuera del alcance de la actividad alrededor de las cabañas.

—¿Qué son esas cosas? —preguntó ella.

—Cuidadores —respondió él—. Oriundos de la isla. Cuidan las edificaciones jedi desde su construcción.

—¿Qué les dijo acerca de mí? —preguntó ella.

Luke le lanzó una leve sonrisa.

—Que eres mi sobrina.

—Ah. Creo que no les caigo bien.

—Quién sabe por qué tienes esa idea.

Rey siguió a Luke por la hierba del collado, por arriba de las cabañas, y siguieron más arriba, por otro conjunto sinuoso de escalones de piedra. Esta escalera seguía por una prominencia rocosa que se elevaba por encima de la isla con vista hacia lo profundo del mar.

Ella aún temblaba por la manifestación de Kylo Ren en este lugar que había llegado a considerar un santuario de Luke, aunque no fuera suyo.

Después de inmovilizarla en Takodana, Kylo la había llevado a la Base Starkiller, para hurgar en su memoria y extraer de su cabeza el mapa que llevaba a Luke. Él había sondeado sus pensamientos, filtrando y ordenando, y había visto mucho de lo que ella había ocultado de él y de todos los demás.

La desesperada seguridad de que su abandono en Jakku había sido un error, o una nefasta necesidad que su familia perdida corregiría, si tan sólo ella esperaba el tiempo suficiente y mostraba la paciencia necesaria. Su terror y desesperación de que se estaba engañando y que pasaría sus días en la soledad, terminando como huesos anónimos en la arena. Sus sueños de una isla entre un océano sin caminos: la misma isla en la que ahora se encontraba.

Kylo había hurgado entre estas esperanzas y miedos que él no tenía derecho a conocer. Pero mientras buscaba, algo había cambiado. Mientras él recorría cruelmente la mente de ella, de alguna manera había revelado la suya. Rey se encontró en la mente de Kylo aun mientras él invadía la suya. Ella sintió su ira, como una tormenta destructiva que llenaba su cabeza, y su odio y su codicia por dominar y humillar a quienes lo habían perjudicado. También sintió sus heridas y su soledad, además de su miedo de nunca ser tan fuerte como Darth Vader, el fantasma que lo perseguía en sus sueños.

Kylo se había retirado al encontrar a Rey en su propia cabeza (prácticamente había huido de ella). Sin embargo, ese no había sido el final de la extraña, repentina conexión.

Ella había visto más, mucho más. De alguna manera, casi instintivamente, ella supo cómo él accedía a algunos de los poderes a su disposición (aunque ella no los comprendía). Fue como si el entrenamiento de él se hubiera vuelto de ella, desbloqueando y abriendo por completo puerta tras puerta en su mente. Pero ahora, Rey no podía cerrar esas puertas y sintió temor por lo que se hubiera desatado.

Kylo la había presionado para que lo dejara ser su maestro (casi se lo había rogado). Ella lo había rechazado, tan sólo para ser rechazada, a su vez, por Luke. Aunque sólo hasta esta mañana.

Rey había recorrido media galaxia para que Luke ayudara a quienes lo necesitaban tan desesperadamente: Leia, Finn, la Resistencia, los habitantes de la galaxia. Pero también esperaba que la ayudara a ella.

Rose estaba, al mismo tiempo, irritada y divertida cuando Poe insistió en repasar el plan una vez más y los llevó a ella y a Finn a una sala de preparación lejos del hangar.

—Podrías venir con nosotros y ya, ¿sabes? —dijo ella, exasperada.

Poe mostró decepción y Rose sintió pena por él. Él quería hacerlo (lo quería tanto que lo estaba matando la idea de no hacerlo).

—Alguien se tiene que quedar aquí y estar al pendiente de lo que pasa —dijo él—. A la General Organa.

—3PO puede hacer eso —dijo Finn.

—Bueno, también hay que mantener un ojo en Holdo.

Al pensar en eso, Finn se llevó una mano a la barbilla para rascarla. Cuando lo hizo, Rose observó el brillo de la señal alrededor de la muñeca del exstormtrooper, el gemelo del dispositivo que Rey había llevado con ella a las Regiones Desconocidas. Poe también lo vio.

—Mejor déjamelo, amigo —dijo Poe, estirando la mano a la muñeca de Finn.

Finn retiró la mano instintivamente y Rose vio la indecisión en su rostro. Su objetivo original había sido llevar el faro lejos de la flota y el peligro, y ahora se le estaba pidiendo que abandonara ese objetivo.

—La general envió a tu amiga a traer de regreso a Skywalker para que pueda ayudarnos —dijo Poe—. No servirá de mucho a la Resistencia si él aparece en Canto Bight.

Rose supo de inmediato lo que Finn estaba pensando: el exstormtrooper sería un terrible jugador de sabacc.

—Dale ya esa cosa a Poe —dijo—. ¿Quieres salvar a Rey? Entonces salva a la flota. Por eso estamos haciendo esto, ¿recuerdas?

Rose vio la mirada de sorpresa que cruzó por el rostro de Poe, seguida por una naciente comprensión, mientras las cosas caían en su lugar.

—Sólo quiero que ella esté a salvo —dijo Finn con tristeza.

—Igual que yo —dijo Poe a Finn, con voz sorpresivamente suave—. Pero esto es mucho más grande que Rey. O que cualquiera de nosotros. Es acerca de todo en la galaxia. Así que vamos: déjame tener eso. Prometo que no lo apartaré de mi vista.

Por un momento, Rose temió que Finn se negara, pero entonces él retiró con renuencia la señal de su muñeca y lo colocó en la mano de Poe.

—¿Ves? —dijo Rose—. Fue fácil.

Sin embargo, el rostro de Finn le indicó que eso no había sido cierto en absoluto.

Mientras seguía a Luke por los escalones, Rey vio que la escalera terminaba en una cueva al lado del pico. Siguió a Luke al interior, donde un antiguo mosaico aún era visible en medio del piso de piedra. Pero este no era su destino: Luke la condujo a unas salientes de la roca, una alta y otra baja. Era un punto de observación que causaba vértigo y desde el cual la isla parecía desprenderse hacia el interminable mar que los rodeaba.

Luke la miró por un momento, doblando distraídamente una caña en su mano. Rey se preguntó si él pensaba que le tenía miedo a las alturas. No lo tenía y nunca lo había tenido: apenas era una niña cuando escaló el castillo de su primer destructor estelar varado.

—¿Y bien? —le preguntó a él.

—Bien.

Rey trató de no fruncir el ceño. Hasta ahora, la mañana en que él le enseñaría los caminos de los jedi no había sido terriblemente diferente de las mañanas en que él se negaba a hablar con ella.

—Bueno, empezaré —dijo ella—. Necesitamos a los jedi de vuelta, porque el Lado Oscuro de la Fuerza es intenso en Kylo Ren. Sin los jedi será imposible derrotarlo.

Rey medio imaginó que Luke caminaría de regreso a la cueva y bajaría las escaleras, mientras ella se quedaba allí, preguntándose en qué prueba había fracasado esta vez. Pero él simplemente se le quedó viendo.

—¿Qué sabes acerca de la Fuerza? —preguntó él.

—Es un poder que usan los jedi para controlar personas y… hacer que floten objetos.

Por un momento, los únicos sonidos fueron los graznidos de las aves marinas y el silbido del viento.

—Impresionante —dijo Luke—. Cada palabra que acabas de decir es incorrecta. Lección uno. Siéntate aquí, con las piernas cruzadas.

Rey se acomodó en la más alta de las dos salientes, entrecruzando sus piernas torpemente.

—La Fuerza no es un poder que tienes —dijo Luke—. No es sólo para levantar rocas. Es la energía entre todas las cosas: una tensión, un equilibrio que mantiene unido al universo.

—Está bien. Pero ¿qué es?

—Cierra los ojos —le dijo Luke—. Respira. Ahora extiéndete.

Rey hizo lo que se le dijo y estiró su brazo con titubeos, como si quisiera afianzarse de algo con los dedos.

Nada sucedió. ¿Se supone que debía pasar algo? ¿Tomaría tiempo? ¿Estaba probando su paciencia? En Jakku, los Teedos habían venerado a un habitante local podrido por el sol que permanecía sentado todo el día, inmóvil, sobre un pilar de piedra. Ella esperaba que aprender los caminos de los jedi no requiriera nada como eso. Al parecer estaba equivocada.

Entonces Rey sintió algo extraño, como un cosquilleo en su mano.

—¡Ah! —dijo a Luke—. ¡Siento algo!

—¿Lo sientes?

—¡Sí! ¡Lo siento!

—Esa es la Fuerza.

—¿En serio? —preguntó Rey. No pudo dejar de sentirse complacida consigo misma… después de todo, ella sólo se había estirado por unos cuantos segundos, cuando mucho.

—Vaya, debe ser muy intensa en ti.

Rey se estaba preguntando por qué su logro temprano divertía tanto a Luke cuando sintió un dolor en su mano extendida. Gritó, y cuando abrió los ojos de golpe, se dio cuenta de que Luke había latigueado su mano con una caña… y que le había hecho cosquillas con ella antes. Ella se puso una mano sobre el corazón y esperó que su rostro no estuviera enrojecido.

—Quiso decir que me extendiera con… está bien. Lo comprendo. Haré otro intento.

Cerró los ojos y sintió que Luke tomaba sus manos con las suyas, rudas y callosas, y las dirigía a la roca a ambos lados de ella.

—Respira —dijo él—. Sólo respira. Extiende tus sentimientos. ¿Qué ves ahora?

La imagen llegó a ella casi de inmediato y le resultó tranquilizadoramente familiar: la isla, vista como si ella fuera una de las aves marinas que la sobrevolaban, tal como se aparecía en sus sueños, allá en Jakku.

Sin embargo, casi de inmediato hubo más. Las imágenes eran vívidas, casi alucinatorias, aunque más tarde no pudo asegurar si las había visto con los ojos de la mente o si de alguna forma las había experimentado en realidad, mientras su conciencia se expandía fuera de su cuerpo para abarcar la isla y el mar que la rodeaba.

Su primera impresión fue de vida (vida alrededor de ella). Podía sentirse y sentir a los cuidadores que vagaban cerca de las cabañas, pero había mucho más que eso. Ella sintió la presencia de flores, hierba y arbustos. Pájaros, insectos, peces y criaturas demasiado pequeñas para verlas a simple vista. Su conciencia de todo eso pareció llenar sus sentidos, hundiéndola en algo tan profundo e intenso que por un momento pensó que podría ahogarla, sólo para darse cuenta de que era imposible, porque ella era una parte de esa vida.

Sin embargo, también había muerte y decadencia. Carne y materia vegetal muertas, hundiéndose en el suelo que ocultaba huesos y varas secas de estaciones pasadas en la isla. Ella se encogió ante esta nueva conciencia, pero percibió casi de inmediato que no había nada que temer. De la muerte y la decadencia surgía nueva vida, nutrida de lo que había venido antes.

Ella podía sentir el calor de los soles, no sólo en su rostro sino en las rocas y la superficie de la caída incesante del agua. Y también frío, que rodeaba los lugares oscuros donde las raíces de la isla y el lecho marino se revelaban como uno y lo mismo. Había paz (madres porgs con sus huevos, protegidos y seguros en huecos cálidos) pero también había violencia, que dejaba detrás nidos rotos y conchas destrozadas.

Todo lo que sus sentidos le habían mostrado no había ocupado más que un momento. Ese momento no fue más que uno en miles de millones, parte de un ciclo interminable que había empezado eones antes de que ella naciera y seguiría por eones después de que estuviera muerta. Y era en sí mismo parte de algo mucho más grande, tan enorme que su mente no podía capturarlo, una inmensidad de la que aun las estrellas no eran sino una pequeña parte.

Rey, con los ojos todavía cerrados, trató de decirle a Luke lo que había experimentado, frustrada de que sus palabras fueran tan pequeñas e inadecuadas.

—¿Y en medio de todo? —escuchó que él preguntaba.

—Armonía… una energía —dijo ella, con deseos de reír—. *Una Fuerza*.

—¿Y dentro de ti?

—Dentro de mí, esa misma Fuerza.

Al abrir los ojos se quedó levemente sorprendida de encontrar a Luke sin cambio… un hombre maltratado por el clima, de barba canosa en ropa de trabajo diseñada para el sol, la sal y el viento.

—Esa es la lección: esa Fuerza no les pertenece a los jedi —dijo Luke—. Es mucho más grande. Decir que si los jedi se extinguen también lo hará la luz es vanidad. ¿Puedes sentir eso? ¿Puedes comprender eso?

Ella podía. Pero una nueva presencia estaba llamando a los sentidos que acababan de despertar.

—Hay algo aquí —dijo ella—. *Justo* aquí. Una luz poderosa… cegadora.

—Este es el primer templo jedi —dijo Luke—. Una concentración de luz.

Rey se preguntó cómo lo habían encontrado hace tanto tiempo, esos primeros exploradores jedi, y creyó saberlo. Habían seguido un susurro en la Fuerza, sumergiéndose en la agitación sin rumbo de las estrellas de la galaxia y confiando en la Fuerza para encontrar caminos a través de ellas. Ella trató de imaginar el valor y la fe que necesitaron para hacer eso.

—Hay algo más —dijo ella, dándose cuenta—. Debajo de la isla. Un lugar… un lugar *oscuro*.

Podía verlo ahora, con el ojo de su mente. Planos rocosos junto al mar, ominosos y fríos. Con un agujero negro en la roca…

—Equilibrio —dijo Luke, y había una punzada de preocupación en su voz—. Poderosa luz, poderosa oscuridad.

—Está helado. Me está llamando.

La roca saliente tembló debajo de ella, y polvo y rocas cayeron de los acantilados que los rodeaban.

—Resístelo —la urgió Luke—. ¡Rey, *cómbatelo*!

Tenuemente, Rey escuchó que la voz de él pronunciaba su nombre. Pero se desvaneció en la nada, hasta que todo lo que Rey pudo escuchar fue el rugido del agua. Ella estaba parada en la orilla fría y rocosa de su visión, avanzando como hipnotizada hacia un agujero negro ante ella: la fuente de ese rugido. El volumen del sonido creció, alcanzando un crescendo mientras el agua salía expulsada de la roca.

Con un sobresalto, Rey regresó donde estaba, en la roca. Luke estaba echando su mano hacia atrás. Él la había abofeteado. Ella jadeó para recuperar el aliento, sintiendo como si la hubieran arrastrado fuera de aguas profundas.

Tenía el rostro húmedo. Al principio creyó que era su imaginación, pero su cabello goteaba y podía sentir el sabor de la sal en la lengua. Los ojos del Maestro Jedi la miraban con cautela, fijos en ella.

—Ese lugar puede mostrarme algo —logró explicar Rey—. Trataba de hacerlo.

—Fuiste directo a la oscuridad —dijo Luke—. Te ofreció algo que necesitabas y ni siquiera trataste de detenerte.

Él le dio la espalda, pero ella estiró una mano temblorosa para detenerlo. Porque había percibido algo más, algo que supo de inmediato que Luke había querido ocultarle.

—Vi *todo* —dijo ella—, la isla, y más allá sentí las estrellas cantando. Pensé que mi corazón explotaría. *Pero no lo vi a usted*. Nada de usted. Ni luz ni oscuridad. Usted se ha cerrado por completo a la Fuerza.

Luke se le quedó viendo, con el rostro pálido y desencajado.

—Sólo en una ocasión vi esta Fuerza bruta, en Ben Solo —dijo él—. Entonces no me asustó. Ahora sí.

Rey se apartó de lo que vio en la mirada de él y se sintió aliviada cuando Luke se alejó de ella caminando hacia la oscuridad del antiguo templo.

CAPÍTULO 14

Desde su punto de observación en la periferia del puente secundario del *Raddus*, Poe permaneció vigilando a Holdo y suprimió el impulso de encontrar una razón para marchar de regreso al hangar donde había dejado a Rose y Finn.

Todo estaba listo, o debía estarlo. Tenía amigos por toda la nave, y muchos de ellos compartían su inquietud sobre su nueva comandante. Había sido trivial autorizar un vuelo en una nave ligera, eliminar ese vuelo de las programaciones y eliminar el mensaje de error resultante. Todo técnico de logística con un sentido rudimentario de autopreservación tenía una contraseña de puerta trasera, o dos, en caso de que los sistemas se pusieran melindrosos y bloquearan las operaciones normales.

Poe cambiaba constantemente su pie de apoyo. Se hubiera sentido mejor si estuviera detrás del timón, por supuesto, pero Rose y Finn sabían cómo volar. Bueno, está bien, Finn no sabía, pero Rose estaba calificada para un transbordador ligero. Diablos, tal vez hasta C-3PO podría manejar uno.

Además, si algo salía verdaderamente mal, BB-8 se lo diría. Aunque, ahora que lo pensaba, Poe no estaba seguro de dónde estaba BB-8.

«Vamos, chicos. Saquen al pájaro de la cubierta antes de que la dama Rancor pida una inspección o algo».

Aun así, cuando la alerta finalmente sonó en la consola del monitor de operaciones, Poe casi saltó por el ventanal.

—¿Qué fue eso? —exigió Holdo, levantando la vista.

—Nada, almirante —dijo Connix—. Escombros que pasaban.

Holdo, satisfecha, regresó a su trabajo. Connix levantó la vista e hizo un movimiento conspirativo con la cabeza en dirección de Poe. El transbordador había sido lanzado.

—Primero se quedarán sin combustible las naves más pequeñas —dijo Holdo—. Necesitamos empezar a evacuar sus tripulaciones a la nave insignia. Empezando con la fragata médica.

Poe pasó la vista por el puente. Connix no era la única que tenía sus dudas. Vio espaldas rígidas y ojos fijos en monitores. A un comandante le correspondía darse cuenta de eso, interpretar su puente y a su gente. Holdo no podía hacerlo o no lo haría.

Eso hizo enfurecer a Poe. Leia había erigido la Resistencia, a pesar de la apatía de la Nueva República y el sabotaje de la Primera Orden, además de una falta crónica de créditos, equipo y personal. Y ahora Holdo, alguien en quien Leia había *confiado*, parecía deshacer todo el trabajo de ella.

—Así que abandonamos al *Anodyne* —dijo Poe—. ¿Qué cambios siguen, almirante? ¿Qué pasa cuando ya no queden naves por abandonar?

Holdo clavó a Poe con la mirada.

—Tú quieres un plan audaz —dijo ella—. Héroe atractivo y audaz que salva a todos él solo. ¿Eso es lo que quieres?

—Tan sólo quiero conocer el plan —dijo Poe con impotencia—. Creo que todos queremos eso.

—En el momento apropiado, lo conocerás —dijo Holdo—. Sólo dejemos algo en claro: no habrá actos de heroísmo a lo idiota, planes arriesgados ni bombardeos llamativos bajo *mi* mando.

La frustración de Poe lo hizo hervir.

—Va a destruir todo lo que Leia ha construido.

—Capitán Dameron. Si estás aquí para servir a una princesa, te asignaré la limpieza de orinales —replicó Holdo—. Si estás aquí para servir a la Resistencia, sigue mis órdenes. Alguien tiene que poner a esta flota a salvo de sus héroes.

Tras eso, Holdo regresó a su monitor y dio por terminada la discusión. Poe, aturdido, pasó la vista por el puente auxiliar y se dio cuenta de que ningún otro oficial lo veía a los ojos.

El transbordador de Rose y Finn emergió del hiperespacio por arriba del planeta desierto de Cantonica, un globo casi sin rasgos distintivos, roto por un solo mar azul que le recordó a Rose, de manera inquietante, un ojo que mira al vacío.

—¿Así que este lugar es atractivo? —preguntó Finn—. No lo parece. Tiene un aspecto beige.

—La parte beige no importa: nadie vive allí —dijo Rose, deseando concentrarse en su vuelo y no en las preocupaciones de él—. La ciudad está junto a la parte azul.

—¿Conoces Canto Bight?

—Sólo de oídas —dijo ella—. Es un terrible lugar que reúne a los seres más viles de la galaxia.

Paige tal vez hubiera dicho que eso era injusto, que Rose no debería envidiar a la gente que tiene un poco de diversión. Pero la idea de vestir ropas lujosas y apostar mientras la galaxia se quemaba le pareció obscena.

—¿Por qué nadie se esconde nunca en un lugar agradable? —preguntó Finn—. A la flota le quedan dieciocho horas de combustible, así que mejor hay que apurarse.

Rose se desató del asiento del piloto.

—Voy a preparar los patines de aterrizaje —dijo ella—. No toques nada.

Finn se mostró levemente ofendido.

—No iba a tocar nada.

Sin embargo, apenas Rose dejó la cabina del piloto, él recargó su brazo sobre un panel (uno que, para ser justos, parecía que no tenía nada que ver con palancas, mandos o cualquier cosa que Rose usaba para volar), y el transbordador se ladeó violentamente a babor.

Él levanto su brazo y el transbordador regresó a su curso correcto, pero se escuchó un estrépito en la cabina detrás de él.

—Toqué algo —confesó Finn—. Fui yo.

Rose asomó la cabeza en la cabina de mando, con expresión exasperada.

—Sin un poco de práctica vas a lograr que nos matemos. Te enseñaré a aterrizar un transbordador.

—No soy piloto —objetó Finn.

—Bueno, es hora de que aprendas. Por cierto, el droide bola está en el baño.

Sorprendido, Finn pasó junto a ella y buscó en el pequeño espacio. Por supuesto, BB-8 estaba metido adentro, y saludó a Finn con una alegre cadena de bips. ¿Era su imaginación o el astromecánico parecía un poco presumido?

—Deja de hacerte el tonto y regresa aquí —gritó Rose desde la cabina del piloto.

Finn regresó, mientras BB-8 rodaba detrás de él, y miró cómo Rose señalaba varias cosas.

—Mando de control, acelerador, freno.

—¿Por qué todo tiene que ser tan complicado? —murmuró Finn.

—No es más complicado que tu cápsula de escape promedio —dijo Rose con una sonrisa burlona—. Y estabas listo para volar esa.

—Eso duele —dijo Finn, sintiendo que se sonrojaba.

Rose alzó una ceja y él suspiró, levantando sus manos.

—Está bien. Cosa de control, acelerador, freno. Ya entendí. Ahora enséñame el resto.

Sirenas y gritos llenaban los corredores del *Anodyne*. Poe ayudó a dos jóvenes médicos a empujar por el corredor un tanque portátil de bacta que contenía a un soldado herido de la Resistencia. El hombre trataba de aferrarse a algo dentro del tanque mientras la bacta se agitaba de un lado al otro. Ya casi habían alcanzado el hangar de la fragata, pero la evacuación estaba tomando demasiado tiempo.

El *Anodyne* funcionaba con sus últimas reservas de combustible, si no es que ya se habían agotado. Se había rezagado de las otras naves de la flota de la Resistencia y carecía ya de la protección del poderoso escudo del *Raddus*. Cuando el combustible de la fragata médica se agotara, perdería impulso y casi de inmediato quedaría dentro del alcance de las armas de sus perseguidores de la Primera Orden.

Poe se dio vuelta, haciendo señas con la mano para que la siguiente partida de médicos se apresurara. El *Anodyne* tembló y una explosión llenó de fuego el corredor detrás de Poe. No podía hacerse nada. Trató de ir más rápido sin tirar el tanque.

Adelante, en el hangar, el piloto de caza estelar C’ai Threnalli estaba al pie de una rampa de transporte. Como muchos de los pilotos de la flota, incluido el propio Poe, el abednedense prestaba servicio volando transportes y transbordadores e ideando la manera de mover a los tripulantes para que quedaran fuera del peligro.

El *Anodyne* volvió a estremecerse mientras los turboláseres de la Primera Orden seguían mordiendo a través de sus escudos. Entre tanto, C'ai le hizo una señal con la mano a Poe para que se apresurara.

En el puente del *Supremacy*, Hux miraba el holotanque con rostro extasiado. La fuerza de tareas de la Primera Orden llenaba el lado izquierdo del despliegue; a la derecha, el *Raddus* iba detrás de las dos naves más pequeñas de la Resistencia.

—El crucero principal aún está fuera de rango, pero su fragata médica se ha quedado sin combustible y se está rezagando —reportó el Capitán Peavey.

—El principio de su final —dijo Hux—. Destrúyanla.

La orden fue dada y los turboláseres de proa del *Supremacy* abrieron fuego. Peavey miró mientras los escudos ya debilitados del *Anodyne* estallaban en llamas y luego morían. Una descarga de fuego láser rompió el dorso de la fragata y la partió en dos; un momento después, la nave de la Resistencia había quedado reducida a gas y glóbulos de metal supercalientes.

—Objetivo destruido —dijo el Capitán Yago, un poco rígido.

—Entendido —dijo Peavey e hizo un movimiento de cabeza ligeramente compungido en dirección de Yago. El *Supremacy* había estado al mando de Yago hasta que inesperadamente se concedió permiso a Hux de transferir su bandera del *Finalizer* a su nave insignia, además de informar bruscamente a Peavey que también se le estaba transfiriendo a él.

Peavey tenía que darle crédito a Hux por todo esto: el inexperto general sabía que sería expuesto sin un capitán experimentado en quien apoyarse y que (habiéndole robado su mando) Yago le brindaría su apoyo a regañadientes, en el mejor de los casos.

Al igual que Peavey, Yago era un veterano de la flota estelar del Imperio. Había recibido al intruso en su puente con rígida formalidad; aunque helado, era imposible considerar que su porte era incorrecto, y su trato con Peavey había sido formal y correcto. Eso era el producto de años de entrenamiento y décadas de servicio, el tipo de cosas que el padre de Hux (por más loco que hubiera estado), habría comprendido, aunque el hijo las desdeñara.

Yago soportaría a Hux tal como lo hacía Peavey; porque ambos hombres sabían que el general no duraría. Indudablemente tendría éxito en destruir a los restos de la Resistencia y disfrutaría de la gloria de ese logro por un tiempo. Pero luego empezarían los verdaderos desafíos. La Primera Orden tendría que domar a una galaxia agitada, que se había hundido en el caos. Y tarde o temprano, Hux sería hecho a un lado, se le exhibiría como un oficial incompetente y un líder sin temperamento.

Peavey se reservó una sonrisa para sí mismo. Hux era un revolucionario, lleno de fuego y fervor, pero las temporadas de los revolucionarios eran fugaces. Peavey miró por los ventanales, con las manos en la espalda. Las naves sobrevivientes de la Resistencia

seguían fuera del alcance de las armas de la Primera Orden. Si se hubiera presentado cualquier oportunidad de que esas naves en fuga fueran reforzadas, Peavey habría recomendado que trataran de paralizarlas con olas de ataques de cazas estelares, pero toda la información privilegiada de la Primera Orden indicaba que no llegarían refuerzos.

Eso significaba que no había razón para poner en peligro a los pilotos, sobre todo si la flota de la Resistencia era incapaz de huir y carecía de la opción de recibir ayuda. Hux tenía razón acerca de algo: este era el principio de su fin. Lo que significaba que el propio fin de Hux también se estaba acercando.

Muy debajo del puente del *Supremacy*, la Capitán Phasma estaba de pie en medio de un vasto hangar. Aunque imposiblemente cavernoso, más grande que algunas naves capitales, era sólo una de las muchas áreas de estacionamiento en la enorme nave insignia de la Primera Orden.

Phasma veía las filas de TIE y naves de ataque, los caminadores que eran atados a su vehículo de desembarco, las legiones de stormtroopers, los pilotos vestidos de negro que esperan en formación. Estaban listos…, preparados para que se les dejara sueltos sobre lo que quedara de la Resistencia una vez que sus líderes aceptaran su situación y fueran a tierra esperando encontrar seguridad. Por supuesto que no la encontrarían: sus tropas se encargarían de eso.

La mayoría de los seres de la galaxia eran suaves: crecían protegidos y pasaban el resto de sus vidas tratando de asegurarse de que permanecían ignorantes e indolentes. Phasma era todo menos suave, y para la época en que pudo caminar, ya había comprendido que no existía nada parecido a la seguridad. Sólo importaba la supervivencia, que era el producto de la lucha incesante. Ella inclinó su casco de cromo para dirigirse a su segundo al mando.

—Alerta máxima, comandante —dijo—. Sus naves están cayendo como moscas. Nuestro momento se aproxima.

El transporte de Poe había escapado del *Anodyne* poco antes de que los dedos de fuego salieran lanzados de la nave insignia de la Primera Orden, para erradicar a la indefensa fragata en segundos.

La explosión agitó el transporte e iluminó las caras de los combatientes a quienes había ayudado a evacuar. Habían sacado a algunos de ellos de las instalaciones médicas, tan sólo porque, de otra manera, habrían muerto. Estaban sentados en silencio, hombres y mujeres aturdidos por los sedantes que les administraron los droides, o ignorando estoicamente lo que debía ser un dolor terrible. Sin embargo, los combatientes y soldados sanos apenas levantaban la vista. Miraban sus botas, tristes y taciturnos.

«No ven una razón para abrigar esperanzas. Porque Holdo no les dará una».

Las naves de la Resistencia seguían volando, pero Poe se preguntaba si el espíritu de esta rebelión ya los había abandonado.

CAPÍTULO 15

Rey descendió por los escalones resquebrajados y astillados bajo la lluvia, pisando con cuidado; después de todo por lo que había atravesado, sería más que ridículo matarse de una caída en una escalera húmeda. Encontró a Chewbacca en la cabina de mando del *Halcón*, fastidiado por el hipertransceptor del carguero.

—¿Todavía no te puedes poner en contacto con la Resistencia? —preguntó ella.

El wookiee rugió con frustración.

—Sigue intentando —dijo Rey, animándolo—. Si lo logras, pregunta por su estado y… cómo está Finn.

Chewbacca prometió que lo haría y Rey regresó a la rampa, limpiándose la lluvia de su frente.

Ella dudó si debía preguntar por la docena de porgs que estaban encaramados en el tablero y miraban el trabajo del wookiee, o por el porg que estaba sentado, haciéndole compañía, sobre su hombro peludo.

Ella supuso que los porgs pronto se convertirían en comida y que el wookiee estaba usando el *Halcón* como despensa. A Rey le pareció un poco extraño que tratara a la comida de mañana como las mascotas de hoy, pero la galaxia era enorme y cada especie tenía derecho a sus propias peculiaridades.

Estaba lloviendo con fuerza; Rey permaneció debajo del *Halcón*, esperando que el tiempo pudiera aclararse un poco antes de que tuviera que regresar a las cabañas, a tomar sus lecciones. La lluvia era una parte integral de la vida en la isla, por supuesto. Ella podía percibir cómo las raíces superficiales de la hierba y los arbustos de la isla la bebían ansiosamente, y sabía que los cuidadores la estarían recolectando en barriles. Aun así, ya había tenido suficiente por hoy.

Miró la lluvia que rebotaba de la antigua plataforma de piedra donde el *Halcón* había aterrizado y pensó en los amigos que había dejado atrás, en D’Qar. Leia, BB-8 y especialmente Finn. Él había abandonado sus sueños de escapar al Borde Exterior para arriesgar su vida por ella; había regresado al corazón de una Primera Orden que alegremente lo ejecutaría por traición.

Algo hormigueó en su conciencia y se dio vuelta para mirar el mar gris, temiendo que ya sabía lo que habría de ver: Kylo la miraba fijamente.

—Serpiente asesina —dijo Rey, mientras él la miraba a los ojos.

Kylo se acercó y ella se estremeció, pero se negó a ceder terreno.

—En realidad no estás aquí. No puedes tocarme —dijo ella—. Estoy segura.

—Para alguien que se siente segura, tienes un miedo terrible —replicó Kylo. Él se le quedó viendo con sus ojos oscuros y el rostro pálido, y ella se dio cuenta de que él podía ver el rocío que rebotaba en la piedra y la golpeaba.

—Llegas muy tarde —dijo ella, decidida a terminar con el aire de curiosidad desinteresada de él—. Perdiste. Hallé a Skywalker.

—¿Cómo va eso? —preguntó Kylo, divertido. Luego sus ojos destellaron—. ¿Ya te contó lo que pasó la noche en que destruí su templo? ¿Te contó por qué?

—Ya no hay más que necesite saber de ti —contraatacó ella, tomada por sorpresa.

—¿Eso crees? —preguntó él y la miró con intensidad en los ojos—. Eso crees. Tienes esa mirada en los ojos, como en el bosque, cuando me llamaste monstruo.

Él se acercó a un metro o dos de Rey y ella se preguntó qué pasaría si se negaba a moverse y se cruzaban. ¿Se encontraría a sí misma en la mente de él otra vez y tendría que soportar su presencia en la suya? ¿Podrían tocarse en realidad, a través de una galaxia?

—Tú *eres* un monstruo —dijo Rey, recordando el terror de su parálisis en Takodana.

Ella lo miró y encontró unos ojos llenos de dolor. Dolor y conflicto.

—Sí, lo soy —dijo Kylo, no había amenaza en su voz, sólo desdicha.

En ese momento se fue; ella se quedó con la vista de las olas rompiendo contra la piedra. Miró al mar agitado, sin estar segura de lo que buscaba, luego sintió otro cosquilleo en la conciencia. Se dio vuelta y levantó la vista hacia la isla, hacia arriba, a la lluvia, y vio a Luke esperándola.

En el corazón de metal del *Supremacy*, Kylo permanecía de pie y miraba al lugar en que había estado Rey. Sintió que algo cosquilleaba su rostro y lo limpió con irritación: había agua en su palma. Se le quedó viendo, luego cerró la mano para formar un puño y ocultarla de su vista.

CAPÍTULO 16

Finn se enamoró de Canto Bight en cuanto voló sobre ella. Miró abajo, incrédulo, al mar, punteado con yates elegantes y la agraciada curva de la bahía en forma de luna creciente, cubierta con hoteles majestuosos y espléndidos. Más allá de ellos, la ciudad era una joya brillante. Sus amplios bulevares rodeaban un complejo moderno de azulejo y cristal negro, bañado por una luz brillante que abarcaba todos los espectros posibles. Más allá del complejo había un enorme conjunto de edificios bajos de piedra, cruzados por estrechas calles alumbradas cálidamente.

Rose no había querido aterrizar en el puerto espacial por miedo a que el transbordador fuera reconocido como una nave de la Resistencia, así que volaron bajo por la orilla del mar. Debajo de ellos, parejas caminaban por el paseo marítimo, admirando la puesta de sol, mientras los niños corrían a la orilla de olas suaves, desafiando al agua para que atacara sus pies y enseguida correr de regreso a la playa con sus padres.

Finn estaba tan ocupado mirando alrededor que olvidó ver abajo. El transbordador se fue de nariz sobre la playa, arrojando a BB-8 a través de la cabina y agitando a Rose y a Finn de un lado a otro en sus arneses hasta que al fin se detuvo con un estremecimiento. Finn levantó la vista con expresión de culpa mientras Rose se levantaba de la silla del copiloto, haciendo gestos. Se había mordido un labio y estaba muy segura de que las correas le habían dejado moretones cuando se hundieron en sus hombros.

—¿Qué? —preguntó Finn—. Estamos completos, ¿o no?

BB-8 chilló con burla. Rose sólo movió la cabeza de un lado a otro.

—Sigo pensando que es mala idea dejar la nave aquí —dijo Finn.

—No podemos darnos el lujo de un amarradero en el puerto espacial, ¿recuerdas? Ni de hacer que transmitan nuestras identidades. Además, si hubieras hecho ese aterrizaje en el puerto espacial, ahora mismo estaríamos en una bahía médica, o en un cráter.

—Pero…

—¿Qué vamos a hacer, dañar la arena? Vamos. La flota nos necesita.

Subieron rápidamente por la playa hacia el paseo marítimo y luego se encaminaron hacia las luces del casino.

Al cruzar la plaza arbolada enfrente del Casino y Pista de Carreras de Canto, a Finn por poco lo golpean dos speeders de lujo: musculosas y poderosas máquinas de calle con motores rugiendo. Uno tras otro, choferes orgánicos se asomaron por sus ventanillas para hacer sugerencias anatómicas poco probables.

Rose respondió al segundo chofer con una contrasugerencia que hubiera exigido mucha más privacidad y que hizo que BB-8 ululara con admiración.

—¿No tienen droides speeders en esta ciudad? —preguntó Finn, muy seguro de que estaba sonrojado. Rose lo miró sorprendida.

—Cualquier turista se puede permitir viajar con un droide —explicó pacientemente—. Si realmente tienes créditos, contratas ayuda de carne y hueso.

—No había pensado en eso —dijo un avergonzado Finn mientras caminaba por la entrada del casino, esquivando las luces de advertencia de los campos antirrobo de los speeders estacionados.

Finn se hizo a un lado para dejar pasar a un valet apurado y pasó la vista de los jardines complejos y perfumados a las holomarquesinas que saludaban a los visitantes.

—Tienen un hotel de lujo y un vestíbulo de compras —se maravilló—. Además de veintidós restaurantes. ¿Cómo vamos a encontrar al maestro decodificador en todo esto?

—Tal vez él nos encuentre —dijo Rose, apresurándose mientras sirvientes con librea abrían grandilocuentemente las puertas dobles—. Todo lo que tiene que hacer es buscar a los dos patanes vestidos como corredores grasosos de speeders.

Finn vio de inmediato a qué se refería. Estaban rodeados por seres humanos y alienígenas de cada especie concebible, desde diminutos chadra-fans hasta dor namethianos altos y de brazos largos. Sin embargo, todos vestían inmaculadamente. Los ojos de Finn saltaban de finos vestidos largos y túnicas ondulantes, a esmóquines elegantes y chalecos espléndidos con colas sostenidas en alto por ayudantes. Las cabezas portaban coronas; los ojos miraban a través de anteojos mantenidos en su posición por repulsores elevadores; de orejas, narices y apéndices que Finn no reconocía colgaban joyas de todos los tonos; brazos y dedos estaban decorados con pulseras y anillos que brillaban bajo la luz; y los pies y tentáculos ventrales se mantenían en alto por calzado que a Finn le parecía peligrosamente ancho, alto, o ambos.

El derroche de color y riqueza era tan abrumador que las ropas más extraordinarias apenas llamaban la atención, pero todos los ojos parecían atraídos por la sucia chaqueta de Finn y el overol de mantenimiento de Rose. Finn quería encontrar un agujero para arrastrarse a él, pero Rose sólo miraba alrededor despectivamente, rechazando el ofrecimiento de ayuda de un asistente. Luego cuadró los hombros y marchó a través del vestíbulo, mientras Finn corría detrás de ella.

Sin embargo, para su sorpresa, el personal del casino los trató con la misma humildad extravagante que a los invitados que llevaban ropas que costaban lo mismo que una pequeña luna. Les extendieron los brazos a manera de bienvenida y les ofrecieron saludos en lenguas del Borde Exterior disparadas rápidamente mientras él y Rose paseaban por el piso principal del casino y BB-8 rodaba detrás de ellos.

—¡Este lugar es fabuloso! —exclamó Finn.

—No, no lo es —murmuró Rose.

—¿Estás bromeando? *Sí. Lo. Es.* Mira eso. ¡Mira! ¡Y eso!

Rose miraba hacia las filas de mesas de juego, donde grupos que reían estaban apostando pilas de cantomonedas a todo, desde whist savareeano y zinbiddle de Kuari, hasta giros de la rueda del jubileo y rondas de lanzamientos de riesgo. Por todos lados, los apostadores con cubos relucientes rodeaban carruseles de máquinas tragamonedas flotantes (oro y negro brillante con carretes giratorios en sus rostros). Los cantineros

hacían malabares con cocteleras, los traficantes con tarros verdes y chalecos que hacían juego ofrecían felicitaciones o amabilidad, y los droides meseros caminaban cuidadosamente entre la multitud, inclinando cortésmente la cabeza mientras giraban hábilmente las bandejas de bebidas para ponerlas fuera del camino de los descuidados y distraídos.

—Encontremos al maestro decodificador y salgamos de aquí —dijo Rose.

Mientras pasaban la vista por la multitud, un alienígena pequeño, de ojos oscuros en ropa de noche se quedó viendo con duda a BB-8 y metió una moneda en una ranura de diagnóstico de una de las bahías de herramientas del droide. Confundido y un poco ofendido, BB-8 retrocedió y le lanzó un chillido al jugador borracho, quien hizo bizcos ante el droide y luego metió otra moneda.

—Me gustaría que Rey pudiera ver esto —dijo Finn mientras Rose avanzaba con dificultad entre la multitud de invitados, a la caza en cada mesa de la salpicadura carmesí de una flor de plom roja. Frustrada, finalmente saltó sobre una mesa para explorar todo el piso.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Finn, mirando nerviosamente a una pareja de alienígenas con ropas de color negro opaco; estaba convencido de que eran de seguridad, porque tenían los ojos en constante movimiento y nunca sonreían.

—Nuestra misión, ¿recuerdas? Deja de tirar baba por todo el lugar, deja de morirte por Rey y sigue con eso.

—No me estoy muriendo por Rey —objetó Finn.

Rose lo miró con burla.

—Muriéndote en grande. *En grande*. Estabas a punto de abandonar a la Resistencia para ayudarla. ¿Cómo es que una persona puede significar más para ti que toda una causa?

Finn apartó la vista de un trío de suertonienses joviales (no había allí una flor de plom roja) y miró a Rose.

—Fui criado en un ejército para luchar por una causa —dijo él—. Luego conocí a Rey. Y por primera vez tuve a alguien que me interesara y por quién luchar. Eso era lo que yo quería ser.

Él se preparó para otro comentario cáustico, pero el rostro de Rose se suavizó.

—Cuando ella regrese, ¿será una jedi como en las historias? —preguntó ella—. ¿Túnica café, pequeña cola de rata?

Eso hizo reír a Finn.

—No. ¿Rey una jedi? Nah.

Trató de imaginarse dónde un xi'dec cargado de huevos podría ponerse una flor de plom roja y se dio por vencido.

—Pero ella será diferente —dijo Rose.

—No —insistió él. Rey siempre sería Rey. Él estaba seguro de eso, y se sintió un poco molesto porque Rose no era capaz de ver eso.

Rose lo miró con escepticismo antes de regresar a su evaluación ceñuda de los adinerados apostadores a su alrededor.

—Ella sigue su propio camino —le dijo a él—. Tú necesitas encontrar el tuyo.

—Gracias, sabia Maestra Rose.

—De nada, jovencito.

—Cuando la vuelva a ver ella sólo será Rey.

Él le sonrió a Rose, quien sacudió la cabeza y siguió buscando nuevos ricos para mirarlos con antipatía.

BB-8 permanecía completamente inmóvil en el piso del casino, lanzando bips de ánimo. El alienígena ebrio metió otra moneda en su bahía de herramientas y BB-8 gorjeó alegremente, encendiendo las luces de diagnóstico sobre su cabeza, luego ofreció un trino triste y decaído. Frustrado, el apostador hurgó en su cubo en busca de una moneda más.

Rose se había retirado a un bar abierto a la brisa de la noche, que se encontraba al lado del piso del casino. Un cantinero de bigote, con librea verde y blanca preparaba un coctel mientras los apostadores estaban sentados a la sombra estudiando mazos de cartas. Rose fulminó con la mirada a unos invitados que se burlaron con demasiada obviedad de su overol.

—Creo que hemos cubierto todo el casino —dijo Finn—. ¿Dónde está este tipo?

De pronto una nube de movimiento y un ruido estruendoso llenó el aire detrás del bar, agitando los cristales y las botellas.

—¿Fue lo que creo que era? —preguntó Rose, maravillada.

Pasó corriendo por una puerta y Finn se precipitó detrás de ella.

—Oye, ¿qué pasó con eso de que no debemos distraernos? —preguntó él.

Terminaron en un balcón que daba a una pista de carreras ovalada, adjunta al casino. Los espectadores aplaudían, mientras dirigían su atención abajo, donde 12 jinetes en librea iridiscente estaban montados sobre animales con pieles rojizas, orejas largas y colas colgantes.

—¿Qué son esas cosas? —preguntó Finn, admirando la manera en que sus orejas, patas y colas partían el aire. Parecían versiones de carne y hueso de exóticos cazas estelares a escala.

—Fathiers —dijo Rose, en trance—. De niñas, eran los animales favoritos de mi hermana. Nunca llegó a ver uno real. Son tan hermosos…

Sin apartar la vista de los fathiers que corrían, Rose estiró la mano hacia la parte superior de su overol y extrajo un medallón que llevaba en una cuerda alrededor de su cuello.

—Es la insignia del sistema Otomok —dijo ella—. Crecí allí. Solía ser una colonia minera. Ahora es nada. La Primera Orden arrasó nuestras ciudades para probar sus armas. Nadie nos protegió. A nadie le importó.

Finn distinguió un par de electrobinoculares montados en la barandilla del balcón y miró por ellos. Los fathiers estaban en la recta final. Él podía ver chispas mientras los electrolátigos de los jinetes subían y bajaban, golpes implacables asestados para extraer más velocidad de sus monturas exhaustas.

—Juramos que si salíamos de allí haríamos todo lo necesario para causarles daño —dijo Rose—. Así que nos unimos a la Resistencia… mi hermana y yo.

Finn levantó la vista y encontró a Rose apretando su medallón, pálida por la ira. Ella movió un brazo acusador para abarcar a los jugadores alegres en las tribunas de abajo.

—¿De dónde crees que viene todo este dinero? —preguntó a Finn—. Estas personas *obtienen ganancias de la guerra*: firman contratos con la Primera Orden y se vuelven ricos con el sufrimiento en casa. Por eso es por lo que todos sonríen: está empezando otra guerra. Desearía descargar mi puño sobre este lugar. Desearía tener el poder de aplastar esta hermosa y horrible ciudad.

Finn no supo qué decir. Mientras buscaba arduamente una respuesta, BB-8 se acercó rodando a ellos, con su cuerpo esférico sacudiéndose de manera extraña. El astromecánico lanzaba bips frenéticos.

—¿Flor de blom roja? —exclamó Rose—. ¿Dónde?

CAPÍTULO 17

Rey se paró frente a un afloramiento de roca, haciendo prácticas de sombra con su lanza. En Jakku rara vez descuidaba esa práctica: necesitaba defenderse contra amenazas que iban desde Teedos merodeadores hasta compañeros carroñeros con deseos de matar por una pieza recolectada con algún valor. Sin embargo, había dejado de hacerlo desde que llegó a la isla y ahora deseaba no haberlo hecho.

Para empezar, estaba oxidada. Pero el ejercicio también le ayudaba a apartar la neblina y la frustración que la habían envuelto. Aquí no había declaraciones jedi gnómicas ni tenía que lidiar con visitas malévolas; solo existía la necesidad de mantener su lanza dando vueltas y tirando golpes.

Rey no se permitió un respiro hasta que terminó sudando libremente y le dolieron los brazos y los hombros. Entonces se apoyó en la lanza, ignorando a los curiosos porgs que daban vueltas sobre su cabeza, y vio el sable de luz de Luke que asomaba de su bolso. ¿Debería tomarlo? *Por supuesto* que sí.

El sable de luz se sentía diferente en sus manos: era más pesado y carecía del impulso adicional que proporcionaba el contrapeso de su lanza. Sin embargo, los principios no eran muy diferentes de aquella. Además, el sable de luz parecía de alguna manera *vivo* en sus manos, como si algo dentro de él estuviera concentrando simultáneamente la fuerza de ella y guiando sus ataques y sus defensas. Su sentido de la energía a su alrededor se estaba agudizando y el canto de la hoja parecía resonar con las corrientes de la Fuerza a su alrededor, amplificándolas.

Dejó de percibir el sudor que escurría por su rostro o la fatiga que hacía pesados sus brazos y sus piernas. Sólo estaban su cuerpo y el sable de luz, moviéndose como una sola entidad. Atacaba y defendía, rodaba y entretejía hasta que se borró la diferencia entre arma y portador.

—Impresionante —dijo Luke.

El sonido de su voz la sacó de su trance. Se dio vuelta para mirarlo y tropezó ligeramente, pero el sable siguió la inercia hasta que golpeó la roca en lugar del aire vacío.

El sable de luz cortó el afloramiento con el que hacía pelea de sombra y la parte superior quedó partida, cayendo por la orilla del acantilado. Polvo y roca volaron por el aire, junto con volutas de hierba y porgs indignados.

Mientras Luke miraba divertido, Rey desactivó el arma y miró por encima del acantilado. La avalancha había dejado una amplia cicatriz hasta el mar, debajo. Cerca de la parte cortada, un grupo de cuidadores estudiaba el daño. Charlaron, consternados, y luego se le quedaron viendo a Rey con desaprobación.

Los soles se hundían en el horizonte cuando Rey y Luke entraron en el templo jedi y quedaron enfrentados a cada lado de la fuente que ocupaba el centro del espacio ancestral.

—Entonces —dijo Rey.

—Entonces.

Ella movió la cabeza de un lado a otro.

—No, empiece esta vez.

—Te he demostrado que no necesitas a los jedi para usar la Fuerza —dijo Luke—. Entonces ¿por qué necesitan a la Orden Jedi?

Rey se le quedó mirando. De seguro esta era otra de sus pruebas. Ella había escuchado las historias de lo que él había sido capaz de hacer con la Fuerza. Ella había visto con sus propios ojos lo que Kylo había logrado con el uso de esa energía. Y ella sentía, con una mezcla de miedo y expectación, lo que sus propios poderes crecientes podrían permitirle hacer algún día.

Sin embargo, una sola persona no podría hacer frente a un ejército como el de la Primera Orden. Sin importar lo poderosa que fuera.

—Para luchar contra la oscuridad creciente —dijo Rey—. Ellos mantuvieron la paz y protegieron la luz en la galaxia durante mil generaciones… y me doy cuenta, por su expresión, que cada palabra que he dicho está equivocada.

Luke sonrió y estudió el mosaico en el piso. Ella se preguntó qué manos lo habían hecho y hacía cuánto tiempo.

—Acertaste en lo de «mil generaciones» —dijo él—. Lección dos. Ahora que están extintos, se ha idealizado a los jedi, se les ha deificado. Pero si tú apartas el mito y observas sus acciones, desde el nacimiento de los sith hasta la caída de la República, el legado de los jedi es de fracaso. Hipocresía. Arrogancia.

—¡Eso no es verdad! —protestó ella, mirándolo consternada. Si él era el último de la Orden, la galaxia necesitaba que fuera su custodio, su preservador. En la galaxia no eran pocos quienes querían ver a los jedi desacreditados, hundidos y olvidados. Sin embargo, esta no era una prueba.

—En la cima de sus poderes permitieron que Darth Sidious creciera, creara el Imperio y los erradicara —dijo Luke—. El responsable del entrenamiento y la creación de Darth Vader fue un Maestro Jedi.

—¡Y un jedi quien lo salvó! —objetó Rey—. Sí, el hombre más odiado en la galaxia, pero *usted* vio que había conflicto en él. Creyó que no estaba perdido, que podía convertirse.

Ella no comprendía. Ya era bastante problemático que Luke hubiera rechazado el legado de los jedi. Pero cualquier cosa que le hubiera sucedido lo había llevado a rechazar también su propio legado. Ella se preguntó, y no por primera vez, si él había

caído en la locura durante sus años de exilio. Sin embargo, el hombre barbado con ropas de lana toscamente hilada no parecía loco. Sólo profundamente triste.

—Me convertí en una leyenda —dijo Luke—. Durante muchos años hubo equilibrio. No tomé padawans y no creció la oscuridad. Entonces vi a Kylo, a Ben, mi sobrino, con esa poderosa sangre Skywalker. En mi arrogancia pensé que podía entrenarlo, que podía transmitir mis habilidades. Tal vez yo no sería el último jedi.

Sus ojos miraban muy lejos ahora, interrogando al pasado. Rey se preguntó si él revivía esos tiempos oscuros cada día, mientras meditaba en la cima de la isla, como cuando lo encontró por primera vez, o si nunca lo hacía…, si la llegada de ella era lo que lo había obligado a confrontar los hechos que habían causado que él mismo se apartara de familiares y amigos y se esfumara.

—Han… Han se opuso —dijo Luke—, pero Leia me confió a su hijo. Lo tomé a él y a una docena de estudiantes y empecé un templo de entrenamiento. Cuando me di cuenta de que yo no era un contrincante a la altura de la oscuridad que crecía en él, ya era demasiado tarde.

—¿Qué sucedió? —preguntó Rey en voz baja.

Ben Solo, que en ese entonces ya no era un niño, pero todavía no era un hombre, levanta la vista con sorpresa y alarma. Su tío Luke ha entrado en sus aposentos, de noche, y ahora está parado ante él. No hay señales de problemas (Luke está desarmado) pero el rostro de su maestro está arrugada por la preocupación. Y la Fuerza está en ebullición por el peligro.

La mano de Kylo se levanta, no hacia Luke, sino más allá de él, hacia las piedras del techo. Ordena a esas piedras que obedezcan sus órdenes y caigan sobre la cabeza de Luke. Para aplastarlo y enterrarlo.

—Debió pensar que yo estaba muerto —dijo Luke—. Cuando me recuperé, el templo estaba ardiendo. Kylo se fue con un puñado de mis estudiantes y asesinó al resto. Leia culpó a Snoke, pero fui yo quien quebró a esa familia. Yo fallé. Porque era Luke Skywalker, Maestro Jedi. Una leyenda.

Dijo esa última palabra como si fuera algo terrible: una carga y una maldición. Pero Rey le sostuvo la mirada.

—No le falló a Kylo; él le falló a *usted*. Yo no lo haré.

Luke la miró con seriedad y cuando habló su voz era tranquila.

—No sé quién es más peligroso: el pupilo que quiere destruirme o el que quiere volverse yo.

Por un largo momento no hubo más sonido que el del viento. Luego Rey lo sintió: algo venía. Salió a la roca saliente de meditación, muy por encima del mar, y miró hacia el horizonte. Seis naves (construcciones burdas de madera) se dirigían como flechas por el agua hacia la isla. Rey se puso tensa. Los habían encontrado.

—Es una tribu de una isla cercana —dijo Luke detrás de ella. Los hombros de ella cayeron con alivio—. Vienen una vez al mes a arrasar y saquear el pueblo de los cuidadores —agregó.

Rey se precipitó hacia la orilla de la saliente, tratando de seguir el curso que llevaban. Su corazón empezó a latir con fuerza. Las naves se dirigían ligeramente al norte de ellos, en posición perfecta para bordear los promontorios y desembarcar en la bahía donde las cabañas de los cuidadores se amontonaban junto al mar.

—¡Bueno, vamos! —apuró a Luke—. ¡Tenemos que detenerlos!

Él sólo se quedó parado en la repisa, contemplando las naves y el mar. Ella lo miró con incredulidad.

—¡Vamos! —dijo ella.

—¿Sabes lo que un verdadero jedi haría en este momento? —preguntó Luke, como si tuvieran todo el tiempo del mundo—. Nada.

—¿Qué? Esta no es una lección, ¡van a causar daño! ¡Tenemos que ayudar!

—Si enfrentas a la partida invasora con fuerza, ellos regresarán el mes siguiente, con más gente y mayor violencia. ¿Estarás *tú* aquí el mes siguiente?

Frustrada, Rey miró cómo las naves cortaban por el agua, acercándose cada vez más al poblado indefenso. Sus sentidos estaban ardiendo, bombardeándola con imágenes: huevos aplastados, olas rompiendo, huesos astillados y fuego en la noche.

—¿Eso quema en tu interior, te enfurece pensar lo que los invasores van a hacer? —preguntó Luke—. Los libros en la biblioteca de los jedi dicen que ignores eso. Sólo debes actuar cuando puedas mantener el equilibrio. Aunque haya gente que resulte herida.

«Oh, ¿de verdad? Bueno, entonces al demonio con lo que un puñado de libros viejos dice».

Rey empujó a Luke para pasar de lado, se escurrió por la entrada del templo y salió corriendo hacia las escaleras antiguas.

—¡Espera! —escuchó que el Maestro Jedi gritaba—. ¡Rey!

Pero Rey había esperado lo suficiente.

BB-8 no había encontrado al maestro decodificador, sino que había encontrado su imagen, proyectada por una holopantalla en la parte posterior del vestíbulo del casino, donde las mesas de juego y los bares daban paso a los cabarets, restaurantes iluminados por droides vela y los clubes exclusivos resguardados por cuerdas de seda shimmer y cantidades considerables de fuerza alienígena.

—¿Es un músico? —preguntó Finn, leyendo con incredulidad las letras que se desplazaban por la pantalla.

Por lo menos tenía el aspecto que Finn había imaginado que tendría: un joven ser humano, con una llamativa raya blanca en el cabello y un bigote delgado y perfectamente

cuidado. Vestía un esmoquin inmaculado de lana gaber, una faja de piel, un anillo de platino y, sí, una flor roja en la solapa.

—Dice «invitado especial» —dijo Rose—. No me importa si es una banda de un solo hombre. Hagamos esto. Flota. Amigos. Vidas.

Encontraron las escaleras que bajaban al cabaret donde Aialaia Nix y los Fabulosos F'noncs estaban en medio de su presentación; de repente apareció un droide de brazos delgados parado frente a ellos.

—Bienvenidos —dijo en voz aflautada—. La entrada para disfrutar del espectáculo es de veinte cantomonedas.

—¿Le sirven los créditos de la Nueva República? —preguntó Rose, buscando torpemente en sus bolsillos.

—Las cantomonedas son las preferidas dentro del complejo, gentiles —ronroneó el droide.

—Mira, el espectáculo está por terminar y sólo estamos aquí para encontrarnos con un amigo —dijo Finn, tratando de rodear al droide, sólo para encontrar que un brazo largo bloqueaba su camino.

BB-8 se movía en círculos, silbando y emitiendo el mismo extraño traqueteo.

—Veinte cantomonedas, gentiles —dijo el droide con menos gentileza. Un enorme dowutin que vestía varios metros de ropa formal negra se acercó pesadamente, flexionando sus poderosas extremidades.

—Finn, déjalo —dijo Rose, mirando consternada hacia BB-8, que había rebotado varias veces contra la pierna de ella—. ¿Qué pasa *con* este droide loco?

—Gentiles —entonó como advertencia el droide saca borrachos mientras el dowutin sostenía el frente de la chaqueta de Finn.

BB-8 silbó y disparó un flujo de monedas, haciendo que Finn y Rose se echaran hacia atrás sorprendidos y el dowutin y el droide saca borrachos intercambiaran miradas llenas de perplejidad.

Finn reunió deprisa las monedas (había más que suficiente para él y Rose) y se las entregó al droide, que las introdujo forzadamente en su chasis.

—Disfruten la presentación, gentiles —dijo con grandilocuencia, como si nada del reciente intercambio desagradable hubiera sucedido.

Finn miró a BB-8, que se movió alegremente.

—¿Cómo…? No importa. No quiero saberlo.

El cabaret tenía una iluminación tenue. Droides mesero circulaban discretamente, sirviendo bebidas de todos los tonos, algunas de las cuales echaban burbujas y silbaban de manera alarmante. Finn y Rose encontraron una mesa cerca del fondo, detrás de unos rodianos que habían adquirido un verde pálido por la intoxicación y de una

monstruosidad de cuatro brazos que le recordó a Finn un manojo de fruta beige metida en un saco de la medida incorrecta.

En el escenario, una cantante twi'lek (Finn supuso que era Aialaia Nix) estaba gorjeando una canción de amor, acentuando cada frase con crótalos. Detrás de ella había un trío de palandagos; sus exopulmones craneales se expandían cuando necesitaban alcanzar notas altas en sus trompetas. Junto a la cantante, detrás de un órgano recubierto con hojas de perlas kappala iridiscentes, estaba sentado el maestro decodificador.

Rose le hizo un gesto al mesero de que regresara después, para decepción de Finn, y se sentó con los brazos cruzados. Ella vio que Finn seguía el ritmo con los dedos de los pies y le lanzó una mirada funesta.

—Vive un poco —la animó Finn—. La galaxia sobrevivirá por una canción. Además, estos tipos son muy buenos.

El maestro decodificador estaba cantando armónicos ahora, frío y controlado. Aialaia levantó sus brazos, haciendo que la orilla de su vestido se levantara a peligrosas alturas, y los dedos del maestro decodificador se deslizaban sobre las teclas. La audiencia aplaudió y ella hizo una reverencia, luego señaló a los músicos de Palandag, que permanecían en silencio con las bolsas de gas de sus trompetas desinfladas. Después de otra ronda de aplausos, ella extendió su mano hacia el maestro decodificador. Él sonrió ante el aplauso, besó a Aialaia en la mejilla y guiñó un ojo a Finn y a Rose.

Las luces se encendieron y el barullo de las conversaciones llenó el lugar. El maestro decodificador se abrió paso entre la multitud, intercambiando bromas y aceptando saludos de mano y besos al aire, luego susurró algo en el oído de una pelirroja alta, con un peinado geométrico que parecía levitar sobre un qipao decorado con un intricado, hipnotizador tejido de encaje.

—Pero Lovey, la hospitalidad tiene sus exigencias —le dijo el maestro decodificador, dándole una palmada en la mejilla de alabastro con una mano.

La mujer le lanzó a Rose y a Finn una mirada de sospecha antes de perderse entre la multitud.

El maestro decodificador se sentó a su mesa como si fueran viejos amigos, cruzando un pie con zapatos negros sobre su rodilla.

—Tú eres Rose —dijo él—. Y tú Finn. —Levantó una ceja en dirección de sus vestimentas.

—Sé que no estamos vestidos… —empezó a disculparse Finn, pero el maestro decodificador movió sus dedos y sonrió.

—Me gusta: muy chic y revolucionario a lo Ciudad Antigua —dijo—. Ya verán, la semana que viene todos lo estaremos usando. Así que este es el trato. Por lo general dejaría todo para ayudar a Maz. Pero llevo un año siguiendo al jefe militar Falgorn Geelix.

—¿Falgorn Geelix? —exclamó Finn, con una voz que Rose estaba convencida de que se oyó en todo el Borde Exterior—. ¿El carnicero de Brix? ¿Está en este hotel?

—Oh, sí —dijo el maestro decodificador, examinando los puños de su camisa y haciendo un gesto con la barbilla—. Está justo allí.

Un mesero colocó tres flautas de líquido burbujeante de color rosa sobre la mesa.

—Saludos de Lord Geelix —dijo.

Un alienígena esqueléticamente delgado y de piel gris estaba sentado en una mesa al otro lado del lugar, flanqueado por dos houks bien jaspeados. Levantaron sus vasos y el maestro decodificador hizo lo mismo, inclinando la cabeza para dar unas gracias corteses antes de dar un largo sorbo a su bebida. Él sonrió y asintió.

—Delicioso —dijo—. Voy a robar las joyas de sangre que financian el régimen asesino de Geelix. Esta noche. Así que ¿me dan veinte minutos? Mmm; o mejor, vengan conmigo. Cuéntenme el plan. Caminando y hablando.

—No creo que tengamos tiempo… —comenzó Rose, pero el maestro decodificador levantó un dedo para detenerla y vació su vaso, con los ojos cerrados para apreciarlo mejor.

—Todo va a estar bien —dijo, ofreciéndole una sonrisa ganadora—. Tú puedes sostener la cuerda.

Las escaleras estaban quitándole mucho tiempo, así que Rey patinó por la ladera que bajaba del templo, luego atravesó corriendo la parte superior de la isla, apartando porgs que anidaban y buscando en su bolso el sable de luz de Luke.

Pasó corriendo por el árbol que albergaba los tomos de los jedi y llegó al sinuoso camino que conducía a la aldea de los cuidadores. Oscurecía, y ella respiraba con dificultad. Podía ver las luces debajo de ella y, a través de la penumbra, las formas de las naves de los invasores que se acercaban a la orilla rocosa.

El miedo le prestó a Rey un impulso adicional de velocidad (el miedo y la furia). Luke había dicho que los invasores venían cada mes. Eso significaba que esto había sucedido muchas veces durante su exilio. ¿Cuántas noches había pasado meditando en la cima de la isla, sin hacer nada, mientras dejaba sufrir a quienes le prestaban un buen servicio?

Ella no comprendía cómo alguien podía hacer eso, de modo que esta sería la última vez que pasaría. Ella vio cómo se había quemado el sistema hosniano; con la Primera Orden en marcha, otros mundos estaban en peligro de correr la misma suerte. Pero este poblado quedaría aparte. Por lo menos en este pequeño rincón de la galaxia, habría algo de justicia.

Ella se lanzó hacia un pozo de marea y su dedo encontró el activador del sable; su luz tiñó de azul el agua que la rodeaba. Sintió su peso como una promesa de retribución y el zumbido de la antigua arma jedi le parecía impaciente a sus oídos.

Mientras se acercaba al poblado, levantando rocas sueltas a su paso, escuchó gritos y exclamaciones adelante. Ella atravesó una puerta hecha de madera de naufragios, con el sable de luz levantado sobre su cabeza… y se detuvo de golpe, impactada.

Las mesas crujían con bandejas de pescado, huevas y algas condimentadas. Las matronas de los cuidadores repartían grog en tazas de piedra y las pasaban a una multitud de machos y hembras, que bailaban con energía sobre sus piernas delgadas al sonido de trompetas y tambores. Rey vio que los invasores eran de la misma especie que los cuidadores, pero que vestían gorras de lana y abrigos cálidos y coloridos diseñados para el viaje por mar.

Había interrumpido una fiesta. Los asistentes voltearon para ver a Rey preparada como una diosa de la guerra, mostrando los dientes y con el arma levantada. La saludaron con gritos de júbilo, agitando tiras de algas cubiertas con vejigas fosforescentes sobre sus cabezas. Rey ondeó desalentada el sable de luz en el aire, y vitorearon aún más fuerte.

Le dolían los costados y la adrenalina se había escurrido de su cuerpo, se quedó temblorosa y ligeramente enferma.

En la orilla de la multitud, distinguió a Chewbacca con una taza de algo, mientras un puño peludo descansaba sobre el domo de R2-D2. El wookiee le lanzó un saludo alegre y el astromecánico emitió algunos bips.

—¿En serio? —preguntó Rey.

Permaneció mirando hacia fuera, al océano iluminado por la luna, todavía furiosa; finalmente, Luke bajó por la pendiente hacia el poblado. Él se paró a su lado, pero ella se negó a mirarlo.

—¿Arrasar y saquear? —preguntó ella cuando ya no pudo contenerse más.

—En cierto modo.

—¿Fue una broma?

Por lo menos él tuvo el buen gusto de sonar avergonzado.

—Lo siento. No pensé que tú… simplemente corriste tan rápido.

Los músicos habían empezado una canción rítmica que a ella le pareció hermosa, pero triste. La hizo pensar en viajes solitarios a través de mares vastos e inciertos.

Luke extendió su mano hacia ella. Rey se dio cuenta de que la estaba invitando a bailar. Apartó la vista, aturdida y avergonzada.

—Nunca he bailado —admitió.

Luke sonrió.

—Tampoco has combatido tú sola a una partida de invasores bonthianos.

—Claro, pero esto *da miedo*.

Ella lo tomó de la mano, rugosa por el trabajo y el clima, y bajó la vista para ver cómo colocar sus pies correctamente, tratando de copiar la postura de él. Luke le lanzó una sonrisa de ánimo y empezaron a bailar, con pasos que formaban cuadros superpuestos sobre la piedra y la grava, al ritmo de los tambores.

Ella supuso que Luke era un buen bailarín. Siguió sus pasos, con las manos unidas, mientras la luna brillaba y la fiesta giraba alrededor de ellos.

—Pensé que estaban en peligro —dijo Rey—. Tan sólo trataba de hacer algo.

—Eso es lo que la Resistencia necesita: no la cáscara fracasada de una religión. ¿Lo comprendes ahora?

Ella lo soltó de la mano.

—Comprendo que al otro lado de la galaxia nuestros auténticos amigos están muriendo de verdad. ¿Esa leyenda de Luke Skywalker que odia tanto? Yo creía en ella. Me equivoqué.

Lo dejó solo a orillas de la fiesta, iluminado por la luna como fondo.

Con Rose, Finn y BB-8 tras él, el maestro decodificador se deslizó por una puerta entre dos restaurantes, saliendo a un pasillo industrial estrecho que llevaba afuera, a un jardín desierto en la cálida noche de Cantonica.

El maestro decodificador buscó entre las raíces de un arbusto cortado hábilmente y que despedía un ligero perfume, y salió con una mochila de la que extrajo un elegante casco negro. De alguna manera, combinaba a la perfección con su esmoquin. Luego escaló hábilmente una celosía que servía de base a una enredadera y les indicó que debían seguirlo al techo, seis pisos arriba.

—Mejor espéranos al frente —dijo Finn a BB-8—. Y no más trabajo extra como máquina tragamonedas.

BB-8 se alejó rodando decepcionado con un chillido; Finn trepó detrás de Rose, mientras la vegetación crujía y se rompía cada que movía sus pies. Cada tanto, Rose emitía soniditos para indicarle que avanzara en silencio, siguiendo la ruta del maestro decodificador lo más calladamente posible y diciéndose que no mirara abajo.

Una vez que ascendieron en silencio, el maestro decodificador se irguió con gallardía sobre el techo de tejas cafés del casino. Hizo una pausa para disfrutar la vista de la luz de la luna brillando sobre el mar, luego se inclinó para ofrecer una mano a Rose. Ella desechó la ayuda y luego entre ambos elevaron a Finn sobre la orilla.

Delante de ellos, la columna vertebral del techo del complejo se extendía por cientos de metros. Las luces del casino destellaban y pulsaban por todos lados, pero ellos permanecieron encogidos en la oscuridad.

—Entonces, ¿cómo puedo ayudar a mis amigos de la Resistencia? —preguntó el maestro decodificador mientras recorrían el techo. Él se movía con rapidez y seguridad, las suelas de crepé de sus zapatos no hacían ruido. Rose se estremeció mientras Finn avanzó descuidadamente detrás de él, luego siguió a los dos, lista para interceptar a Finn si dejaba de prestar atención a sus pasos y trataba de caerse del techo.

Finn estaba explicando que debían apagar el rastreador de la Primera Orden cuando el maestro decodificador levantó un dedo en señal de advertencia, aplastándose contra la sombra arrojada por una chimenea de la suite del hotel. La fragancia de cualquier madera que estuvieran quemando hizo que la cabeza le diera vueltas ligeramente a Rose y ella

contuvo su aliento mientras una nave repulsora de la policía pasaba volando lentamente sobre sus cabezas; el conductor controlaba la nave mediante pedales y aceleradores de mano. Una pantalla iluminó el rostro del oficial desde abajo, alimentándolo con datos de actividad sospechosa.

Un reflector barrió el techo, pasando a unos metros del escondite de ellos. Luego el speeder se ladeó y se alejó sobre los techos de la Ciudad Vieja.

Rose exhaló, agradecida. El maestro decodificador se estiró, bostezó y se tronó los nudillos. Finn se inclinó para acercarse a él.

—Como sea, apagar el rastreador…

—… dará a la flota una ventana para saltar al hiperespacio y escapar. Unos seis minutos, supongo.

Él sonrió por la sorpresa de Rose y le dedicó a ella una pequeña reverencia, luego se arrastró por el techo para agacharse a la orilla de un tragaluz octagonal. Se quitó la mochila, extrajo ganchos de fijación, un cortador de vidrio e implementos cuyos propósitos no quedaban claros para Rose. Las manos de él se movieron con infalibilidad mientras unía piezas de su equipo, luego les hizo una seña para que se le unieran.

—Entonces, ¿qué piensas? —preguntó Finn.

—Me gusta este plan —dijo el maestro decodificador—. Me gusta tu determinación. Además, suena como si no tuviéramos mucho tiempo. Robemos estas joyas y vayamos a salvar a la Resistencia. Toma, sostén la cuerda.

Él le entregó una espiral de cuerda a Rose, ajustó un arnés alrededor de su cintura y miró por el tragaluz.

Diez metros arriba de ellos, un droide de vigilancia de la policía, negro como la noche, encendió de golpe su linterna, cegando a Rose. Una docena de speeders surgieron de todos lados del casino. Las sirenas aullaron, mientras los clavaban con rayos convergentes de luz.

El maestro decodificador suspiró.

—Ah, bueno. Está bien, síganme…

Los círculos azules concéntricos de una explosión de aturdimiento le dieron en la espalda. Giró los ojos y se derrumbó sobre el mosaico, hacia abajo del techo. El equipo se salió de su mochila y se dispersó, produciendo sonidos metálicos. Mientras Rose y Finn miraban, congelados por el horror, el maestro decodificador y varias piezas de equipo cayeron en la oscuridad.

Un momento después, un droide flotante de la policía ascendió al cielo, con el maestro decodificador extendido, inmóvil, sobre una red que colgaba a un lado. El droide activó sus repulsores elevadores y se hundió en la oscuridad con su prisionero.

La policía empezó a gritar órdenes desde sus speeders sobrevolando la escena. Rose se dio cuenta de que aún sostenía la cuerda y la soltó. Ella y Finn levantaron los brazos y se rindieron.

CAPÍTULO 18

Todos en la Resistencia sabían que esperar pacientemente no era una de las fortalezas de Poe Dameron.

Detrás del mando tipo volante de un X-Wing, había seres hostiles, amistosos y no combatientes, y uno o dos vuelos de recorrido permitirían saber quién era quién. Dameron sabía cuánto daño podría hacer, cuánto recibir y tomaba decisiones de acuerdo con eso. Si las cosas salían mal, bueno, BB-8 podría arreglarlo fácilmente.

De pronto, nada de eso era verdad. Casi todos los cazas estelares de la Resistencia, incluido *Negro Uno*, eran polvo espacial, y volar uno de los pocos cazas restantes, al alcance de treinta destructores estelares sería suicida, hasta para un piloto tan experimentado como Poe.

Hasta BB-8 se había ido (después de horas de búsqueda desconcertada, Poe se dio cuenta de que el astromecánico se había unido a Rose y Finn en su misión concebida precipitadamente). Poe no culpaba al droide. Era lo que él mismo hubiera querido hacer.

En cuanto a Holdo, Poe había evitado el puente temporal del pesado crucero desde su enfrentamiento con ella: no le haría ningún bien perder su temperamento y hacer que lo encuartelaran. Así que circuló por el comedor, las suites médicas y la sala de preparación, revisando a sus pilotos sobrevivientes y tratando de mantener sus ánimos en alto.

No estaba funcionando y lo sabía tan bien como ellos. Los pisos inferiores del pesado crucero estaban custodiados ahora, entre informes de más personal desmoralizado tratando de alcanzar las cápsulas de escape.

Poe comprendía su desesperación. Las dos naves sobrevivientes de la Resistencia permanecían apenas fuera del alcance de las armas de la Primera Orden, pero no había hacia dónde correr. Lo único que cambiaba eran sus reservas de combustible, que se estaban acercando al cero. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que se quedaran secos? ¿Seis horas? ¿Siete, si tenían suerte? Y bajo las circunstancias actuales, ¿en realidad importaba una hora adicional?

Revisó su comunicador ante la cada vez más pequeña posibilidad de que hubiera perdido un mensaje de Finn y Rose en los cuatro o cinco minutos que habían pasado desde la última vez que revisó. No había nada.

Poe trató de imaginar que era porque acababan de llegar a la sala del control de rastreo de la nave insignia que los perseguía y estaban a punto de liberar a la Resistencia de su propia destrucción en cámara lenta, y no, digamos, muertos o encadenados en una sala de interrogatorio de la Primera Orden, en algún lugar.

Mientras iba de un lugar a otro en el *Raddus*, la mente de Poe le daba vueltas interminables al problema de Holdo. Si la nueva comandante del *Raddus* era amistosa, era del tipo que no quieres tener en particular como compañera de vuelo. Pero ¿si era algo peor? ¿Si era en realidad otro ser hostil?

A Poe le resultaba difícil de creer, pero las intenciones de Holdo eran irrelevantes. Sus acciones, o la falta de acción, habían dejado a la Resistencia sin timón y en la desesperación, en un momento en que nunca se habían necesitado con más desesperación.

Poe se dio cuenta de que sus pasos lo habían regresado al piso de los oficiales y al camarote de Leia. Recuperó la compostura y accionó los controles de la puerta, luego entró en el centro médico improvisado. Dos droides médicos levantaron brevemente la vista desde sus estaciones junto a la cama, cerca de C-3PO, y regresaron a su trabajo.

Poe saludó con la cabeza a C-3PO y se inclinó sobre la líder de la Resistencia. Ella estaba pálida, inmóvil, con los ojos cerrados.

A Poe le sorprendió, y no por primera vez, lo pequeña que era Leia: una mujer de baja estatura y aspecto delicado, aparentemente en riesgo de ser tragada por la ropa de cama y la camilla a su alrededor. Era una impresión que mucha gente tenía al conocerla y que se esfumaba en el momento en que interactuaban. Su determinación, su ferocidad, su pura fuerza de voluntad desmentían su tamaño y hacían que los visitantes la recordaran mucho más grande de lo que era.

—¿Cómo está, 3PO? —preguntó Poe, con deseos de apartar un mechón suelto de su frente, pero sin atreverse a hacer algo tan familiar.

—Sus signos son estables, Capitán Dameron —informó el droide de protocolo—. La mayor parte del traumatismo que experimentó fue a causa de la onda de presión de la explosión. Aunque no estoy programado como droide médico, capitán, por supuesto soy más que capaz de interpretar sus datos para el personal al que le falta esa experiencia. Por tanto…

La mente de Poe vagó a la deriva mientras C-3PO exponía con rapidez sus conocimientos sobre ebullición, hipoxia y exposición a la radiación solar. Se quedó viendo a Leia, tratando de imbuirle la voluntad de recobrar la conciencia, de regresar con la gente que la necesitaba con tanta desesperación.

—Al parecer, no me escuchó, Capitán Dameron —estaba diciendo C-3PO, un poco malhumorado.

—Lo siento, 3PO, ¿cuál fue la última parte?

—Para reiterar, capitán. No es mi lugar decirlo, pero ¿podría tener un poco más de fe en la Vicealmirante Holdo? La princesa confiaba en ella.

—Lo tomaré en consideración, 3PO —dijo Poe.

Era verdad que Leia Organa no ofrecía tan fácilmente su confianza, y su amistad era un don todavía más raro que eso, pero todos comenten errores, aun la general.

Además, todo piloto de caza estelar sabía que un solo error, si se cometía en el momento equivocado, te llevaría a la muerte.

CAPÍTULO 19

Rose no se rendiría. En el momento en que vio el uniforme gris y azul del guardia del Departamento de Policía de Canto Bight a través de la penumbra del bloque de celdas, se acercó a los barrotes gritando que era necesario que los liberaran a ella y a Finn en este instante, o al menos que le otorgaran acceso a un abogado.

—¡Este es un enorme error! —insistió ella, mientras el guardia pasaba por allí, apuntando su linterna a los prisioneros tendidos que trataban de dormir en las celdas vecinas—. ¡Ni siquiera conocíamos a ese idiota!

—Sí claro, ¿tan sólo estabas sosteniendo su cuerda? —preguntó el guardia, sin mirarla siquiera.

—¡La gente sostiene cuerdas para los demás! ¡Eso sólo es cortesía!

El guardia, poco impresionado, siguió su ronda.

—Oye, no… ¡ay! —murmuró Rose cuando el guardia dio vuelta en la esquina y desapareció.

Ella se colgó de los barrotes. Una vez que se había ido el guardia, Finn se metió en el rincón de la celda y empezó a empujar y a jalar el mecanismo de cerradura, tratando de recordar técnicas de infiltración aprendidas hacía mucho tiempo, en su entrenamiento con la Primera Orden.

—Tal vez el maestro decodificador regrese y nos rescate —dijo Rose.

Finn no se molestó en contestar. La punta de su lengua estaba de fuera mientras él se esforzaba por agitar la cerradura; por alguna razón, eso la molestó.

Rose caminó en pequeños círculos, evaluando su entorno una vez más. Hasta donde podría saber, los prisioneros con los que compartían su celda estaban dormidos, incapacitados o posiblemente muertos. No tendrían ayuda allí; por lo que podía ver, los intentos de Finn con la cerradura representaban un ejercicio de testarudez, no de pericia.

—Después de que eso funcione a la perfección, ¿cuál es nuestro plan? —preguntó ella.

Finn forzó la cerradura. Algo produjo un bip. Rose volteó a ver, sorprendida y con esperanzas desenfrenadas, sólo para ver que un panel adicional se deslizaba para cubrir el mecanismo de la cerradura.

Finn se recargó contra la pared y expulsó el aire de sus pulmones con frustración.

—Esto que falló era nuestro plan —dijo él—. Sin un ladrón que nos haga entrar en ese destructor, no hay nada que hacer. Nuestra flota se está quedando sin tiempo. Estamos acabados. Lo que significa que Rey está acabada.

Rey, Rey, Rey, como siempre. Rose dio un paso hacia Finn, decidida a estrangularlo esta vez. ¿Qué pasaría si lo hiciera? ¿La enviarían a prisión?

—¿Por qué confié en ti? —exigió saber.

—Rostro de bebé —le recordó él.

—Eres un traidor egoísta.

Finn se le quedó viendo.

—¿Porque quiero salvar a mi amiga? Claro, tú harías lo mismo.

—Yo no —insistió Rose.

—¿No? De haber tenido la oportunidad, ¿no habrías salvado a tu hermana?

Eso fue demasiado. Rose volteó, dio dos pasos y lo empujó.

La furia de ella lo dejó en silencio. Él parecía tan sorprendido y lastimado, que Rose sintió que su enojo menguaba, reemplazado por una enfermiza sensación de cansancio. Se terminó. Se quedarían sentados en esta celda mientras la Resistencia moría, y lo que les pasara a ellos después no tendría mayor importancia.

—Oye, *yo soy* un ladrón —dijo alguien.

—¿Qué? —preguntó Rose, más por molestia que por curiosidad.

Uno de sus compañeros de celda se había incorporado en la banca y los miraba con dificultad. Estaba desaliñado y andrajoso, desde su arrugado montón de cabello y su rostro sin afeitar, hasta su chaqueta maltratada y sus sucios pantalones negros.

El hombre realizó un perezoso inventario de sus posesiones (un par de botas gastadas con las agujetas unidas y una gorra de aspecto enfermizo) y empezó a rascarse, metiendo sus dedos en lugares que sería mejor atender en privado.

—Lo siento —dijo el hombre, arrastrando las palabras—. No pude dejar de escuchar todas esas cosas aburridas que decían en voz muy alta mientras trataba de dormir. ¿Ladrón? ¿Decodificador? ¿Sí? —les enseñó las manos con los pulgares levantados perezosamente—. Aquí hay uno.

—Sí, no estamos hablando de meter las manos en bolsillos —dijo Finn.

Una sonrisa feroz partió el rostro del hombre.

—Ah, oh, oh. No dejes que la envoltura te engañe, amigo. Yo y los códigos de la Primera Orden tenemos una larga historia. Si el precio es correcto, yo puedo infiltrarlos en el tocador del viejo Snoke.

—Claro. No, gracias —dijo Finn, al mismo tiempo que Rose le aseguraba a aquella pila de trapos vagamente animados que ellos estaban bien.

El ladrón, si en realidad era eso, sólo se encogió de hombros.

—Además, si en realidad eres tan buen ladrón, ¿qué estás haciendo aquí? —preguntó Finn.

El ladrón estiró una mano y recuperó su gorra, se la echó en la cabeza y realizó un vago intento de enderezarla. Una placa de metal barato al frente estaba adornada con letras que decían *«Don't join»*.

—Hermano, este es el único lugar en la ciudad en que puedo dormir sin preocuparme de la policía —dijo, metiendo sus pies en sus botas.

Una vez que acabó, DJ (así es como Rose había decidido pensar en él) se acercó con pasos cortos a la puerta de la celda con el andar tieso de alguien que tiene resaca o que todavía está activamente mareado. Miró borrosamente a la cerradura mientras Finn observaba, divertido y curioso.

—*Hatukga* —maldijo DJ. Estiró una mano, ajustó una cosa, luego otra más y dio un golpe a la cerradura. La puerta se deslizó para abrirse ruidosamente y él salió hacia el bloque de celdas, dejando a Rose y Finn mirando boquiabiertos los barrotes corridos.

Una alarma empezó a sonar. Rose y Finn intercambiaron una mirada aturdida, se escurrieron por la puerta y empezaron a correr.

En ocasiones, lo peor de ser un droide era también lo mejor: nadie te prestaba atención.

BB-8 había mirado, incapaz de interceder, mientras los speeders de la policía volaban como enjambre sobre el techo del complejo del casino y se llevaban al maestro decodificador, a Rose y a Finn. La comparación de las trayectorias de los speeders contra un mapa de Canto Bight sugirió un destino lógico: la prisión local. Así que BB-8 tomó ese camino, esquivando autobuses terrestres y speeders personalizados, preocupado sólo levemente por las monedas que traqueteaban en su interior.

Cuando el droide llegó a las cercanías de la celda, Rose y Finn habían sido procesados y se había expedido una autorización para retenerlos, pendiente de identificación y sentencia. Al activar una subrutina de segmentación que había usado con éxito para evitarle a Poe más de un problema, BB-8 se metió en los registros de la corte de Canto Bight. Después de una rápida búsqueda, silbó con tristeza: para el momento en que Rose y Finn fueran elegibles para una fianza bajo los procedimientos normales, las oportunidades de salvar a la flota de la Resistencia habrían pasado de ser escasas a inexistentes. Bueno, eso sería así si se hacían las cosas de acuerdo con el manual.

Mientras rodaba por el estacionamiento de speeders enfrente de la prisión, BB-8 accedió a la memoria de imágenes de su fotorreceptor primario, revisando la denominación de las cantomonedas que había acumulado mientras se disfrazaba de máquina de casino. Por desgracia, la cantidad, aunque hubiera alcanzado para varios meses de baños de aceite de alta calidad, era probablemente insuficiente para persuadir a un oficial legal de hacer que los cargos desaparecieran de la lista de asuntos pendientes.

Eso era desalentador, pero no inesperado. Al parecer, se necesitaría un método más directo, uno que BB-8 concluyó que merecía una pausa para reconsideración electrónica.

La suite computacional de BB-8 contenía decenas de miles de subrutinas, desde las que se usaban casi todos los días (reconocimiento facial y evaluación de amenazas de elementos orgánicos) hasta otras que nunca se habían inicializado (era imposible que imitar los llamados de apareamiento de la vida marina de Zohakka XVII resultara útil en algún momento).

Ninguna de las subrutinas de BB-8 era una coincidencia óptima para los escenarios más probables que se desplegarían una vez que entrara en la cárcel (una suite de tácticas antipersonales, acompañada de las armas correspondientes, hubiera sido ideal, pero el astromecánico no contaba con una de esas).

Aun así, con los años BB-8 había aprendido algunas cosas de Poe. Los seres humanos y otros orgánicos eran peligrosamente propensos al error en muchos sentidos: de algún modo dejaban de ver o escuchar estímulos importantes, insistían en ignorar datos que no les agradaban y olvidaban cosas que necesitaban recordar desesperadamente. Cualquier droide que se respetara habría atendido esas fallas con una sesión rápida de diagnóstico y desfragmentación de memoria.

Sin embargo, los seres orgánicos superaban esto (al menos unos cuantos) con un talento para afrontar un problema con fragmentos y piezas simultáneos de diversas subrutinas a la vez, a lo que llamaban *improvisación*. A BB-8 le gustaba pensar que él había desarrollado un talento para eso.

Por lo menos entrar en la cárcel resultó trivial: BB-8 consultó un mapa, se dirigió a la entrada de empleados y simplemente pasó rodando junto a varios oficiales que compartían estrategias cuestionables para apostar a carreras de fathiers, mientras se quejaban del caf de la oficina. Como siempre, nadie le prestó atención a un droide.

El momento para la improvisación llegó una vez que estuvo dentro del bloque de celdas, lo que exigió que BB-8 esperara a que un guardia empezara su turno para identificarse y entrar, ignorando por completo al astromecánico que entraba rodando junto a él. Una vez que el recién llegado terminó de charlar y se unió a un juego de sabacc con los otros guardias de turno, BB-8 entró en acción. Su subrutina de descontaminación / purga-de-cuerpos-extraños le permitía disparar monedas como proyectiles de slugthrower, forzando a los seres humanos a agacharse a la defensiva; su electroaguijón podía elevarse a una intensidad que los incapacitaría, y sus lanzadores de cable líquido eran adecuados para atarlos, de tal manera que fueran incapaces de una persecución.

BB-8 acababa de completar este trabajo y se estaba sintiendo un poco complacido consigo mismo cuando las alarmas de la cárcel empezaron a sonar. Un momento después, un ser humano mal vestido que necesitaba un baño dio vuelta en la esquina y casi se tropieza con él.

La matriz de evaluación de amenazas de BB-8 resultó incapaz de asignar una categoría al recién llegado: datos insuficientes. Pero a juzgar por su aspecto, no era un guardia.

—¿Tú hiciste eso? —preguntó el ser humano, señalando a los guardias inconscientes; los sensores auditivos de BB-8 identificaron un tono mezclado, entre admiración y diversión.

Antes de que el droide pudiera responder, otro guardia entró corriendo en el bloque de celdas, con su bláster preparado. BB-8 disparó una descarga de monedas al hombre, forzándolo a levantar un brazo para protegerse el rostro. Aprovechando que el guardia estaba distraído, el ser humano descargó sus puños contra él hasta dejarlo inmóvil en el piso.

Mientras el hombre sucio empezaba a recoger monedas, se quedó mirando a BB-8 y sonrió.

—¿Cuál es tu historia, redondito?

CAPÍTULO 20

Rose corrió por el bloque de celdas tras Finn, agradecida de que por lo menos las alarmas que aullaban estuvieran cubriendo el sonido de sus pasos. A ambos lados de ellos, seres humanos y alienígenas mugrosos se presionaban contra los barrotes de sus celdas, aullando para que los dejaran salir, gritando para animarlos o simplemente deleitándose con una interrupción de la monotonía de su cautiverio.

Por encima del estruendo, Rose escuchó gritos detrás de ella. Finn se detuvo de golpe y ella casi se hundió en su amplia espalda. Antes de que ella pudiera protestar, vio linternas balanceándose en la penumbra frente a ellos. Estaban atrapados.

Rose pasó la vista alrededor frenéticamente y distinguió una coladera en el suelo. Un olor nauseabundo brotaba de ella.

—¡Finn! ¡Ayúdame!

Finn jaló con los dientes apretados. El metal gruñó y la coladera quedó suelta. Rose descendió por una escalera de aspecto endeble hacia la oscuridad. Finn se deslizó por el agujero sobre ella.

—¡Pon la coladera otra vez! —le gritó ella.

—No puedo, al menos no completa —dijo Finn, con la voz tensa por el esfuerzo—. Es demasiado pesada.

—Entonces olvídalo —dijo Rose, y la escalera se sacudió mientras él se precipitaba detrás de ella.

Terminaron en una alcantarilla de piedra, demasiado baja para que Finn permaneciera de pie sin agacharse un poco. Por fortuna, sólo un chorro de agua fétida fluía en medio del espacio.

—¿Qué dirección tomamos? —preguntó Rose, mirando a izquierda y derecha y tratando de no ahogarse—. Puaf, huele peor en esta dirección. Vámonos por allá.

Antes de que ella diera más de un paso, Finn la tomó por el brazo.

—La pendiente baja hacia esa dirección —indicó.

—¿Y?

—¿Qué tal si sale al mar?

—Entonces sale al mar.

—¿Qué tal si sale *en medio* del mar? ¿Cuánto tiempo puedes contener tu respiración?

—Necesitaremos contener el aliento también si vamos en esa dirección —objetó Rose—. O nos sofocaremos.

—En esa dirección por lo menos hay aire.

—Aire *malo*.

Se miraron uno al otro. Luego el talón de una bota golpeó la coladera sobre ellos.

—Vámonos por *acá* —dijo Finn, señalando a la derecha.

—Vámonos por *acá* —dijo Rose al mismo tiempo, señalando a la izquierda.

—¿Qué quieres hacer, una ronda de wonga winga? —preguntó Finn.

Era la idea más estúpida que Rose había escuchado jamás. Pero no pudo pensar en algo mejor. Lanzó sus manos a lo alto, con ceño fruncido, mientras Finn levantaba un dedo, señalando a la izquierda.

—*Wonga winga cingee wooze*, ¿cuál es el mejor de los dos? —recitaron juntos, mientras el dedo de Finn oscilaba de adelante hacia atrás, como un péndulo—. Estrellas arriba y estrellas abajo, muéstrenme ahora qué camino seguir.

Señaló hacia la derecha, hacia el aire malo. Finn sonrió. Rose frunció el ceño y corrió detrás de él, hacia el aire nauseabundo.

—¿Quién iba a saber que les enseñaban *wonga winga* en el ejército de stormtroopers? —murmuró Rose.

Finn miró por encima de su hombro, con una sonrisa irritantemente presumida en su rostro.

—Yo. También nos enseñaron que siempre ganas si empiezas con la opción que *no* quieres.

—Tramposo —se quejó Rose. Pero no pudo dejar de devolverle la sonrisa, sólo un poco.

El túnel avanzaba por casi un kilómetro, apenas iluminado por una tira de luz de mantenimiento. El olor empeoraba constantemente, hasta que los ojos de Rose empezaron a arder y ella pensó que se ahogaría. Justo cuando Rose empezaba a preocuparse de que el túnel nunca terminaría, encontraron otra escalera, una que emergía de un montículo oscuro cuyos orígenes Rose pudo imaginarse fácilmente.

—Después de ti —dijo ella, apartándose con asco. Se le ocurrió que hasta Paige, quien amaba a todos los animales, desde tookas hasta mohos mucilaginosos, habría preferido evitar esta experiencia en particular.

Finn se encogió de hombros y trepó por la escalera, prestando mucho menos atención al sitio sobre el que ponía los pies del que Rose hubiera prestado. Ella lo siguió escaleras arriba con más cuidado, haciendo gestos y saliendo junto a él a un espacio oscuro, iluminado débilmente.

—Eso olía estupendo —dijo Finn, raspando su bota contra el escalón superior de la escalera. Miró alrededor, perplejo.

—¿Qué es esto?

Estaban en una cuadra larga, llena de pilares de ladrillo y piedra, con puertas de madera a ambos lados y un piso cubierto con paja. Rose arrugó la nariz: también aquí había un olor fuerte.

Una cabeza enorme, blanca como la leche, apareció sobre la puerta de madera junto a ellos, observándolos con curiosidad. Tenía orejas amplias, parecidas a alas, ojos profundos, de aspecto preocupado, y un hocico corto.

Sorprendido, Finn se resbaló y cayó, girando en el piso del establo. Gruñó, pero Rose lo ignoró. El animal era un fathier.

Más cabezas aparecieron sobre las puertas. Algunas de las pieles de los fathiers estaban cruzadas por cicatrices pálidas.

Rose se movió con lentitud para no espantarlo y miró por encima de la puerta del primer fathier; el animal la olisqueó y murmuró algo. La propia bestia no olía mal; su olor le recordó a Rose la hierba y el sudor, pero resultaba algo picante. Su caseta era apenas más grande que el animal: no tenía espacio suficiente para recostarse o darse la vuelta.

«En medio de toda esta riqueza, además».

Sorprendido, un niño pequeño se incorporó detrás del fathier, retrocediendo hacia donde su áspero catre estaba contra la pared. La miró aterrado, y su mano buscó torpemente un botón rojo en la pared.

—¡No, no, no! —gritó Finn.

—¡Estamos con la Resistencia! —dijo Rose al mismo tiempo.

El niño del establo la miró con duda detrás de una gorra raída. Rose le mostró su anillo, el que Fossil le había dado como recuerdo de su hermana. Ella giró la cubierta que revelaba la insignia de la vieja Alianza Rebelde.

El fathier se quejó lastimeramente. Rose contuvo su aliento mientras el niño estudiaba el anillo. Entonces una sonrisa surgió en su rostro.

Cuando la policía irrumpió en el establo, con los blásters preparados, sucedieron dos cosas casi al mismo tiempo. En primer lugar, una enorme puerta se deslizó en el lado opuesto a la fila de las casetas de los fathiers. Luego todas las puertas de las casetas se abrieron de golpe y los oficiales sin suerte quedaron dando vueltas entre el polvo y la paja mientras veinte fathiers saltaban, liberados de los confines de sus corrales, empujándose para ser el primero en atravesar la puerta que llevaba a la pista de carreras vacía, más adelante.

Mientras los oficiales se levantaban y miraban tras los fathiers fugados, el niño del establo sonrió y se arrastró lejos del panel de control que había activado, mirando con felicidad el anillo con la cresta de la Alianza que se movía, suelto, en su dedo.

Rose se aferró al fathier líder (la matriarca de la manada, como le había explicado el niño en un vacilante idioma básico) mientras pasaba de sus primeros pasos a todo galope. A sus oídos llegó el grito de asombro que Finn dejó escapar mientras el mundo empezaba a subir y bajar violentamente alrededor de ellos.

Rose sabía que una sonrisa cubría su propio rostro. Se había puesto nerviosa cuando el mozo de cuadra colocó apresuradamente una silla de montar en el lomo de la matriarca e indicó, con una gran sonrisa, que debían trepar, pero Finn estaba verdaderamente aterrorizado.

A pesar de sus nervios, la matriarca había aceptado la presencia de Rose y el desacostumbrado peso adicional de Finn. Sus costados se estremecieron entre las rodillas de Rose y sus orejas se crisparon; de alguna manera Rose lo supo: quería *correr*.

Alrededor de ellos, la pista de carreras estaba vacía pero iluminada como si fuera pleno día, en lugar de media noche. Rose quería subirse más arriba en la silla de montar, para que sus piernas la mantuvieran en su lugar, encima de la fathier que corría deprisa, pero no podía hacerlo porque Finn estaba pegado a su espalda, con las manos cerradas alrededor de su cintura. No había nada que hacer, excepto aferrarse al cuello del animal lo mejor posible.

Rose podía sentir cómo los enormes pulmones de la matriarca trabajaban debajo de su piel y cómo los músculos de su cuello y sus piernas se movían de manera sincronizada. Era como estar arriba de una máquina viviente, construida con una precisión exquisita para maximizar la velocidad.

Estaba aterrorizada y exultante, a la vez, y también abrigaba el doloroso deseo de que Paige pudiera ver esto.

«Esto no es una fantasía ni una historia que estamos inventando en la torreta esférica, para que nos olvidemos de la guerra por un momento. Pae-Pae, esto es real: ¡estoy montando una fathier!».

La cabeza de la fathier se sacudía de arriba abajo mientras corría, y el viento empujaba hacia atrás sus orejas. Rose podía sentir la sangre bombeando debajo de sus brazos, donde estaban apretados contra el grácil cuello de la bestia.

—Esto es divertido, pero ¿qué hacemos ahora? —le gritó Finn al oído.

Los speeders de la policía aparecieron por encima de la pista, y Rose vio que sus armas giraban, tratando de centrar a la matriarca y al rebaño que corría detrás de ella. Entonces la matriarca fathier resopló y bajó la cabeza, como si tuviera un plan.

—¡Ohhh, espera! —gritó Rose al darse cuenta de cuál era ese plan.

Se agachó, presionando su cabeza contra el cuello de la fathier mientras la matriarca cruzaba por el interior del campo, revolviendo la hierba, y se estrellaba contra la ventana detrás de uno de los bares del casino. Volaron cristales y sillas, y Rose pudo oír los gritos de la gente. Finn tenía el rostro hundido entre los omóplatos de ella.

Rose levantó la vista y vio el piso borroso del casino a su alrededor. Los jugadores estaban lanzándose sobre las mesas y apilándose en montones temerosos, lanzando gritos de terror. Los droides meseros permanecían inmóviles, girando sus charolas rápidamente de un lado a otro para evitar la manada. Los sacaborrachos gritaban y trataban de mantenerse de pie entre la marea de huéspedes que huían. Mujeres mayores con vestidos resplandecientes se las arreglaban para saltar sobre las mesas de pazaak, mientras croupiers con uniformes elegantes buscaban refugio debajo de estas. Cubos de azar, cartas, monedas, bolsos, monóculos, bebidas, utensilios, portavasos y canapés giraban en el aire.

Oh, era glorioso. Cada traficante de armas de vacaciones que daba una vuelta involuntaria de carro despertaba en Rose las ganas de aplaudir.

Los fathiers se precipitaron hacia el vestíbulo. Un valet se quedó de pie, mirando paralizado, enfrente de la matriarca. Ella lo empujó a un estanque lleno de peces ornamentales (peces *carnívoros* ornamentales, a juzgar por el repentino frenesí en el agua). Las puertas automáticas delante de ellos se abrieron obedientemente y la matriarca dio un salto en el aire, aplastando el contorno de sus pezuñas contra el toldo de un elegante speeder, y luego dirigiéndose hacia el bulevar.

Rose sentía que volaba. Estaba sudando a chorros, respirando con dificultad por el esfuerzo de mantenerse derecha en la silla de montar. Sus piernas le dolían, pero no le importaba.

Detrás de ellos, la manada perseguía a la matriarca, deslizándose como una cadena que seguía su estela. De alguna manera ella marcaba el paso y su velocidad creaba un túnel de aire y ruido alrededor de Rose. Mesas y sillas volaron mientras la manada obliteraba un café al aire libre, separando a los trabajadores del turno de la noche con ojos nublados de sus tazas de caf. Detrás, Rose podía escuchar el sonido de las sirenas de la policía, los aullidos de los espectadores aterrados, el crujido de las ventanas destrozadas y el estampido vacío de las pezuñas de los fathiers abollando speeders.

Ahora Rose estaba riendo a carcajadas. ¿Cuántas veces ella y Paige se habían imaginado como las heroínas de aventuras en que rescataban fathiers de dueños inmorales, guiándolos a la victoria y mirando caer bajo a quienes abusaban de ellos? Sin embargo, las hermanas Tico nunca habían soñado con esta deliciosa destrucción.

Rose dio una palmada a la matriarca, que alzó una oreja, mientras dejaban atrás una de las plazas de la Ciudad Antigua.

«¡A ella le gusta destruir este horrible lugar tanto como a mí!».

La matriarca se abalanzó hacia un costado, se metió por un callejón y luego saltó a un techo bajo. Rose gritó mientras la fathier se precipitaba hacia los huecos de los edificios, buscando una ruta a través de la ciudad. Adelante de ellos, el tragaluz de un techo brillaba en la noche.

—No, no, no… —aulló Rose mientras la matriarca se daba vuelta hacia la luz. Luego terminó presionando su cabeza contra la cálida piel mientras el tragaluz explotaba alrededor de la fathier, que se lanzó hacia abajo con sus patas preparadas para el impacto.

Cayeron al piso con la fuerza suficiente para sacar el aire de los pulmones de Rose. Finn estaba gritando en su oreja y ella quiso decirle que lo dejara de hacer, pero no pudo. El ambiente era sofocante y el aire estaba lleno de vapor; se dio cuenta de que estaban en una sauna.

—Oh, arenas —exclamó un masajista de brazos largos.

Un diminuto alienígena de color rosa apretó su toalla, mirando con su único ojo, mientras la matriarca volvía a ponerse en movimiento. Un alienígena con el aspecto de una losa de color carbón gritó desde lo alto de una mesa de masajistas mientras la manada convertía el lugar en leña antes de estrellarse de regreso a la calle en una explosión de cristales voladores.

—¡Yupi! —gritó Rose, pero su desafío alegre se convirtió en un gemido de miedo cuando los speeders de la policía se abalanzaron sobre su camino, iluminándolos con los reflectores. La matriarca salió disparada hacia un callejón estrecho. Cadenas de luces decorativas se extendían y rompían bruscamente; Rose se encogió ante las paredes de piedra que se difuminaban a ambos lados de ella, convencida de que aplastarían sus rodillas en cualquier momento.

Delante de ellos, todo terminaba en un callejón sin salida. Rose logró escuchar su propio grito, pero también sintió que los músculos de la matriarca se enroscaban debajo de ella. El estómago de Rose revoloteó cuando la matriarca saltó en el aire, mientras el muro de la Ciudad Antigua pasaba justo debajo de su vientre; aterrizó sobre grava suelta y arena. El resto de la manada descendió detrás de ella, gruñendo y resoplando, siguiendo a la matriarca por la playa, mientras la luz de la luna brillaba en la superficie del mar.

Rose podía ver la figura pálida del trasbordador, todavía asentado donde Finn lo había enterrado en la playa. No estaba muy lejos, todavía podían llegar a él.

Luego explotó, desgarrado por una descarga de fuego láser de intensidad completa desde los speeders de la policía.

—¡Ay, no puede ser! —gritó Finn.

El fuego de los blásters gimió alrededor de ellos y anillos azules golpearon las orillas de la manada. Un fathier cayó dando vueltas, aturdido e indefenso. La matriarca resopló y arrojó espuma por su hocico.

Delante de ella, la playa se elevaba, trepando por una colina. La matriarca la afrontó a todo galope, mientras sus pezuñas buscaban apoyarse con firmeza sobre la arena suelta, y corrió a lo largo de una repisa rocosa por arriba del agua.

Ahora los vehículos policiales estaban al lado de ellos, disparando a la manada. Algunos fathiers tropezaron en las salientes y cayeron hacia la playa.

—Esta es una galería de tiro —gritó Finn—. ¡Sácanos de aquí!

Rose jaló el cuello de la matriarca, tratando de alertarla del peligro, pero ella sabía que sólo había un camino hacia delante y ascendió deprisa por un sendero que se desmoronaba a su paso y que le pareció a Rose aterradoramente estrecho, mientras sus pezuñas arrojaban gotas de arena a cada pisada.

Salieron a un amplio prado, un oasis verde en medio del desierto cantonicano. La hierba alta se quebraba y producía silbidos mientras la matriarca la machacaba a su paso, hundida hasta sus flancos en el verdor.

Rose se recargó con fuerza a la derecha, dirigiendo a la matriarca en esa dirección. Ella levantó su cabeza y lanzó un grito al resto de la manada antes de obedecer, cortando por el camino como Rose le había pedido. El resto de la manada siguió su curso inicial.

—¿Está funcionando? —gritó Finn.

Rose miró cómo los reflectores pasaban de los otros fathiers a la matriarca.

—¡Están dejando ir a la manada! —gritó ella—. Ahora, si tan sólo pudiéramos…

—¡Acantilado! —gritó Finn.

La matriarca patinó hasta detenerse, desenterrando madejas de hierba y polvo. Rose y Finn salieron volando por encima de la cabeza de la fathier, cayendo sobre la hierba de olor dulce. Rose se dio vuelta sobre su estómago, y quedó en la misma orilla del acantilado. Ella miró por encima de él, con las piernas temblorosas y vio que la caída debía abarcar por lo menos cien metros.

—¿Puedes nadar? —preguntó Finn.

—No cuando estoy muerta —replicó ella—. Estamos atrapados.

La matriarca se quedó parada en la hierba, con los costados agitándose. Detrás de ella, los speeders policiales se acercaban rápidamente, con los reflectores explorando el prado.

—Bueno, valió la pena destrozar esa ciudad —dijo Finn, esperando a los speeders con los hombros hundidos—. Hacerles daño.

Rose lanzó una mirada de sorpresa en dirección de él. ¿Era este el mismo Finn que parecía feliz de recorrer las mesas de lanzamientos de riesgo y los cabarets?

La matriarca seguía respirando con dificultad. Los dedos de Rose recorrieron las correas de su silla de montar, aflojándolas y dejando que cayeran sobre la hierba.

—Gracias —dijo al animal en voz baja, luego levantó la mano hacia su overol para tocar su medallón.

«Son más hermosos de lo que dijiste, Pae-Pae».

La matriarca la miró, renuente a dejarlos o demasiado cansada para irse. Rose le dio una palmada en el costado y ella se alejó trotando, hasta romper en un galope que la llevó a atravesar el prado, de regreso a los otros miembros de su manada. Arriba, los reflectores de la policía siguieron brevemente a la fathier y luego regresaron a Rose y Finn. Rose miró alejarse a la matriarca y sonrió.

—*Ahora* sí valió la pena —dijo ella y esperó a que los speeders de la policía bajaran para llevarlos de regreso a la prisión.

Un sonido diferente llegó a sus oídos: el zumbido de motores iónicos bien afinados. Rose se dio vuelta y se quedó con la boca abierta, impactada, mientras un yate estelar de lujo surgía del acantilado, flotando enfrente de ellos.

Una escotilla se abrió al lado del yate y un astromecánico de color anaranjado y blanco les lanzó un silbido.

—BB-8, ¿tú estás volando esa cosa? —gritó Finn.

Los bips de respuesta fueron acusatorios.

—No, ¡íbamos a regresar por ti! —dijo Finn—. Vamos, ¡recógenos!

Luego, detrás de BB-8, apareció DJ.

—Oh, ¿así que necesitan que los lleve? —preguntó—. Digan las palabras mágicas.

Finn lo pensó.

—¿Por favor?

Pero Rose sabía demasiado bien lo que DJ esperaba oír.

—¿Estás contratado? —dijo ella sombríamente.



PARTE V

CAPÍTULO 21

Rey caminó sola por el prado en la cima de la isla, debajo de una luna llena que parecía una linterna. Sus ojos vagaban por el afloramiento del Templo Jedi, que parecía un pico pálido en contraste con la noche, en la cima del camino sinuoso de las escaleras de piedra.

Ella supuso que sería la última vez que lo vería. La última vez que caminaba por aquel collado cubierto de hierba. La última vez que admiraba la construcción artesanal del grupo de cabañas antiguas.

Eso la entristeció un poco, pero se dio cuenta de que lo que la hacía sentir así era el recuerdo de lo que había esperado encontrar en la isla, pero no se presentó. Como un maestro… o una razón para abrigar esperanzas. Ambas opciones la habían eludido y ahora tendría que explicar eso a la General Organa.

Leia había perdido tanto, y Rey añadiría eso a sus cargas. Al decirle… ¿qué exactamente? ¿Que su hermano se había perdido en la amargura y el autorreproche? ¿Que después de ayudar a la Fuerza a encontrar el equilibro que buscaba, él había cerrado sus sentidos a ella, rechazando obstinadamente su llamado? ¿Que él deseaba morir solo en una mota de tierra de un océano sin nombre en un planeta olvidado mientras la galaxia se quemaba a su alrededor?

Bueno, *ella* no tenía deseos de hacer eso. Ella haría lo único que podría hacer: contarle la verdad a Leia. Y después lucharía. Aunque fuera para ofrecer a la galaxia sólo otro día de esperanza (o un minuto o un segundo), lucharía.

Rey podía ver el pálido platillo del *Halcón* muy abajo. Buscó el comunicador en su bolsa.

—Chewie, prepárala para el despegue —dijo ella—. Nos vamos.

Aun mientras interrumpía la conexión, sintió una presencia familiar, como un cambio en el clima debajo de ella. La piel se le erizó en los brazos.

—No quiero hacer esto ahora —dijo ella, sin darse vuelta.

—Sí, tampoco yo —dijo Kylo.

Preparándose mentalmente, se dio vuelta, determinada a no dejar que su adversario se metiera en su cabeza. Esta vez, ella haría que él respondiera por lo que había hecho.

—¿Por qué odiabas a tu padre? —exigió, luego se detuvo—. ¡Oh!

Kylo estaba desnudo de la cintura a la cabeza en sus aposentos. La furiosa cicatriz que ella le había producido en el duelo serpenteaba en su rostro y su cuello y a través de su clavícula.

Ella arqueó las cejas, pero Kylo estaba impasible ante la vista de ella, y aparentemente poco perturbado por su pregunta.

—Porque era un tonto de mente débil —dijo él.

Rey se esforzó para mirarlo a los ojos: esos ojos furiosos, obsesionados y necesitados.

—No te creo —dijo ella—. Tú vas a… ¿no tienes una capa o algo para echarte encima?

Kylo ignoró eso y Rey se esforzó para concentrarse.

—¿Por qué odiabas a tu padre? Dame una respuesta honesta.

—Lo haré cuando hagas una pregunta honesta —dijo Kylo, y ella quiso gritarle. Él no era su maestro y, de todos modos, ese puesto ya no estaba vacante.

—¿Por qué odiabas a Han Solo? —preguntó ella.

—No —respondió Kylo con desdén, casi aburrido.

Pero Rey no lo dejaría escapar tan fácilmente.

—Tenías un padre que te amaba y se preocupaba por ti.

—No lo odiaba.

—Entonces, ¿por qué? —Rey exigió una respuesta.

—¿Por qué qué? ¿Por qué *qué*? ¡Dilo!

—¿Por qué asesinaste a tu padre? ¡No lo comprendo!

—¿No? —la curiosidad de Kylo era genuina, y exasperante—. Tus padres te desecharon como basura.

—No es cierto —dijo Rey y odió que eso hubiera sonado a sus propios oídos como si estuviera suplicando. El extraño contacto entre sus mentes le había dado más conocimiento de los poderes de él y le había ayudado a desencadenar los suyos. También había permitido que él saqueara los recuerdos y las emociones de ella.

Pero no había manera de que la Fuerza se lo hubiera dicho, que le hubiera mostrado eso. Era cierto, ¿o no?

—Lo hicieron —dijo Kylo—. Pero tú sigues apegada. Es tu gran debilidad. Los buscas en todas partes: en Han Solo y ahora en Skywalker.

Su mirada parecía hambrienta… y al mismo tiempo conocedora.

—¿Te contó lo que sucedió aquella noche? —preguntó Kylo.

—Así es —contestó Rey, sabiendo que Kylo podía ver que no era cierto.

—No —dijo él.

Ben Solo, que en ese entonces ya no era un niño, pero aún no era un hombre, levanta la vista con sorpresa y alarma. Su tío Luke ha entrado en sus aposentos, de noche, y ahora está parado por encima de él. El rostro del Maestro Jedi está torcido como si gruñera (e iluminado por la hoja verde de su sable de luz). La Fuerza está en ebullición por el peligro. Por un momento, el arrepentimiento ensombrece el rostro de Luke, pero Ben puede ver que su tío ha ido demasiado lejos para darse la vuelta. Él no desistirá ni dudará; en cambio, dejará caer su sable de luz y partirá a su sobrino en dos mientras duerme.

Con desesperación, la mano de Kylo se levanta, no hacia Luke sino más allá de él, al sable de luz que él ha construido. Deseándolo en su mano, su hoja azul bloquea el golpe asesino. Las hojas trabadas zumban y sacan chispas. Pero Ben sabe que sólo es un breve respiro: no puede resistir los poderes superiores de su

maestro por mucho tiempo. Atrapado, estira la mano libre hacia el techo, rogando a las piedras que atiendan su plegaria y caigan sobre la cabeza de Luke. Para salvarlo.

—Mientes —dijo Rey, pero no la respaldaba la convicción. Ella sentía que lo que Kylo le dijo era verdad, o por lo menos estaba tratando de despistarla. ¿No había sentido acaso la culpa y el autorreproche en Luke? ¿Y si Luke se había exiliado no por lo que el aprendiz había hecho al maestro, sino por lo que este le había hecho al aprendiz?

—Deja que el pasado se extinga —dijo Kylo—. Liquídalo si tienes que hacerlo. Sólo así te convertirás en lo que estás destinada a ser.

Luego él se fue y la dejó sola en la noche. Sola, pero sabiendo que tenía que hacer una última cosa. Sólo entonces dejaría para siempre el refugio del Maestro Skywalker.

Con la quijada trabada, Rey caminó de prisa por las alturas rocosas, en dirección opuesta al *Halcón*.

Luke estaba parado fuera del templo, bañado por la luz de la luna. Debajo de él, las olas mordían incesantemente los márgenes de la isla, continuando el lento y paciente trabajo de disolverla en el mar del que había brotado. Arriba de él, las estrellas eran luces frías, que seguían sus cursos fijos y eternos.

Luke se sentó y sus piernas protestaron mientras las obligaba a mantener su posición. Puso sus manos sobre la roca saliente, donde tantos jedi habían meditado por eones, y cerró los ojos.

«Respira. Sólo respira».

El viento llenó sus oídos: el compañero constante en la isla. Ahora era un susurro, la conversación en voz baja de la brisa de otoño en lugar del silbido del invierno o el aullido de una tormenta de verano. Podía escuchar el llamado de las aves nocturnas mientras volaban muy por encima de él, y las llamadas que los insectos hacían como con un metrónomo desde los pastizales.

Detrás de él, en el templo antiguo, la superficie tranquila del agua en la vieja fuente empezaba a ondularse y a bailar.

Luke podía escuchar más ahora… mucho más. Escuchó la estática de las piedras y la arena mientras eran llevadas de un lado a otro debajo de las rocas. Escuchó el choque de los gusanos arrastrándose a ciegas por el suelo, construyendo sus túneles y revitalizando la tierra. Escuchó el murmullo de los últimos polluelos de porgs de la estación mientras se daban vuelta dentro de sus huevos, debajo de los latidos de sus madres. En resumen, escuchó cómo el mundo fluía de regreso a sus sentidos.

A bordo del *Raddus*, un droide médico MD-15 levantó su cabeza blanca. De pronto habían surgido los latidos de su paciente, acompañados por picos de actividad cerebral. El droide concentró sus fotorreceptores en la paciente, inmóvil en su camilla. Sus ojos se movieron debajo de sus párpados.

—Luke —murmuró Leia.

El sonido aumentó hasta alcanzar un crescendo, un trueno seguido por una avalancha abrumadora y cegadora de imágenes.

«Busca tu centro. Encuentra el equilibrio».

Luke sintió como si su cuerpo se incendiara. No sabía lo que era. Aceptó la sensación, negando su poder sobre él, y dejó que amainara. En su lugar llegó una sensación familiar de calidez, de pertenencia, de participación en una interminable red de conexiones que lo mantenían a él y a todo lo demás, cada quien fijo en su lugar apropiado: una Fuerza.

Ese aspecto de la Fuerza (los jedi lo llamaban la Fuerza Viva) era incesante y se renovaba constantemente. Pero los jedi habían hablado de otro aspecto: la Fuerza Cósmica. Esta tenía una conciencia, un propósito y una voluntad. Una voluntad que había estado callada, latente después de la derrota de los sith, sólo para despertar de nuevo durante el exilio de Luke. Una voluntad que Luke finalmente se permitió reconocer una vez más.

Más confiado ahora, Luke se dejó llevar por sus instintos, su conciencia se deslizó ligeramente a través del tumulto de la vida de la isla. Encontró a Rey al instante; ella era como un faro en la Fuerza, brillando con tal intensidad que todo lo que la rodeaba parecía en sintonía con ella.

Luke percibió otra presencia familiar. Esta se encontraba mucho más lejos: dolorosamente lejos. Pero nada tan insignificante como la distancia podía atenuar esa presencia en su conciencia. Luke abrió los ojos.

—Leia —dijo.

Rey estaba de pie sobre un afloramiento de piedra, largo y plano que emergía de las pendientes cubiertas por la hierba de la isla para terminar en un bajo acantilado sobre el mar. En el centro de la piedra había un enorme agujero en la roca, rodeado por musgo rojizo que había tomado un tono gris bajo la luz de la luna.

Ella se acercó cuidadosamente al lugar que había visto en su visión en la roca de meditación, la que había tratado de mostrarle algo. Luke le había advertido que la aceptación de su ofrecimiento la llevaría al Lado Oscuro, pero tal vez era porque él temía las verdades que podría revelarle.

Rey se paró en la orilla, agachándose para examinar el musgo, y se resbaló. Se resbaló o fue arrastrada al interior. Ella no supo si gritó o si produjo algún otro sonido.

Cayó en el agua, fría como un cuchillo en sus pulmones. Luchó, salió a la superficie y jadeó, mientras los ojos le ardían por la sal. Luego se impulsó para salir sobre la piedra plana y resbalosa.

Estaba en una cueva, ahora lo veía: un espacio largo y estrecho que el mar había labrado debajo del labio del acantilado, creando un lugar oculto debajo de la isla; su existencia sólo se revelaba por un orificio de ventilación donde un pozo vertical se había encontrado con la superficie. El agujero escupía gotas de agua cuando había marea alta, pero parecía respirar cuando la marea era baja, como ahora.

Ante ella, el mar había molido y pulido las paredes de la cueva hasta que la piedra parecía un espejo oscuro, agrietado pero brillante. Rey vio su reflejo en él, un reflejo que se repetía mil veces en las facetas laberínticas de la piedra, de modo que creaba una línea de varias Reys alejándose de su mirada.

Rey miró al interior del espejo y se dio cuenta de que este le regresaba la mirada. La Fuerza estaba temblando como respuesta al acercamiento de algo.

Podía escuchar su propia respiración, lenta y entrecortada. Luego, esta se aceleró y ella se dio cuenta de que estaba dentro de la piedra, dentro del mundo del espejo, mientras varias Reys se interponían entre ella y la chica empapada, temblorosa, que permanecía en la saliente de la cueva.

Luego esa Rey se había ido y cien Reys permanecían entre ella y la figura delgada en la roca saliente. Giró su cabeza y todas esas Reys hicieron obedientemente lo mismo, pero cada una lo hizo un momento después de la Rey que la antecedía, hasta que todas terminaron mirando junto con ella más a fondo en la piedra oscura.

Rey sabía que tenía que ir más a fondo: que sólo era una apariencia que el mundo dentro de la piedra se prolongaba hasta la eternidad. Llevaba a alguna parte y si ella sólo tenía el valor de seguir, ese lugar secreto le mostraría lo que había venido a ver. Y lo que más temía saber.

Había Reys en lo profundo de la piedra (eran parte de la fila que seguía delante de ella). Se dijo que las siguiera, que se convirtiera en ellas, que ignorara la voz en su cabeza que seguía balbuceando que quedaría atrapada para siempre, allí abajo en la oscuridad del corazón secreto de la isla.

Siguió la fila de Reys, deseando que la sucesión irreal terminara, hasta que finalmente lo hizo. Hasta que por fin hubo una Rey final, que respiraba con dificultad y miraba un espejo grande, redondo y nublado de piedra pulida como el que había llamado a la chica en la cueva. Esta última Rey estaba parada frente a la piedra, mirando sus profundidades.

—Déjame ver a mis padres —rogó ella—. Por favor.

Estiró su mano y la superficie nublada del espejo pareció ondularse, mientras su oscuridad se derretía. Ella vio dos figuras oscuras debajo de su superficie. Mientras sus latidos martilleaban en sus oídos, las dos se volvieron una. Sus dedos tocaron la piedra y

encontraron los dedos de la otra. Era la chica de la cueva junto al mar, que la miraba a ella. Era ella misma.

Rey bajó su mano y su reflejo hizo lo mismo. Entonces empezó a llorar. Había pasado tantas noches en el desierto de Jakku: una huérfana entre los restos medio enterrados de una guerra olvidada. Había marcado cada noche con una nueva raya en el metal, hasta que estuvo rodeada por miles de hendiduras. Habían llegado a ser tantas, que ya no marcaban de manera razonable el tiempo, pero eso había dejado de ser lo importante mucho antes. Esas filas y filas de diagonales se habían convertido en algo más, pero ella no sabía qué. Un testamento de su insistencia de que esta vigilia tenía un propósito, tal vez. O quizás un ritual para mantener a raya a la soledad que siempre se volcaba sobre ella, erosionando su esperanza y susurrando que terminaría como todo lo demás que estaba abandonado en Jakku: como una concha, vacía y sin propósito.

Ella se había sentido tan sola todas esas noches. Pero nunca tan sola como ahora que miraba su propio reflejo, debajo de la isla, en el frío y la oscuridad.

Cuando finalmente sus lágrimas cedieron, Rey levantó la cabeza. Sabía con quién debía hablar sobre la cueva, sobre lo que había buscado y lo que le había mostrado: alguien que comprendiera cómo la soledad y la pérdida podrían devorarte hasta que no quedara nada.

Luke tenía miedo de que Rey se hubiera ido, que su recién despertada percepción de la Fuerza lo hubiera cegado al mundo más mundano que lo rodeaba y que descubriera que el *Halcón* se había ido, alejándose con ella a bordo.

—Rey, tenías razón —gritó él, mientras cruzaba el prado bajo la lluvia torrencial y los destellos de los relámpagos sobre su cabeza—. Iré contigo. ¿Rey?

Luke se había cerrado por tanto tiempo y ahora la Fuerza estaba rugiendo a su alrededor. Rey tenía razón. Ella lo necesitaba. Igual que Leia, la Resistencia y todos los desesperados por abrigar una esperanza. Su dolor y su culpa lo habían vuelto incapaz de ver eso, incapaz de ver algo que no fuera oscuridad y engaño. Incapaz de soportar más decepción, él se había amurallado para aislarse de todo, incluida la posibilidad de la esperanza.

Sin embargo, Rey no lo había decepcionado. La Fuerza la había enviado, ahora Luke estaba convencido de eso. Ella había llegado con el mensaje que él se había negado a escuchar. Pero ella no sólo era el recipiente de la Fuerza. Pensar en ella de esa manera era menospreciarla. Ella era también una joven, poderosa dentro de la Fuerza, quien necesitaba su ayuda y quien había creído en él, aunque no le hubiera dado una razón para ello.

Llegó hasta las cabañas y vio, para su alivio, que el carguero de Han Solo seguía asentado en el fondo de la larga y sinuosa escalera. La luz se colaba por la puerta y la

estrecha ventana de la cabaña que Rey había tomado para sí. Aliviado, Luke aceleró sus pasos, ansioso por recuperar el tiempo perdido.

En el momento en que Rey llegó a su cabaña, lo había sentido cerca de ella, en la Fuerza. La conexión entre ellos era tan cruda y poderosa que le recordó el toque de un alambre vivo entre los restos de una nave espacial. Ella había cerrado y abierto los ojos, y encontró a Kylo Ren allí: junto a ella, donde estaba sentada en la banca de piedra. Como si ella en realidad pudiera estirarse y tocar su mano, su rostro, su cabello. Al verlo, sintió que el alivio la recorría.

Kylo escuchó atentamente, con su largo rostro impasible, mientras ella le contaba que había sido atraída hacia la cueva y al interior de la piedra, y cómo el viaje no había llegado a nada, no se había hecho revelación alguna, excepto lo sola que estaba.

—No estás sola —insistió él, y ella le creyó.

—Tú tampoco lo estás. Aún no es demasiado tarde.

Rey extendió su mano hacia la de Kylo, titubeando, esperando que sus manos atravesaran las de él, y se preguntó si percibiría eso en la Fuerza, de alguna manera.

Pero sus dedos se tocaron de verdad. Ella le apretó la mano, sacudida por el contacto, y vio que la misma sacudida lo había recorrido a él.

Luke Skywalker entró en la cabaña… para encontrar a Rey y a Kylo tomados de la mano, mirándose a los ojos.

—¡Alto! —gritó él y extendió su mano. Una explosión de poder arrojó cada piedra de la cabaña hacia fuera, desde su centro, dispersándolas alrededor de la banca donde Rey y Kylo estaban sentados, llenos de asombro.

La mano de Rey se cerró sobre nada y se quedó mirando a Luke mientras la lluvia los aporreaba. Ella se puso de pie y miró al Maestro Jedi.

—¿Es cierto? —exigió una respuesta—. ¿Usted trató de matarlo aquella vez?

—Abandona la isla —dijo Luke a través de sus dientes apretados—. Ahora.

Él se dio vuelta y se alejó, tal como lo había hecho el día que ella llegó, portando el sable de luz que la había llamado.

Ese día ella sólo se quedó mirando, desconcertada y herida. Pero de cierta manera eso se había vuelto un pasado muy lejano.

—No —dijo Rey—. Respóndame. Dígame la verdad. ¡Alto!

Luke siguió caminando, de modo que Rey levantó su lanza, dio tres largas zancadas y lanzó un golpe con ella, plano y con fuerza, que lo golpeó en la nuca y lo tiró al suelo.

Sorprendido, levantó la vista bajo la lluvia, hacia la joven que estaba parada por encima de él, mostrando los dientes.

—¿Lo hizo? —preguntó Rey—. ¿Usted creó a Kylo Ren?

Luke se puso de pie y Rey de inmediato vio que nada había cambiado: él seguiría caminando para alejarse de ella, retirándose a meditar en silencio. Furiosa, ella dirigió un

nuevo golpe con su lanza, pero Luke estiró la mano con un movimiento nebuloso y un pararrayos largo voló del techo de una de las cabañas. Antes de que Rey pudiera parpadear, había interceptado el golpe de su lanza. El impacto envió una sacudida por los antebrazos de ella y la hizo caer de espaldas.

Rey saltó otra vez ante él; su lanza y el arma improvisada de Luke daban vueltas y chocaban mientras caía la lluvia. Ella presionó al ataque. La lanza nunca se había sentido más cómoda en sus manos, era una extensión de su cuerpo. Su confianza aumentó y sonrió como una loba mientras veía la sorpresa en el rostro de Luke.

Pero fue una cosa fugaz. Más rápido de lo que ella pudo percibir, él contuvo su acometida y siguió su movimiento; la lanza voló fuera de sus manos y cayó estruendosamente sobre las piedras; ella se quedó indefensa.

Rey se dejó llevar por sus instintos, sintiendo la Fuerza viva y hambrienta a su alrededor, y encontró el peso del sable de luz en sus manos. Lo encendió y Luke cedió terreno, mirándola mientras ella mantenía la hoja en alto y la lluvia siseaba y lanzaba chispas sobre él.

Se quedaron viendo de frente por un largo momento. Luego Rey apagó el sable de luz y permanecieron bajo la lluvia.

—Dígame la verdad —dijo ella.

Luke Skywalker mira hacia abajo a su sobrino Ben Solo, que ya no era un niño, pero todavía no era un hombre. Ha venido a sus aposentos, de noche, y ahora está parado por encima de él. El Maestro Jedi tiene los ojos cerrados. La Fuerza está en ebullición por el peligro. La preocupación ensombrece el rostro de Luke mientras extiende su mano, dejándose llevar por la Fuerza, entrando en la mente de Ben, que está dormido.

El chico permanece quieto, con rostro despreocupado. Los ojos de Luke permanecen cerrados, pero puede ver: fuego, ruina, y los ojos ciegos de la muerte. Y puede escuchar: gritos, el aullido de los sables de luz y el rugido de las explosiones.

Oscuridad (que se expande desde este chico delgado de cabello oscuro, para envolverlo todo) y la cacofonía de terror que lo acompañará. Luke retira su mano, como si quemara. La Fuerza alrededor de Ben siempre ha proyectado venas de oscuridad, pero lo que ve está más allá de cualquier cosa que haya temido encontrar.

Luke retira el sable de luz de su cinturón y enciende la hoja, con la mirada seria. Pero entonces mira a Ben y el momentáneo, casi indeseable pensamiento se aleja. No puede dejar caer el sable de luz sobre el hijo de su hermana mientras duerme.

De inmediato Luke se da cuenta de que es demasiado tarde: ya le ha fallado a su estudiante. Porque los ojos de Ben están abiertos (aterrados, pero conscientes).

Los poderes del chico con la Fuerza ya son inmensos y siguen creciendo. Además, es un Skywalker.

Él sabe lo que pensaba Luke. Sabe lo que vio Luke. Sabe lo que pasará.

Con desesperación, la mano de Ben se estira, no hacia Luke sino más allá, al sable de luz que él ha construido. Deseándolo en su mano, su hoja azul se mueve en un golpe asesino dirigido a su maestro. El propio sable de Luke encuentra el de Ben; ambos sables, trabados, zumban y sacan chispas. Luego Ben estira la mano libre hacia el techo, obligando a las piedras a caer sobre la cabeza de Luke.

Rey tocó el brazo de Luke.

—Usted le falló al pensar que su elección estaba hecha —dijo ella, con voz a la vez gentil e insistente—. No es así. Aún hay conflicto en él. Si se aparta del Lado Oscuro, nos dará una ventaja. Eso nos podría dar la victoria.

Luke volteó a mirarla. Su mirada era desoladora y, por primera vez en la memoria de Rey, él le pareció viejo: un hombre roto, arrastrado de nuevo a la tormenta de la que pensaba que había escapado. Pero la voz de él era fuerte, insistente.

—Esto no resultará como tú crees —la previno.

—Sí lo hará. Justo ahora, cuando toqué su mano, yo vi su futuro. Lo vi, tan sólido como lo estoy viendo a usted. Si voy con él, Ben Solo regresará al lado Luminoso.

—Yo *maté* a Ben Solo esa noche —dijo Luke—. Sólo existe Kylo Ren, y es más fuerte de lo que crees. Rey, no lo hagas.

La respuesta de Rey fue extenderle el sable de luz apagado una vez más: una última invitación. Supo de inmediato que no lo aceptaría.

—Entonces él es nuestra última esperanza —dijo ella.

Se dio vuelta y simplemente se alejó de Luke.

CAPÍTULO 22

Cuando llegó el momento de evacuar al último personal del *Ninka*, que se quedaba sin combustible, alguna falla había mantenido a Poe fuera del personal en servicio. El oficial de cubierta se había encogido de hombros, sin poder hacer nada; luego Poe miró él mismo el datapad. Su nombre estaba allí y junto a él la palabra INELEGIBLE.

Echando humo, Poe se vio forzado a permanecer a bordo del *Raddus* mientras C'ai Threnalli encendía el trasporte y lo lanzaba fuera del hangar: una sola nave bastaría para evacuar a la tripulación base del *Ninka*. Miró en los monitores de la sala de control cómo el transporte abandonaba el pequeño búnker y lo dejaba vacío en el espacio. Luego miró acongojado mientras el *Ninka* perdía impulso, su proa se elevaba y era cortado en pedazos por el fuego de turboláseres de la flota de la Primera Orden.

La flota de la Resistencia nunca había sido lo bastante grande para justificar ese término grandilocuente, pero ahora ya no existía. Sólo permanecía el *Raddus*. Un solo destructor estelar de la Primera Orden le hubiera dado una fuerte batalla al crucero mon calamari, y había treinta de ellos allá atrás. Sin mencionar la monstruosa nave insignia de Snoke. Además de cualquier otra cosa que la Primera Orden hubiera pasado todos esos años construyendo en secreto, mientras los senadores de la Nueva República discutían insignificancias.

Poe dejó la sala de control mientras el transporte de C'ai regresaba, imaginando que al menos podía darles la bienvenida al *Raddus* a los tripulantes del *Ninka*. Sin embargo, sus palabras sonaron poco convincentes a sus propios oídos mientras saludaba a técnicos y soldados, y pocos de ellos levantaron siquiera la vista. Simplemente atravesaron el hangar con los hombros hundidos y los rostros estirados. Parecían derrotados.

Poe acechó furioso por los corredores del *Raddus*, pasando junto a soldados y tripulantes de aspecto nervioso. El pesado crucero estaba oscuro, iluminado en muchos lugares sólo por las luces de emergencia. Eso era para conservar combustible (una medida con la que él hubiera estado de acuerdo, si tan sólo supiera para qué se estaba conservando el combustible).

Llegó al puente temporal y encontró a la Comandante D'Acy esperándolo, fuera de las puertas.

—La almirante te exilió del puente —dijo ella—. No hagas una escena.

Así que no había sido un desperfecto.

—Hagámosla —dijo Poe, apartando a D'Acy con el hombro y precipitándose sobre el puente. D'Acy se apresuró a seguirlo, pero él había visto a Holdo y se dirigía directo a ella. Ninguno de los oficiales que se encontraba en su camino se atrevió a detenerlo. Holdo sólo se le quedó viendo sin expresión.

—Aquí viene el intrépido —dijo ella.

—Guarde sus comentarios —escupió Poe, en sus narices—. Estamos avanzando con lo último del combustible, su tripulación lo sabe y usted no les ha dicho *nada*. Si ha tenido algún plan, ahora es cuando debe ponerlo sobre la mesa. *Justo ahora*. Sólo dígame que no vamos a correr hasta que muramos, que tenemos un plan. Que aún hay esperanza. *Por favor*.

Poe se preguntó si ella lo abofetearía, si ordenaría a los soldados que lo arrastraran a la prisión o si tan sólo lo ignoraría. Pero ella lo sorprendió con palabras que él se sabía de memoria.

—Cuando serví bajo las órdenes de Leia, ella decía que la esperanza es igual que el sol —dijo Holdo—. Si sólo crees en él cuando puedes verlo…

—… nunca sobrevivirás a la noche —terminó Poe.

Se miraron uno al otro en silencio: unidos, aunque sólo por ese momento, por su preocupación compartida por la mujer que habían perdido.

—Capitán, estás confundiendo imprudencia con valentía —dijo Holdo—. Sigue mis órdenes.

Poe empezó a decir algo, luego se detuvo: uno de los monitores de los oficiales mostraba un transporte, como el que C'ai acababa de pilotear de regreso del *Ninka*. Poe miró sobre el hombro del hombre, tratando de procesar lo que estaba viendo y sin querer creerlo. Luego giró para enfrentar a Holdo, incrédulo.

—Usted está cargando combustible a los transportes; a todos ellos —dijo mientras su furia aumentaba—. ¡Abandonaremos la nave! ¿*Eso* es lo que tenía? Los transportes carecen de blindaje, están desarmados. Si abandonamos nuestro crucero, ¡no tendremos una sola oportunidad!

—Capitán —dijo Holdo, pero él siguió adelante.

—¡Esto destruirá a la Resistencia! ¡Usted no sólo es una cobarde; es una *traidora*!

Holdo se apartó, molesta.

—Saquen a este hombre de mi puente —ordenó, y los soldados dieron un paso al frente para obedecer su orden.

Rose tuvo que aceptar que DJ había robado una buena nave. La placa del yate lo identificaba como el *Libertine*, un nombre que hizo que Rose arrugara la nariz y deseara tener tiempo para hacer algunas modificaciones con un bláster. Había casi sesenta metros desde las veletas repulsoras elevadoras que sobresalían de su proa hasta la elegante aleta en la popa. Su casco estaba forrado con un revestimiento que había sido fresado, esmerilado y pulido hasta obtener un acabado blanco y brillante. Había un salón elegante con el modelo más reciente de holoproyector de pedestal en el centro de la cubierta de vuelo; cabinas bajo cubierta, elegantes y decoradas con gusto; además de una escalera genuina que conducía a la cabina de mando.

«Alguien se va a azotar por todo Cantonica cuando descubra que su vehículo ha desaparecido».

Antes de abandonar la prisión de Canto Bight, BB-8 había recuperado los efectos personales de Rose y Finn del lote de artículos confiscados, luego había acompañado a DJ al puerto espacial de la ciudad para obtener un transporte.

El droide también le había dado a Rose los detalles del robo en una ráfaga de su idioma, mientras el *Libertine* se escabullía del mundo desértico. La transición del vuelo atmosférico al viaje espacial apenas fue perceptible gracias a los amortiguadores de aceleración y los campos antichoque del yate. Había una nota de admiración en los bips y silbidos de BB-8 mientras relataba alegremente cómo DJ se deslizó sin ser visto entre los guardias del puerto espacial y, en menos de dos minutos, con una conexión de computadora y un concentrador de pasacontraseñas, abordó el yate y encendió sus motores.

Rose tomó una nota mental (*otra* nota mental) de advertir a Poe, en caso de que realmente lograran rescatar a la flota de la Resistencia sin morir en alguna de la docena de formas que ella decidió que sería demasiado deprimente catalogar. Como ya había demostrado estar dispuesto a desobedecer órdenes, a asumir identidades falsas y a cometer asalto simple, el astromecánico del piloto ahora estaba desarrollando gusto por el robo.

Y hablando de robos, ¿dónde estaba DJ? Ella se apartó del asiento del piloto, haciendo un gesto por el dolor en piernas y espalda, y se asomó fuera de la cabina para descubrir que su sucio salvador estaba revolviendo los armarios del salón, tarareando mientras apreciaba la delicada telaraña de diamantes de un collar.

Rose resopló. Ya había robado la nave, ¿por qué revolver su interior como una rata de muelle de Otomok que tenía que mantenerse un paso adelante de los droides de seguridad?

DJ escuchó cómo ella expulsaba el aire con fuerza por la nariz y levantó la vista, con ojos brillantes y felices. Le mostró el collar e inclinó la cabeza a un lado, ofreciéndole una sonrisa relajada.

Ella sólo movió la cabeza de un lado a otro y regresó a la cabina, donde Finn estaba mirando el túnel agitado del hiperespacio.

—Estamos a cuatro pársecs —dijo Finn—. ¡Esta cosa es lo máximo! Debe ser muy buen ladrón si posee una nave como esta.

Rose lo miró con pena.

—Di eso una vez más, lentamente.

—Estoy diciendo que debe ser muy buen ladrón si… oh, claro, la robó.

Un momento después, todavía avergonzado, Finn ideó una excusa para huir de la cabina. Rose tuvo que esforzarse mucho para no reírse y que él pudiera escapar con al menos alguna pizca de su dignidad; una vez que él se fue, finalmente se permitió sonreír ante lo ridículo de todo eso.

Cuando eran niñas en Hays Minor, Paige se había obsesionado brevemente con el curioso hecho de que las aves de varios mundos crearan apego con la primera criatura que veían una vez que salían de sus cascarones; así que a veces encontrabas, digamos, a un ansioso polluelo de convor siguiendo a un muy confundido gato tooka.

Rose se preguntó si así era como la misteriosa Rey de Finn se sentía por tener a este torpe ingenuo siguiéndola por todos lados, desconcertado por todo lo que no era ella en la galaxia. Por lo menos, Rose esperaba que ella apreciara la devoción admirada de Finn, aparentemente incondicional.

Mientras tanto, Rose no sabía qué pensar del hecho de que un hombre entrenado para ser un stormtrooper de la Primera Orden pudiera ser tan inocente para suponer que un ladrón salvaje e inmisericorde poseía realmente un yate de lujo. Supuso que la hizo sentir al mismo tiempo mejor y peor sobre la galaxia.

Por una parte, tal vez había jóvenes dolorosamente ingenuos detrás de muchos más de esos cascos inexpresivos, parecidos a calaveras; niños perdidos a quienes nunca se les había permitido tener siquiera un nombre propio.

Por otra parte, los batallones integrados por esos niños perdidos habían destruido el mundo natal de Rose y tantos otros. ¿Cuánta más ruina y miseria infligirían a la galaxia? ¿A cuántas personas más les robarían sus seres queridos?

Rose nunca había oído de otro stormtrooper de la Primera Orden que se sacudiera el lavado de cerebro y se negara a cumplir las órdenes asesinas que le habían dado. Quizá Finn era el único.

«Bueno, si es así, Paige habría dicho que debería darle el beneficio de la duda».

Oyó los pasos ruidosos de Finn por el salón de descanso (si alguna vez lo habían entrenado para ser sigiloso, no había aprendido esa lección) y pasó un dedo por las uniones casi imperceptibles del tablero perfectamente pulido del yate.

«Te hubiera encantado, Pae-Pae. Habrías dicho que tiene buen corazón». Rose sonrió ante la idea. «Y habrías tenido razón».

Finn se sintió un poco mareado viendo cómo DJ saqueaba sistemáticamente los compartimentos de almacenamiento en el salón del yate.

El ladrón tenía un aspecto tan sarnoso y soñoliento que parecía un milagro menor que permaneciera erguido. Sin embargo, sus manos se movían con una gracia fluida y fácil sobre los armarios, posándose sobre mecanismos de cerradura y medidas de seguridad que eran invisibles para Finn. Después de una pausa muy breve, una de las manos de DJ volaría a su chaqueta y saldría con un conector de computadora o algún misterioso implemento que Finn no reconocería. Un momento más tarde, el compartimento se abriría, dejando a DJ libre para la rapiña.

Al parecer, BB-8 estaba menos impresionado, o tal vez sólo tenía celos. Igual que Finn, el astromecánico miró trabajar a DJ, pero sólo lanzó un chillido de desagrado.

—Tu droide sabe juzgar muy bien el carácter —soltó DJ, instalándose ante una consola de datos y poniéndose a trabajar en sus medidas antiintrusión.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Finn.

DJ le ofreció una sonrisa retorcida a manera de respuesta.

—No le agrado —dijo, extrayendo una lata pequeña y reluciente de su chaqueta—. ¿Caviar icindrico?

Finn, inseguro de lo que era eso, negó con la cabeza.

—Entonces ¿sólo robas cualquier cosa que necesitas? —preguntó.

—Cualquier cosa que *quiero*. No me menosprecies. Ahora, veamos a quién liberé de este precioso cacharro.

El aire resplandeció y un diagrama holográfico flotó sobre la consola. DJ lo miró y sus manos bailaron sobre las teclas, haciendo que pasaran en rápida sucesión diversos diagramas parpadeantes.

—Bueno, supongo que por lo menos estás robando a los malos y ayudando a los buenos —dijo Finn.

DJ le lanzó la misma mirada que Rose le había dirigido un minuto antes en la cabina.

—Ayudar a los… no puedes… mira —comenzó DJ, luego se detuvo para poner sus pensamientos en orden—. ¿La Resistencia? ¿La Primera Orden? Ambos son la misma máquina y esa máquina es un molino de carne. ¿Ayudas a un molino de carne saltando en ella? Bueno, en cierta manera sí, pero esa es semántica, supongo. *Mira*. Buenos, malos, son palabras inventadas para mantener a todos peleando. Mantener al dinero girando. *Eso* es lo que robo a… ¡Ajá!

DJ sonrió ante algo que vio en la consola, luego pulsó una tecla. Apareció un esquema de un caza TIE, seguido por diagramas de un caminador explorador, un bombardero TIE y un interceptor TIE.

—Este tipo es un traficante de armas —dijo DJ—. Compró esta belleza vendiendo naves a los malos.

El siguiente diagrama que apareció fue un X-Wing T-70 de la Nueva República.

—Y a los buenos —dijo DJ, con ojos brillantes.

Finn agachó el rostro… y DJ vio que la confusión de él era reemplazada por la consternación.

—Todo es una máquina, amigo —dijo él—. Vive libre. No te unas.

DJ dio un golpecito a la placa en su gorra que portaba su lema.

—Finn, ¡ven acá!

Esa era Rose y parecía apremiante. Finn subió saltando el corto tramo de escaleras hasta la cabina de mando, tan concentrado en cualquier noticia que ella tuviera que no observó que la atención de DJ seguía fija en él mientras se iba.

—Me comuniqué con la flota —dijo Rose—. Poe está en la línea.

Finn se inclinó sobre el comunicador.

—¡Poe! ¡Vamos de regreso!

—¡Finn! Holdo está cargando los transbordadores: nos hará abandonar la nave. ¿Dónde están?

—Para eso querían mis deflectores —dijo Rose, con la mano estirándose hacia su medallón—. Para ocultar los transportes y evitar que los detectaran.

Finn trató de encontrar la lectura que mostraba el avance del *Libertine,* pero no logró obtenerla entre el cúmulo de pantallas y controles.

—Estamos muy cerca —dijo.

—¿Hallaron al maestro decodificador?

Rose y Finn intercambiaron una mirada.

—Hallamos a… *un* decodificador —dijo Finn—. Pero te aseguro que podemos apagar el rastreador. Sólo consíguenos más tiempo.

—Está bien —dijo Poe—. Dense prisa.

Poe cortó la transmisión. Finn se dio cuenta de que Rose estaba pensando lo mismo que él, y que ninguno de los dos quería ser el primero en preguntar. Rose cedió primero.

—¿Cuánto debemos confiar en este tipo?

—¿Cuántas opciones tenemos? —respondió Finn.

Poe apagó el comunicador, cortó la conexión con Rose y Finn, y miró a Connix, C’ai Threnalli y los otros cinco pilotos en el cuarto de lavado afuera del hangar.

—*Ahora* sí tenemos una oportunidad —dijo Poe.

Algunos de los otros pilotos aún parecían inseguros. Poe no podía culparlos, dado lo que él había pedido que hicieran. Pero C’ai estaba asintiendo, con los ojos acerados.

Poe los conocía a todos (de lo contrario no los hubiera convocado a esta reunión), aunque sólo había volado con un par de ellos. Deseó tener pilotos que conociera mejor, con quienes había volado ala con ala y en quienes podía confiar que lo mantendrían vivo: Snap Wexley, por mencionar a uno, o Jess Pava. Pero Snap y Jess tenían su propia misión, y casi todos los demás pilotos a los que él conocía mejor estaban muertos.

Y claro que cada piloto deseaba entrar en batalla en un caza estelar encubierto e invulnerable, con armamento suficiente para partir el núcleo de un planeta. Como eso nunca sucedió, tomabas lo que la tripulación de tierra pudiera darte, dependías de tus compañeros de vuelto, tratabas de lograr el ángulo y hacer tu disparo. Y esperabas que con eso bastara.

—Le explicaremos a la almirante sobre la misión de Rose y Finn, y que necesitamos darles tiempo —dijo Poe—. Y esperamos que esté de acuerdo.

—¿Y si no? —preguntó uno de los pilotos.

—Entonces se acabó la conversación —dijo Connix.

—Haremos lo que se tenga que hacer —dijo Poe—. Pero nadie muere. Si tenemos que disparar, es para aturdir. Hay suficientes personas que tratan de destruir a la Resistencia; nosotros tratamos de *salvarla*.

Luke Skywalker atravesó el prado bajo las estrellas. La hierba estaba empapada por la reciente tormenta, y sus túnicas ceremoniales de jedi se estaban empapando; pronto estarían sucias y llenas de lodo.

Sabía que a los cuidadores no les gustaría eso. Estaban allí para ayudarlo, como lo habían hecho con generaciones de jedi que se remontaban hasta cuando la historia se volvía leyenda, pero no pasaban de lanzar miradas de soslayo y tronar la lengua cuando pensaban que él había sido descuidado o que había realizado alguna tarea con desatino.

Era inevitable: se necesitaba más de un campo empapado para detener un rito jedi al que finalmente le había llegado su hora. En todo caso, siempre habría cosas con las que los cuidadores se enfurecerían más.

Luke activó la antorcha en su mano; se encendió una flama sibilante que se fue consumiendo en la noche. Delante de él se elevaba el árbol uneti ancestral que contenía los textos jedi primordiales.

Él ya se había puesto las túnicas y encendido la antorcha antes, pero siempre dudaba y perdía su resolución. Luke no estaba seguro por qué. Supuso que era porque había pasado muchos años cruzando la galaxia con R2-D2 como compañero, buscando obsesivamente el conocimiento ancestral y un propósito actual, a costa de todo lo demás. Cuando entregara la biblioteca a las llamas, junto con ella estaría entregando todo lo que había hecho a partir de Endor. Vanidad, una vez más, pero una y otra vez le había impedido dar ese paso final. De hecho, Rey había llegado a la isla después de un intento fallido que lo había dejado lamentándose en el prado, tratando de reunir la voluntad para intentarlo de nuevo. Sin embargo, Rey se había ido. Y esta vez, Luke se lo prometió, no desfallecería.

Mientras levantaba la vista hacia el árbol, Luke sintió algo más allá de él. Se dio vuelta y advirtió una presencia resplandeciente de otros tiempos, perteneciente a la era que estaba a punto de declarar extinta.

—Maestro Yoda —dijo Luke, experimentando una instintiva oleada de alegría al verlo.

Habían pasado muchos años desde que había visto una manifestación del gran Maestro Jedi. Yoda parecía casi corpóreo, muy parecido a como lo recordaba Luke de su displicente entrenamiento en Dagobah, que él había apresurado para enfrentar a Darth Vader. El pequeño Maestro Jedi estaba arrugado y encorvado; su calva verde estaba cubierta por un halo rizado de cabello blanco y delicado, pero ahora, como entonces, sus ojos eran penetrantes y parecían atravesar a Luke y adentrarse en sus pensamientos más íntimos.

—Joven Skywalker —dijo Yoda.

Luke se dio cuenta de que su antiguo maestro sólo debió aparecer por una razón, y su felicidad se desvaneció.

—Terminaré con todo esto —advirtió Luke a la visión—. Voy a quemarlo todo. No trates de detenerme.

Yoda sólo parecía divertido.

Luke avanzó hacia los restos del árbol ancestral, con la antorcha flameando en su mano. Se detuvo a menos de un brazo de distancia de la corteza pálida y retorcida. En cuanto estirara el brazo, la madera empezaría a arder. Minutos después los textos fundadores de la Orden Jedi serían cenizas a la deriva.

«El tiempo es un círculo. El principio es el final».

Sin embargo, como había sucedido tantas veces antes, Luke se dio cuenta de que no podía levantar la mano.

Yoda miró al cielo y elevó un dedo nudoso. Una explosión de luz surgió de la noche, pintando momentáneamente la isla de blanco y negro, y dejando a Luke parpadeando frenéticamente. Cuando apartó los puntos brillantes de su visión, el árbol estaba ardiendo.

Luke apagó la antorcha deprisa, casi quemándose en el proceso, y buscó una manera de combatir las llamas que se extendían con rapidez. Detrás de él, pudo oír las carcajadas de Yoda.

—«Terminando todo esto yo estoy». Ay, Skywalker. Mucho te he extrañado.

Luke se preparó para correr hacia el árbol y agarrar los libros de su nicho, pero era imposible: el árbol se había vuelto un infierno. Luke dejó caer sus hombros, se dio vuelta y se quedó viendo a la forma brillante de Yoda, que estaba plácidamente aquí, en la cima de una pequeña isla, en un planeta olvidado, de un sector sin nombre de la galaxia.

—Entonces *sí* es tiempo de que la Orden Jedi se extinga —dijo Luke.

—Decidir no podemos dónde comienza o termina en esta historia nuestro lugar. Tiempo es de que veas tú más allá de un montón de viejos libros.

A pesar de lo que había venido a hacer, a pesar de todo lo que había meditado, Luke se sintió ligeramente ofendido.

—Los textos sagrados de los jedi —dijo.

—¿Leído has? Para las páginas pasar no eran. *Skywalker*. Aún al horizonte mirando. Nunca aquí, ahora. Lo que frente a tu nariz hay.

El pequeño Maestro Jedi estiró su bastón para golpear la nariz de Luke.

—Sabiduría los libros contenían y bondad la Orden Jedi tiene —dijo él—. Pero esto lo que la chica Rey necesitaba no es. Un maestro ella necesitaba.

—Los jedi fracasaron. *Yo* fracasé, Maestro Yoda. Fui débil, insensato. No puedo ser lo que ella necesita que sea.

Yoda negó con la cabeza y Luke se sintió mucho más como el padawan que había sido, muchos años antes en los pantanos de Dagobah. Su maestro estaba decepcionado y él se sentía avergonzado.

—A mis palabras prestado atención no has —dijo Yoda—. «Transmite lo que has aprendido». Sabiduría, sí. Locura, también. Fortaleza en el dominio, mmm. Pero debilidad y fracaso sí. Fracaso sobre todo. El mejor maestro el fracaso es. Aprendido esto

no lo has hecho —luego, con un poco de pesar agregó—: Somos lo que llegan a ser. Esa la gran carga de todo maestro es.

Luke miró al fuego, mientras sus filamentos se estiraban hacia las estrellas distantes. Él permaneció junto a su viejo maestro mientras el fuego ardía, consumiendo el pasado ancestral.

CAPÍTULO 23

A bordo del *Halcón Milenario*, Rey terminó de cerrar un compartimiento de almacenamiento debajo de la litera de descanso del piloto en la bodega principal y respiró profundamente. Ninguno de sus largos debates consigo misma durante el viaje desde Ahch-To la habían llevado a otra conclusión: la Fuerza le había mostrado qué hacer; ahora dependía de ella hacerlo en realidad.

Chewbacca la esperaba en la estrecha bahía de la cápsula de escape del carguero, agachado junto a una de las cápsulas para una sola persona. R2-D2 estaba parado cerca, con las luces parpadeando sobre su domo.

Rey vio que la cápsula estaba rotulada con letras de esténcil.

Cápsula de escape clase A9-40
HALCÓN MILENARIO

Debajo de eso se había añadido, en pésimo clynese manuscrito:

Propiedad de Han Solo, por favor devuélvase

Ella dejó escapar una sonrisa. Le hubiera gustado tener la oportunidad de preguntarle a Han si eso había funcionado alguna vez. Tal vez sí y, de ser así, tal vez fue buena suerte.

En ese caso, sería mejor no pensar en el inquietante parecido de la cápsula con un ataúd.

Chewbacca la ayudó a entrar en la cápsula, con manos sorprendentemente gentiles, a pesar de (o quizá debido a) su gran fuerza. Sus ojos (sorprendentemente azules en su rostro fiero) la miraron con incertidumbre.

—En cuanto yo salga, saltas fuera de alcance y te quedas allí hasta que recibas mi señal para encontrarnos —dijo ella.

El wookiee rugió, pero ella no estaba interesada en que la disuadieran.

—Si ves a Finn mientras no estoy, quiero que sepa… —empezó ella.

Chewbacca aulló.

—Sí. Perfecto. Que sepa eso.

Ella trepó en la cápsula, acomodó el sable de luz a su lado y se despidió del droide y del wookiee con un pulgar arriba, cruzando los brazos sobre su pecho mientras Chewbacca la encerraba en el interior.

Rose sabía que la flota de la Primera Orden estaría esperándolos, pero aún sintió que su pecho se estrechaba cuando el *Libertine* surgió del hiperespacio y ella distinguió a la fuerza de tareas en la orilla exterior del cono sensor del yate.

—Recuérdenme, ¿de quién fue esta brillante idea? —preguntó Finn.

—No me mires a mí, hombre —dijo DJ, quien se les había unido en la cabina de mando—. Yo sólo trabajo aquí. ¿A cuál destructor quieren llegar?

Rose estudió la imagen de la nave insignia mientras los sensores del yate construían un diagrama de la enorme nave a partir de su exploración. A ella aún le parecía que el tamaño de la nave de guerra era casi inabarcable (los créditos necesarios para financiarla habrían dejado en la mendicidad a sectores enteros, y nunca había escuchado de un astillero tan grande para construirlo).

Ella se preguntó si algún mineral desprendido de las ruinas de Hays Minor había llegado a ese casco, si los metales de su mundo natal eran parte de algún conducto que conectaba los turboláseres con su reactor o si la nave se había construido con los restos de otros mundos devastados por la Primera Orden. Además, si la Primera Orden había construido esto, ¿qué más había creado en secreto?

—¿Cuál crees? —dijo bruscamente a DJ—. Hazlo.

DJ estudió sus uñas mugrosas.

—Existe una conversación previa a *Hazlo* —dijo él—. El precio, amigos. Yo no «lo hago» a crédito.

—Una vez que lo hagamos, la Resistencia hará…

—Sí, hará, sí —dijo DJ—. Pero oye, «ahora» es ahora. Bien, ¿qué pondrán como depósito? Si no hay algo, no hago nada.

Rose lo miró y vio que sus ojos estaban fijos en algo. Ella se dio cuenta de que estaba estudiando el medallón alrededor de su cuello, su último vínculo con su hermana y su hogar perdido.

—¿Es metal haysiano? —preguntó DJ—. Eso servirá.

Rose puso sus manos sobre el medallón, ocultándola instintivamente de su mirada codiciosa.

—No —dijo Finn, con ira—. Te dimos nuestra palabra; te pagaremos. No hace falta nada más.

Rose lo miró con agradecimiento, pero sabía que no sería suficiente, y que no tenían nada más de valor. Con los ojos fríos, ella pasó la cuerda del medallón sobre su cabeza y se lo lanzó a DJ.

—Hazlo —dijo ella.

El brillo feroz en el ojo de DJ mientras su mano se cerraba alrededor del medallón hizo que ella quisiera arrojarse contra él. En cambio, salió de prisa de la cabina de mando, ignorando la mirada preocupada de Finn.

Después de un momento de silencio en la cabina, DJ sacó una de sus misteriosas máquinas de sus bolsillos y la conectó a un panel expuesto en la consola del yate.

—Camuflando nuestra llegada —dijo él—. Debemos estar fuera de sus miras. Ahora cercenamos una cisura en su escudo y pasamos por ella. «Cercenamos una cisura…» mmm. Di *eso* cinco veces más rápido.

Finn no estaba de humor.

—Tan sólo hazlo.

—Hecho —dijo DJ.

A medida que el yate se acercaba, las naves de la Primera Orden pasaron de ser puntos de luz a formas reconocibles, con detalles perfectamente definidos en el vacío del espacio. DJ aceleró y Finn lo miró sorprendido, pero el ladrón sólo se encogió de hombros.

—Pasamos desapercibidos —dijo él—. ¿Funciona? Nadie nos ve, estamos vivos, queda hecho lo que debió hacerse. ¿Si no? Me imagino que sólo nos saltaremos a la gran explosión.

Ante eso, DJ sonrió y movió sus dedos imitando una explosión.

Finn se le quedó viendo, todavía furioso por el medallón de Rose. Él estaba seguro de que había una razón por la que la estrategia de DJ era una mala idea, pero no podía articular qué era, y discutir con un ladrón amoral parecía una manera terrible de gastar el último minuto o dos de existencia.

El *Supremacy* era una pared delante de ellos que se expandió hasta que su proa roma llenó los ventanales. Finn se preguntó qué experimentaría si uno de los grupos de turboláseres del acorazado disparaba sobre ellos. ¿Vería el rayo y sentiría que el *Libertine* se destrozaba a su alrededor? ¿O él y Rose simplemente dejarían de existir, estarían aquí en un momento y se habrían ido al siguiente?

Se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración y se esforzó por respirar, estudiando la parte inferior e interminable de la nave mientras pasaba sobre ellos, cubriéndolos con su sombra. Su rotación de tareas había incluido labores a bordo de la nave insignia de Snoke, pero nunca había visto su interior: había llegado y se había ido de ella a bordo de un transporte, sellado en el interior de un casco de stormtrooper.

Finn trató de comparar lo que sabía del interior de la nave de guerra con el casco sobre su cabeza. Sabía que por encima de ellos había líneas de ensamblaje, fundiciones, salas de reunión y centros de entrenamiento para cadetes, como lo había sido él. Además de más de un millón de tripulantes (el *Supremacy* se parecía más a una capital móvil que a una nave).

Finn se dio cuenta de que se sentía culpable. Él había sabido lo que la Resistencia no: que el *Supremacy* estaba allá afuera en algún lugar, acechando en las Regiones Desconocidas de la galaxia. Tal como había sabido tantas otras cosas vistas en sus años al servicio de la Primera Orden.

Sabía que era ridículo culparse: cuando llegó a D'Qar no hubo tiempo para realizar un desglose de información completo. Apenas lo hubo para decirle a la General Organa y a sus oficiales sobre la Base Starkiller antes de irse con Han y Chewbacca a bordo del *Halcón*. Después de eso… bueno, no hubo un después. Había despertado en un traje de

bacta, olvidado en un cuarto de almacenamiento a bordo de una nave que estaba en la mira enemiga.

Aun así, de alguna manera parecía incorrecto que él hubiera sido el único a bordo del *Raddus* que no se había sorprendido al ver cómo la enorme nave de guerra salía del hiperespacio.

Si las cosas hubieran sido diferentes, ¿se le habría ocurrido prevenir a la Resistencia de todo lo que estaba dispuesto en contra de ella? Finn prefirió pensar que sí, pero no estaba seguro de que fuera verdad. Tuvo que admitir que había la misma probabilidad de haber insistido en acompañar a Rey en su búsqueda del jedi o tratar de convencerla de unirse a él en algún lugar del Borde Exterior.

Una alerta destelló y Finn vio los puntos de los cazas en el campo de acción del *Libertine,* pero de inmediato se dio cuenta de que no iban rumbo al yate. Trató de localizar a los cazas por los ventanales, preguntándose cuál sería su misión. Sólo eran tres: si la Primera Orden estuviera atacando a la flota de la Resistencia, habría vaciado sus hangares.

—Van detrás de algo —dijo Finn.

—Algo que no somos nosotros —dijo DJ—. Casi llegamos, amigo. Compruébalo… ese es nuestro objetivo.

DJ señaló un pequeño punto y luego guio el yate hacia él, en la parte inferior del *Supremacy*. Finn no podía ver qué era; supuso que una especie de puerto o ventila, pero fue aumentando de tamaño hasta que el yate se deslizó dentro de él, en la oscuridad.

Los tres cazas TIE volaron en formación apretada y los dedos enguantados de sus pilotos flotaban cerca del botón para disparar en sus mandos de control.

Cada piloto de la Primera Orden asignado a la flota quería vengar el desastre en la Starkiller, que había sido desmenuzado sin piedad en los informes posteriores a la acción como el fracaso de los ejércitos de cazas estelares en la contención de un enemigo numéricamente inferior. Pero el bombardeo de aniquilación total contra la Resistencia que los pilotos ansiaban seguía sin materializarse; en cambio, estaba esta extraña persecución, a velocidades inferiores a la de la luz, mientras la mayoría de los pilotos sólo se quedaba mirando.

Las cosas habían empezado prometedoramente, con una batalla aérea frenética contra los bombarderos que destruyeron al *Fulminatrix* (otra ronda de informes después de la acción que nadie tenía ansias de conocer) y el ataque contra la nave insignia enemiga.

Sin embargo, la flota llevaba persiguiendo a los rezagados de la Resistencia (ahora supuestamente reducidos a una sola nave) más de doce horas desde entonces, y cada minuto se había pasado en alerta máxima.

Los pilotos estaban a punto de pasar del cansancio al agotamiento. Los cambios de turno se habían cancelado para hacer guardia ante la posibilidad de que la Resistencia (se

rumoraba que sus espías e infiltrados estaban dentro de cada grupo de droides y bote de basura) estuviera al tanto del cambio de turno y lo usara para montar una incursión relámpago. Los pilotos que deberían estar en sus literas se encontraban todavía en sus salas de preparación, sobreestimulados por el mal caf y la extraña mezcla de esperanza y temor de que el minuto siguiente se convirtiera en la hora cero, en que se lanzaría a los cazas y se unirían a la batalla. La primera oleada de reemplazos de pilotos había llegado después de ser incapaces de dormir, con la esperanza de que la persecución a cámara lenta se prolongara lo suficiente para ofrecerles la oportunidad de la gloria.

La alerta que finalmente sonó había llegado como un alivio, pero se convirtió en una decepción que causó perplejidad antes de que el vuelo de los TIE dejara su hangar: sus órdenes eran investigar el contacto anómalo de un sensor.

Eso era. Una nave solitaria había salido del hiperespacio entre las dos flotas y saltado casi de inmediato, expulsando algo que empezó a volar hacia la fuerza de tareas de la Primera Orden. El perfil del sensor indicó que era demasiado pequeña para ser siquiera un caza estelar, entonces ¿qué era?

La conclusión lógica fue que se trataba de una bomba, aunque ni cien dispositivos de ese tamaño serían capaz de hacer algo más que daño cosmético a la nave insignia del Líder Supremo. Eso lo convertía en el peor tipo de salto; uno que sólo podía llevarte a la ruina. Porque ¿cuál era el objetivo de volar hasta allí?

Para desconcierto de los pilotos, resultó ser una cápsula de escape, una con una sola forma de vida. Mientras la escoltaban hacia el hangar, los tres pilotos ponderaron una variación de la misma idea: ¿qué lunático se dirigiría *a* la batalla antes de abandonar su nave?

Kylo Ren supo quién estaba en la cápsula de escape aún antes de que se abriera con un siseo de vapor: la presencia de ella había sido un pulso estable en la Fuerza desde el momento en que ese montón de basura que era el carguero de su padre una vez más logró de alguna manera salir del hiperespacio sin desintegrarse. Los stormtroopers detrás de él permanecieron preparados, pero él sólo sonrió al ver a Rey aplastada entre los confines estrechos de la cápsula. Aunque su sonrisa se desvaneció ante la vista del sable de luz de su tío.

—Me llevaré esto —dijo—. Me pertenece.

Rey se sintió tentada a decirle que viniera a buscarlo, como lo hizo Finn, y a recordarle que ella lo había puesto de rodillas en la Base Starkiller y lo había desarmado. Que él llevaría la marca de ese duelo para siempre y que vivía solamente porque ella decidió no acabar con él.

Esa no era la razón por la que había venido, y ambos lo sabían. Aun así, ella sostuvo el sable de luz con aprecio por un momento, para recordarle a Kylo que ella había sido quien había puesto en movimiento esta cadena de eventos.

—Es extraño, entonces, que me haya llamado a mí en el castillo —dijo Rey, estudiando el arma antigua casi ociosamente antes de regresar su mirada a Kylo—. Y no a ti.

La comisura de la boca de Kylo se torció con el inicio de una sonrisa, y él inclinó su cabeza hacia los soldados que llenaban el hangar.

—No estás en posición de ordenar.

Rey le tendió el sable por la empuñadura, como desafiándolo a que lo tomara. Los stormtroopers se movieron inquietos. Kylo frunció el ceño, luego extendió la mano, pero su rostro con la cicatriz pareció momentáneamente inseguro. El más ligero de los temblores perturbó sus dedos con guantes negros mientras estiraba el brazo para tomar el arma que permanecía inmóvil en la mano firme de Rey.

Lo arrebató e hizo un gesto brusco para que un oficial de la Primera Orden se acercara con esposas.

—No es necesario —dijo Rey.

—Lo es —dijo Kylo, conduciéndola a las profundidades de la enorme nave insignia—. Tenemos una cita.

Rey apresuró el paso para igualar las largas zancadas de él sin dar la impresión de que corría para mantener el ritmo. Detrás de ellos, las armaduras de los stormtroopers que los acompañaban se sacudían. Rey podía sentir su ansiedad por una situación que no podían acomodar en los procedimientos seguidos en sus regímenes de entrenamiento. Esa ansiedad estaba cargada de miedo (no de ella, sino del inestable y voluble Kylo).

No podía culparlos: la confusión de Kylo no hacía sino llenar la Fuerza a su alrededor, agitándola y enturbiándola. Los troopers no podían sentirlo igual que ella y Kylo, pero eso no quería decir que no podían sentirlo todo: eran parte de la vida y la Fuerza, y no podían sino terminar afectados de algún modo.

Kylo se detuvo ante un turboelevador solitario rodeado por stormtroopers y despidió a los guardias. Las puertas se cerraron y Rey se quedó sola con él, quien seguía contemplando el sable de luz en sus manos.

—¿Snoke? —preguntó ella mientras movía la cabeza señalando hacia arriba—. No tienes que hacer esto.

—Claro que sí.

—Siento que el conflicto en ti sigue creciendo desde que mataste a Han —dijo Rey—. Te está destrozando.

—¿Y por eso viniste? ¿Para contarme sobre mi conflicto?

Aquí estaban de nuevo, sus tácticas habituales: desviación y engaño. Como si él fuera el maestro y ella su estudiante, para mantenerla a raya y fuera de equilibrio mediante preguntas. Las cosas habían cambiado. Ella no era ya la joven que raptó en Takodana ni la que confrontó en la Base Starkiller. Ya no.

—No —dijo Rey—. Mírame. *Ben*.

Él se dio vuelta ante el sonido del nombre con el que había nacido, el que había abandonado. Parecía perdido.

—Al tocar tu mano pude ver tu futuro —le dijo ella—. Sólo su forma, pero sólida y clara. No te doblegarás ante Snoke. Volverás a la luz… yo te apoyaré. *Yo lo vi*. Es tu destino.

Observó cómo las emociones se seguían unas a otras en su expresión, haciendo eco de las sacudidas y los picos en la Fuerza. Furia. Confusión. Dolor. Soledad. Nostalgia. Pena. Hasta que él levantó los ojos para ver los suyos.

—Estás equivocada —dijo Kylo—. Cuando nos tocamos yo también vi algo. No tu futuro; tu *pasado*. Por lo que vi, sé que cuando el momento llegue, *tú serás* la que se convierta. Estarás a *mi* lado. Rey, vi quiénes son tus padres reales.

Rey se le quedó viendo, pero no había mentira en los ojos de Kylo. Y una aceptación aterradora surgió en su mente: las emociones agitadas de Kylo no eran sólo por sí mismo. También eran por ella.

Las puertas del turboelevador se abrieron con un siseo y Kylo condujo a Rey a la sala, donde el Líder Supremo de la Primera Orden los esperaba en su trono. Sus guardias sin rostro y con armadura carmesí permanecían de pie a ambos lados, con armas cortantes listas. El propio Snoke estaba casi encorvado, indolente en sus túnicas doradas, seguro en la protección de su santuario.

Sin embargo, sus ojos eran penetrantes y hambrientos. Rey trató de evitarlos, pero su mirada era como un imán, que atraía su atención involuntariamente. Su atracción era similar a lo que había sentido cerca del pozo en Ahch-To: susurrando secretos que habían estado reservados para ella, que le pertenecían. Conocimiento antiguo y oculto que destruiría al débil pero elevaría al fuerte. *Al digno.*

Snoke le sonrió con avidez y ella descubrió que no pudo apartar la vista hasta que el Líder Supremo fijó, en cambio, esos horribles e insondables ojos en Kylo.

—Bien hecho, mi buen y leal aprendiz —dijo, con voz profunda y lenta—. Mi fe en ti se ha restaurado —luego su mirada la inmovilizó una vez más—. Joven Rey. Bienvenida.

CAPÍTULO 24

El hangar del *Raddus* estaba lleno de transportes; Poe contó treinta de ellos, suficientes para evacuar a todos los miembros de la Resistencia que habían sobrevivido a la evacuación de D'Qar. El personal se escurría a su alrededor, preparándose para el vuelo, y lanzando miradas furtivas al lado del hangar, donde un pequeño grupo de pilotos liderados por Poe Dameron se había acercado a la Vicealmirante Holdo y sus oficiales con un mensaje urgente.

—¿Están haciendo *qué*? —exclamó Holdo.

—Tratando de salvarnos. Es nuestra mejor oportunidad para escapar. ¡Tiene que darles a Finn y a Rose todo el tiempo que pueda!

Mientras Holdo trataba de procesar lo que se le había dicho (un transbordador ligero perdido, un punto de encuentro en un mundo distante dedicado al juego, un decodificador de reputación incierta, la naturaleza del rastreo del hiperespacio, la ubicación de los interruptores de circuitos de la Primera Orden), Poe miraba a sus oficiales por encima de su hombro, estudiando sus caras en mutua evaluación. Conocía a algunos (D'Acy era una de ellas) mientras que otros le resultaban poco familiares: tripulantes del *Ninka* que habían llegado al *Raddus* con su comandante.

Conocidos o desconocidos, sus expresiones le dijeron lo mismo: estaban con Holdo. La decisión le correspondía a ella.

—Han apostado la supervivencia de la Resistencia con todo en contra tan sólo para ser héroes —reclamó Holdo—. Y tú con ellos.

Ella se dio vuelta hacia sus oficiales.

—Tenemos que evacuar este crucero: carguen los transportes.

Mientras las puertas de los transportes siseaban al abrirse, Poe y C'ai intercambiaron una mirada.

—Temía que dijera eso —dijo Poe y sacó su bláster. Se sintió aliviado al escuchar que los otros pilotos desenfundaron sus propias armas—. Almirante Holdo, la relevo de su cargo para la supervivencia de esta nave, su gente y la Resistencia —dijo, esperando que su voz sonara fría y firme.

Los oficiales detrás de Holdo parecían impactados y furiosos, pero la almirante simplemente le lanzó a Poe una de sus miradas de evaluación. Poe se puso tenso, sabiendo que eso podría irse para cualquier lado. Luego Holdo levantó las manos. Después de un momento, sus oficiales hicieron lo mismo.

—Espero que sepas lo que haces, Dameron —dijo ella.

En circunstancias diferentes, le habría explicado que *sí* lo sabía: estaba tratando, por última vez, de hacerle ver cómo había perdido de vista los ideales de Leia y cómo ella podría restaurarlos. Pero él había medido el poco tiempo que les quedaba; lo había medido y lo usó para mejorar las probabilidades de Rose y Finn lo mejor que pudo.

—Debo ir al puente —dijo Poe a C'ai—. Si se mueven, atúrdelos.

La cisura que DJ localizó llevaba a un cuarto de lavado, entre todos los lugares posibles.

Finn había cumplido con una buena parte de labores pesadas como cadete stormtrooper (sus entrenadores castigaban rutinariamente a quienes fallaban en un ejercicio con degradantes turnos dedicados a hacer trabajo de droides), pero nunca había visto una lavandería de la Primera Orden desde adentro.

La lavandería no tenía trabajadores orgánicos en absoluto, sólo varios droides valet automáticos para trabajo rudo en sus estaciones de planchado. Los droides con varios brazos giraban y se balanceaban incesantemente: un brazo cogía un uniforme recién lavado de un bote, otro pasaba un sensor por encima para verificar el tipo de tela y el tercero manipulaba un accesorio de plancha de vapor incorporado.

Para alivio de Finn, a ninguno de los droides pareció importarle (o tal vez ni siquiera lo notaron) cuando tres seres humanos y un astromecánico salieron por una ventila húmeda, llena de pelusa, que se abría paso hasta el disipador de calor, al exterior del *Supremacy*, donde habían escondido al *Libertine*.

Tampoco objetaron cuando esos mismos seres humanos tomaron tres uniformes lavados y planchados que estaban programados para regresarse a sus dueños; o recogieron botas pulidas y engrasadas, cinturones y gorras que hacían juego con ellos.

No había espejos, pero Finn había visto suficientes uniformes de la Primera Orden para saber que el suyo se veía bien: túnica recta, pantalones sobresaliendo por arriba de las botas altas, el visor de su gorra ni demasiado alto ni demasiado bajo. El único uniforme lo bastante pequeño para quedarle a Rose había sido un traje azul verdoso de mayor, pero se veía pasable.

En cuando a DJ…, bueno, el uniforme de DJ estaba bien, pero el propio hombre parecía como si acabara de regresar arrastrándose a sus cuarteles después de tres días de permiso en tierra en Nar Shaddaa.

Finn frunció el ceño, pero no podía hacer nada. Por fortuna, la jerarquía sobrepasaba todo lo demás en la Primera Orden: se recompensaba a la obediencia incuestionable y se castigaba al pensamiento independiente.

—¿Esto realmente funcionará? —preguntó Rose, y era obvio que no pensaba que así sería.

—Por supuesto —dijo Finn con una jovialidad que sabía que no habría de engañarla—. Sólo cuídate de los tipos de blanco.

—¿Stormtroopers? —preguntó ella, tratando de arreglarse el cabello para que su gorro se acomodara apropiadamente sobre ella.

—No. Túnicas blancas —dijo Finn—. Esos tipos son de la Agencia de Seguridad de la Primera Orden. Oficiales de lealtad. Su trabajo es sospechar. Todos los demás mirarán la insignia de tu rango, no tu rostro.

DJ parecía dudar. Igual que Rose. BB-8 silbó con ansiedad.

—Barbilla arriba, hombros atrás —dijo Finn—. Postura alta, firme estás.

Rose y DJ intercambiaron una mirada perpleja.

—Es como nos enseñaron a caminar —dijo Finn. Luego suspiró—. Con confianza, gente. Todo estará bien. El único problema es que no tenemos cilindros de código que funcionen.

Rose se quedó viendo las cápsulas plateadas que adornaban la túnica de Finn.

—¿Esos no funcionan? —preguntó ella.

—Me temo que no. Se han restablecido a un estatus no registrado. Probablemente algunos oficiales olvidaron quitarlos y terminarán en la basura.

Rose miró a DJ, quien se estaba limpiando las uñas sin una mejoría discernible.

—¿Puedes reprogramarlos? Tú eres un decodificador, después de todo.

—¿En una lavandería? —DJ arrastró las palabras—. Nanay. Eso es código pesado, amigos. Se necesita una camisa blanca para empezarlo. Si lo arruinas en cualquier otro lado, las alarmas empiezan a sonar. CLANG, CLANG, CLANG, CLANG. Montones y montones de alarmas.

Rose lo miró, frustrada, y el ladrón sucio levantó las manos.

—El «Hazlo» fue el meterlos aquí. Y el «Hazlo» ya se hizo.

—Y el apagar el rastreador —le recordó Finn.

—Y eso. Esto, en cambio, todo lo que hay en medio, no es la especialidad de este tipo, amigos.

—Entonces, ¿podemos llegar siquiera al rastreador? —preguntó Rose.

—Seguro —dijo Finn—. Tan sólo tenemos que evitar los principales puntos de control de seguridad entre aquí y allá, eso es todo.

—¿Y cuántos de esos hay allí?

Finn trató de recordar.

—¿Tres? No, cuatro. Excepto, tal vez…, mira, hay unos cuantos. Todo saldrá bien.

—Sigue diciendo eso —dijo Rose.

La lavandería estaba al fondo de los pisos inferiores del *Supremacy*, cerca de la popa de la enorme nave de guerra. Durante los primeros minutos de su viaje hacia la distante sala de control de rastreo, no se encontraron con nadie; sólo un solitario droide ratón que saludó con curiosidad a BB-8 antes de dejar escapar un chirrido perplejo pero alegre. Finn se quedó viendo el aspecto quemado y sucio de BB-8.

—Debimos ponerte también un uniforme.

Se detuvo en la estación de un técnico junto al banco de turboelevadores y recogió un bote de basura negro y rectangular. BB-8 silbó burlonamente.

—Estás bromeando, ¿verdad? —preguntó Rose.

El turboelevador repicó.

—Estará bien —dijo Finn. Ella movió los ojos en señal de molestia.

El elevador ascendió en silencio, luego se abrió en una enorme zona común, con estaciones de control y repleta de oficiales. Rose dejó de preocuparse por su gorra y se echó hacia atrás, con los ojos muy abiertos.

—Yo no firmé para esto, hombre —dijo DJ.

—Ojos al frente —dijo Finn—. Oigan, *respiren*.

Él estiró el brazo y reacomodó la gorra de Rose (de alguna manera, ella se la había puesto al revés), luego cubrió a BB-8 con el bote de basura.

—Muy bien, hagámoslo —dijo Finn.

Él cuadró los hombros y salió del turboelevador. Rose intercambió una mirada consternada con DJ y lo siguió, mientras BB-8 se deslizaba junto a ellos.

Rose estaba segura de que no recorrerían más que unos metros por el vasto comedor antes de que la alarma se disparara y los stormtroopers se arremolinaran a su alrededor. Pero como Finn lo predijo, los oficiales apenas los miraron, y los pocos que lo hicieron se mostraron renuentes a hacer contacto visual.

Rose estaba convencida de que su personificación de una oficial real era el peor trabajo de actuación en la historia de la infiltración. ¿Caminaba demasiado lento? ¿Demasiado rápido? ¿Iba muy encorvada? No se atrevió a mirar a DJ, mucho menos al bote de basura rodante junto a él.

Pero Finn… Finn parecía un oficial modelo, atravesando el comedor como si fuera de él. Prácticamente irradiaba una confianza distante.

Ella supuso que era porque Finn había crecido en ese ambiente. Este era el mundo al que él estaba acostumbrado; en comparación, la Resistencia debía parecer caótica y accidentada. Ella pensó que tal vez no había sido sólo su enamoramiento de Rey lo que lo había llevado a huir; tal vez también trataba de escapar de un ambiente poco familiar en donde estaba solo y no encajaba.

Rose sintió un poco de temor por este nuevo Finn, que daba rápidas zancadas en sus botas pulidas. Era como si estuviera viendo al oficial de la Primera Orden en que pudo convertirse: un engrane bien fabricado en su máquina de guerra, diseñado para llevar a cabo su trabajo asesino.

Ella desechó la idea. Él había rechazado ese futuro, y con él había desechado todo su pasado. No era FN-2187, ya no. Era Finn, su amigo.

—¿Mayor? —alguien preguntó, en voz alta e insistente, y demasiado cerca—. ¿Podría aprobar esta tarea de navegación?

«Mayor». Mayor. «¡Esa eres tú, tonta!».

Un oficial novato estaba parado junto a ella con un datapad.

Rose lo miró fríamente y le dio un «está bien» murmurado y lo que esperaba que fuera un asentimiento oficioso: la mínima cantidad de tiempo que podía dedicar a un subalterno que la importunaba.

Siguieron caminando, dejando al oficial novato detrás. Pero ¿había ojos fijos en ellos? ¿Y qué pasaba con esos droides ratón? ¿Era su imaginación o se estaban fijando en el bote de basura móvil que se deslizaba entre ellos?

—Esto no está funcionando —previno DJ entre dientes.

No, no era la imaginación de ella.

—Ya casi llegamos —dijo Finn.

Por ahí había un hombre narizón, con frente arrugada, ojos saltones, suspicaces y un ceño permanentemente fruncido. Un hombre de túnica blanca. Junto a él, rodaba un astromecánico de serie BB de la Primera Orden.

Rose sabía que esas unidades BB podían ver un rango completo de espectros. El hombre era de la Agencia de Seguridad de la Primera Orden. Y estaba mirando directo a ellos.

Seis stormtroopers se encontraban de pie ante el banco de turboelevadores; sus posturas indicaban que esperaban algo, no estaban de guardia. Finn rodeó a uno de ellos y dio un golpecito a los controles del elevador.

El oficial de seguridad seguía mirándolos. Y ahora caminaba hacia ellos. No iba deprisa, pero sí con pasos decididos. Detrás de él rodaba la unidad BB-8.

Rose quería gritar. ¿Dónde estaba el elevador? Se encontraban rodeados por el pináculo de la evolución de las naves de guerra y el estúpido elevador todavía no llegaba.

Por fin llegó y Rose se precipitó al interior, con DJ a sus talones. Ella se dio vuelta y encontró al oficial experimentado a unos pasos. Ahora caminaba deprisa y sus ojos parecían perforarlos. Ella acuchilló los controles, con deseos de que las puertas se cerraran.

Y se cerraron en el rostro del oficial de seguridad. Rose se recordó que debía permanecer inmóvil: una mayor no exhala con alivio nervioso, no da una palmada por todo lo alto en la mano de sus compañeros oficiales ni da golpecitos en la parte superior de un bote de basura puesto de cabeza. Eso podría parecerle extraño hasta a un stormtrooper.

Aun así, no se resistió a lanzar una mirada a Finn, y descubrió que uno de los stormtroopers lo estaba mirando también, con la cabeza inclinada. La mano de DJ se deslizó hacia su bláster.

¿Qué habían hecho mal? ¿Y por qué, de los cuatro, era Finn quien estaba llamando la atención?

—¿Hay algún problema, soldado? —preguntó fríamente Finn, pero Rose escuchó que el miedo se arrastraba en la voz de él.

—¿FN-2187? —preguntó el trooper, con la voz modulada por su casco.

Los ojos de Finn se agrandaron. Rose miró a DJ y encontró al ladrón pálido por el terror.

—No me recuerdas —dijo el trooper—. 926, del campo de inducción. Lote Ocho. Pero yo sí *te* recuerdo.

La mano de DJ estaba en su bláster ahora, tratando de liberarlo sin que nadie lo notara. La atención de los otros stormtroopers estaba fija en la conversación de en medio.

—926… por favor no —dijo Finn.

—Lo siento, 2187 —replicó el soldado.

Rose sabía que no había esperanza. Aunque DJ derribara a uno de los troopers, había otros cinco. De cualquier modo, el turboelevador quedaría cubierto por el fuego de los blásters. Unos cuantos disparos que rebotaran por este espacio cerrado los mataría tan efectivamente como cualquier ejecución pública. Ella puso su mano sobre la de DJ, evitando que lo sacara.

—Sé que se supone que no debo iniciar contacto con los oficiales, pero ¡mírate! —dijo el stormtrooper a Finn—. Nunca te tomé como material para capitán. ¡Bien por el Lote Ocho!

Entonces estiró un brazo y le dio a Finn una amigable palmada en el trasero. Finn asintió con rigidez mientras se abrían las puertas.

—Lote Ocho —dijo.

Los troopers se dirigieron en una dirección y los cuatro tomaron la otra, deteniéndose una vez que habían dado vuelta en la esquina. Finn jadeó aliviado, y un bip débil surgió debajo del bote de basura de BB-8. En cuanto a Rose, ella pensó que iba a vomitar.

—Lleguemos a ese rastreador… rápido —dijo ella.

—Justo a la vuelta de la esquina —prometió Finn—. Todo saldrá bien.

Había sólo unos cuantos oficiales en el puente temporal del *Raddus*, debajo de la nariz puntiaguda de la nave mon calamari. Ninguno de ellos estaba preparado para ver a Poe, Connix y varios pilotos de la Resistencia irrumpir con sus blásters preparados.

Los oficiales de la Resistencia parecían asustados, pero C-3PO levantó la vista de un monitor como si nada.

—Ah, Capitán Dameron —dijo—. La Almirante Holdo lo está buscando.

—Sí, ya hablamos —dijo Poe y señaló con la cabeza a sus compañeros amotinados—. Bájenlos al hangar.

Los oficiales fueron escoltados afuera. C-3PO los miró irse, obviamente confundido, mientras Poe estudiaba las consolas del puente, añorando la simplicidad de un mando de control y un gatillo.

Después de varios ansiosos momentos, encontró lo que estaba buscando. Cortó la energía de los transportes en el hangar y observó la escena con satisfacción mientras las luces parpadeaban y dejaban a Holdo y su comitiva mirando a través de la penumbra.

Nada de eso tendría trascendencia, a menos que Finn y Rose encontraran cómo apagar el rastreador de la Primera Orden que tenía al *Raddus* clavado en su lugar.

Cuando Finn dio vuelta en la esquina, estaba sombríamente seguro de que había cometido un error en algún lado y que los había conducido en alguna dirección al azar por las entrañas del *Supremacy* en lugar de dirigirse a la estación de control de rastreo.

Pero no. Delante de ellos el corredor terminaba en una puerta de aspecto formidable. Más allá, a través de ventanales de espesor especial para combate, vio filas de bancos de computadoras e imponentes interruptores de circuitos adecuados para las necesidades de energía de un proceso de clase A.

—Hemos llegado —dijo Finn, dudando si debía hacer una broma o no a Rose por todas las preocupaciones por las que ella había pasado. Decidió no hacerlo: ¿por qué atraer a la mala suerte?

DJ estudió el control de la puerta.

—Dame un instante —dijo él.

—¿Creen que sea un buen momento para idear cómo regresaremos a la flota? —preguntó Rose.

Finn lo pensó.

—Sé cómo llegar a las cápsulas de escape más cercanas.

—Te creo —dijo Rose.

Finn hizo un gesto. Por otra parte, DJ sacó el medallón de Rose de su abrigo y lo empujó en el interior del panel de control.

—Metal haysiano —dijo él—. El mejor conductor.

Y enseguida le lanzó el medallón a Rose. Ella trató de ocultar su asombro. Sintió miedo de estallar en lágrimas; además, no había tiempo para eso, ni para nada más.

—De nada —dijo DJ.

Debajo del barril de basura, escucharon una voz amortiguada; Finn se dio cuenta de que era la de Poe. Un momento después, BB-8 extendió un brazo mecánico debajo del basurero, haciendo girar el comunicador en dirección de Finn.

—Poe, casi llegamos —dijo Finn—. Haz que el crucero se prepare para la velocidad de la luz.

—Sí. Estoy en eso —dijo Poe en el comunicador—. Sólo apúrense.

—¿Esto va a funcionar? —preguntó Rose—. Parece como si en realidad fuera a funcionar.

—Casi termino —dijo DJ.

Poe ingresó deprisa las coordenadas en la computadora de navegación del *Raddus*. El destino de su salto no importaba demasiado; todo lo que necesitaban era quedar cerca de un mundo donde la Resistencia pudiera comunicarse con sus aliados y adquirir más combustible. Cuando los cazadores de la Primera Orden los encontraran, se habrían ido de nuevo.

—Señor —dijo C-3PO, que lo estaba mirando ahora—. Casi no me atrevo a preguntar, pero…

—Buen instinto, 3PO. Sigue así.

Luego el movimiento en el hangar le llamó la atención en el monitor. Vapor y humo salían a chorros de una manguera de combustible, perforada por anillos destellantes de rayos de aturdimiento. Holdo había pasado a la acción: Poe podía verla en medio de la batalla, dirigiendo a sus leales.

—¡Sella esa puerta! —gritó a un piloto que estaba junto a la entrada al puente.

El piloto lo hizo, programando los controles para bloquear a cualquiera que tratara de entrar desde el otro lado. Ahora todo lo que Poe podía hacer era esperar.

C-3PO empezó a desplazarse hacia la puerta. Poe miró con incredulidad al droide de protocolo.

—3PO, mantente lejos de esa puerta —le advirtió Poe.

C-3PO se dio vuelta indignado.

—No voy a ser parte de un motín, Capitán Dameron —resopló—. He tomado mi decisión. Voy a…

Volaron chispas de la unión entre las puertas del puente mientras alguien empezaba a cortar desde el otro lado. C-3PO ejecutó una media vuelta apresurada y se dirigió en dirección contraria tan rápido como sus servomotores se lo permitieron.

—Habrá algunas palabras muy fuertes en mi reporte oficial cuando todo esto termine —continuó el droide.

Poe intercambió una mirada con los demás pilotos, luego miró preocupado a la puerta que echaba chispas.

—¿Finn? —gritó en su comunicador.

—¡Ahora o nunca! —le gritó Finn a DJ.

—Ahora —dijo DJ con una mirada de adormilada satisfacción, luego dio un paso atrás.

La puerta se abrió y Finn y Rose corrieron al interior, mientras DJ y BB-8 los seguían. Rose dirigió la vista a los interruptores de circuitos, siguiendo las rutas de los conductos de energía.

«Tres palancas, cinco segundos. Un trabajo fácil».

Algo siseó a ambos lados de ellos. Dos puertas se abrieron y la unidad BB del comedor entró rodando, con sus ojos electrónicos fijos siniestramente en ellos. Una docena de stormtroopers irrumpieron de pronto, con los blásters preparados. Detrás de ellos llegó el oficial de seguridad de las áreas comunes.

Finn lanzó una mirada sombría a los stormtroopers mientras entraban ruidosamente en la sala de control. Eran demasiados para pensar siquiera en empezar un tiroteo.

Mientras los stormtroopers tomaban sus posiciones, DJ se tumbó bocabajo en el piso. Rose lo fulminó con la mirada.

—Asqueroso, vendido… —farfulló ella.

Finn estaba tratando de idear una manera de evitar que Rose hiciera que la mataran, cuando un nuevo sonido alcanzó sus oídos: uno terriblemente familiar. Una pisada lenta y medida de pies cubiertos por una armadura.

La Capitán Phasma entró caminando en la sala de control, con un rifle acunado en sus guanteletas brillantes como un espejo.

—FN-2187 —murmuró ella—. Me alegra que volvieras.

Con una explosión de chispas, las puertas del puente temporal del *Raddus* gruñeron al abrirse.

Poe esperó a que el humo se aclarara, con el bláster apuntando a la entrada del puente. Su otra mano estaba en los controles que enviarían al *Raddus* al hiperespacio.

«Vamos, Finn. Di la palabra. Dime la palabra y podemos arreglar esto más tarde».

Leia Organa atravesó el humo en su bata de hospital, con pasos un poco temblorosos y su rostro severo.

El alivio fluyó a través de Poe. Bajó su bláster y antes de que pudiera decir cualquier cosa (lo feliz que se sentía de verla, lo horriblemente equivocado que todo había estado sin ella), Leia levantó su bláster y lo aturdió.

CAPÍTULO 25

Interpretar visiones del futuro era un juego peligroso. Jedi o sith, todos los que usaron la Fuerza para explorar posibles líneas de tiempo tuvieron eso siempre presente. Quienes no lo hicieron, murieron arrepentidos de no hacerlo.

Snoke había aprendido esa lección muchos años antes, cuando era joven y la galaxia era muy diferente. De esos días, lo que le impactaba era cuántas visiones del futuro había desechado.

Por ejemplo, ¿quién habría adivinado que la chica Rey sería tan delgada y de aspecto tan frágil? Parecía perdida en la sala del trono, empequeñecida por el entorno y por los acontecimientos que sacudían a la galaxia, para los que ella era el puntal improbable e involuntario.

Sin embargo, Snoke sabía que las apariencias solían engañar; en ocasiones, con consecuencias fatales. Después de todo, subestimar a Rey casi le había costado la vida a Kylo Ren. Snoke sabía que no debía hacerlo. Porque él tenía sus propias legiones de muertes incontables, con sus filas llenas de quienes lo habían subestimado.

Snoke sabía que él mismo era un puntal improbable, casi lo más alejado de lo que los restos hechos jirones del Imperio de Palpatine habían imaginado como líder. Los almirantes y generales que habían sobrevivido a la furia de la implosión del Imperio y la ira de la Nueva República habían imaginado que serían guiados por alguien más, cualquier otro: el despiadado y tortuoso Gallius Rax; la obediente y cauta Rae Sloane; el resbaladizo fanático político Ormes Apolin; o hasta un arquitecto militar desquiciado pero ambicioso como Brendol Hux.

Todos esos posibles líderes habían sido cooptados, hechos a un lado o destruidos, dejando sólo a Armitage Hux, el hijo loco de un padre loco. Y él no era sino un bocón, un charlatán mal hablado cuyos discursos sólo podían persuadir al tipo de chusma que adoraba ciegamente la rabia y la certeza de los lunáticos.

Aunque la historia galáctica lo registraría de manera diferente (Snoke se ocuparía de eso), la evolución de la Primera Orden había sido obra de la improvisación más que de un plan maestro. Ese era otro elemento que las visiones tendían a omitir.

Palpatine había diseñado la Contingencia para destruir al mismo tiempo su Imperio y asegurar su renacimiento, barriendo cruelmente a sus filas y reconstruyéndolas con quienes sobrevivieron y con lo que logró subsistir. La reconstrucción iba a tener lugar en las Regiones Desconocidas, secretamente exploradas por avanzadas imperiales y sembradas con astilleros, laboratorios y almacenes: un esfuerzo enormemente costoso que había tomado décadas y que se había mantenido en secreto para todos, excepto los elegidos.

Sin embargo, los preparativos militares de los refugiados del Imperio habían sido baluartes insuficientes contra los terrores de las Regiones Desconocidas. Atrapados en la

oscuridad entre estrellas extrañas, se habían acercado peligrosamente a la destrucción, y no había sido el poderío militar lo que los salvó. Había sido el conocimiento; el conocimiento de Snoke. Lo que, por una ironía, llevaba de regreso a Palpatine y sus secretos.

La verdadera identidad de Palpatine como Darth Sidious, heredero de los sith, había sido un secreto aún más grande que la Contingencia. Y las exploraciones del Imperio en las Regiones Desconocidas habían servido a ambos aspectos de su gobernante, porque Sidious sabía que el conocimiento galáctico de la Fuerza había venido de esos sistemas estelares medio legendarios, abandonados desde hacía mucho, y que grandes verdades esperaban a ser redescubiertas entre ellos.

Snoke también lo había sabido. Ni jedi ni sith, él había previsto que el saber sería su camino al poder: obtener conocimiento perdido, dominarlo y comprender cuándo y cómo usarlo. También había sabido que ese camino sería estrecho y traicionero, lo que lo obligó a avanzar con exquisito cuidado. Volverse el enemigo de Sidious sería su perdición, pero también convertirse en su sirviente, y para un sith no había otras categorías.

Así que Snoke había evadido a Sidious y ganado tiempo hasta que los remanentes fragmentados del Imperio lo descubrieron y comprendieron que él, y sólo él, podía ser su salvación.

Eso había dejado un solo obstáculo en su camino: Skywalker. Quien había sido lo bastante inteligente para no reconstruir la Orden Jedi, desechándola como la sociedad de debate rígida y perpetuada por sí misma en que se había convertido en su agonía. En cambio, el último jedi había intentado comprender los orígenes de la fe y las verdades más grandes detrás de ella.

Al igual que su padre, Skywalker había sido el instrumento favorito de la voluntad de la Fuerza Cósmica. Por eso era esencial vigilarlo. Y una vez que Skywalker puso en peligro el diseño de Snoke, se había vuelto esencial actuar.

Así que Snoke había recurrido a su vasto almacén de conocimiento, fragmentándolo para confundir el camino de Skywalker, entrampar a su familia y aprovechar los poderes de Ben Solo para asegurar al mismo tiempo la destrucción de Skywalker y el triunfo de Snoke. Ahora, el final del juego que él había previsto estaba al alcance de la mano.

Snoke hizo un movimiento con las manos y las esposas de Rey se abrieron y cayeron ruidosamente al piso: una demostración trivial de la Fuerza. Él observó con aprobación que eso ya no la impresionaba.

—Acércate, niña —dijo.

Ella lo rechazó y Snoke se extendió con la Fuerza, cuyo poder había crecido aunque su cuerpo se marchitaba. Para su deleite, encontró la fortaleza de Rey (aún más poderosa de lo que había imaginado). Poderosa con la Fuerza y con la desarrollada voluntad que le permitía dominarla.

Ella habría sido un instrumento que encajaba en los planes de Snoke, si él aún necesitara esas herramientas sin pulir.

—Tanta fortaleza —dijo Snoke, saboreando las corrientes de poder en la sala y el caos de sus colisiones—. La oscuridad se alza y la luz la enfrenta. Le advertí a mi joven aprendiz que conforme se volviera más fuerte, su rival en la luz crecería.

Otro gesto aparentemente improvisado y el sable de luz de Anakin Skywalker se liberó por sí solo del puño de Kylo, pasó girando junto a Rey y cayó de golpe en la mano de Snoke. Él dio vuelta al arma suavemente, admirando tanto la habilidad de su construcción como el poder contenido. A los ojos de Snoke, la misma forma del arma reveló el linaje jedi detrás de su creación, una cadena de nombres alguna vez poderosos que ya no tenían significado.

—Skywalker, eso supuse —dijo—. Me equivoqué.

Colocó el sable de luz en el descansabrazos del trono y clavó a Rey con la mirada.

—*Más cerca*, dije.

Ella lo resistió de nuevo, pero esta vez Snoke no se limitó a probar sus defensas, sino que usó la Fuerza para obligarla y, centímetro por centímetro, lenta e involuntariamente ella se acercaba a él a través del piso pulido.

Los rumores empezaron a volar aún antes de que los leales a Holdo y los amotinados de Poe encontraran abrigo detrás de las cajas de equipo que aún esperaban a ser cargadas en los transportes del *Raddus*: la General Organa estaba lista para retomar el mando.

Pero ¿de qué lado? Eso estaba menos claro y llevó al extraño espectáculo de combatientes a cada lado del hangar alternando disparos de aturdimiento contra los otros mientras trataban de escuchar lo que se decía por los comunicadores.

El fuego se detuvo cuando las puertas del hangar se abrieron para revelar la pequeña figura de la general, seguida por C-3PO y varios soldados y pilotos (uno de ellos tenía el cuerpo inmovilizado de Poe cargado sobre sus hombros). Por un largo momento, nadie dijo una palabra.

—Acabo de ponerme nuevamente de pie… si eso les parece bien a todos, preferiría mantenerme así —dijo Leia en voz baja.

Caminó a la parte media del hangar, entre los dos bandos, y se puso las manos en la cadera.

—Ahora, ¿dónde está la Almirante Holdo?

Holdo surgió detrás de una pila de cajas y las dos mujeres se quedaron viendo una a la otra por un momento.

—Amilyn.

—Leia.

Se abrazaron. Lentamente, unos y otros, soldados y pilotos de ambos lados enfundaron sus armas y se pusieron de pie.

—Estamos a punto de hacer un desembarco planetario —dijo Leia, una vez que se separaron—. Si la Primera Orden nos sigue abajo, recomiendo que todos disparen en la misma dirección.

Ella se alejó de Holdo y empezó a conferenciar con D'Acy. Holdo indicó cuáles cajas debían cargarse primero. Después de unas cuantas miradas tímidas de un lado a otro, los leales y los amotinados se dieron cuenta de que eso había sido todo. Empezaron a cargar cajas: sus divisiones se habían borrado.

Dos soldados cargaron a Poe a bordo de uno de los transportes. Holdo los miró y luego volteó hacia Leia.

—Valiente —dijo—. Buen corazón. Me agrada.

—A mí también —dijo Leia con una sonrisa—. Ahora aborda tu transporte.

Holdo levantó una ceja a su vieja amiga.

—Para que los transportes escapen, alguien debe quedarse atrás y pilotear el crucero.

Leia la vio fijamente con una mirada que Holdo conocía demasiado bien. La había visto en Alderaan, durante las expediciones de exploración en su juventud, en la Legislatura de Aprendices en Coruscant y en varias cámaras legislativas de aspecto impresionante mientras el Senado de la Nueva República se movía de un mundo a otro. Su amiga estaba organizando sus argumentos y preparándose para lanzar un discurso.

Holdo no tenía duda de que sería uno efectivo. Pero el tiempo para los discursos se había acabado.

—Me temo que tengo mayor rango que tú, princesa —dijo ella, en voz baja pero decidida—. Además, una almirante se hunde con su nave.

Leia se detuvo y bajó la barbilla.

—Ya perdí a tantos —dijo ella en voz baja—. No resistiré uno más.

—Sí lo harás —replicó Holdo.

Leia levantó la vista hacia ella y casi le sonrió. Si la situación hubiera sido diferente, hasta se habría reído: con la risa plena y robusta que en raras ocasiones, si acaso, se había escuchado en sus interminables rondas de reuniones diplomáticas, debates en el Senado y sesiones de estrategia militar. Pero Amilyn siempre había tenido ese efecto en ella: un don para decir lo que llegaba a tus oídos como algo equivocado, pero que resultaba perfecto. Extrañaría eso y la extrañaría a ella.

—Que la Fuerza… —empezó Leia, sólo para escuchar que su amiga estaba diciendo las mismas palabras.

Se detuvieron, como deferencia a la otra.

—Dilo tú —dijo Leia—. Ya he dicho suficiente.

—Que la Fuerza te acompañe —dijo Holdo con una sonrisa.

Leia puso su mano sobre el brazo de su amiga mientras los primeros transportes se elevaban pesadamente de la cubierta del hangar y se dirigían al espacio.

Rey trató de resistir, ordenando a sus pies que permanecieran plantados en el piso de la sala del trono de Snoke, pero fue inútil: se vio acercándose cada vez más al Líder Supremo. Como en Takodana, con Kylo Ren, se dio cuenta de que su mente y su cuerpo habían sido invadidos y abrumados. La sensación le produjo náuseas; su estómago quería vomitar, como si Snoke fuera un malestar físico que pudiera purgarse.

—Has subestimado a Skywalker —advirtió Rey a aquella figura delgada y vestida con una túnica; su voz mostró la tensión de tratar de mantener su distancia—. A Ben Solo. Y a mí. Esa será tu perdición.

Los ojos de Snoke brillaron con feroz diversión. Pocas cosas eran más entretenidas que un oponente que confundía un poco de conocimiento con el panorama completo. Su perdición era mucho más satisfactoria, siempre y cuando antes del final se les confrontara con el alcance completo de su locura y su fracaso.

Estudió a Rey, quien todavía luchaba fútilmente contra la voluntad de él, y decidió que había tiempo para enseñarle esta lección final.

—¿Ah sí? —exclamó Snoke, irradiando una preocupación simulada—. ¿Has visto algo? ¿Una debilidad en mi aprendiz? ¿*Eso* es lo que te hizo venir?

Él se rio ante el horror que se vislumbró en su rostro y ante su intento por ocultarlo. No había nada que ella pudiera ocultarle; al menos no con unas defensas tan inadecuadas. Ni siquiera sus pensamientos (sus miedos y secretos más profundos) estaban a salvo de él.

—Qué torpe eres —dijo Snoke—. Fui *yo* quien tendió un puente entre sus mentes. Yo alimenté el alma en conflicto de Ren. Sabía que él no era tan fuerte para ocultártela… y que tú no tenías la suficiente sabiduría para resistir el anzuelo.

Kylo Ren había permanecido arrodillado en la sala del trono mientras Snoke atormentaba a Rey; su rostro parecía una máscara impasible. Ahora levantó la vista con sorpresa y la fijó en su maestro.

Snoke ignoró la expresión suplicante en el rostro de Kylo, de la misma manera que ignoró las ondas enfermizas de dolor y confusión que salían de él hacia la Fuerza.

Sin embargo, no ignoró el miedo en el rostro de Rey. El impacto de conocer el papel de Snoke en el establecimiento de su conexión con Kylo había quebrantado las magras defensas que tenía. Con su concentración rota, Snoke la atrajo hasta su trono. El rostro de ella quedó paralizado a unos centímetros del de Snoke.

Mientras mantenía a Rey clavada allí, Snoke miró detenidamente a Kylo. Había visto el enorme potencial de su aprendiz cuando aún era niño: era imposible que el poder latente del linaje Skywalker pasara desapercibido. También había visto cómo explotar los sentimientos de inadecuación y abandono del niño, así como la culpa y desesperación de su madre para contener la oscuridad dentro de su hijo.

Por supuesto, Ben Solo había desempeñado el papel que Snoke previó para él a la perfección. Al combinar su potencial con el peligro que él planteaba, había atraído a Skywalker para que buscara la reconstrucción de los jedi. Su poder había destruido más tarde todo lo que Skywalker construyó y había enviado al fracasado Maestro Jedi al

exilio, con lo cual lo había retirado del tablero justo cuando el juego entraba en su fase crítica.

No obstante, el papel que jugaría el muchacho en el futuro era menos claro. Él se llamaba a sí mismo Kylo Ren, pero como tantas cosas más en él, eso era más bien el cumplimiento de un deseo que una realidad. Nunca había escapado de ser Ben Solo o aprendido a resistir la atracción de la débil y patética luz; tampoco tenía la fortaleza para extirpar esa veta sentimental que había destruido a su legendario abuelo. Además, había que tomar en cuenta su falla más evidente: su incapacidad o falta de deseo de usar su poder para redirigir el curso de su propio destino.

Snoke había considerado alguna vez a Kylo como su perfecto estudiante: una creación de oscuridad y luz, con la fortaleza de ambos aspectos de la Fuerza. Pero tal vez se había equivocado en eso. Tal vez Kylo era una combinación inestable de las debilidades de esos aspectos: un recipiente defectuoso que nunca podría llenarse.

Snoke apartó la idea. Ya habría tiempo más adelante para considerar el destino de Kylo, después de que la Resistencia y el último jedi fueran destruidos. Y ambos objetos estaban ahora al alcance de su mano.

Snoke volvió a poner atención en Rey, que seguía esforzándose con valentía para combatir algo con lo que no tenía esperanzas de contender, mucho menos de derrotar. Era una pena por la chica, cuyos poderes inesperadamente intensos le intrigaban. Pero su papel en la historia se había acabado. A ella le quedaba por realizar un servicio final; después, podría ser descartada.

—Ahora tú me vas a dar a Skywalker —le dijo a ella—. Luego voy a asesinarte de la manera más cruel.

Él vio el horror en sus ojos, seguido por un desafío obstinado.

—¡No! —logró decir ella.

—¡Sí! —replicó Snoke, exultante. Él levantó su mano y la lanzó al otro lado de la sala con la Fuerza, luego la sostuvo en el aire mientras aplastaba su resistencia y empezaba a sondear sus pensamientos, sus recuerdos, apropiándoselos para hacer con ellos lo que quisiera. La piel en las sienes de Rey pulsaba en oleadas, una manifestación física de la violenta intrusión en su mente.

—Dame *todo* —ordenó Snoke.

El mismo aire entre ellos se doblaba y vacilaba mientras Snoke convocaba a la Fuerza y la convertía en su arma. Rey se revolcó de dolor, gritando y buscando un escape que no existía.

Kylo podía sentir el dolor y el pánico de Rey, un brillante rugido en la Fuerza que aplastaba todo lo demás, incluida la presencia oscura de Snoke. Pero no intervino. En cambio, bajó la cabeza y esperó la orden de su maestro.

Poe despertó lentamente y luego de golpe. Primero parpadeó mientras regresaba su conciencia; luego se sentó erguido, lleno de pánico, mientras las piezas de su memoria regresaban, chocando entre sí y desalineadas.

«Estamos en peligro. Salta a la velocidad de la luz. Salva al *Raddus*. Conserva el puente».

Lo primero que vio fueron las espaldas de uniformes de la Resistencia (soldados, técnicos y pilotos, además de droides). Luego, detrás de ellos, vio los ventanales de un carguero U-55 y, a través de ellos, el espacio profundo y la bulbosa forma del *Raddus*, que se encogía velozmente.

—¡No! —jadeó Poe, luchando para ponerse de pie. Algunas cabezas se dieron vuelta para verlo, y sus compañeros de la Resistencia mostraron preocupación, pena o enojo en grados diversos.

Alguien estaba diciendo su nombre. Él conocía esa voz: era la General Organa.

Entonces todo regresó a él: su profundo alivio al ver que Leia entraba en el puente delante de los luchadores de la Resistencia leales a Holdo, seguida por la vista de su bláster levantado y los círculos azules concéntricos de energía que lo habían enviado al olvido.

—¡Poe! —dijo Leia de nuevo—. ¡Mira!

Él la encontró de pie enfrente de las ventanas al otro lado del transporte, cerca de C-3PO y un grupo de oficiales. Le estaba haciendo señas.

Poe se esforzó para que sus piernas respondieran: sus músculos todavía le hormigueaban y se retorcían, entumecidos por los efectos del disparo de aturdimiento. Los oficiales le abrieron espacio y Leia lo tomó de la mano: él no estaba seguro si se suponía que era para reconfortarlo, disculparse o mostrar preocupación por sus piernas temblorosas.

En este lado del transporte, un planeta de un blanco pálido, adornado con franjas oscuras, llenaba por completo los ventanales.

—¿Eso qué es? —preguntó Poe—. No hay sistemas cerca de nosotros.

—No de los que aparecen en los mapas —dijo Leia—. Pero aún hay unos cuantos planetas de sombra en el espacio profundo. En los días de la Rebelión los usábamos como escondites.

—El planeta minero Crait —dijo D'Acy, estudiando el globo brillante debajo de ellos.

—¿Hay una base rebelde allí? —preguntó Poe.

—Remota, pero fuertemente blindada —explicó D'Acy—. Con energía suficiente para enviar una señal de auxilio a nuestros aliados dispersos en el Borde Exterior.

—La Primera Orden está siguiendo a nuestra nave mayor —dijo Leia—. Nunca vigila a los transportes pequeños.

Ahora Poe lo comprendió. Los transportes eran pequeños, de no más de veinte metros de largo, simples naves que producían relativamente escasa energía. Los técnicos de la Resistencia habían trabajado con ahínco para instalar deflectores que reducían aún más

esa energía. Como la Primera Orden se mostraba satisfecha con perseguir al *Raddus* a distancia, sus sensores fácilmente podrían pasar por alto el flujo de una nave pequeña que sale de su pesado crucero.

—Nos deslizaremos a la superficie y nos ocultaremos sin ser notados hasta que pasen —dijo él—. Funcionará.

Pero de inmediato se dio cuenta de algo más: sólo funcionaría si los ojos de los oficiales sensores de la Primera Orden permanecían fijos en el *Raddus*. Los transportes escaparían, pero no el pesado crucero. Y tampoco quien permaneciera a bordo. Poe tenía una muy buena idea de quién era.

—¿Por qué no me dijo nada? —preguntó a Leia con tristeza.

Los ojos de Leia eran gentiles. Él sintió que los dedos de ella buscaban en el bolsillo de su chaqueta; bajó la vista para ver que ella había tomado la señal para llamar a Rey y la regresaba a su propia muñeca.

—Mientras menos personas supieran, mejor —dijo ella—. Proteger la luz era más importante para ella que quedar como una heroína.

Al comprender eso, Poe se dio vuelta para mirar por la ventana, a la forma del *Raddus*, condenada, que se empequeñecía rápidamente.

A bordo del puente temporal del pesado crucero, Holdo permanecía sola ante los controles, repasando una lista de verificación que ella se había comprometido a memorizar desde hacía mucho.

Habían redirigido al puente todos los controles de sistemas del *Raddus*. Ella podía disparar toda la batería de turboláseres de la nave desde aquí. El escudo protector funcionaba apropiadamente, y unos cuantos comandos simples redirigirían energía adicional a los deflectores traseros una vez que el crucero se quedara sin combustible.

Holdo no se hacía ilusiones de que pudiera darle a los enemigos con algo que se acercara a la exactitud de una tripulación de tiradores, o de que los escudos del *Raddus* pudieran soportar una larga descarga una vez que las naves de guerra de la Primera Orden llegaran a una distancia cercana. Pero nada de eso era el objetivo.

El objetivo era mantener la nave intacta el mayor tiempo posible: intacta y planteando una amenaza a sus perseguidores. Eso mantendría la atención en el *Raddus* y no en las pequeñas naves, que ojalá fueran indetectables mientras se alejaban de su vientre y descendían sobre Crait.

Con su gente segura, Leia sabría qué hacer, como siempre. Ella convocaría a sus aliados, encontraría una nueva base de operaciones y trabajaría calladamente para convertir a las fuerzas de defensa planetarias de la Nueva República y a las flotas nativas en una fuerza capaz de oponerse a Snoke y a sus generales. En una nueva rebelión.

El trabajo no sería rápido ni fácil. Exigiría paciencia, así como fortaleza para resistir el sufrimiento de planetas en el puño de la Primera Orden y la sabiduría para elegir cuándo, dónde y cómo luchar.

Sin embargo, Holdo sabía que no había nadie mejor para liderar semejante esfuerzo que su vieja amiga, quien, después de todo, sabía una o dos cosas acerca de lo que podrían lograr las bandas desorganizadas y pendencieras de insurgentes.

Holdo no viviría para verlo, y eso la entristeció, porque amaba la vida y porque sabía que Leia la necesitaría en los meses y años por venir.

No obstante, la fe de su mundo natal de Gatalenta le enseñó que nadie que alcanzara la salvación llegaría allí sola: llevaba consigo a todos aquellos cuyo amor y compasión la habían ayudado a alcanzarla.

Esa idea siempre le había parecido reconfortante: mucho más ahora, en la soledad del puente.

—¡Buena suerte, rebeldes! —dijo Amilyn Holdo en voz baja.

La Capitán Phasma marchó por los corredores del *Supremacy* a la cabeza del cordón de stormtroopers que rodearon a Finn y a Rose. DJ se escondió entre la columna, obviamente incómodo.

El viaje terminó en un enorme hangar preparado para la guerra. Docenas de cazas TIE estaban cargados de combustible y listos, atados a sus líneas de soporte. Los transportes de tropas esperaban para recibir a los soldados. Caminadores exploradores permanecían al frente de máquinas de guerra más pesadas, de cuatro patas, que estaban atadas a las naves de desembarco que los llevarían a la superficie de algún planeta. Y una compañía completa de stormtroopers permanecía en formación de desfile.

A la cabeza de las tropas estaba un hombre que Finn conocía demasiado bien: Armitage Hux.

Phasma condujo a los prisioneros directamente ante el general pálido y pelirrojo que estaba visiblemente furioso.

Rose le lanzó una mirada a Finn, quien se esforzó por permanecer sin expresión. Phasma era brutal y despiadada (se rumoraba en los cuarteles que a ella se le había adorado como la reina divina de un mundo bárbaro, preindustrial, antes de que la Primera Orden la encontrara), pero también era disciplinada y pragmática.

Hux, por otra parte, parecía demente: irracional y perpetuamente enfurecido. Vio a Finn, un músculo saltó en su mejilla cetrina y entonces le dio un revés al antiguo stormtrooper de la Primera Orden.

Finn se protegió esperando un ataque adicional, pero, al parecer, Hux se había contentado con ese gesto (o, tal vez, la bofetada había hecho que la mano le doliera más de lo esperado).

—Bien hecho, Phasma —escupió—. No puedo decir que apruebo los métodos, pero no puedo discutir los resultados.

Los ojos del general estaban fijos en DJ, quien tenía la expresión de alguien que quisiera estar en cualquier otro lugar.

El *Libertine* se deslizó por el campo magnético del hangar, con sus motores callados como un susurro. Su equipo para aterrizaje se extendió y el elegante yate se acomodó sobre cubierta con un tartamudeo de repulsores elevadores, luego se asentó en silencio. Tras una orden de Hux, los oficiales de la Primera Orden guiaron una tarima repulsora a la nave. Sobre ella había pilas de cajas negras.

—Tu nave y tu pago, como acordamos —dijo Phasma a DJ.

Rose se movió tan rápido que Finn se estremeció. Pero había demasiados stormtroopers entre ella y el ladrón de Canto Bight. La interceptaron y la contuvieron con rapidez, aunque ella siguió agitándose violentamente.

—¡Víbora mentirosa! —gritó Rose a DJ.

—Nos encontraron —dijo DJ—. Hice un trato.

Finn sólo miró con expresión desolada al ladrón, mientras Rose lo bombardeaba con maldiciones que habrían hecho sonrojar a un estibador de Otomok.

DJ escuchó por un momento, luego se encogió de hombros.

—Sí, está bien. Me disculpo por ser exactamente quien dije que era.

CAPÍTULO 26

Nadie prestaba atención a un droide. Cada día de existencia le proporcionaba a BB-8 más evidencia de que esta creencia no era una hipótesis, sino que calificaba como una teoría, y tal vez debía consagrase como una ley cósmica.

Cuando los stormtroopers irrumpieron en la sala del control de rastreo, BB-8 se quedó congelado, esperando que alguien se preguntara por qué Finn, Rose y DJ se habían preocupado por arrastrar un bote de basura volteado con ellos. Por lo menos, una vez que se hubiera atendido la amenaza de sabotaje, de seguro se le ordenaría a algún stormtrooper sin suerte que llevara el bote a mantenimiento, para que se le regresara a la posición especificada por algún documento tediosamente completo de la Primera Orden. Sin una mejor alternativa a la mano, BB-8 había decidido impactar a la mayor cantidad posible de troopers, con toda intensidad, antes de que un bláster o un arma iónica terminara con su fútil resistencia.

Nada había pasado. Los stormtroopers encadenaron a Finn y a Rose, y se los llevaron. DJ los siguió. Y la sala quedó vacía.

La primera idea de BB-8 había sido continuar la misión de sus amigos: apagar el rastreador él mismo y luego decirle a Poe que hiciera que la flota saltara al hiperespacio. Así que el astromecánico había arrojado su disfraz de barril de basura y se había conectado a la red de la Primera Orden. Había tenido éxito en congelar los protocolos de seguridad que habrían cambiado el rastreo activo a otra estación si fallaban los interruptores de circuito de la sala de control.

Sin embargo, ese momento de triunfo fue breve. Era necesario accionar los interruptores de circuito manualmente: si se les disparaba mediante una descarga eléctrica, aun con el reporte erróneo de una, se apagaría toda la sala de control, y el rastreo cambiaría una vez más de estación.

BB-8 había gemido, consternado. No podía hacer nada sin sus amigos.

Se había necesitado gran cantidad de maniobras para colocarse de nuevo el bote de basura encima (algo que habría requerido unos segundos de trabajo para un ser orgánico amigable). Sin embargo, se las ingenió y salió disparado tras Phasma y sus tropas.

Ahora el astromecánico estaba quieto en el pasillo, mirando con sus fotorreceptores a través de las ranuras de ventilación en el bote de basura y analizando posibles cursos de acción. Evaluó todos ellos y consideró que sus probabilidades de éxito eran mínimas. BB-8 (que seguía sin ser notado pero que, al parecer, era inútil) gimió miserablemente.

Dentro del hangar, un comandante de la Primera Orden marchó hasta Hux.

—Señor, se revisó la información del ladrón —dijo—. Treinta transportes de la Resistencia ya despegaron del crucero.

Hux se quedó viendo a DJ. Parecía impresionado… y sorprendido.

—Nos dijo la verdad. Existen los milagros.

El general de la Primera Orden regresó su atención al comandante.

—¿Las armas están listas? —preguntó.

—Listas y en espera, señor.

Rose pensó que el plan de Holdo podría haber funcionado: los deflectores reducirían las emisiones de los motores de los transportes a niveles que probablemente serían indetectables, sobre todo a una distancia tan amplia y con las tripulaciones de sensores de la Primera Orden cansadas y complacientes después de tantas horas de perseguir al mismo blanco en la misma dirección.

Ahora esas tripulaciones sabían dónde y qué buscar. Además, los transportes eran lentos, maniobraban con dificultad, estaban desarmados y sólo estaban protegidos por escudos rudimentarios. Sería una carnicería. Finn había llegado a la misma conclusión.

—¡No! —exclamó él, con horror en el rostro.

—Lo siento, muchachos —murmuró DJ.

Hux tenía el rostro rojo por el triunfo.

—Fuego a discreción —dijo al comandante.

—¡No! —gritó Rose, arremetiendo esta vez contra Hux. Pero los stormtroopers estaban ahora al pendiente de ella, y eran demasiados.

La Resistencia iba a ser destruida. No había nada que ella o Finn pudieran hacer para impedirlo.

El transporte que llevaba a Poe y a Leia se sacudió violentamente, y el fuego de turboláseres pasó destellando por los ventanales. Uno de los transportes se esfumó en una bola de fuego, vaporizado al instante.

Leia miró afuera, horrorizada: luego volteó la cabeza para mirar la superficie de Crait, debajo de ellos. En segundos realizó el cálculo. Se estaban moviendo lentamente. Había demasiados transportes. La Primera Orden conocía su plan.

Alrededor de ella, los tripulantes de la Resistencia habían visto la explosión, y por el terror que surgió en sus caras, habían llegado a la misma conclusión.

Poe miró a Leia, ansioso por hacer algo, lo que fuera. La encontró de pie, tranquila, con expresión estoica.

El pánico no los salvaría, ni a ellos ni a nadie más. Cualquier emoción que estuviera agitándose debajo de la superficie de Leia, se quedaría sólo para ella. Poe se obligó a tratar de seguir su liderazgo.

A bordo del *Raddus*, una aturdida Holdo sólo pudo mirar cómo otro transporte explotaba. Entonces un holograma cobró vida, tembloroso, en su consola.

—¡Almirante, nos disparan! —reportó un piloto de la Resistencia, y ella escuchó que había pánico en su voz—. ¿Qué hacemos? ¿Hay que regresar?

—¡No! Están muy lejos. Sigan a máxima velocidad para aterrizar en el planeta. ¡Máxima velocidad!

Un instante después, el holograma dejó de existir. Holdo creyó que había visto al piloto levantar los brazos antes de desvanecerse.

Holdo contuvo un grito de consternación. Tenía que hacer algo. Pero ¿qué? No había manera de que el *Raddus* pudiera defender a los transportes: habían avanzado más allá de la protección de sus escudos.

Miró con impotencia su consola, buscando alguna respuesta que la eludiera. No había nada.

Una luz parpadeó en la interfaz con la computadora de navegación. Holdo atendió la interfaz para descartar cualquier cosa que hubiera activado la alerta; sólo la distraería mientras trataba de pensar. Luego hizo una pausa.

Alguien había ingresado las coordenadas del hiperespacio en el sistema, calculando un salto que nunca se hizo. La computadora de navegación estaba preguntando si debían purgarse esas coordenadas.

Se dio cuenta de que fue Dameron: él había corrido al puente como parte del plan que ideó, el que ella correctamente desechó porque era demasiado imprudente y desesperado para tener éxito.

Holdo cargó las coordenadas en su consola. El crucero mon calamari había seguido su viaje hacia Crait desde que se ingresaron las coordenadas en la computadora de navegación. Como resultado, el punto de entrada para el salto al hiperespacio que Poe había calculado ahora se encontraba detrás del *Raddus*, al otro lado de la flota de la Primera Orden.

Holdo se quedó mirando su pantalla, tratando de idear qué había pasado por alto y concluyendo que sus locas esperanzas tal vez no estaban completamente infundadas.

Rey podía sentir a Snoke en su cabeza; la conciencia de él era una cosa viva, hambrienta, que filtraba y ordenaba descuidadamente lo que no le pertenecía, lo que él no tenía derecho de hacer.

Ella se dio cuenta de que el Líder Supremo debió enseñarle a Kylo esta destreza. Pero él era mucho más hábil que su aprendiz. Rey era incapaz de luchar para rechazarlo (su mera presencia amenazaba con abrumarla). A diferencia de Kylo, ella no sentía que la mente de él estuviera abierta a la de ella. La presencia de Snoke se sentía como un foso, vacío, frío y oscuro, como si la cueva del Lado Oscuro de Ahch-To hubiera seguido por la eternidad.

Fragmentos de recuerdos al azar regresaron a ella mientras el Líder Supremo los escrutaba y los desechaba. Aquí estaba ella, sola bajo el sol de Jakku. Despertando de un sueño de una isla fría en un mar gris. Aturdida y tambaleante bajo el castillo de Maz. Sosteniendo la empuñadura de un sable de luz en atracción mutua.

Ella sintió que el interés de él se aceleraba ante ese último momento grabado en su mente. Eso era lo que él quería: la isla de Skywalker y el planeta del que era una parte, cómo se llamaba y cómo se llegaba a él.

Rey trató de poner su mente en blanco, de sacarlo de ella, de luchar contra él. Nada de eso funcionó. Snoke encontró lo que quería, lo tomó y la descartó.

Ella terminó en el piso de su sala del trono, retorciéndose de dolor, consumida por el odio hacia él. Snoke sólo se rio de ella.

—Bueno, bueno —dijo él, con voz que rebosaba satisfacción—. Es algo inesperado que Skywalker fuera tan sabio. Le daremos a él y a la Orden Jedi la muerte que anhela. Después de que los rebeldes desaparezcan vamos a ir a su planeta y arrasaremos con toda la isla.

Rey levantó su mano hacia el sable de luz de Luke, que descansaba junto a Snoke, en el descansabrazos de su trono. Ella lo deseó en su mano y el sable voló por el aire, en un arco perfecto que terminaría en su mano.

Snoke se quedó contemplando cómo Rey se debatía contra él y sonrió. Llamar un sable de luz a la mano de uno era un uso trivial de la Fuerza: un truco para los aprendices más inexpertos, su funcionamiento casi por debajo de la dignidad de un maestro de la Fuerza. No obstante, admiró la resolución de la chica. Estaba derrotada, pero persistía. Era necesario castigar esa arrogancia.

Snoke retorció sus dedos, alterando la ruta del arma, de modo que golpeó a Rey en la nuca, luego dio vuelta y siguió de regreso a su lugar, junto a él.

—Cuánto brío —dijo él, sintiendo el odio que la inflamaba y saboreándolo.

Qué lástima, en verdad. El poder de la chica podía ser catalizado por el odio y el miedo, lo que la hacía un arma potente. En otra era ella hubiera sido una excelente aprendiz.

—Mira aquí ahora —dijo él, convocando la Fuerza para arrastrar a Rey a través de la sala. Las cortinas rojas de la sala del trono se abrieron, revelando un banco curvo de ventanales. Ante uno de ellos había un visor parecido a una lente. Obligada a mirar por él, Rey vio que la flota de la Resistencia había sido reducida a una nave de guerra y una colección de pequeños transportes. Las naves más pequeñas estaban explotando, borradas una tras otra por las armas de la Primera Orden.

—La Resistencia entera está en esos transportes —dijo Snoke—. Pronto se habrán ido todos. Para ti, todo está perdido.

Rey se dio vuelta de la ventana, mostrando los dientes. Sus ojos ardían como el fuego.

«Oh, sí. *Semejante* poder. Una pena, en realidad».

—Aun así, hay ese furioso escupitajo de esperanza —dijo Snoke burlonamente.

La mano de Rey se volvió a estirar, con los dedos extendidos, y Snoke pudo sentir la Fuerza en movimiento alrededor de él. Esta vez, su blanco no era el arma de Skywalker, sino la de Kylo Ren.

Este acto inesperado y desesperado tomó al aprendiz de Snoke por sorpresa. Su sable de luz voló de su cinturón, atravesó la sala, mientras los pretorianos se ponían tensos por su vuelo, y finalmente aterrizó en la mano de Rey.

Ella lo encendió, y la hoja carmesí se convirtió en un gruñido de energía. Los canales de energía del sable en cruz cobraron vida un momento después, y ella corrió hacia Snoke.

Los guardias se lanzaron hacia adelante, con las espadas en alto, pero Snoke los detuvo con una mano levantada, riendo ante la vista de Rey, con el rostro bañado por la luz roja del inconstante sable.

—Tienes el espíritu de una verdadera jedi —le dijo él y luego usó la Fuerza para arrojarla por los suelos. Aterrizó con fuerza, gimiendo, mientras el sable de luz traqueteaba y se alejaba por el piso para aterrizar a los pies de Kylo, girando como un trompo—. Por eso mismo debes morir —dijo Snoke, volteando sus ojos azul cobalto hacia Kylo.

Su aprendiz apenas se había movido desde que llevó a Rey, pero sus emociones estaban cocinándose a fuego lento y empezaron a hervir cuando Snoke reveló que él fue el creador de la misteriosa conexión de Kylo con Rey.

O por lo menos habían hervido hasta hace un momento. Luego el tumulto había cesado, reemplazado por una extraña calma y concentración. Snoke estaba sorprendido, pero complacido. Maestro y aprendiz tenían trabajo por delante, y Kylo (esa mezcla del conflicto interminable entre luz y oscuridad) se había encontrado finalmente a sí mismo.

—Mi digno aprendiz, hijo de la oscuridad, heredero evidente de Lord Vader —dijo Snoke, sabiendo cómo Kylo había anhelado esos elogios—. Donde había conflicto, ahora siento resolución. Donde había debilidad, fuerza. Completa tu entrenamiento y cumple al fin con tu destino.

Kylo se levantó. Tenía su sable de luz apagado en una mano y mantenía la otra mano descuidadamente detrás de su espalda. Paso a paso, avanzó hacia la desamparada Rey. Snoke usó la Fuerza para ponerla de rodillas, con los brazos clavados en la espalda. Él miró a Kylo, receloso de una nueva retirada hacia el sentimentalismo, hacia la debilidad que lo había contenido durante tanto tiempo. Pero el rostro de Kylo estaba frío y sus ojos mostraban determinación.

—¡Ben! —gritó Rey desesperadamente.

Kylo se detuvo una vez que Rey quedó al alcance de su sable.

—Sé lo que debo hacer —dijo él, con voz carente de emoción.

Snoke se rio. Crear un puente entre sus mentes había sido una apuesta, una que había sopesado por algún tiempo. Pero funcionó aún mejor de lo que Snoke esperaba. Había engañado a la chica para que revelara a Skywalker, pero también había obligado a Kylo a

confrontar sus debilidades. Al eliminar a Rey, también estaría extirpando la mitad defectuosa, vacilante y débil de sí mismo.

Los ojos de Rey ya no ardían. Estaban suplicando. Pero Kylo ni siquiera la miraba. Snoke pudo sentir que su atención se concentraba en lo que había decidido hacer.

—¿Crees que puedes convertirlo, patética niña? —preguntó Snoke a Rey—. No hay quien me pueda traicionar. No hay quien me derrote. Veo su mente. Conozco claramente cada una de sus intenciones.

El Líder Supremo cerró los ojos. Este era un drama que se apreciaba mejor a través de la Fuerza, no de la cruda aproximación ofrecida por los sentidos mundanos.

—¡Sí! —dijo—. Lo veo girando su sable de luz para un golpe certero. Y ahora, niña tonta, lo enciende y aniquila a su verdadero enemigo.

Eso fue lo último que el Líder Supremo dijo.

Kylo sí había hecho girar la empuñadura de su sable de luz para que apuntara directamente al pecho de Rey. Mientras lo hacía, el sable de luz de Luke giraba silenciosamente en el descansabrazos del trono de Snoke, sin que el Líder Supremo o los guardias pretorianos lo notaran.

Cuando los dedos de Kylo se retorcieron detrás de su espalda, la hoja de energía azul del sable de luz de Luke cobró vida y se clavó en Snoke. Luego, con un movimiento rápido de la mano de Kylo, la hoja se deslizó a través de su maestro, lo cortó en dos y voló por el aire a la mano de Rey mientras Kylo encendía su propio sable de luz.

Kylo y Rey tuvieron un momento para mirarse a los ojos. Luego, los pretorianos con armadura color carmesí se convirtieron en nubes de movimiento: cuatro pares, y cada par blandiendo la misma variante de arma con bordes mortales. Era demasiado tarde para salvar a su amo, pero por lo menos podrían vengar su asesinato. Espalda con espalda, Kylo y Rey esperaron la embestida.

CAPÍTULO 27

Otro transporte quedó incinerado y desapareció. Esta vez Leia sintió un estremecimiento y cerró los ojos. Todas esas vidas perdidas: gente que ella había reclutado o atraído a su causa, con la que ella había luchado lado a lado, a la que había enviado al peligro y a la que no pudo salvar. Se habían ido para siempre, se habían apagado en un instante, y no había nada que ella pudiera hacer.

Aún con los ojos cerrados, sintió que el transporte se agitaba, escuchó los jadeos sofocados de quienes la rodeaban y supo que otra nave había sido destruida.

Quedaban menos de la mitad de los transportes que evacuaron el *Raddus*, y todavía estaban lejos de un aterrizaje planetario.

Leia trató de imaginar un milagro: Luke llegando con una flotilla de naves de batalla jedi que había descubierto en algún lado, o Snap Wexley regresando con una fuerza de halcones estelares de la Nueva República. Pero el espacio seguía vacío.

Poe, incapaz de soportarlo, se precipitó a la cabina de mando. Cuando llegó allí, los tiradores de la Primera Orden habían destruido tres transportes más.

—¡Acelera a fondo! ¡A toda velocidad! —apuró a la piloto.

—Así vamos, señor —replicó ella.

Él la reconoció debajo de su casco: Pamich Nerro Goode. Ella había sido despachadora de cazas estelares en D’Qar y estaba calificada como piloto, aunque de transportes y transbordadores, pero él había observado su habilidad para permanecer fría bajo fuego, y la consideraba una buena piloto de caza.

Junto a ella estaba, sí, esa era Cova Nell, quien ya era piloto de caza estelar.

Tenían a la gente correcta, lo que era crítico para cualquier misión. Pero eso no importaba cuando le pedías a esa gente que hiciera lo imposible.

Fue la vista de DJ contando su dinero lo que encendió a Finn. El ladrón tenía sus créditos y su transporte, pero seguía allí, revisando las cajas que la Primera Orden había dejado para que se cargaran en el *Libertine*. Su recompensa era moneda dura, por supuesto (pilas de peggats, aurei y zemids saqueados de mundos que la Primera Orden había ocupado). DJ había visto de todo en la galaxia para saber que un saldo electrónico era sólo un arreglo ordinario de pixeles y que una cuenta podía desaparecer con sólo oprimir unas cuantas teclas.

De pronto todo eso fue demasiado para Finn. El solo yate era suficiente para financiar una jubilación bastante decente, después de todo.

—¡Maldito asesino! —aulló, luchando para soltarse de los stormtroopers.

DJ levantó la vista de su trabajo, sorprendido.

—Oh, no te alteres, Gran F —dijo—. Ellos te golpean hoy, tú los golpeas mañana. Es un simple negocio.

—No es cierto —dijo Finn.

—Tal vez sí —replicó DJ.

Entonces Finn lo comprendió: DJ aprendería demasiado tarde lo equivocado que estaba. Sí, había seres que obtenían beneficios de ambos bandos: traficantes de armas, financieros y estafadores como DJ, atraídos por el dinero y la miseria como mynocks a un susurro de energía en el espacio profundo.

Eso no significaba que el propio conflicto fuera invención de ellos. No era el ejercicio de algún cínico más allá del control de alguien. Era una confrontación entre quienes creían en la libertad, con todo su desorden e incertidumbres, y quienes adoraban el orden y veían el asesinato a una escala inimaginable como un precio justo por ese orden.

Todos estaban atrapados en ese conflicto, lo admitieran o no. No había espectadores ni neutrales, y no había diferencias entre lo que hacías cuando te enfrentabas con un régimen malvado y quién eras.

No podías fingir que el régimen no existía; racionalizar y hacer caso omiso de sus excesos; aislarte tú mismo mediante la riqueza o las conexiones; huir y ocultarte; ni tampoco esperar que por cualquier caprichosa razón aplastaría a otros y no a ti.

Todas esas cosas eran fáciles de hacer. Lo más difícil, por mucho, era luchar: atraer la atención de ese régimen asesino y volverte un objetivo de su maldad.

Sin embargo, eso era lo único que se podía hacer. Quienes elegían algo más estaban esperando que el monstruo al que ignoraban se los comiera hasta el final.

Finn había luchado. Le había tomado un tiempo comprender que huir no era la respuesta, pero ya lo había comprendido. Al principio, había luchado para salvar a Rey, pero Poe tenía razón: esto era mucho más grande que una sola persona, o dos, o dos mil millones.

De modo que Finn también había luchado por Poe. Y por la General Organa. Y por Rose, quien había perdido a su hermana, sus padres y su planeta y respondió luchando aún más.

Él no había *ganado* (ese era un detalle molesto, por decir lo menos). Pero había luchado. Y aquí, al final, él no hubiera cambiado haber luchado y perdido por ser DJ. Ni aunque la Primera Orden hubiera llenado un yate robado con monedas hasta reventar.

Hux miró fríamente mientras Finn luchaba en las garras de sus tropas. La deserción de FN-2187 había sido algo más que un embarazoso revés al programa de entrenamiento que había empezado con el propio padre de Hux: este traidor había prolongado la búsqueda de Skywalker y le había proporcionado a la Resistencia información secreta crucial que había llevado a la destrucción de la Base Starkiller.

A Hux nada le hubiera gustado más que consignarlo a una sala de interrogación por la mejor parte de la eternidad. Pero pronto, muy pronto, la traición de FN-2187 ya no importaría más.

Miró a la joven que estaba junto al desertor y que desperdiciaba también su tiempo en combatir a sus tropas. No tenía una idea de quién era ella, pero el medallón que sobresalía del cuello de su uniforme robado le pareció familiar. Hux se acercó y vio que estaba en lo correcto.

—¿El sistema Otomok? —preguntó, tomando el rostro de la mujer que se debatía, para obligarla a verlo—. Eso me trae recuerdos. Ustedes, sabandijas, pueden sacar un poco de sangre con una mordida de vez en cuando, pero siempre ganaremos.

Saboreó la furia en los ojos de la mujer, por lo menos hasta que ella lo mordió, con fuerza, sacando sangre de la carne de su palma y colgándose de ella como un nek enloquecido.

Él gritó mientras los stormtroopers la arrastraban lejos, escupiendo y gruñendo. Hux miró la media luna de hendiduras en su mano. Indudablemente se infectaría, dados los sucios hábitos y la absoluta falta de clase que la Primera Orden había visto en ese ignorante sistema estelar.

Hux se permitió regresar por un momento a la idea de mandar a ambos al piso de detención para un interrogatorio extenso. Pero no, su primera impresión había sido correcta. Los traidores y los insurgentes eran sabandijas, y estaban a su cargo. Se había demorado demasiado ahora, un líder de su estatura tenía tareas más importantes que atender. Sin embargo, su mano seguía *doliéndole*.

—¡Ejecútenlos! —ordenó, luego salió a grandes zancadas del hangar.

Los guardias pretorianos de Snoke avanzaron hacia Kylo y Rey en silencio, con los rostros ocultos por las placas faciales de sus cascos.

Rey podía escuchar un zumbido proveniente de sus armas con hojas cortantes y se dio cuenta de que las orillas estaban reforzadas con generadores ultrasónicos. Había algo más, no un sonido, sino una sensación que percibió como una palpitación en sus dientes y senos nasales.

En cierto modo, le resultó similar a Jakku, y después de un momento se dio cuenta de lo que era: un intenso campo magnético generado por la armadura de los guardias. Si la proximidad a él afectaba a Rey de esta manera, tendría que ser una fuente constante de dolor para los seres metidos en esa armadura.

Un momento después, los guardias habían caído sobre ellos, con las armas girando y silbando. Rey desplazó sus pies, elevando su sable de luz para encontrar el arma de asta de un guardia mientras trataba de partirle el cráneo a ella. Esperaba que el sable de luz cortara el arma en dos, pero sólo bloqueó el golpe, y el impacto envío dolorosas vibraciones que subieron por sus brazos, hasta sus hombros.

Rey retrocedió y esquivó el látigo segmentado de otro guardia. Ella podía escuchar el sable de luz de Kylo crujiendo detrás de ella, además de sus quejas por el esfuerzo.

El primer guardia dirigió un sablazo a sus rodillas, ella logró esquivarlo, luego convirtió su bloqueo en un arco dirigido al rostro. Cortó el borde del casco y él se alejó tambaleándose, mirándola con un respeto recién ganado. Ella le lanzó una sonrisa salvaje, sólo para agacharse cuando sintió que otro guardia le dirigía una patada de molinete al rostro.

Rey se fue hacia atrás y chocó con la espalda de Kylo. Su sable de luz se elevaba y caía, girando a manera de barridos mientras los guardias caían sobre ella desde una variedad desconcertante de ángulos.

De pronto, había demasiados ataques para ocuparse de todos y ella sintió que su corazón empezaba a martillear.

Un guardia se abalanzó sobre Rey con un bastón de doble hoja y ella bajó su sable de luz para golpearlo en el medio, casi cayó cuando él separó el arma y la atacó con una espada en cada mano. Rey cambió de pie para redistribuir su peso, luego subió su sable de luz en un movimiento borroso, haciendo a un lado un ataque violento de una alabarda. Ella no había visto venir el golpe, pero la Fuerza la había prevenido.

«Déjate llevar por tus instintos».

Una ráfaga de cortes lanzados con el sable de luz, que zumbaba, empujó hacia atrás al guardia con la alabarda. Rey exhaló, abriendo su mente a la Fuerza, y la sala pareció como enfocada por una lente.

Sintió la excitación de Kylo y su *hambre*, como si fuera una bestia finalmente liberada para enfrentar a sus torturadores.

Ella sentía la frialdad de los guardias, mezclada con determinación. Su amo había sido asesinado a traición, y ellos serían los instrumentos de la venganza.

Alrededor de todos ellos, percibió la siempre cambiante telaraña de la Fuerza. Escuchó el sonido metálico de una armadura mientras uno de los guardias caía detrás de ella, derribado por Kylo. Dos se lanzaron sobre Rey al mismo tiempo, mientras un látigo y un hacha malvada destellaban. El látigo se enredó en la hoja de su sable de luz, sus segmentos lanzaron chispas y destellaron, pero ella luchó para liberarlo y golpeó el hacha para alejarla.

Rey extendió su mano y envió a un guardia hacia atrás con la Fuerza, luego se encontró girando en la otra dirección. Un hacha sacó chispas del suelo, lo cual dejó los brazos de su portador extendidos enfrente de ella.

Ella bajó con fuerza el sable de luz sobre los brazos cubiertos por la armadura y la hoja se abrió paso a través de ellos. Las vibraciones en sus brazos se desvanecieron cuando el golpe interrumpió las bobinas magnéticas de la armadura y apagó el campo.

Los guardias retrocedieron mientras el portador del hacha se estrellaba contra el suelo. Rey se arriesgó a mirar a Kylo y vio que él jalaba a un pretoriano con un látigo hacia él con la Fuerza, ensartándolo en la hoja de su sable de luz. El hombre se derrumbó y Kylo apartó el cuerpo con su bota.

Rey sintió un zumbido y un piquete en el brazo cuando uno de los guardias le lanzó un golpe con su alabarda, fallando con la hoja mortal, pero golpeándola con el armazón carmesí del arma. Rey retrocedió con un grito de dolor, tratando de recuperar la sensación en sus dedos, que le hormigueaban.

Ella trataba de anticipar los movimientos de sus atacantes, utilizando la Fuerza para que le advirtiera de dónde venían. Pero estaban por todos lados ahora, calientes y brillantes en sus percepciones. Ella apenas esquivó un golpe a su rostro, tan cerca que pudo oler el ozono.

Era demasiado, aún con la Fuerza. Se estaba cansando y percibía sus impresiones como si estuvieran por ahogarla: sensaciones de vida, muerte, luz y oscuridad se vertieron en ella de todas direcciones. Era demasiado, un desafío más grande de aquello para lo que su limitado entrenamiento la había preparado.

«Mucho más grande».

Rey se dio cuenta de que tenía razón, pero había hecho la pregunta equivocada. No podía dirigir la Fuerza lo suficientemente bien para que durara mucho contra tres guerreros de élite con armadura resistente a los sables de luz. Pero sí podía dejar que la dirigiera, permitirle que la hiciera su instrumento.

Uno de los guardias se abalanzó sobre ella, mientras el látigo eléctrico chisporroteaba con una energía que la dejaría inconsciente. Los ojos de Rey no siguieron la punta del látigo que se enroscaba, pero su sable de luz estaba allí para desviarlo y alejar tambaleante a su portador, y luego el sable se interpuso entre ella y los golpes de las cuchillas gemelas de otro guardia.

El pretoriano con la alabarda vio su oportunidad y cargó contra Rey, con el arma abajo para abrir su vientre. El sable de luz lo hizo a un lado y encontró su garganta.

Quedaban dos. En sus manos, el sable de luz era una rueda de fuego azul que enviaba lejos a sus atacantes en medio de giros. La repentina incertidumbre de un guardia floreció en la Fuerza y Rey avanzó hacia él; su látigo conectó con el aire y luego cayó de su mano cuando el sable de luz encontró un hueco entre los segmentos de su armadura.

Rey respiraba con dificultad. El guardia de las dos espadas corrió hacia ella, con sus hojas girando. Ella se dio vuelta para apartarse de él, sintiendo cómo pasaba el viento de las armas lo bastante cerca para partir su cabello, y envió su sable de luz en un arco justo debajo de la cresta del casco del otro.

Un extraño sonido llegó a sus oídos y sintió un repentino pico de miedo en la Fuerza.

Kylo estaba retrocediendo ante el último guardia; su sable láser era una columna apagada en su mano. El arma del guardia le había provocado un cortocircuito.

—¡Ben! —gritó ella, lanzando el sable de luz de Luke al otro lado de la sala.

Golpeó su mano enguantada como si lo atrajera. Kylo bajó la vista hacia el arma antigua que había buscado con tanta avidez; sus ojos lanzaban llamas. El último guardia restante lo atacó por detrás, pero Kylo bloqueó su hacha. Apagó el sable de luz y el guardia se hundió, luego, casi instantáneamente, reactivó el arma, clavando al guerrero a través del casco.

Rey y Kylo se quedaron en medio del humo y la carnicería, jadeando para recuperar el aliento, luego se miraron. Los ojos de Rey estaban llenos de alegría.

Un zumbido sordo recorrió el piso de la sala del trono de Snoke y el aire se iluminó con el brillo del fuego de los turboláseres. Rey corrió al visor y miró los pinchazos de luz que representaban a la flota de la Resistencia: eran tan pocos.

—¡La flota! —gritó ella—. ¡Ordena un alto al fuego! ¡Aún podemos salvar a la flota!

Ella encontró a Kylo de pie junto a Snoke, con el sable de luz de Luke en su mano. Miraba abajo al cuerpo de su maestro. Arriba de ellos, los estandartes de la Primera Orden se quemaban.

—¡Ben! —gritó ella.

—Ese es mi antiguo nombre —dijo él.

—¿Qué?

Ahora no había miedo ni ira en los ojos de Kylo, sólo una profunda resolución.

—Es hora de que dejes morir todo lo anterior —dijo él—. Rey, quiero que te unas a mí. ¿Snoke, Skywalker, los sith, los jedi, los rebeldes? Que todo se extinga. Reinaremos juntos y traeremos un nuevo orden a la galaxia.

Ella lo miró con incredulidad y horror.

—¡No! ¡No! ¡Ben, no lo hagas! ¡Abandona ese camino! ¡Por favor!

Kylo se paró sobre el cadáver de Snoke.

—Te sigues aferrando —dijo él—. *Déjalo ir*.

Avanzó hacia Rey, sosteniendo débilmente el sable de luz encendido. Pero no se acercó de manera amenazadora. Súbitamente, en cierto modo eso la asustó aún más.

—¿Quieres saber la verdad sobre tus padres? —preguntó él—. ¿O la sabías desde antes, pero la ocultaste, te la ocultaste a ti misma? *Déjala ir*. Conoces la verdad. ¡Dila!

Rey trató de encontrar la fortaleza para negarlo, para apartarlo. Pero él tenía razón. Ella sí sabía la verdad, y era la misma que el mayor de sus miedos, el que la había perseguido por tanto tiempo: una verdad para la que no podía encontrar refugio.

—No eran nadie —dijo ella.

—Sucios comerciantes de chatarra que te vendieron por dinero para alcohol —dijo Kylo—. Murieron. Los sepultaron en una fosa común en el desierto de Jakku.

Las lágrimas cubrieron los ojos de Rey. Ella luchó para contener sus emociones, temiendo que si las liberaba, aunque fuera por un momento, la abrumarían y la arrastrarían.

Kylo estaba a un paso de ella ahora, con los ojos fijos en los suyos.

—No tienes un papel en esta historia —dijo él—. Provienes de la *nada*. *Eres* nada. —Entonces sus ojos se suavizaron—. Pero no para mí. Únete a mí. Por favor.

Él apago el sable de luz de su tío y extendió la mano hacia ella.

CAPÍTULO 28

Cuando Hux salió del hangar, sacudiendo subrepticiamente la mano que Rose había mordido, los stormtroopers pusieron a Finn y Rose de rodillas.

Phasma se quedó viéndolos, y Rose se dio cuenta de que ella podía verse a sí misma, pequeña y distorsionada, en la máscara de gárgola de cromo de la capitán de la Primera Orden.

—Los blásters son demasiado buenos para ellos —dijo ella—. Hagamos que sufran.

Rose miró a Finn, que trataba de soltarse de los stormtroopers, y se le ocurrió algo extraño: por lo menos ella iba a morir junto a él.

Era verdad que ella quiso estrangularlo durante las primeras horas después de conocerlo, lo que no era el mejor inicio de una relación. Pero habían luchado juntos en Canto Bight y en el mismo corazón de la Primera Orden. Lucharon por la Resistencia, a pesar de la renuencia inicial de Finn. Y lucharon uno por el otro.

En algún lugar de ese remolino de acontecimientos, Rose había empezado a confiar en él. Más que eso, ella empezaba a preocuparse por él.

—Esperen mi orden —dijo Phasma, y los stormtroopers los mantuvieron en su lugar desplazándose con incomodidad.

¿Sabía Finn lo que Phasma tenía en mente para ellos? Rose lo miró, y la expresión en su rostro la hizo desear no haberlo hecho.

A bordo del *Raddus*, Holdo volvió a revisar deprisa que la computadora de navegación del crucero pesado no hubiera desechado las instrucciones de anulación que había tenido que programar. Las alertas de aproximación destellaron en la consola, pero ella las ignoró.

La nave insignia de la Primera Orden empezó a deslizarse por el espacio delante del *Raddus*, afuera de los ventanales del puente temporal. El fuego de los turboláseres seguía brotando desde su proa, destruyendo a los transportes de la Resistencia que buscaban la seguridad en Crait.

Holdo se recordó que sólo había una manera de ayudar a los evacuados: si ella atraía la atención de la Primera Orden demasiado pronto, su desesperada apuesta terminaría en nada. Lo único que podía hacer era esperar.

El Capitán Peavey permanecía atento en el puente del *Supremacy*, mirando mientras otro transporte de la Resistencia se esfumaba en llamas.

—Su grupo de tiradores ha hecho un excelente trabajo, capitán —dijo a Yago, elevando la voz para que se le oyera en los cubículos de la tripulación—. Los felicito.

Yago recibió esta aprobación con un asentimiento rígido, pero debajo de su reserva, Peavey pensó que el hombre estaba complacido.

El capitán de la nave de guerra mon calamari evidentemente había esperado que los transportes que huían de su hangar no fueran detectados a una distancia tan amplia: una apuesta que hubiera tenido éxito de no ser por una recomendación de Hux, entre todas las personas, de que se concentraran en las emisiones débiles en la proximidad del crucero.

Una vez que los tripulantes del *Supremacy* analizaron las emisiones, había resultado relativamente sencillo para comunicación / rastreo centrarse en ellas, descubrir el ardid y empezar a derribar los transportes uno por uno. Pero a esta distancia, la exactitud de los tiradores seguía siendo impresionante.

Los oficiales de Yago los habían entrenado bien, y Peavey trató de asegurarse de que recibieran el crédito que merecían. Dado todo el trabajo que aún les quedaba, no sería conveniente hacer que el resentimiento se enconara entre los altos oficiales de la armada.

—Pero ¿qué está haciendo ese pesado crucero? —preguntó Yago, mirando con suspicacia el holotanque.

Peavey miró el holotanque, llevado por la curiosidad de saber lo que había visto el otro capitán.

A este rango, los disparos de turboláser de la Primera Orden podían destruir a los transportes, pero simplemente rebotarían en los escudos del pesado crucero (y las propias armas de la nave de guerra mon calamari no eran amenaza para la nave insignia de la Primera Orden). De modo que el *Supremacy* simplemente había ignorado a la nave de la Resistencia, desechándola como una distracción.

—Viene hacia nosotros —dijo Yago—. Exploren las emisiones del motor en busca de radiación gamma.

Peavey asintió. Él había esperado que el capitán de la Resistencia saltara al hiperespacio con la esperanza de atraer la persecución de la Primera Orden, o que hiciera un ataque suicida para dar tiempo a los transportes. Al parecer, el capitán había optado por lo primero, aunque debía saber que era demasiado tarde para que esa táctica tuviera éxito.

Antes de que Peavey pudiera consultar con Yago, Hux llegó precipitadamente al puente, con aspecto agitado. Los talones de sus botas resonaron en la cubierta pulida.

—Señor, el crucero de la Resistencia se prepara para saltar a la velocidad de la luz —llamó un monitor desde uno de los cubículos de la tripulación.

Peavey lanzó una mirada inquisitiva a Hux, esperando que el joven y susceptible general no hiciera algo imprudente. Por una vez, no lo hizo.

—Está vacío —se burló Hux—. Tratan de desviar nuestra atención. Qué patético. Sigan disparando a los transportes.

Peavey ofreció a Yago una mirada de leve sorpresa (cuidadosamente calibrada para que fuera tan leve que Hux no la notara) y vio que Yago había reaccionado de la misma manera, haciendo que coincidiera su muy leve levantamiento de ceja con una casi imperceptible inclinación de la cabeza.

Luego, una vez intercambiado el sutil mensaje, recuperaron su postura rígida e impecable.

Poe miró con desesperación cómo otro transporte era destruido. Sólo quedaban seis: seis naves desarmadas, indefensas entre la Primera Orden y el dominio galáctico. Trató de imaginar cualquier cosa que pudiera cambiar su suerte, pero no había nada.

Connix pasó la vista de una pantalla de sensor al *Raddus*.

—Nuestro crucero está preparando sus motores para el hiperespacio —dijo ella—. ¡Está huyendo!

—No, no es eso —dijo Poe.

No había adónde huir, y Holdo lo sabía. Además, Poe había estado en el puente. No había cursos cargados en la computadora de navegación: hasta que él mismo había programado uno. Por eso supo lo que Holdo planeaba hacer.

Delante del *Supremacy*, la nave de guerra mon calamari se estaba dando vuelta, con su bulbosa nariz orientándose hacia la fuerza de tareas de la Primera Orden que la había acosado por tanto tiempo.

Peavey esperó que la nave se desvaneciera, seguida por la reveladora torcedura del espacio y el estallido de radiación de Cronau que marcaba una estela en el hiperespacio. Ociosamente, trató de imaginar adónde podría dirigirse el pesado crucero. No importaba mucho: Peavey dudaba que el crucero tuviera el suficiente combustible para otro salto una vez que llegara. Luego de que estos últimos transportes fueran eliminados, la Primera Orden podría recuperar la nave de guerra a su antojo.

Pero el crucero no había saltado. Peavey se inclinó hacia delante, llevado por la curiosidad, y se dio cuenta de que Yago y los demás oficiales estaban haciendo lo mismo, mientras una comprensión horrorizada se marcaba en sus rostros. Sabían lo que el capitán de la Resistencia planeaba hacer.

—Dios mío —dijo Peavey.

—¡Fuego sobre ese crucero! —gritó Hux.

En la sala del trono en ruinas, Rey se quedó viendo la mano enguantada de Kylo, extendida hacia ella como una súplica.

Ella extendió la suya y, antes de que Kylo se diera cuenta de lo que pretendía, Rey arrebató el sable de luz de su mano con la Fuerza. El arma salió dando vueltas hacia la mano de ella… y se quedó congelada en el aire.

Una vez rechazada su súplica, Kylo había levantado su propia mano, convocando a la Fuerza para detener el vuelo del sable de luz.

El arma colgaba en el aire entre ellos, temblando débilmente. Rey la miró, deseándola en su mano. Pero Kylo la estaba atrayendo hacia él con igual determinación. Entre ellos, el sable de luz se estremecía y bailaba.

Cada quien se quedó viendo al otro, con los ojos fijos. Rey podía sentir que la Fuerza se agitaba, como el mar en Ahch-To, convertida en furia por sus intentos de manipularla. Podía sentir también el cristal de kyber en el corazón del arma buscando una resonancia, tratando de encontrar armonía donde sólo había disonancia. Atrapado en su estira y afloja, el cristal parecía lamentarse con la Fuerza, un gemido que Rey podía sentir en sus huesos.

Ella y Kylo estaban sudando ahora, sin que alguno de los dos mostrara deseos de ceder un milímetro en su enfrentamiento.

Hasta que, finalmente, el cristal se rompió; su energía liberada desgarró la cubierta del sable de luz por la mitad y llenó la sala del trono con un destello blanco, brillante y cegador.

En el segundo en que escuchó la pisada de las botas, Finn supo lo que Phasma había ordenado para él y para Rose.

Cada batallón de stormtroopers tenía una pequeña cantidad de soldados asignados a tareas de ejecución. Pero no había una unidad especial de verdugos; más bien, la asignación era al azar, y cualquier trooper podría integrarla. Lo hacían anónimamente: las armaduras de los verdugos nunca transmitían el número de trooper debajo de ella. La obediencia sin cuestionamientos era el deber de todo stormtrooper de la Primera Orden, igual que lo era imponer esa obediencia.

Las filas de troopers se abrieron y los verdugos avanzaron, vistiendo la armadura reservada para ellos: un casco con una franja negra, hombreras de campana negras como el carbón y placa pectoral especializada con marcas negras.

En lugar de blásters, llevaban hachas láser. Con un toque del interruptor de activación, del mango de cada hacha brotaron cuatro pares de garras emisoras. Suspendido entre cada una de ellas había un filamento monomolecular de brillante energía de color cian que podría cortar a través de cualquier cosa.

Un zumbido que parecía tartamudear surgió de los filamentos de energía, un ruido que a Finn siempre le había parecido extraño e inquietante. Cada vez que había cumplido

con su tarea de ejecución, esperaba devotamente que el día terminara sin tener que llevar a cabo semejante orden. Se preguntó si los troopers elegidos hoy esperaban lo mismo.

—¡Mátenlos a los dos! —rugió Phasma.

El silbido de los ejes cambió de tono cuando los soldados los levantaron para el golpe mortal.

Antes de que cayera, el mundo explotó a su alrededor.

Bajo operaciones ordinarias, la presencia de un objeto de tamaño considerable entre la posición en el espacio real del *Raddus* y su punto de entrada en el hiperespacio hubiera causado que los seguros contra fallos del pesado crucero se activaran y apagaran el hiperdrive.

Sin embargo, estos seguros estaban fuera de línea y las instrucciones de anulación estaban activadas, por lo que se ignoraron las alertas de aproximación. Cuando el pesado crucero se clavó en la amplia ala de vuelo del *Supremacy*, la fuerza del impacto fue por lo menos tres veces mayor que cualquier magnitud que los amortiguadores inerciales del *Raddus* fueran aptos para manejar. El campo protector que generaron falló de inmediato, manteniendo intacta a la nave de guerra por la mera fracción de un instante, antes de que la fuerza inimaginable del impacto convirtiera al *Raddus* en una columna de plasma que se consumió un momento después.

Sin embargo, el *Raddus* también había acelerado a casi la velocidad de la luz en el punto del impacto catastrófico y la columna de plasma en que se convirtió era más caliente que un sol y estaba intensamente magnetizada. Este plasma fue lanzado entonces al hiperespacio, por un túnel abierto por el generador de campo cuántico nulo, un túnel que colapsó tan rápido como se había abierto.

Tanto la columna de plasma como el túnel del hiperespacio se fueron en menos de un parpadeo, pero duró lo suficiente para cortar el casco del *Supremacy*, de popa a proa, rasgar un agujero con una cadena de destructores estelares volando en formación con él y finalmente desaparecer en el espacio vacío miles de kilómetros más allá de la fuerza de tareas de la Primera Orden.

Desde su puesto ante los ventanales del puerto de uno de los seis transportes restantes de la Resistencia, Poe vio que el *Raddus* se alargaba para convertirse en una tira de luz que se disparó a través de la nave insignia de la Primera Orden, la cortó en dos y dejó un feroz rastro que marcaba su ruinoso paso a través de la flota.

Soldados y tripulantes vitorearon y se abrazaron, pero Poe y Leia permanecieron en silencio y solemnes, agobiados por el sacrificio de Holdo.

Aunque rasgado en dos, el destructor de clase Mega siguió avanzando por el espacio en su misma dirección: el *Raddus* lo había atravesado con una velocidad tan asombrosa que lo que quedó intacto apenas redujo su velocidad. Mientras tanto, los transportes, ahora sin obstáculos, siguieron volando.

Cuando los ojos de Finn se abrieron de golpe descubrió que Rose estaba luchando para arrastrarlo por la cubierta de la nave espacial.

Finn se sacudió el aturdimiento y se puso de pie, tambaleante, junto a ella, con el bláster levantado. A su alrededor, todo era caos: un denso humo llenaba el hangar, cuerpos de stormtroopers cubrían el suelo y sirenas sonaban. BB-8 inclinó su cabeza hacia Finn, obviamente silbando y pitando con preocupación, pero él no podía escuchar al astromecánico.

Trató de descubrir lo que había sucedido. Se había puesto tenso al pensar en lo que sucedía después de que le separaban a uno la cabeza del cuerpo, y esperando que las viejas historias contadas en los cuarteles de cabezas cercenadas que estudiaban su entorno y trataban de hablar no fueran ciertas. Entonces el hangar se había sacudido, con tal fuerza que todos los stormtroopers se estrellaron contra la cubierta a su alrededor. Un enorme sonido había llenado sus oídos, el hangar, todo. Y luego se hizo la oscuridad.

—¡Finn! ¡Tenemos que irnos!

Rose lo tomó de la mano y lo jaló hacia un transbordador ligero de la Primera Orden que parecía intacto. Él decidió que esa era una buena idea: nunca había escuchado que un viaje a bordo de media nave terminara bien.

Otra explosión sacudió el hangar; BB-8 salió volando y ellos se agacharon. Finn distinguió un destello de fuego reflejado y su corazón se hundió. Un momento después, Phasma emergió de entre el humo, con dos docenas de stormtroopers ordenados detrás de ella. Los troopers se extendieron como abanico, bloqueando su ruta hacia el transbordador, y elevaron sus rifles.

Bueno, eso no parecía muy justo. Pero entonces Finn tropezó y se fue hacia atrás a causa de una erupción de calor y luz que envió a los stormtroopers a volar en todas direcciones. Entre un trueno de sonido, Finn miró hacia arriba y vio que un caminador explorador de dos patas luchaba por liberarse de sus amarras. Mientras lanzaba otro aluvión de disparos, los cables que lo sostenían en su lugar arrancaron la cabina del caminador, revelando a BB-8 en los controles.

El caminador explorador sin cabeza se desplazó por el hangar, dando la impresión de que se tropezaría a cada paso, y abrió fuego sobre los stormtroopers con las armas de su barbilla. Cada explosión enviaba a volar troopers de armadura blanca.

—Ese droide loco nos está dando una oportunidad: ¡vamos! —gritó Rose.

Finn miró al caminador, impactado: ¿BB-8 estaba manejando eso? Luego se agachó ante un disparo láser y buscó cubrirse con Rose detrás de los pedazos de escombros que llenaban el hangar.

Mientras los stormtroopers se apuraban para instalar un bláster de repetición que pudiera poner fuera de combate al caminador explorador, Phasma avanzó a zancadas por el hangar con el rifle levantado. Rose lanzó una apresurada descarga de disparos en su dirección, pero pasaron de largo mientras Phasma corría hacia ellos.

Una de las hachas de los verdugos estaba sobre la cubierta, donde su portador la había abandonado. Finn la recogió y descargó un golpe contra la cabeza de Phasma, mientras ella elevaba su rifle. Ella vio venir el golpe y alzó su bláster para interceptarlo.

El hacha cortó su rifle en dos. Finn sonrió cuando su antigua comandante arrojó lejos las inútiles mitades de su arma. Pero antes de que pudiera aprovechar su ventaja, Phasma sacó un bastón corto de acero de su cinturón de herramientas. Con un movimiento rápido, como si accionara un látigo, lo convirtió en una lanza de doble punta, casi tan alta como ella.

—Nunca fuiste nada más que una falla en el sistema —le dijo ella, con una voz que chorreaba desprecio.

—¡Adelante, Cabeza de Cromo! —le gritó Finn como respuesta, lanzando un amplio volado con el hacha. Ella lo bloqueó y por poco lo atraviesa con su lanza, por lo que él tuvo que ceder terreno. Detrás de ella, el caminador explorador destrozaba el hangar pieza por pieza y los stormtroopers se veían obligados a huir de su fuego asesino.

Phasma gritó y atacó a Finn con su lanza, alternando golpes violentos con volados dirigidos a su cabeza, su pecho y sus piernas. Él los paraba con el mango del hacha, mientras saltaban chispas a cada impacto, y buscaba una apertura en su defensa.

Pero no había una: ella era más rápida y fuerte. Todo lo que él podía hacer era mantener el hacha entre los dos mientras los golpes de ella llovían de todas direcciones, empujándolo firmemente hacia atrás y obligándolo a esquivar los cuerpos de los stormtroopers muertos por la explosión que lo había dejado inconsciente.

Se dio cuenta de que ella estaba maniobrando para llevarlo hacía un agujero en el piso del hangar: probablemente un elevador para traer equipo pesado de un piso inferior. Lenguas de fuego salían por la apertura.

Finn trató de evadirse hacia los costados, pero Phasma lo interceptó y todo lo que él pudo hacer fue elevar el hacha en el último segundo posible antes de que ella le partiera el cráneo en dos. Pero su arma se estremeció y luego se rompió.

—Siempre fuiste desobediente —dijo Phasma, con el bastón en su puño blindado—. Irrespetuoso. Tus emociones te hacen *débil*.

Él trató de tomar la lanza con la mano mientras ella la lanzaba de nuevo sobre él, lo derribó de espaldas, hacia el calor y el viento hirviente que subía de las profundidades del *Supremacy*.

La stormtrooper con armadura cromada había avanzado hacia Finn con una decisión asesina, sin prestar atención al caminador explorador ni los otros peligros que los rodeaban. Rose había hecho unos cuantos disparos en su dirección, pero no podía hacer mucho más: no era una tiradora entrenada, y el más mínimo error podría significar que un disparo de bláster le diera a Finn en lugar de su enemiga.

Además, Rose sabía que todo estaría perdido si los stormtroopers dejaban inservible el caminador de BB-8. Era un milagro que la nave de guerra que los rodeaba se hubiera mantenido unida tanto tiempo, y no podían seguir tentando a su suerte. Tenían que irse y el transbordador era el único boleto disponible.

Rose mantuvo un flujo constante de fuego hacia los stormtroopers, aprovechando que estaban preocupados por BB-8, y dejó a varios inmóviles sobre la cubierta. Trató de alinear un disparo en la espalda con capa de la líder, pero ella esquivó un golpe de Finn y la oportunidad se perdió.

Rose se dio cuenta de que estaban conduciendo a Finn hacia un pozo en llamas en la cubierta. Le gritó que tuviera cuidado, pero no podía hacer nada más. Mientras miraba horrorizada, la trooper con armadura cromada lo empujó al infierno.

Un momento después, él surgió de las llamas, subiendo sobre la plataforma del turboelevador en que había aterrizado y lanzando un demoledor golpe hacia arriba a su atacante con su hacha rota. El golpe derribó a Phasma y partió su máscara. A través del cromo destrozado, Rose pudo ver un ojo azul pálido en un rostro pálido.

—Siempre fuiste escoria —escupió ella.

—Escoria rebelde —replicó Finn con frialdad y un momento después el piso colapsó alrededor de su excomandante. Phasma cayó hasta desaparecer en el fuego.

El hangar se sacudió mientras una vibración ominosa lo atravesaba. BB-8 había maniobrado el caminador explorador para acercarse a Rose. Ella se trepó en él con dificultad.

—Oye, ¿necesitas un aventón? —le gritó a Finn, rezando por que la oyera.

Por fortuna él lo hizo. Saltó arriba del caminador, que avanzó con firmeza por el hangar. Las llamas surgían de ventilas y conductos alrededor de ellos.

—¡Debemos irnos, y necesitamos hacerlo ahora mismo! —gritó Finn mientras abandonaban el caminador y corrían por la rampa del transbordador con alas de murciélago.

—¡Estoy trabajando en eso! —le gritó Rose.

—¿Puedes volar esta cosa?

—Yo espero que sí.

Finn parecía alarmado.

—¿Preferirías quedarte aquí? —preguntó Rose.

El hangar se estremeció y un pórtico se desprendió de sus amarras, arriba, golpeando contra la cubierta detrás de ellos. BB-8 silbó para apurarlos.

—Estará bien —dijo de prisa Finn.

—Esa es la actitud.

Ella se metió deprisa en la cabina de mando y se sintió aliviada al descubrir que los controles eran simples, y aún más aliviada cuando el transbordador se encendió de inmediato. En D'Qar no hubiera sido una sorpresa descubrir que componentes importantes habían sido vandalizados o que se le había dejado sin combustible.

Rose jaló los controles hacia atrás y el transbordador se sacudió de la cubierta. Se estremeció cuando un ala raspó la pared del hangar. Finn se cubrió los ojos con las manos.

—¡No estás ayudando! ¡Ya lo logré!

—¡Entonces písale! —dijo Finn.

Rose hundió el acelerador y el transbordador dio un salto adelante, mientras las llamas se elevaban a su alrededor. Se estremeció mientras atravesaba el campo magnético que mantenía contenida la atmósfera del hangar, luego se estabilizó. Rose inclinó la nariz de la nave y así fue como dejaron atrás a la nave de guerra condenada de la Primera Orden.

Después del caos en el hangar, el silencio en la cabina de mando resultaba en cierto modo desconcertante: los tres simplemente se quedaron sentados por varios momentos, y el único sonido era las respiraciones entrecortadas de Rose y de Finn.

—Entonces ¿adónde vamos? —preguntó Rose.

Los ojos de Finn se dirigieron hacia la extensión blanca de Crait.

—Al lugar al que pertenecemos —respondió él.

CAPÍTULO 29

Las cubiertas del *Supremacy* que habían estado en la ruta del salto del *Raddus* al hiperespacio ya no existían (habían sido extirpadas como por el bisturí de un cirujano). En todos los demás lugares, la vida o la muerte de los tripulantes dependió de peculiaridades de la construcción de la poderosa nave de guerra a medida que los sistemas fallaban en cascadas por arriba y por abajo de las mitades cortadas de las alas voladoras. Nubes de cápsulas de escape rodeaban los restos de la poderosa nave, y todos los canales estaban saturados con frenéticas llamadas de auxilio.

El *Raddus* había golpeado a la izquierda del centro, dejando inafectada la sección del destructor clase Mega que albergaba el puente superior y la sala del trono. Esto resultó afortunado para Hux: mientras el puente descendía en el caos, él había corrido deprisa al turboelevador que lo conectaba con el santuario del Líder Supremo. Hasta que entró en el elevador y usó su cilindro de códigos para acceder a la sala del trono se dio cuenta de que tal vez no funcionaba.

Miró alrededor frenéticamente, atrapado por el miedo de que él mismo se hubiera entregado a un vergonzoso final: el arquitecto del dominio militar de la Primera Orden pasando sus últimos momentos atrapado en un turboelevador. Pero este descendió con tanta suavidad, que Hux no tenía idea de que algo pudiera estar mal.

Luego las puertas se abrieron y esa ilusión se apagó. La sala del trono era la escena de una incomprensible carnicería. Los navegadores alienígenas de Snoke habían huido, sus temibles guardias estaban muertos y el propio Líder Supremo estaba derribado, como un montón inmóvil, enfrente de su trono. Kylo Ren, inmóvil, estaba extendido cerca.

Una sola mirada bastó para indicar a Hux que Snoke estaba muerto. Pero Ren sólo estaba inconsciente, porque su pecho se elevaba y hundía.

Hux se paró junto al cuerpo del Líder Supremo, en estado de choque por un momento, tratando de procesar todo lo que había sucedido y calcular todo lo que podría pasar a continuación.

La nave insignia de la Primera Orden (que también era su capital móvil, su mayor astillero, su mejor instalación de investigación y desarrollo y tantas cosas más) estaba condenada. Sin embargo, la Resistencia había quedado reducida a un patético puñado de naves atrapadas en un mundo distante. Y la Nueva República no estaba más cerca de la resurrección. Sorprendentemente, el inminente final del *Supremacy* cambiaría poco en relación con el equilibrio de poder en la galaxia.

Sin embargo, una cosa era segura: la Primera Orden necesitaría un nuevo Líder Supremo. Snoke estaba muerto. Ren, no.

Hux se movió con rapidez y cuidado para apartarse del Líder Supremo y mirar a Ren. Su mano se arrastró hacia la pistola en su funda.

Kylo se movió y sus ojos empezaron a parpadear agitadamente. Hux convirtió el movimiento en busca de su bláster en uno para rascar una comezón fantasma en su pierna y dio un paso atrás. Cuando los ojos de Kylo se abrieron, encontraría al general mirándolo con fingida preocupación.

—¿Qué fue lo que pasó? —preguntó Hux.

Le tomó a Kylo un momento tomar conciencia de la situación.

—La chica mató a Snoke —dijo él.

La sala del trono se sacudía alrededor de ellos de una manera que daba náuseas. Hux sabía lo que eso significaba: el complejo sistema de amortiguadores inerciales y compensadores de aceleración que protegía las cubiertas centrales del *Supremacy* estaban fallando. Tenían que darse prisa. Pero Kylo se encontraba confundido. Trató de prepararse, mirando con incredulidad a la mitad destrozada de la nave insignia y los destructores estelares desbaratados más allá de ella.

Hux marchó hacia una puerta sellada, estudiando los datos mostrados junto a ella.

—¿Qué pasó? —preguntó Kylo, viendo la expresión de él.

—El transbordador de escape de Snoke se ha ido —respondió el general.

Kylo se quedó pensando en eso. Rey se había recuperado primero. Seguramente ella se dio cuenta de que él estaba a su merced, pero lo había dejado vivo. Casi como si le importara.

Bueno, esa fue otra decisión tonta y sentimental. Eso representaría la destrucción de ella.

—Sabemos adónde se dirige —dijo bruscamente a Hux—. Que nuestras fuerzas sitien la base de la Resistencia. Terminemos con esto.

El general fijó su mirada en él con desdén.

—¿Terminar con esto? ¿Crees que puedes ordenar a nuestro ejército? No tenemos gobernante. El Líder Supremo está muerto.

Kylo no dijo una palabra. Los discursos a gritos y la retórica hirviente eran las especialidades de Hux. A veces la acción comunicaba un mensaje mucho más efectivo.

Levantó su mano, ordenando a la Fuerza y dirigiéndola para enroscarse alrededor de la garganta de Hux.

—El Líder Supremo ha caído —dijo Kylo.

Las vías respiratorias de Hux se cerraron y el mundo empezó a volverse gris. Cayó de rodillas ante Kylo, con los ojos abiertos por el miedo.

—Larga vida al Líder Supremo —dijo Hux a Kylo.

Este lo soltó, con un gesto casual y casi despectivo, dejando a Hux jadeando para llevar aire a sus pulmones.

El transbordador de la Primera Orden colgaba del espacio, bañado por la luz deslumbrante reflejada de la superficie de Crait.

La cabina del transbordador de comando era simple y funcional. Rey se había alejado de las dos mitades del *Supremacy* a un punto de observación lejos de la fuerza de tareas de la Primera Orden y el planeta de abajo. Ella sabía que, siempre y cuando no hiciera nada tonto, el bajo perfil de la nave y las contramedidas del sensor la mantendrían a salvo de la detección hasta que el *Halcón Milenario* llegara. Entonces, esperaba que ella y Chewbacca pudieran ayudar a sus amigos.

Rey pasó sus dedos por el dispositivo de señal en su muñeca: el que Leía le había prometido que iluminaría su camino a casa.

Pero ¿cuál sería esa casa? Ella no había visto exactamente cuántos transportes habían escapado, pero sabía que sólo eran un puñado. Los comandantes de la Primera Orden estarían empeñados en destruir a los sobrevivientes.

Kylo sería uno de esos comandantes, aunque pudo haber sido de otra manera.

Rey había estado de pie por encima de Kylo, que permanecía inconsciente en el piso de la sala del trono después de la detonación del sable de luz de Luke, y ella había visto con gran claridad lo que podía hacer. Hubiera sido demasiado fácil tomar su sable, encenderlo y terminar con su vida. ¿Cuántas vidas salvaría la acción de un solo instante? ¿Cuánta oscuridad se evitaría?

Ella había permanecido en la sala del trono y se había visto haciéndolo; sin embargo, de inmediato supo que no lo haría.

El error de Luke había sido suponer que el futuro de Ben Solo estaba predeterminado y que ya había tomado su decisión. El error de *ella* había sido suponer que la elección de Kylo Ren era simple, que darle la espalda a Snoke era lo mismo que rechazar la atracción de la oscuridad.

Ahora, ella veía que el futuro era un abanico de posibilidades, que cambiaba de forma constantemente por el resultado de eventos que parecían menores y de decisiones que parecían pequeñas. Era muy difícil dejar de ver el futuro que dominaba tus esperanzas y miedos como si fuera fijo e inmutable, cuando en realidad era tan sólo uno de muchos. Y con mayor frecuencia, la conciencia de la Fuerza no te ayudaría a encontrar la ruta a través de esas posibilidades ramificadas y retorcidas.

La Fuerza podría mostrarte el futuro, con toda seguridad, pero *¿cuál* futuro? ¿El que sería? ¿O el que tú mismo crearías, atraído a él sin poder hacer nada? ¿Aunque fuera ese el futuro que más deseabas evitar?

Rey había aprendido que la Fuerza no era su instrumento, que, en realidad, era a la inversa.

Así como Kylo era su instrumento, a pesar de su determinación de torcerla a su voluntad. Ella tenía la seguridad de que algún día él aprendería que la Fuerza no terminaba con él. Y eso significaba que la vida de Kylo no estaba allí para que ella la tomara, sin importar el futuro que ella creía que había visto para él.

Rey esperaría, sin importar lo difícil que fuera eso mientras las naves de guerra de la Primera Orden descendían sobre Crait. Ella esperaría, y el futuro se desencadenaría de acuerdo con la voluntad de la Fuerza.

Eso había sido siempre cierto. La diferencia era que ahora ella lo comprendía.



PARTE VI

CAPÍTULO 30

El desembarco en un planeta siempre dejaba un poco desorientada a Leia. Ella supuso que era la transición entre el viaje espacial y el vuelo atmosférico lo que le preocupaba: dentro de unos minutos un planeta pasaría de ser un objeto en el espacio debajo de ti a representar la totalidad de tu entorno, y resultaba extraño pensar que los dos eran, en realidad, uno y lo mismo.

Sin embargo, en esta ocasión era un alivio estar protegida por la envoltura externa de la atmósfera de Crait. Su transporte y otros cinco que habían sobrevivido estaban finalmente a salvo de los turboláseres de la Primera Orden. Aunque sabía que no por mucho tiempo.

Dejó a Poe en las ventanas de babor y atravesó la cubierta hasta la cabina de mando, reconociendo los saludos con la cabeza y la mano de soldados, pilotos y técnicos cansados.

Goode y Nell estaban exhaustos, sin energía por un viaje en que habían estado indefensos y del que habían sobrevivido sólo por la suerte que había eludido a tantos otros. Leia sabía que había que pagar un precio por ser salvados de esa manera. Demasiado pronto, Goode y Nell recordarían su escape del *Raddus* no con el alivio por haber sobrevivido, sino con la culpa de que los otros no lo hubieran hecho. Y Leia sabía que la culpa nunca los abandonaría.

Leia reconoció el problema y lo hizo a un lado, lo apartó de su mente. Era real, y ella haría su mejor esfuerzo por ayudarlos, pero sólo importaría si sobrevivían las horas siguientes.

Así que verificó que Goode y Nell tuvieran las coordenadas que Holdo había enviado a todos los transportes, ofreciéndoles palabras de aliento y una mano en el hombro, y luego los dejó solos: volar un ladrillo como un carguero U-55 era suficiente tarea para tener además a la líder de la Resistencia parada detrás de ti.

Ella encontró a Poe mirando con esfuerzo por el ventanal hacia la brillantez que los rodeaba. Ahora estaban debajo de la ionósfera y podían distinguir detalles de la superficie: vastas planicies blancas con franjas rojas y atravesadas por delgados listones azules, bordeadas por series de montañas altas y delgadas.

—No estamos equipados para el frío —dijo Poe con ansiedad.

—No es necesario —replicó Leia—. Eso no es nieve. Es sal.

Poe frunció el ceño, estudiando el planeta de abajo. Él no era el primero en verse engañado por las enormes extensiones de las salinas de Crait.

—Has estado aquí antes —dijo Poe.

Leia asintió.

—Cuando era joven. Antes de que se inventara el hiperdrive.

Eso por lo menos la hizo sonreír y hacer un movimiento de mano desdeñoso. Ella dejó que su mente vagara décadas atrás, a la primera vez que había visto este mundo solitario. Era entonces una adolescente, una aprendiz de legislador en el Senado Imperial y una princesa que se preparaba para reclamar la corona de Alderaan, como lo indicaban las ancestrales tradiciones de su mundo natal.

Pistas en oscuros registros habían convencido a Leia de que algo estaba sucediendo en Crait, y se había tomado la descuidada responsabilidad de investigarlo ella misma, tan sólo para tropezar con una base insurgente. Una que su padre había construido, usando créditos alderaanianos que su madre había canalizado a cuentas secretas.

—Alguna vez fue una colonia minera —le dijo a Poe—. Abandonada porque una disputa laboral consumió los márgenes de ganancia. La compañía minera construyó un refugio con puertas blindadas para protegerse de las tormentas de cristal. Eso fue lo que llamó la atención de mi padre, cuando estaba organizando la Rebelión. Sus técnicos agregaron un escudo contra bombardeo orbital, pero el verdadero trabajo ya se había hecho.

Ahora tenía la atención de Poe: él había crecido con las historias de guerra de la Alianza de sus padres y, como joven piloto de la Nueva República, su decepción por perderse la acción había sido palpable. Ella dudaba que él se siguiera sintiendo así.

—¿Así que hay una base rebelde allí? —preguntó él.

—No —dijo Leia—. La Alianza aún no existía. Por la época en que surgió, el Imperio había cambiado sus patrullas y a mi padre le preocupaba que pudiera detectarse el tránsito de naves en la zona. Consideramos a Crait como una nueva base principal después de Yavin: hizo un estudio y hasta compró algún equipo. Pero se presentaron complicaciones.

Poe arqueó las cejas inquisitivamente, pero este no era el momento para contar historias.

—Las coordenadas pasaron a mis archivos después de la paz con el Imperio —dijo Leia—. Conservé los archivos para usarlos sólo en caso de que fuera necesario.

Eso hizo que Poe asintiera. La mayor parte de los secretos militares de la Alianza habían sido entregados a la Nueva República inmediatamente después de su formación, y habían resultado críticos en la guerra corta y salvaje contra los restos del Imperio. Pero Leia, Ackbar y otros líderes rebeldes se habían asegurado de guardarse alguna información, como salvaguarda contra el desastre. Sus archivos secretos contenían los datos de computadoras de navegaciones de rutas secretas al hiperespacio, la ubicación de mundos de seguridad rebeldes y cualquier cantidad de escondites y almacenes de equipo. Sin ellos, la Resistencia habría dejado de existir poco después de su formación.

—Bueno, supongo que esto califica como «sólo en caso de ser necesario» —dijo Poe.

—Supongo que sí —dijo Leia con seriedad, extrayendo su comunicador—. Ahora esperemos que los códigos de la puerta blindada sigan funcionando. O nos vamos a ver muy tontos acampando afuera de las puertas cuando llegue la Primera Orden.

Por fortuna, todavía funcionaban tanto los códigos de Leia como el mecanismo de impulso de la enorme puerta blindada. Los transportes volaron sobre una cordillera y Poe distinguió los surcos de trincheras cortados a través de las planicies de sal, que llevaban a la enorme losa de una torre con un portal gigantesco enfrente de ella.

Los transportes volaron a baja altura por la planicie y entraron en el sombrío interior de la torre. Los últimos soldados estaban bajando de la rampa del sexto y último transporte cuando sonó la primera alarma.

Leia se acercó deprisa a la entrada y vio lo que temía ver: los puntos de nuevas naves descendiendo a través de la atmósfera. El sacrificio de Holdo había hecho tambalearse a la Primera Orden sobre sus talones y había dado tiempo a la Resistencia de llegar al planeta, pero el respiro había sido temporal.

—Ya vienen —dijo sombríamente—. Cierren la puerta.

Poe transmitió las órdenes de Leia, gritando en el oscuro interior de la mina. Los evacuados de la Resistencia estaban ocupados haciendo una de cien cosas: descargando cajas de equipo de los transportes, tratando de alimentar consolas con energía y pasando rifles y cascos blindados.

—¡Mantengan cerrada esa puerta y cúbranse! —gritó Poe.

Un extraño tintineo le llegó a los oídos y vio pinchazos de luz en el fondo del interior cavernoso, en las sombras profundas más allá de los transportes. Miró más de cerca y se preguntó si estaba viendo visiones.

No, no era su imaginación. En realidad había animales allí (docenas de ellos). Eran pequeños, no mucho más altos que la rodilla de una persona, con orejas largas y puntiagudas y bigotes caídos enmarcando sus caras. Sus cuerpos brillaban con las luces de los transportes, y Poe se dio cuenta de que lo que consideraba piel era en realidad una densa cobertura de cerdas de cristal. Cuando las criaturas se movían, su piel hacía un sonido que le recordaba las campanillas de viento en su distante Pamarthe.

Cualquier cosa que fueran, no planteaban amenaza: no eran hostiles, sólo estaban desconcertadas de que la quietud de su guarida hubiera sido rota por invasores extraños, de dos patas. Tampoco temían a los recién llegados: después de unos momentos de indecisión empezaron a olisquear con curiosidad a los soldados de la Resistencia.

Poe se encogió de hombros. La galaxia estaba llena de sorpresas. Un día, tal vez, podría tomar muestras de algunas de ellas en paz. Un día, pero no ahora.

La enorme puerta se estaba arrastrando hacia abajo. Poe rogó en silencio para que no se atascara a la mitad del camino ni que se quedara sin energía antes de cerrarse.

—¡Poe!

Esa fue Leia. Él atravesó corriendo el interior de la base, esquivando al personal de la Resistencia, y se quedó junto a ella, justo afuera de la pesada puerta. Sus botas crujieron entre trozos sueltos de sal, y el aire dejaba un olor distintivo y penetrante en su nariz.

Una nave con alas de murciélago recorría la planicie, precipitándose directamente hacia la base. Seis cazas TIE lo seguían. Poe no podía saber si eran escoltas o perseguidores, pero los soldados de la Resistencia que se encontraban afuera debieron ver algo que él no vio, porque abrieron fuego.

Poe esperaba que el transbordador se desviara, pero vio en el último momento que el piloto estaba demasiado desesperado para hacerlo. Poe retrocedió frenéticamente y se lanzó en busca de refugio cuando el ala superior del transbordador golpeó la puerta blindada con un chirrido ensordecedor. El ala se sacudió y la nave cayó tropezando por la cubierta, dispersando soldados de la Resistencia, y patinó hasta detenerse entre una lluvia de chispas. Detrás de él, la puerta se cerró con un estampido profundo.

Leia recogió un rifle y comenzó a cubrir con fuego de bláster el frente del transbordador. Poe y varios soldados se unieron a ella, y los ventanales del transbordador explotaron.

Alguien gritó frenéticamente y un par de manos familiares emergió de la ventana destrozada, levantadas en señal de rendición.

—¡No disparen! —gritó Finn—. ¡Somos nosotros!

Una vez que el fuego se detuvo, él sacó su cabeza, junto a Rose que tenía los ojos muy abiertos.

—¡Finn! —dijo Poe—. ¡Siguen con vida! ¿Y mi droide?

La rampa descendió y BB-8 salió rodando, silbando con energía.

—¡Amigo! —dijo Poe, dando golpecitos en la cabeza del astromecánico y tratando de encontrarle sentido al flujo de respuestas del habla del droide—. ¿De verdad? Eso suena intenso. Mira, estamos un poco ocupados, pero me contarás todo más tarde.

Finn, todavía sacudido, trataba de recuperar su aliento. Rose miraba por el interior de la base, con conmoción y consternación en su rostro. Seis transportes, unas cien personas.

—¿Es todo lo que queda? —preguntó a Finn.

Finn no tenía manera de reconfortarla. Nadie la tenía.

—¿Sabes cuál lado de una llave hidráulica es cuál? —le dijo Poe a Rose—. Eso te convierte en nuestro departamento de ingeniería. Sígueme. Te necesitamos.

Leia había recordado el camino a la sala de control de la base, pero no estaba preparada para las pésimas condiciones en que estaría. Años de corrosión por la sal habían dejado los controles oxidados y agujerados, y el musgo en el aire sugería que las criaturas parecidas a zorros la habían hecho parte de su hogar.

Por fortuna, las entrañas de los sistemas de la base habían estado blindados y recubiertos. Unos cuantos empalmes y puentes, junto con una apresurada búsqueda de baterías, lograron alimentar al equipo clave con energía y lo dejó más o menos funcional. Poe exhaló y movió la cabeza en dirección de Finn y Leia.

—Muy bien —dijo a los miembros de la Resistencia que habían sido puestos a servir como técnicos—. Los escudos están activos, de modo que no nos atacarán desde órbita. Usen las reservas de energía para trasmitir una señal de auxilio al Borde Exterior.

—Usen mi código personal —dijo Leia—. Esta base ha estado abandonada durante treinta años; pensamos que sería un escondite, no una fortaleza. Cualquier aliado de la Resistencia, es ahora o nunca.

Rose entró en la sala de control y Finn pudo ver el agotamiento en su rostro y en la manera en que se sostenía. Apenas podía mantenerse de pie. Pero todos estaban en las mismas condiciones.

—¿Qué es lo que tenemos? —preguntó Poe, aunque la expresión de Rose ya le había indicado que no le gustaría la respuesta.

—Municiones podridas, artillería oxidada e inservible, algunos speeders de esquí medio destripados —dijo Rose con impotencia.

Poe asintió. No había mucho que decir: si la base tuviera un escondite secreto de naves de asalto o turboláseres ocultos, Leia lo hubiera sabido.

Finn frunció el ceño y Poe supo lo que su amigo estaba pensando: que habían cambiado la opción de morir en el espacio por la de morir en un agujero. Después de todo, eso era lo que todos estaban pensando.

—Recemos para que esa maldita puerta resista lo suficiente hasta que llegue la ayuda —dijo Poe.

Como si fuera una respuesta, un estallido sacudió la sala (profundo, grave y resonante). Un hilillo de polvo rojo cayó del techo.

Después de un momento, otro estallido recorrió las cavernas. Y Finn supo que ninguna barrera mantendría afuera a la Primera Orden por mucho tiempo. Sus líderes partirían el planeta en dos para atraparlos.

CAPÍTULO 31

Varias cámaras en el exterior proporcionaban una panorámica de la planicie de sal que rodeaba la base, unas cuantas habían sobrevivido a los largos años de inactividad. Finn miró a través de un dispositivo de visualización en la sala de control y reportó lo que veía.

Habían llamado a Leia de otra parte para que grabara la solicitud de ayuda que sería transmitida al Borde Exterior y, en su ausencia, la tensión en la sala creció mientras soldados y personal presionados más allá de sus límites se permitían mostrar su desesperación.

Poe y Rose, por lo menos, estaban llenando los minutos de ansiedad a la búsqueda de algo, lo que fuera, que cambiara su situación. Podría escucharse el mensaje de la general, pero no serviría de mucho si los aliados llegaban para encontrar que la base era una ruina carbonizada y que no quedaba nadie para salvar. Poe había enviado a los droides a buscar esquemas de la base y ordenó a los técnicos que pusieran a funcionar los decrépitos emplazamientos de artillería como última línea de defensa, mientras Rose hacía un inventario de cualquier cosa que pudiera repararse y usarse en una pelea, desde moto speeders hasta speeders de esquí.

Por su parte, Finn estaba usando las cámaras del exterior para estudiar lo que la Primera Orden intentaba lanzarles en una batalla en tierra. Estaba seguro de que eran caminadores pesados lo que las naves de desembarco habían bajado al planeta: AT-AT y tal vez también los fuertes AT-M6. Dependiendo de la evaluación que la Primera Orden hiciera de sus defensas, tal vez también habría AT-ST y moto speeders, como apoyo de las tropas lanzadas como piquetes. Mientras tanto, los cazas TIE proporcionarían cobertura aérea.

Sin embargo, algo tenía confundido a Finn: una docena de enormes transportes de la Primera Orden estaba descendiendo en perfecta formación. Eso no coincidía con ninguno de los procedimientos con que estaba familiarizado (y luego vio que bajaban un enorme cilindro). Tocó tierra y un momento después Finn pudo sentir el temblor.

Aumentó la ampliación de la mirilla y sacudió la cabeza cuando vio lo que habían depositado.

—Es un cañón ariete —reportó sombríamente—. Tecnología miniaturizada de la Estrella de la Muerte. Eso partirá la puerta como si fuera un cascarón de huevo.

Ese era, entonces, el instrumento de su condena.

—Tiene que haber otras formas de salir de aquí, ¿o no? —preguntó Rose.

BB-8 rodó hacia ellos, lanzando bips. C-3PO se tambaleaba detrás del ansioso astromecánico. Todas las miradas se dirigieron hacia los droides con cualquier esperanza que pudiera reunirse.

Detrás de los dos droides, Finn vio los ojos brillantes de más zorros de cristal. Las criaturas habían superado su miedo a los miembros de la Resistencia y parecían curiosos por ellos, aunque seguían espantándose con facilidad.

—BB-8 ha analizado los planos de la mina —dijo C-3PO—. Esta es la única entrada o salida.

Otro impacto sacudió la sala de control mientras la Primera Orden seguía probando la fuerza de la enorme puerta. Las caras alrededor de Finn estaban desoladas por la desesperación, hasta la de Poe.

Finn sacudió la cabeza. No había llegado tan lejos sólo para dejar que la Primera Orden ganara. Y sabía que ninguno de los demás tampoco. Tan sólo necesitaban recordarlo.

—Contamos con aliados —dijo él—. Muchos tienen fe en Leia. Recibirán nuestro mensaje. Vendrán. Pero hace falta tiempo.

—¿Tiempo para qué? —preguntó un piloto con desesperación.

—Para que llegue la ayuda —dijo Finn—. Para que Rey regrese con Skywalker, para que Leia idee un plan, para que la Primera Orden se equivoque, para que ocurra un milagro. ¿Qué vamos a hacer, *no* luchar? Nosotros debemos destruir ese cañón.

Poe asintió, sonriéndole a Finn. Y Rose se rio.

—Dijiste la palabra mágica —dijo ella.

—¿Cuál? ¿*Luchar*? —preguntó Finn.

Ella negó con la cabeza y le lanzó otra sonrisa, una con verdadero afecto. Él vio que los ojos de ella estaban húmedos.

—*Nosotros.*

—Ármense —dijo Poe—. Hagámoslo.

El hangar de speeders de esquí se volvió una línea de ensamblaje. Rose y otros técnicos recién asignados dirigían a astromecánicos para que revisaran los sistemas de cada vehículo y tomaran una decisión: listo para volar, necesita reparaciones, desmembrar para refacciones.

Ningún speeder de esquí cayó en la primera categoría, pero con un poco de creatividad y remiendos apresurados, Rose y los técnicos lograron preparar y cargar con energía a trece naves, aun entre las rítmicas explosiones de los impactos en la puerta blindada y los informes de que la Primera Orden había desembarcado caminadores remolcadores y empezado a arrastrar su cañón de asedio por la planicie salada.

Los speeders de esquí habían empezando su existencia como naves civiles, construidas para aprovechar una moda muy antigua de carreras de slalom entre asteroides. Se colocaba un motor de gran tamaño en medio de las naves, con estabilizadores a cada lado, uno para la cabina giroscópica y el otro para un brazo móvil de equipo. Debajo del motor había un monoesquí de halofoil diseñado para mantener el

deslizador anclado. Estaba asegurado a una guía en el piso, que, a su vez, conducía a una rampa de lanzamiento al final del hangar.

El paso de la manía del slalom entre asteroides había enviado a los speeders de esquí a los basureros de la galaxia. Unos cuantos habían sobrevivido y encontrado nueva vida como naves de exploración en asentamientos en asteroides, y los insurgentes antiimperialistas de Crait los habían usado como vehículos de patrullaje. Los técnicos de Crait habían injertado cañones láser gemelos en los brazos móviles de equipo, bloqueado la rotación de la cabina del piloto y blindado los speeders de esquí con placas de casco sobrantes.

Rose tenía que felicitar a esos técnicos: habían hecho un trabajo ingenioso. Pero los speeders de esquí tenían el objetivo de atrapar contrabandistas o piratas. La vanguardia de un ejército de la Primera Orden era mucho más de lo que cualquier persona en su sano juicio esperaría que fueran capaces de manejar.

Poe estaba ayudando al General Ematt a preparar una última línea de defensa en el laberinto de trincheras de Crait. Mientras esperaba a que llegara al hangar, Rose trató de imaginar cómo le explicaría sus dudas.

Ella sólo había empezado a tartamudear su letanía cuando él levantó su mano.

—Lo sé, lo sé —dijo él—. Es como alguien tirado en un museo que nadie quería visitar, en primer lugar. Pero es lo que tenemos, así que obtendremos lo mejor de esto. De todos modos, trece pájaros es mucho más de lo que pensábamos que podríamos echar a volar. Gran trabajo.

—Eh, por lo menos dile a tus pilotos que escojan sus blancos —dijo Rose, quitándose la grasa de motor de sus manos—. Esas uniones de las armas son frágiles y las sobrecargarán si disparan a todo lo que se mueve.

—Buena idea —dijo Poe—. ¿Por qué no se los dices tú misma? Ya que irás con nosotros.

—¿Yo? —Rose lo miró con incredulidad—. Yo soy una técnica de mantenimiento, no una piloto, ¿recuerdas?

—¿Cuándo fue la última vez que enderezaste un escape? —preguntó Poe.

—Hace un minuto.

—Muy bien, pero eso no es lo importante. Aterrizaste ese transbordador con seis TIE tras de ti y una enorme puerta cerrándose encima de ti, ¿o no?

—Lo estrellé, querrás decir.

—Un sabio alguna vez me dijo que cualquier aterrizaje del que salgas caminando fue bueno —dijo Poe—. Además, ¿quién va a cuidar a Finn?

Rose vio que Finn se enredaba con unos auriculares de piloto. Él levantó la vista, vio a Rose con sorpresa y cruzó los brazos sobre su pecho.

—¿Qué? Yo soy el tipo más familiarizado con lo que van a lanzar sobre nosotros. Y el único que ha visto ese enorme cañón que tienen.

—Esto no es como volar un transbordador, con lo que ya eras bastante malo.

—Sólo haré lo que tú haces. ¿Qué tan difícil puede ser?

Poe intervino antes de que Rose pudiera responder.

—¿Ves? Por eso te necesitamos.

Rose empezaba a objetar, pero Poe le indicó que guardara silencio. Leia había entrado al hangar, seguida por C-3PO.

—El Escuadrón Rojo usó esos mismos speeders para rechazar a los exploradores imperiales —dijo Leia—. Yo volé uno en esa misión. De acuerdo con Poe, eso me hace una experta.

Algunos de los pilotos y del personal sonrieron, aunque varios pilotos más jóvenes parecían asombrados. Leia vio su reacción y se esforzó para no mover los ojos en señal de disgusto.

—El esquí está allí para darle estabilidad: es para asegurar que su motor proporciona empuje y no elevación —dijo ella—. Ayuda a que haga su trabajo. Si se elevan por los aires, son blanco fácil —ella los miró para asegurarse de que habían comprendido eso, luego siguió—: La Primera Orden desembarcó caminadores pesados. Están usando varios TIEs como apoyo aéreo. Los caminadores son músculo, diseñados para acabar con la artillería y las defensas en tierra. No pueden derrotarlos frente a frente, así que no lo intenten. Pero pueden volar lejos de ellos. Los TIE serán una mayor amenaza. Esa es otra razón para permanecer cerca de la cubierta.

Los pilotos asintieron, aunque Rose observó que unos cuantos observaban los speeders de esquí con duda.

—Nuestro objetivo es ese cañón —dijo Leia—. Es lo único que puede quebrar nuestra puerta frontal, así que tratemos de lograr que no llegue a distancia de tiro. Lo están remolcando caminadores de arrastre (montones de piernas rechonchas y horribles). Si ponemos fuera de combate a los que arrastran, el cañón se detiene. Si rompemos los cables que usan para jalarlo, el cañón se detiene.

Los pilotos escuchaban atentamente ahora.

—Hemos transmitido nuestro mensaje —dijo Leia—. No sé quién responderá, ni cuándo. Lo que sí sé es que no estamos solos en esta lucha y cada minuto que podamos robar a la Primera Orden aumenta nuestras oportunidades. ¿Alguna pregunta?

No hubo. Poe se paró junto a Leia, mirando a sus pilotos. Cuando ella movió la cabeza en dirección a él, Poe dio un paso adelante.

—Bueno, pedí una docena de alas-X T-85 con dispositivos de encubrimiento —les dijo—. Supongo que están detenidos en el tráfico.

Un par de pilotos se rieron. Otros sólo se quedaron viendo a Poe con rostro de piedra.

—Aun así, acaban de oír que el Escuadrón Rojo voló nuestros pájaros —dijo él—. Yo crecí escuchando sobre esos hombres y mujeres y soñando que tal vez un día podría volar como ellos. Igual que ahora, nadie pensó que esos pilotos tuvieran una oportunidad. ¿Saben lo que hicieron? Derribaron una Estrella de la Muerte.

Rose sonrió. También un par de pilotos.

—Buena suerte —dijo Leia—. Y que la Fuerza los acompañe.

Los pilotos se pusieron de pie y empezaron a colocarse sus cascos, revisar sus auriculares y ponerse los guantes. Mientras tanto, técnicos y astromecánicos empezaron a encender los speeders de esquí. El sonido de sus motores se elevó de un zumbido grave a un silbido constante.

Poe trepó a la cabina del piloto al aire libre del primer speeder en la fila. Finn fue el siguiente, luego Rose. Ella apretó el barbiquejo de su casco, verificó que estaba recibiendo el canal del escuadrón y revisó su consola. Todos los sistemas estaban en verde, al menos por el momento.

—¿Todo bien, Finn? —preguntó ella.

Finn se dio vuelta y le respondió elevando los pulgares.

—Tu comunicador funciona, ¿sabes? —replicó ella.

Otra vez los pulgares arriba. Muy bien.

—Lanzamiento —dijo Poe—. Síganme.

Su speeder de esquí se deslizó hacia delante a lo largo de la guía en la rampa al final del hangar y se perdió de vista. Un momento después todos lo escucharon gritar deleitado en el canal del escuadrón. Rose, familiarizada con los pilotos, no se resistió a sonreír: si no pasaba otra cosa, Poe tendría un último viaje detrás de un mando tipo volante, en el lugar que era como su hogar y donde aparecía su mejor personalidad.

Rose sabía que Paige también estaría expresando su alegría. Tocó su medallón de Otomok y sonrió con tristeza.

«Si estás por allí, en algún lugar, Pae-Pae, tu ayuda me serviría de mucho».

El speeder de Finn se deslizó por la rampa. Luego el de Rose se sacudió hacia delante, titubeó y empezó a avanzar más suavemente. La oscuridad la rodeó y entonces el speeder de esquí empezó a moverse, y el ruido sordo del motor creció hasta volverse un rugido mientras las paredes de la rampa pasaban como un borrón y quedaban detrás de ella.

«Bueno, aquí no va pasar nada».

CAPÍTULO 32

El General Ematt surgió de una puerta estrecha que llevaba fuera de la mina hacia la vieja trinchera rebelde, pestañeando ante la brillante luz reflejada de la planicie blanca. Detrás de él, surgió el Sargento Sharp, enredado con su casco contra explosiones.

Las paredes de la trinchera eran de un rojo profundo, espolvoreadas de blanco. Planchas de metal recubrían el fondo de la trinchera, incrustada con restos acumulados. Un par de cañones de artillería se alzaban sobre las trincheras. Poe le había asegurado a Ematt que dispararían. Ematt decidió que lo creería cuando lo viera: daban la impresión de que el retroceso del primer disparo los convertiría en una pila de hojuelas de óxido.

Dentro, pasaban rifles de bláster a cualquiera que tuviera aspecto de representar un peligro para el enemigo más que para la persona que estaba a su lado. También pasaban fusiles y armas pequeñas, y revisaban un almacén de viejos cartuchos de municiones rebeldes para ver a cuál le quedaba una carga.

Serían la última línea de defensa, después de los speeders y la artillería. Ematt esperaba que no llegaran a eso, aunque sabía que era probable que así pasara.

Bueno, en ese caso harían pagar a la Primera Orden un precio por cada milímetro de terreno.

Ematt trepó fuera de la trinchera, hacia la planicie, mientras la enorme puerta blindada se levantaba detrás de él. Mientras exploraba el horizonte con sus quadnocs, Sharp se agachó para pellizcar unos cuantos copos de nieve blanca. Los probó y escupió.

Sharp volteó la vista y vio que sus pisadas habían levantado sal en polvo, que ahora cubría las suelas de sus botas. Donde se habían parado, ahora se mostraba el suelo de cristal carmesí. Ematt bajó los quadnocs y habló por el comunicador de su muñeca:

—Fuerzas terrestres acercándose —previno.

—Entendido —replicó Poe—. Vamos en camino.

Se abrieron ranuras en lo alto de la puerta blindada y los speeders de esquí se precipitaron hacia afuera, con los estabilizadores flexionados por el viento. El descenso fue mitad deslizamiento, mitad vuelo propulsado, y Rose luchó por mantener estable su vehículo. Se le revolvió el estómago mientras trataba de ubicarse en sus alrededores, desde la salina que se levantaba frente a ella hasta los puntos distantes de las fuerzas terrestres de la Primera Orden.

Luego miró hacia arriba y vio a Finn sonriendo, aparentemente hipnotizado por la experiencia de encontrarse en el aire, sin pensar en lo que sería golpear el suelo.

—¡Oye, tonto! —gritó ella en su auricular—. ¡Ancla tu monoesquí!

Finn miró alrededor, sorprendido, y buscó el interruptor. Justo cuando Rose estaba segura de que se estrellaría, encontró el control que desplegaba el monoesquí. Salió de la parte inferior de la montura del motor de su speeder un momento antes de que su vehículo golpeara la corteza salada.

El impacto de la caída al suelo de su propio speeder sacó el aire de los pulmones de Rose y por un momento estuvo segura de que los cañones o la cabina de mando, o ambos, se desprenderían de su vehículo. Pero entonces el speeder rebotó sobre el esquí y empezó a correr por la extensión blanca junto a Finn, como parte de una fila de speeders que avanzaban por la planicie.

Sus esquíes se deslizaban por la capa de sodio por encima del suelo, levantando una estela de polvo cristalino debajo de la corteza y dando a cada speeder una brillante cola roja que se extendía detrás como una bandera.

Poe tuvo que retirar su pie del acelerador después de que un panel cedió debajo de él, enviando un trozo de la placa del casco a girar por la planicie.

—¿Qué diablos? No me gustan estas cubetas oxidadas y todo está en nuestra contra. Manténganse juntos y no se acerquen demasiado hasta que traigan ese cañón al frente.

Rose podía ver a los caminadores de la Primera Orden a la distancia, delante de ellos, pero no el cañón de asalto. Ella subió la mano por su overol y sacó su medallón de Otomok, colgándolo de una palanca en la consola de su speeder.

—Fuerzas de tierra, abran fuego —solicitó Poe.

Las fuerzas de la Resistencia en las trincheras escucharon su orden y los cañones de la artillería abrieron fuego: disparos de bláster cruzaron la planicie de sal hacia las filas de la Primera Orden. Unos pocos rayos golpearon a los caminadores, pero no produjeron daño alguno, hasta donde Poe podía ver.

Mientras el viento azotaba su cabina, Poe revisó su situación y no le gustaron sus conclusiones. La mayor parte de las fuerzas terrestres de la Primera Orden eran caminadores de combate pesados. Cada leviatán tenía un enorme cañón turboláser incorporado en la parte superior de su lomo y extremidades anteriores reforzadas, diseñadas para apoyarse y soportar el retroceso. Su armadura era demasiado pesada para que la penetraran los blásters de los speeders de esquí de la Resistencia.

Arriba de los caminadores, los cazas TIE volaban en círculo como aves de rapiña. Y por arriba de ellos, los sensores de Poe pintaron un solitario transbordador de comando, indudablemente la nave desde la que se dirigiría el asalto. Las armas de los speeders tenían el poder suficiente para destruir un TIE o el transbordador, pero Poe sabía que la nave de la Resistencia sería despedazada si trataba de ganar altura y trabar combate.

El cañón de asalto sería más vulnerable, o por lo menos Poe lo esperaba devotamente. Pero la Primera Orden lo mantenía inteligentemente tras las líneas, salvaguardado por los caminadores. Cualquier ataque contra él tendría que desafiar a caminadores y a los TIE, lo que equivalía a un suicidio.

Poe sabía que podría terminar en eso. Pero no iba a arriesgar la vida de sus pilotos a menos que no viera otra opción. Así que, por ahora, sondearía la fila de la Primera Orden,

pero trataría de mantener a su escuadrón intacto y esperando que el enemigo cometiera un error, o que algo cambiara sus probabilidades.

Poe tenía razón sobre el transbordador de comando: albergaba a Kylo, Hux y varios otros oficiales de alto rango de la Primera Orden. Todos miraban abajo, al campo de batalla, y monitoreaban las transmisiones de los sensores.

Kylo hubiera preferido supervisar el asalto solo; sabía que Hux vería la operación relativamente sencilla como una oportunidad para autoensalzarse. Pero era fundamental mantener cerca al ambicioso general. Hux había eliminado a varios rivales durante su ascenso al poder (incluido su propio padre) y Kylo no tenía intención de unirse a esas filas. Con Hux a su lado, no había oportunidad de que un accidente derribara el transbordador de mando (y daba oportunidad de recordar al general y los demás oficiales quién estaba al mando).

—Trece vehículos ligeros se acercan —dijo Hux—. ¿Esperamos hasta destruirlos?

—No —replicó Kylo—. Sigan avanzando. La Resistencia está en esa mina. Este es el final.

La Primera Orden inició su ataque cuando los speeders de esquí estaban todavía a cierta distancia de sus líneas, ordenando a los cazas TIE que abandonaran su posición de espera sobre los caminadores y entablaran combate. Los disparos de los blásters agitaron la corteza de sal, levantando volutas rojas que inquietaron a Poe porque le recordaron la sangre, y uno de los speeders de esquí se convirtió en llamas.

—¡Cazas! —gritó Poe—. Sepárense.

Los speeders se dispersaron, mientras los TIE se abalanzaban sobre ellos. Una docena de persecuciones se tejieron por la planicie, que quedó cicatrizada con marcas de viruela carmesí y franjas talladas por los halofoils de los speeders de esquí.

Poe dio un giro muy cerrado con su speeder; el marco de su estabilizador emitió un gemido de metal en tensión mientras él apuntaba a un caza TIE que buscaba una oportunidad de ametrallar a uno de los speeders. Como se encontraba demasiado bajo para acertar el tiro, Poe tiró hacia atrás el mando de control, dejando que el speeder de esquí rebotara sobre la planicie.

«Todavía demasiado bajo. Vamos, bebé, dame un poco de aire».

El speeder de esquí rebotó un poco más alto, Poe apretó el gatillo y su cañón láser escupió fuego. El TIE se partió en dos y sus paneles solares salieron girando en diferentes direcciones.

El grito de triunfo de Poe se quedó corto porque tuvo que esquivar otro TIE que se abalanzó sobre él, donde sus armas no podían alcanzar.

—¡No podemos igualar este poder de fuego! —previno C'ai Threnalli, en su idioma nativo.

—Tenemos que contenerlos hasta que saquen el cañón —replicó Poe.

Un piloto gritó mientras el fuego de un cañón destrozaba su speeder y el TIE que lo había destruido se inclinaba por arriba de la planicie. La artillería de la Resistencia lo rastreó y lo hizo explotar en pedazos, pero los TIE respondieron a esa amenaza dando vuelta y barriendo a las tropas vulnerables en las trincheras.

Finn se estremeció cuando el speeder junto a él fue derribado. Miró adelante por el parabrisas, parpadeando ante el resplandor, y trató de encontrar el cañón de la Primera Orden entre las elevadas figuras de los caminadores de combate.

Las explosiones tallaron el terreno cercano y él movió su speeder en zigzag, esperando estropear la puntería de los cazas. Estaban perdiendo speeders: ¿por qué Poe no les ordenaba que fueran tras ese cañón?

Otro speeder desapareció en llamas y el grito de su piloto se disolvió en la estática.

«Estamos perdiendo».

Entonces sus ojos se abrieron mucho.

—¡Rose! ¡Detrás de ti!

Tres cazas TIE perseguían el speeder de esquí de Rose por la planicie, sus cañones láser disparaban descargas mortales. Antes de que Finn pudiera dar vuelta para ayudar, el primer TIE quedó incinerado, luego el segundo se desvaneció en una bola de fuego. El tercero simplemente se fue.

Rose esquivó los escombros que llovían de los cielos y luego levantó la vista para localizar a su salvador. Sus ojos se agrandaron ante la vista de un carguero maltrecho que volaba a gran velocidad por encima de ellos. El aspecto de la nave no parecía mucho mejor que el de los speeders de esquí, pero de alguna manera maniobraba como un X-Wing.

No reconoció la nave, pero aparentemente Finn sí, porque dejó escapar un grito de triunfo.

A bordo del *Halcón Milenario,* Chewbacca vio que el TIE explotaba y dejó escapar un grito de guerra wookiee, uno que fue repetido como un eco por el porg sentando en la consola, junto a él.

Mientras tanto, en la torreta inferior, Rey giraba y disparaba a más TIE. Otro explotó y ella mostró los dientes en una sonrisa de depredador. Los pilotos de la Primera Orden habían estado tan ocupados aterrorizando a su presa sobre tierra que se olvidaron que del cielo podrían descender otros cazadores.

—Oh, adoro esto —dijo ella, haciendo explotar otro TIE.

A bordo de su transbordador de escape robado, Rey había esperado con creciente frustración mientras los destructores estelares de la Primera Orden formaban un cordón

por arriba del planeta y las naves de desembarco empezaban a descender, llevando caminadores y un misterioso cilindro que ella no reconoció.

Había esperado que Finn y la General Organa estuvieran allí abajo y no que hubieran sido atrapados a bordo de uno de los muchos transportes que ella había visto destruidos. Era terrible pensar que ya podrían estar muertos (o que podrían morir mientras ella esperaba inútilmente a que el *Halcón* regresara). Cuando finalmente el carguero había emergido del hiperespacio, ella estaba frenética y fastidió tanto a Chewbacca que él la calló con un aullido agraviado mientras ella atravesaba la esclusa de aire a toda velocidad.

El wookiee envió al *Halcón* a dar vueltas para alejarse de un par de TIE, dejando a Rey en una posición perfecta para centrar a un caza en la mira de su arma. Ella se dio un momento para admirar la gracia de Chewbacca como piloto, al tiempo que se permitía hundirse en la Fuerza y la dejaba que guiara sus acciones. Mientras dos TIE se convertían en llamas, ella divisó a más TIE acercándose, luego de dejar su posición sobre los caminadores de la Primera Orden. Los cazas formaron una fila suelta detrás del *Halcón*, compitiendo para asestar un disparo en su popa.

—¡Chewie! —gritó Rey en su auricular—. ¡Aléjate de la batalla! ¡Atráelos lejos de los speeders!

Chewbacca aceleró para distanciarse del campo de batalla, y los TIE se extendieron detrás de él como la cola del cometa de un niño. Debajo, Rey miró cómo unas criaturas con piel cristalina corrían por la planicie de sal, con los ojos fijos en las extrañas aves que volaban sobre ellas.

Adelante, una grieta dividía la salina como una enorme herida roja. El carguero se hundió en ella y Rey miró las paredes del cañón con asombro: estaban salpicadas con afloramientos de cristal que destellaban ante el sol.

Detrás de ellos, dos TIE chocaron entre sí, porque cada piloto malinterpretó las intenciones del otro mientras buscaban una delantera segura entre la grieta que se estrechaba rápidamente. La explosión envió trozos de cristal girando lejos de las paredes. Un bloque se clavó en el ventanal principal de un caza y lo puso a girar hasta que se estrelló contra las paredes. Rey salpicó a los otros TIE con fuego asesino.

Desde la cabina de su speeder de esquí, Poe miraba con asombro cómo todos los TIE perseguían al *Halcón*, esfumándose en los cielos del norte.

—Ella los atrajo a todos, ¡a todos ellos! —dijo maravillado.

—¡Oh, *odian* esa nave! —dijo Finn exaltado.

—¡Ahí está! —gritó Rose por el comunicador.

Poe vio lo que había atraído la atención de ella: dos caminadores de remolque estaban arrastrando al cañón de asedio al frente de la fuerza principal. Los remolcadores le recordaron a Poe enormes escarabajos, desplazándose sobre múltiples extremidades

hexagonales. Gruesos cables conectaban a los remolcadores con el cañón, desplazándolo con mínima ayuda de sus repulsores elevadores.

Despojados de su cordón de cazas, los comandantes de la Primera Orden aparentemente habían decidido presionar el ataque. Los caminadores lanzaron una ráfaga tras otra en dirección del reducto de la Resistencia, dispersando a los soldados en las trincheras.

—Nuestra única oportunidad es que le demos justo en la garganta —dijo Finn mientras los seis speeders de esquí restantes corrían hacia el cañón.

Dentro del transbordador de comando, Kylo echaba humo.

La vista de la nave maltratada de su padre lo había llenado de furia y había gritado para que los tiradores lo hicieran explotar. Hux despachó de inmediato a todos los cazas para que lo hicieran, y por eso despojó a los caminadores de cubierta aérea; de tal modo, sus tiradores se quedaron solos luchando contra los ágiles speeders, que corrían hacia el cañón de asedio.

Kylo no creía que los speeders pudieran dañar al enorme cañón, que ya estaba casi listo para iniciar su secuencia de disparo. Pero también había pensado que la Base Starkiller era inexpugnable, y las alimañas de su madre habían convertido a la superarma en un anillo de escombros en las Regiones Desconocidas.

—¡Todo el poder de fuego contra esos speeders! —ordenó.

—¡Concentren todo el fuego sobre los speeders! —gritó Hux.

Kylo lo miró con disgusto.

—¡Manténganse unidos! —gritó Poe mientras los caminadores apartaban su atención de las distantes trincheras y abrían fuego sobre los speeders, enviando gotas de rojo que salían disparadas hacia arriba desde nuevos cráteres que explotaban en la sal. Se sentía como si su speeder fuera a deshacerse, aunque ninguno de los disparos láser hubiera dado en su blanco.

—Esa es un arma *grande* —dijo Rose con asombro.

Él estuvo de acuerdo. El cañón de asedio le recordó el cañón de una pistola enorme, de doscientos metros de largo, con un núcleo anaranjado brillante. Poe ladeó su speeder y barrió el cable que conectaba el cañón con uno de los caminadores remolcadores, esperando que se partiera bajo el fuego. Las armas arriba del caminador de remolque abrieron fuego, forzándolo a desviarse.

Sin inmutarse, Poe dio media vuelta para otro recorrido, con fuego intenso a todo su alrededor, y se quedó mirando el cable con consternación. Sólo había quemado la superficie.

El centro del cañón de asedio comenzó a brillar con intensidad y Poe vio que él humo empezaba a elevarse. Mientras miraba con incredulidad, la sal comenzó a fundirse enfrente del cañón y la corteza empezó correr como líquido. Aun a esta distancia, podía sentir su calor.

Otro speeder explotó, el fuego de uno de los caminadores lo había alcanzado. Poe se dio cuenta de que habían fracasado. Abrirían la puerta con una explosión y las tropas de la Primera Orden asaltarían la mina. Su única oportunidad ahora consistía en encontrar una posición defendible en algún lugar de las cavernas y sostenerla lo mejor posible, lo que significaba que la Resistencia necesitaba a todo aquel que pudiera sostener un bláster.

El cañón estaba a sólo unos doscientos metros de distancia, pero Poe se negó a dejarse tentar. Su speeder quedaría cocinado antes de que pudiera acercarse lo suficiente para que importara.

—¡Retirada! —ordenó.

—¿Qué? —pudo escuchar la incredulidad en la voz de Finn.

—El arma está cargada. ¡Es una carrera suicida! Todos los vehículos repliéguense.

—¡No! ¡Estoy muy cerca!

—¡Retirada! ¡Es una orden!

Los otros tres speeders de esquí se apartaron, siguiéndolo, pero Finn siguió corriendo hacia el cañón.

—¡Finn, es demasiado tarde! —gritó Rose—. ¡No lo hagas!

—¡No, no van a vencernos! —dijo Finn, con voz furiosa.

—¡No! —gritó Rose—. Finn, escucha a…

Ella lo vio quitarse el auricular y lanzarlo a un lado. Estaba a sólo unos cincuenta metros del cañón, buscando volar justo debajo de este (pero su speeder ya estaba quemado y lleno de abolladuras). Adelante de él, el propio aire era calcinante, encendido por el aterrador calor del rayo trazador del cañón.

«No», pensó Rose, con los dientes apretados. Habían llegado demasiado lejos para que ella se quedara viendo mientras él desperdiciaba su vida. Ella ladeó con fuerza su speeder, siguiendo a Finn. Su medallón se balanceaba salvajemente sobre la consola. Ella lo tomó, colocándolo alrededor de su cuello un momento antes de que su speeder se estrellara contra el de Finn, justo por debajo de la enorme boca del cañón.

El impacto envió al speeder de Finn a dar vueltas fuera del camino del cañón mientras Rose daba salvajes volteretas y su estabilizador se deshacía. Luego el suelo se precipitó hacia ella, un remolino carmesí y blanco.

Un sonido. Rose no podía saber de dónde venía en la oscuridad que la rodeaba, pero sabía que era importante, de alguna manera. Importante y conectada con ella.

Trató de concentrarse en él, pero la cabeza le dolía demasiado. Todo le dolía, en realidad. Ella sólo quería dormir, con la esperanza de que el dolor y el ruido retrocedieran, la dejaran estar.

Escuchó el sonido de nuevo y se dio cuenta de que era su nombre. Era la voz de Finn pronunciando su nombre. Una voz llena de urgencia y miedo.

Rose se esforzó por abrir los ojos. Estaba derrumbada en la cabina retorcida de su speeder de esquí, o lo que quedaba de él. La planicie alrededor de ella era una mescolanza caótica de fragmentos de sal y polvo rojo. Finn iba corriendo hacia ella. Detrás de él, un torbellino de humo se elevaba en el aire.

Ella trató de llamarlo, de decirle dónde estaba y que se sentía bien. Pero tenía problemas para hacer que su voz funcionara. Además, estaba muy segura de que ella no se encontraba, en realidad, nada cerca de sentirse bien.

Abrió los ojos y vio su rostro junto al suyo, con los ojos bien abiertos.

—¿Por qué me detuviste? —preguntó él.

Rose deseó que su voz funcionara. Esta parte que seguía era importante. Ella tenía que hacerlo comprender.

—*Yo te salvé*, bobo —dijo ella—. Así es como ganaremos. No combatas lo que odias; salva lo que amas.

El cañón de la Primera Orden disparó: un sol científico brillante. Una enorme explosión de energía cruzó la planicie entre él y la puerta blindada, incendiando el aire con un rugido y enviando un viento cálido latigueando a través de la salina.

Mientras la puerta blindada era destrozada, Rose inclinó su cabeza y besó a Finn, sólo en caso de que él no la hubiera escuchado, o que no hubiera comprendido su significado.

El gran tonto tenía un buen corazón. Pero también tendía a pasar por alto lo obvio.

CAPÍTULO 33

Muy arriba del campo de batalla, seguro en el refugio del transbordador de comando, Kylo miraba impasible mientras el cañón de asedio se oscurecía, una vez gastado su fuego. La enorme puerta que protegía los restos de la Resistencia estaba hendida por una fisura en su centro, y grandes fragmentos de piedra caían por las orillas de la herida.

Junto a Kylo, Hux exploró el daño con una mezcla de temor y placer.

Este era el futuro, él lo sabía: los integrantes sin esperanza de la Resistencia y los revanchistas de la Nueva República huyendo del poder de la Primera Orden hasta que ya no quedara adónde correr, y luego buscando refugio en agujeros de mundos olvidados. No les serviría de nada: serían desenterrados por las máquinas de Hux y arrastrados afuera por sus tropas.

Sería un trabajo lento, pero nunca tedioso. Porque él disfrutaría cada batalla, rendición y ejecución. La galaxia había sido afectada demasiado tiempo por la enfermedad, pero Hux había esterilizado la infección. Ahora cortaría el tejido muerto.

Sentía que Ren compartía su satisfacción al ver que el objetivo que habían perseguido por tanto tiempo finalmente estaba al alcance de la mano.

—General Hux, avance —dijo él—. Sin cuartel. Sin prisioneros.

Los oficiales de la Resistencia dentro de la mina se apartaron de la luz y el calor enormes de la explosión, mantuvieron sus rostros apartados hasta que la sacudida y el estruendo de la caída de las piedras cedieron.

Leia bajó las manos y vio que un rayo de sol se colaba por la brecha de la puerta y dotaba de una extraña belleza a la cámara sombría de su interior, como si el sitio se hubiera transformado en una catedral.

Connix levantó la vista de su consola, donde había estado monitoreando sus transmisiones.

—No hay respuesta.

D'Acy tenía una expresión seria.

—Nuestra señal de auxilio fue recibida en múltiples puntos —dijo—. Pero no hay respuesta. Nos han oído, pero nadie viene.

Leia agachó el rostro. Se esforzó por recuperarse, adentrándose reflexivamente en sus recuerdos de cientos de discursos que había pronunciado durante cien batallas desesperadas, de palabras que dieran a estos valientes luchadores la fortaleza y el valor que necesitaban para seguir.

No había nada. Y no iba a vender falsas esperanzas a estos hombres y mujeres. Merecían algo mejor.

—Luchamos hasta el final, pero a la galaxia ya no le queda esperanza —dijo—. La chispa se extinguió.

Un horrible silencio colgó sobre la mina. Luego fue roto por pisadas lentas y deliberadas que venían de un túnel oscurecido en la parte posterior de la cámara.

Luke Skywalker entró en la sala, vestido con túnicas negras de jedi. Sus manos (una de carne y hueso y la otra mecánica) subieron a su capucha y la echaron hacia atrás. Su barba oscura tenía franjas grises y sus ojos eran de un azul brillante, estudiando a cada luchador de la Resistencia, uno por uno.

Leia miró a su hermano acercarse con incredulidad. Estaba soñando, y por un momento eso la hizo enojar. Aquí, al final, su mente se había roto y le dejaba imaginar cosas.

Pero no, todos los demás en la sala estaban mirando al mismo lugar que ella, con expresiones asombradas.

—¡Luke! —dijo ella.

—¡Amo Luke! —dijo C-3PO con evidente deleite, obteniendo un saludo con la cabeza y una sonrisa de su antiguo amo.

Eso, finalmente, convenció a Leia: los droides no alucinaban. Al parecer, a los bancos de datos de C-3PO les faltaba una guía acerca de la etiqueta adecuada para saludar a los maestros desaparecidos hacía mucho tiempo y quienes de alguna manera se habían aparecido de pronto a medio camino de una galaxia: por una vez el droide de protocolo decidió permanecer en silencio. Sus fotorreceptores siguieron a Luke mientras él cruzaba la sala y se paraba ante su hermana.

—Sé lo que estás pensando —dijo Leia—. Cambié de peinado.

—Te queda bien —replicó Luke y luego su sonrisa se desvaneció—. Leia… De verdad lo lamento.

—Lo sé. Me alegra que estés aquí, en el fin… este es el final, ¿o no?

Luke no respondió, pero sus ojos estaban casi divertidos.

—Bueno —dijo ella—. Me siento feliz de que estés aquí.

Entonces la mirada de su hermano volvió a ponerse seria.

—Vine a enfrentarlo, Leia. No puedo salvarlo.

Si se lo hubiera dicho unos días antes, ella lo sabía, esto la habría atravesado hasta la médula. Ahora no era más que un dolor sordo.

—Lo sé —dijo ella—. Mantuve la esperanza mucho tiempo, pero ahora lo sé. Mi hijo se ha ido.

Los ojos de Luke eran cálidos; mostraban comprensión y amor, pero también algo más. Era conocimiento, ella lo percibió, un conocimiento vasto, profundo y extraño, pero también reconfortante. Lo había cambiado a él, rehaciéndolo por completo, pero el Luke de su juventud seguía existiendo, en el corazón de aquello en que se había convertido.

—Nadie se va totalmente —dijo él en voz baja, inclinándose hacia delante para besarla en la frente, mientras tomaba sus manos en las suyas.

Cuando se tocaron, ella comprendió de inmediato. Una ligera sonrisa se asomó por las comisuras de sus labios y sus ojos brillaron con el secreto que los dos ahora compartían.

Hermano y hermana permanecieron así por un momento. Luego Luke soltó las manos de Leia. Le lanzó a C-3PO un guiño y avanzó con esos mismos pasos sin prisa hacia la luz que se derramaba sobre el refugio de la Resistencia, hacia la puerta destrozada, y la planicie que la rodeaba.

Leia abrió su mano y sonrió ante la vista de los dados de Han Solo, que descansaban en su palma.

Finn armó deprisa un remolque improvisado con placas de casco rotas y cables, y sujetó a Rose a él. No tuvo tiempo de procesar lo que ella le había dicho, antes de besarlo, ni de preocuparse por la gravedad de las heridas de ella. Tenía que concentrarse en llevarla a un lugar seguro. Por fortuna, recordaba su entrenamiento de supervivencia o, más exactamente, había practicado lo suficiente para que se convirtiera en memoria muscular, porque fue como si sus manos supieran qué hacer, aunque su cerebro tropezaba y se enredaba.

Se le ocurrió que, irónicamente, tenía que dar las gracias a Phasma por eso.

Ahora había una larga grieta en la vieja base rebelde. Finn revisó dos veces que Rose no se cayera del artefacto que había improvisado, inclinó el remolque y empezó a jalarlo detrás de él, precipitándose a través de la planicie de sal hacia las distantes líneas de las trincheras.

Siguió mirando hacia los altos caminadores, con temor de que, en cualquier momento, una de esas enormes cabezas, parecidas a las de un animal, se inclinara hacia él y abriera fuego. Pero los caminadores simplemente siguieron su camino sin tomarlos en cuenta. Después de un momento se dio cuenta por qué.

«No creen que importe. Saben que han ganado».

El mayor problema era más mundano: cruzar la planicie. La batalla había abierto cráteres en la corteza de sal: tazones rojos, algunos de ellos todavía coronados por tenues volutas de humo. Alrededor de ellos, la capa de sal había sido aplastada en fragmentos que atrapaban los pies de Finn y dejaban el remolque empantanado. En otras partes, la corteza estaba intacta, pero era peligrosamente resbalosa. El viento había arreciado y pequeños nódulos voladores de sal se clavaban en el rostro de Finn.

Trotó con determinación (a un ritmo que esperaba que no lo agotara ni que le causara demasiado dolor a Rose) y trató de no pensar en lo que sucedería si la regresaba a la base destrozada. Con toda probabilidad, cualquier droide médico que terminara tratando a Rose pertenecería a la Primera Orden y no habría logrado nada más que asegurarse de que ella gozara de buena salud el día de su ejecución. Pero ¿qué otra cosa debía hacer? ¿Dejarla morir?

Además, Rey todavía estaba en algún lugar cercano. Siempre y cuando eso fuera cierto, tenían esperanza. No dejaría de creer en eso, ni en ella.

Las trincheras estaban cerca ahora, líneas de rojo profundo tendidas contra la ladera de la montaña.

—… arrastrándome —murmuró Rose detrás.

—¿Qué es eso? —preguntó. Finn respiraba con dificultad y se detuvo por un momento, para asegurarse de que no la estuviera lesionando más de lo que ya estaba. Rose lo miró con los ojos nublados.

—Cuando nos conocimos yo te arrastré —dijo en voz baja y le lanzó una sonrisa—. Ahora tú estás arrastrándome.

Él asintió y le regresó la sonrisa, luego se apresuró a llegar a la trinchera.

—Hemos recorrido un largo camino, ¿o no? —dijo él.

Llegó a la trinchera y medio se cayó en ella, luego deslizó el artefacto sobre la apertura con la mayor suavidad posible. Rose estaba mirando la puerta blindada, con perplejidad.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Finn volteó y vio a un hombre en túnica caminando por la planicie de sal. Se abría paso hacia la línea de caminadores, dando la impresión a todo el mundo de que había decidido que este campo de batalla era el mejor lugar en la galaxia para dar un paseo.

Hux vio la solitaria figura en la planicie y miró hacia abajo con incredulidad mientras el hombre caminaba, aparentemente despreocupado, en el campo de visión de suficiente poder de fuego para arrasar una ciudad de buen tamaño. ¿El hombre estaba ciego y a punto de descubrir que era espectacularmente desafortunado? ¿Algún miembro de la Resistencia optó por cometer suicidio de una manera dramática?

Divertido, le echó un vistazo a Ren, y cualquier cosa que estuviera por decir se murió en sus labios. Porque el nuevo Líder Supremo tenía la expresión de quien estaba mirando a un fantasma.

—Deténganse —dijo Kylo.

Su orden se transmitió con rapidez y la poderosa línea de caminadores de la Primera Orden se detuvo obedientemente. Estaban a unos cuatrocientos metros de la puerta destrozada y los soldados de la Resistencia se amontonaban en el interior.

El hombre se detuvo. Levantó la mirada, hacia el cielo, y de pronto el pelo en la nuca de Hux se erizó. De alguna manera sabía que el hombre que estaba allí abajo, en el paisaje cicatrizado, estaba mirándolos directamente, con los ojos fijos no sólo en el transbordador sino en una persona de su interior.

Hux miró el rostro de Ren y reconoció el terror: desnudo y sin disfraz. Ese miedo significaba debilidad y *oportunidad*.

—¿Líder Supremo? —preguntó Hux, asegurándose con cuidado de que su tono fuera el de un subalterno solícito—. ¿Debemos avanzar?

—Quiero que todas las armas que tenemos disparen a ese hombre —dijo Ren—. ¡Háganlo!

El primer caminador en recibir la orden abrió fuego, con las armas de su mentón moviéndose como un martillo en rápida sucesión. Mientras las llamas engullían al hombre solitario en el campo de batalla, los otros caminadores empezaron a disparar.

Ren se quedó mirando con los ojos muy abiertos el tumulto de fuego, abajo, mientras Hux lo observaba, con mente calculadora.

Su padre, Brendol, le había contado cómo los jedi habían mantenido su poder al secuestrar niños sensibles a la Fuerza y entrenarlos como guerreros. Los jedi habían aceptado liderar los ejércitos de clones de la República, pero le dieron la espalda al Canciller Palpatine y trataron de tomar el control del Senado. Los clones, irónicamente otra orden de soldados entrenados desde la infancia, habían evitado esta traición, dirigiendo sus armas hacia sus antiguos generales.

Brendol le dijo que los jedi habían merecido su suerte, pero que había mucho por aprender de sus métodos. Como el de los regímenes de entrenamiento de los clones de la República. El mayor de los Hux había fundido elementos de ambas órdenes para crear un ejército de soldados entrenados en cuanto dejaban la cuna, un ejército que se había originado bajo el Imperio pero que alcanzó su gloria completa bajo la Primera Orden y el más joven de los Hux.

Así que, en cierto sentido, los stormtroopers de la Primera Orden eran el legado de los jedi.

Hux sonrió ante esa idea. Sería, entonces, el legado final de los hechiceros. La Primera Orden había progresado a pesar de la debilidad de Snoke por el sinsentido místico, pero eso fue porque Snoke se había mantenido en gran medida apartado de la vista, dejando que sus instrucciones hablaran por él.

Ren nunca había sido tan sabio. Él era incapaz de eso: un esclavo de sus emociones. Eso no funcionaría en un Líder Supremo. Pondría en peligro todo lo que Hux y sus expertos en tecnología habían creado.

Bueno, Hux no permitiría eso. Y cuantas más fantasías padeciera Ren, más fácil sería organizar para él su marginación y su eliminación.

Mientras el *Halcón* volaba de regreso al campo de batalla, Rey se apresuró a subir por la escalera desde la torreta de disparo y se unió a Chewbacca en la cabina de mando. El terror había formado un nudo en su estómago cuando vio la grieta enorme en la puerta blindada y a las líneas de máquinas de guerra de la Primera Orden tan cerca de ella. Luego todas las armas de los caminadores habían empezado a hacer fuego al mismo

tiempo, concentradas en un punto preciso. Rey y Chewbacca intercambiaron una mirada desconcertada.

—Mejor vamos por atrás —sugirió Rey.

El wookiee aulló para mostrar su conformidad.

No había señal del hombre que había empezado su caminata a través de la planicie en ruinas; sólo un enorme pilar ascendente de fuego y humo, una conflagración renovada por la energía vertida en él entre los continuos truenos de las armas de la Primera Orden.

En el transbordador de comando, Kylo Ren se había puesto de pie y tenía la vista fija en el extraño espectáculo de abajo. Sus puños estaban apretados y había lágrimas en sus ojos.

—¡Más! —gritó.

Hux lo miró intranquilo.

—Seguramente hemos… —empezó, pero Kylo lo interrumpió.

—¡Más! —aulló.

El fuego continuó y la descarga de energía tiñó la sal blanca alrededor del punto de impacto con anaranjados y rojos.

—Es suficiente —dijo Hux—. ¡*Es suficiente*!

Los comandantes de la Primera Orden se miraron entre sí, inseguros. Kylo no dijo una palabra, y se dejó caer en su silla. Después de un momento, la orden de Hux fue obedecida y el fuego se detuvo.

—¿Seguro que le dio? —preguntó Hux con acidez, sin molestarse en ocultar su desprecio.

Muy debajo del transbordador, la columna de humo y llamas continuó arremolinándose y agitándose. Kylo se quedó viendo la planicie salada, pero su mirada no podía penetrar las secuelas de la destrucción. Hux miró a Ren con desdén.

—Ahora, si estamos listos para avanzar, terminemos con esto.

—Señor… —el comandante del transbordador dijo, titubeante.

Junto a él, Kylo levantó la vista casi sin querer. Como si lo que estaba pasando debajo de ellos no era real si no miraba.

Eso sólo funcionaba en antiguos mitos, el tipo de historias que se contaba para entretener a los niños.

De la feroz columna de abajo surgió Luke Skywalker, con sus túnicas intactas ante el fuego, su mirada aún fija en el transbordador. Se sacudió polvo invisible de sus hombros, con el rostro irradiando desprecio.

Kylo se puso de pie, con los ojos clavados en su tío.

—Bájenme con él —ordenó al piloto—. Y no avancen nuestras fuerzas hasta que yo lo diga.

—Líder supremo, ¡no se distraiga! —sugirió Hux con urgencia—. ¡Nuestra meta es asesinar a la Resistencia! Están indefensos en la mina, pero cada momento que desperdiciemos…

Kylo convocó a la Fuerza, la usó para atrapar a Hux y lo lanzó contra la pared de la cabina del transbordador de comando. Con la fuerza suficiente para callarlo, por supuesto, y tal vez hasta para matarlo. A él no le importaba particularmente el resultado.

—De inmediato, señor —dijo deprisa el comandante del transbordador.

CAPÍTULO 34

Finn entró en la mina con Rose en sus brazos, pidiendo a gritos un medpac. Combatientes de la Resistencia corrieron hacia él y la tomaron con suavidad, pasándola a una camilla flotante que habían traído para la batalla. Finn miró cómo los soldados se la llevaban, con la cabeza colgando por el agotamiento. Alrededor de ellos, la piel de cristal de los zorros tintineaba en la penumbra.

Finn observó a través de la gran hendidura en la puerta, donde el hombre solitario con túnicas había ido a enfrentar a toda la Primera Orden. Entre la llegada del *Halcón Milenario* y lo que había aprendido de la misión de Rey, se dio cuenta que el hombre debía ser… una leyenda que había vuelto a la vida, cuando la Resistencia más la necesitaba.

—¿Es…? —preguntó a Poe.

—Creo que… sí —respondió Poe.

Poe sabía que Luke Skywalker no era una figura de un mito, sino un hombre real. Su propia madre, Shara Bey, había escoltado su transbordador lejos de la segunda Estrella de la Muerte y lo había acompañado en una misión después de su destrucción.

Poe había crecido en Yavin 4, jugando a la sombra de un árbol uneti que el propio Skywalker había dado a su madre, y que le había dicho que era un vástago de uno que había crecido en el templo jedi de Coruscant. Poe había pulido sus habilidades de vuelo en el anillo de escombros de Yavin, esquivando fragmentos de placas calcinadas y retorcidas de la Estrella de la Muerte que los carroñeros habían ignorado.

Sin embargo, Skywalker ya se había esfumado para la época en que Poe era adolescente, persiguiendo secretos jedi ancestrales entre estrellas extrañas. Poe sentía que lo que estaba sucediendo en las planicies de Crait pertenecía a una era que había desaparecido en la galaxia. Podría ser que nunca la atestiguara de nuevo.

El transbordador de comando descendió, con los motores gruñendo mientras sus enormes alas se plegaban hacia arriba. Se asentó en silencio enfrente de Luke por un momento, como una enorme ave de rapiña negra que lo estudiaba, luego, con un siseo hidráulico, la rampa descendió y Kylo Ren salió al caos quebrado de la planicie salina.

Luke no había registrado nada más allá de la presencia de su sobrino cuando lo encontró con Rey, allá en Ahch-To. Ahora él ardía en la percepción de la Fuerza de Luke, casi irradiando poder. Era el tipo de poder que Luke había previsto para él: primero como una promesa casi infinita y más tarde como un peligro equivalente.

Ese poder estaba alimentado por emociones tan fuertes, que parecía casi contaminar a la Fuerza alrededor de Kylo. La ira brotaba de él, junto con una crueldad casi maligna, un deseo de deformar y destruir todo lo que lo rodeaba, de tacharlo y borrarlo.

Pero esas emociones no eran las más poderosas que Luke sentía en su sobrino. Aún más fuerte que la ira eran el dolor y el miedo en Kylo. Lo llenaban, amenazando con devorarlo.

Ben Solo buscaba abandonar todo lo que había sido, desechando hasta su nombre. Pero Luke percibió que Kylo Ren era sólo una coraza alrededor del mismo niño lastimado al que se había esforzado tanto en guiar.

Alguna vez, Luke había pensado que él sería quien podría enmendar lo que estaba roto en Kylo. Después, se había culpado por el daño.

Ahora se daba cuenta de que ambas ideas habían sido sólo vanidad. Cualquier cosa que estuviera rota en Kylo, la capacidad de corregirlo estaba más allá de las posibilidades de Luke.

Kylo también se había dedicado a estudiar a Luke. Ahora habló, con voz engrosada por el veneno.

—Viejo —dijo—. ¿Volviste para decir que me perdonas? ¿Qué salvarás mi alma, como mi padre?

—No.

Cuando se dio cuenta de que era la única respuesta de Luke, Kylo tomó violentamente su sable de luz. La hoja carmesí crepitó y gruñó; copos de sal la golpearon y formaron flores de chispas.

La mano de Luke fue lenta y deliberadamente a su propio sable de luz y un eje azul surgió de la empuñadura. Él y Kylo tomaron sus posturas de duelo, con los ojos fijos en el otro.

Poe miraba la confrontación a través de los quadnocs. El sol se estaba hundiendo en el horizonte, extendiendo las sombras de Kylo y Luke a través de la planicie.

—Kylo Ren —dijo Poe a Finn—. Luke lo está enfrentando solo.

—¡Hay que ayudarlo! —replicó Finn—. ¡Vamos!

Poe quiso sonreír: ¿era este el mismo Finn que insistía en que no estaba aquí para unirse a otro ejército? No hacía mucho tiempo, él hubiera reaccionado de la misma manera (buscando cualquier cosa en que pudiera volar y saliendo disparado por la planicie). Pero había aprendido que existían otras maneras de luchar y que, quienes las elegían no eran menos valientes.

Poe estudió por un largo momento a las dos figuras que permanecían de pie enfrente del transbordador de comando.

—Esta no es sólo una reunión familiar —dijo a los combatientes restantes de la Resistencia—. Skywalker hace esto por una razón. Los está deteniendo para que podamos escapar.

—¿Escapar? —preguntó Finn, incrédulo—. Es un hombre contra una tropa. ¡Tenemos que ayudarlo! ¡Hay que pelear!

Leia se les unió, seguida como siempre por C-3PO. Ella y Poe intercambiaron miradas.

—No —dijo Poe—. Somos la chispa que enciende el fuego que devastará a la Primera Orden. Luke hace esto para que podamos sobrevivir. Hay otro modo de salir de la mina. Diablos, ¿cómo logró él entrar aquí?

—Señor, he verificado dos veces los planos de la mina —dijo C-3PO—. BB-8 tenía razón, no hay ninguna salida señalada. El sistema de ventilación es completamente subterráneo, los ductos sólo van más a fondo a medida que…

Mientras C-3PO explicaba detalladamente los pozos y la ventilación de la mina, su análisis de la postura y la expresión facial de Poe indicaba que el piloto escuchaba atentamente. Eso fue un alivio: de acuerdo con la experiencia de C-3PO, la mayoría de los seres orgánicos eran muy malos escuchas. Pero Poe levantó entonces un dedo.

—Shh. Shh. No hables. ¡Escucha!

Estrictamente hablando, C-3PO no necesitaba escuchar: él simplemente reconocía los datos sensoriales de entrada de acuerdo con su importancia percibida. Aun así, eso era fácil de hacer.

—Mis sensores auditivos ya no detectan señales de…

—Exactamente —dijo Poe.

Se alejó varios pasos del grupo, mirando a los túneles oscuros que llevaban lejos de la cámara principal. Estaba quieto, misteriosamente silencioso. Finn abrió los ojos al darse cuenta.

—¿Adónde se han ido las criaturas de cristal?

C-3PO pensó en recordarle al Capitán Dameron que la manera apropiada de referirse a las criaturas era como vulptices, pero decidió que esta información debería desecharse por su valor nominal dados los acontecimientos actuales. De igual manera, los miembros de la Resistencia probablemente estarían deplorablemente desinteresados de que el término adecuado para referirse a un grupo era maraña de vulptices.

Lo que era de lo más desafortunado. Los términos grupales eran unas de esas peculiaridades del lenguaje orgánico que le fascinaban a C-3PO. Él conocía los 512 nombres colectivos del idioma básico, incluidos los placenteros *choque de rancors* y *regaño de mynocks*.

El Capitán Dameron seguía escuchando algo. Pero los sensores auditivos de C-3PO no registraron sonido similar al continuo tintinear hecho por la piel cristalina de los vulptices.

En realidad, eso no era tan cierto: *sí* detectó un sonido débil, uno para el que la correlación más probable era la aproximación de un vulptex solitario. Por supuesto, esa era la criatura, con sus ojos brillando en la oscuridad.

Mientras C-3PO miraba, el vulptex dio vuelta y corrió por el túnel, con su piel repicando. Esta información le pareció a C-3PO demasiado relevante, dado el súbito interés de Poe por las criaturas, aunque ese interés era decididamente extraño.

Sin embargo, hacía mucho tiempo C-3PO se había dado por vencido en su búsqueda de la comprensión del comportamiento humano.

Empezó a informar al piloto de la partida de la criatura, pero él ya la había notado por sí mismo.

—Síganme —dijo Poe y corrió detrás del zorro.

Todos los ojos voltearon hacia Leia, quien dejó de ver la distante escena en la planicie y asintió.

—¿Por qué todos me miran? Vayan con él.

La forma de la cordillera sobre la mina había sido remodelada durante milenios por glaciares de sal, erosionando las montañas para dejar atrás un paisaje agrietado de riscos y protuberancias separadas por profundas fisuras.

El *Halcón* voló lentamente sobre la orilla; dentro, R2-D2 se había enchufado a un puerto de datos en la cabina de mando para que pudiera acceder a los sensores del carguero. El astromecánico gimió con tristeza.

—Estamos encima de la señal —dijo Rey—. Por aquí tienen que estar. Sigue rastreando formas de vida.

El droide lanzó un bip de reconocimiento y apuró al carguero a cambiar sus sensores a modo de enfoque, sondeando la roca debajo de ellos para buscar coincidencias con emisiones de energía humana.

El *Halcón* respondió malhumorado, luego se lanzó en una diatriba acerca de sus rectenas sensoras inadecuadas, transmisiones de poder a la antena parabólica que seguía desalineada desde hace más de tres décadas después del incidente que la había desacomodado y la, obviamente, deliberada negación de Chewbacca a dar prioridad a las reparaciones de una manera que el carguero pensaba que tenía sentido.

Cuando el *Halcón* mencionó algo acerca de ser apenas capaz de detectar el trasero de un bantha a mediodía, R2-D2 suprimió un suspiro electrónico. El *Halcón* siempre había sido arisco, sus tres cerebros de droide peleaban interminablemente entre sí a menos que se vieran forzados a trabajar juntos. Aun así, R2-D2 solía llevarse muy bien con la nave. Por una parte, ninguno de los cerebros podía soportar a C-3PO; por otra, uno de ellos tenía aprecio por chismes románticos y bromas groseras, y R2-D2 había aprendido a proporcionar ambos en grandes cantidades.

R2-D2 sugirió con gentileza que, simplemente como un experimento, el *Halcón* realizara una ráfaga de rastreo centrada espacialmente en el compañero de la señal en la muñeca de Rey. Después de una demostración de renuencia, la nave accedió.

El astromecánico lanzó un bip para llamar la atención de Rey: la exploración había mostrado una enorme cantidad de lecturas de vida.

Rey miró abajo, a la ladera de la montaña, tratando de equiparar lo que R2-D2 había encontrado con lo que ella estaba viendo.

—¡Chewie! —dijo ella, señalando—. ¡Allí!

Debajo de ellos, docenas de zorros de cristal estaban saliendo por una fisura en la ladera.

Los peleadores de la Resistencia siguieron al zorro por el laberinto de túneles. Poe estaba preocupado de que hubieran espantado a la criatura y se estuviera escondiendo, pero esta parecía comprender que necesitaban seguirla, porque avanzaba hasta donde podía esperarlos cuando les costaba trabajo seguir su paso. Rose iba al final del grupo, inconsciente gracias a un coctel de sedantes y analgésicos, mientras Finn trotaba a un lado de la camilla, sin ocultar su ansiedad. Al final iban BB-8 y C-3PO, con este último previniendo a todos los que podían escucharlo acerca de las complejidades de la cueva.

3PO había cubierto derrumbes, desprendimiento de nidos, caídas debilitantes, caídas fatales, enfermedades producidas por el cristal e inanición. Finalmente, el grupo salió de un túnel angosto hacia una cueva natural que brillaba por sus afloramientos cristalinos. El zorro de cristal se paró sobre una gran roca redondeada, con los ojos brillantes en la penumbra. Los estudió por un momento, luego saltó hacia abajo desde su lugar, corriendo después hacia un desprendimiento de rocas que cubría el fondo de la caverna. Allí, de alguna manera se estrujó para pasar por una grieta de menos de treinta centímetros de ancho, mientras su piel tintineaba y repiqueteaba contra la piedra.

—Oh no —dijo Poe, mirando la salida estrecha. Podía ver luz, pero no había manera de que alguno de ellos pudiera pasar por un espacio tan reducido.

Rey se apresuró a bajar por la rampa del *Halcón* y se abrió paso por una plataforma de fragmentos de cristal y trozos de sal hasta una grieta. Un zorro pasó corriendo junto a ella, con su piel repiqueteando y cantando, y saltó de un afloramiento a otro para alcanzar la cima de la cresta de la montaña.

Luego de buscar de dónde venía el animal, encontró una pequeña grieta en una enorme pared de rocas fuertemente presionadas entre sí. Rey dio un paso atrás para estudiar el paisaje del derrumbe, luego sonrió.

—Levantar rocas —dijo.

CAPÍTULO 35

Kylo y Luke se miraron, mientras sus sables de luz zumbaban entre ellos. Cada uno ajustaba metódicamente su postura, con los ojos fijos en el otro. Alrededor de ellos flotaban copos de sal, ligeros como ceniza.

—Ya sé que te fallé, Ben —dijo Luke—. Lo lamento.

—Apuesto que sí —respondió Kylo—. La Resistencia está muerta. La guerra terminó. Y cuando te aniquile, habré aniquilado al último jedi.

Esperó a ver lo que diría su antiguo maestro, preparándose para defenderse contra un ataque rápido como un rayo. Pero Luke simplemente levantó una ceja.

—Fascinante —dijo—. Cada palabra que acabas de decir es incorrecta. La Rebelión va a renacer hoy. La guerra está comenzando. Y el último jedi no voy a ser yo.

Empezó con un ligero temblor, un hilito de polvo y pedazos de roca. Poe apenas se atrevía a creerlo e hizo una seña para que los soldados de la Resistencia retrocedieran del derrumbe que los había encerrado en el interior de la mina. Pero era verdad: las piedras se estaban moviendo, primero una por una y luego varias al mismo tiempo. Finn miró, sosteniendo la mano de Rose, mientras la luz del día aparecía en la parte superior del montón de rocas caídas. Leia sonrió mientras una roca redondeada tras otra se levantaba en el aire, mostrando un túnel. C-3PO se desplazó de un pie a otro, incómodo, mientras los soldados de la Resistencia pasaban deprisa junto a él, corriendo hacia la grieta que se reveló más allá.

Finn surgió del túnel para descubrir a Rey parada a la salida, mientras las rocas redondas flotaban en el aire alrededor de ella. Ella tenía los ojos cerrados y sonreía ligeramente, con rostro sereno. Cuando abrió los ojos, las rocas redondeadas se precipitaron al suelo.

Mientras los demás soldados de la Resistencia miraban a Rey con asombro, Finn corrió al frente, gritando su nombre. Por un momento, él sintió miedo de que Rose hubiera tenido razón: que Rey, que podía levantar laderas de montañas, hubiera cambiado también de otras maneras y que no quedaran restos de la joven a la que había seguido a través de la galaxia desde Jakku.

Ella *era* diferente. Pero la antigua Rey no se había ido. Y esa fue la Rey que cayó en los brazos de Finn, sollozando y riendo al mismo tiempo, y lo abrazó con fuerza.

—Rey —dijo Kylo, pronunciando el nombre de ella como si fuera veneno—. Tu elegida. Elegida sobre mí. Ella se alineó con el viejo camino que tiene que morir. No más maestros. La destruiré a ella, a ti y a todo lo demás. Sabe eso.

Luke buscó en los ojos de Kylo, y los encontró llenos de furia y dolor. Entonces apagó su sable de luz. Su rostro mostraba tranquilidad y aceptación.

—No —dijo—. Atácame ahora con tu ira y estaré siempre contigo. Igual que tu padre.

Kylo gritó, levantó su sable de luz sobre su cabeza y corrió hacia su indefenso tío. Dirigió el sable a la cabeza de Luke y atravesó al Maestro Jedi, sin encontrar resistencia. Como si hubiera atravesado a un fantasma.

En Ahch-To, los soles se estaban poniendo, bañando el pico de la montaña que albergaba el templo jedi con un anaranjado luminoso.

En la roca saliente sobre el mar, Luke Skywalker flotaba unos centímetros por arriba de la piedra. Guijarros flotaban a su alrededor. Tenía los ojos cerrados y las piernas cruzadas. Tenía el rostro tenso, y debajo de su barba gris resaltaban los tendones de su cuello. Las lágrimas corrían por su rostro mientras vertía su fortaleza, su propia esencia, en la Fuerza.

Detrás de él, el pico se estremeció, derramando polvo y trozos de escombros.

Kylo trastabilló, pero recuperó el equilibrio y dirigió otro corte cruel a Luke. Una vez más, la hoja de su sable de luz no encontró más que vacío.

Luke sonrió a su sobrino con tristeza.

—Hasta luego, niño —dijo.

Y entonces desapareció; Kylo se quedó solo en la planicie destrozada, mientras copos de sal caían a su alrededor como nieve.

Los ojos llameantes de Kylo saltaron a la mina y la puerta de piedra que el cañón de la Primera Orden había abierto de un disparo.

—¡No! —aulló—. ¡No!

Luke abrió los ojos y cayó sobre la roca, mientras las piedras se desplomaban a su alrededor. Descansaba de espaldas, con la respiración entrecortada por el agotamiento. Los soles gemelos habían tocado el horizonte y se hundían en el océano.

Alrededor de él, la isla era salvaje y estaba viva, un aluvión de corrientes y ondulaciones en la Fuerza. Sus energías eran alimentadas por las aves y los insectos del

aire, los peces y las criaturas que se escabullían bajo las olas, y la hierba y el musgo que se aferraban al suelo. Todos eran generadores de la Fuerza, pero ninguno la contenía. Su energía escapaba de los límites frágiles y temporales de sus cuerpos y se extendía hasta rodear y permear todo.

Luke escuchó el aullido del viento y los graznidos de los pájaros. Escuchó su propia respiración vacilante mientras luchaba por levantarse, y el rítmico golpeteo de su corazón en su pecho.

Entonces escuchó una voz familiar. Tal vez era real, o quizá sólo estaba en su memoria.

«Déjala ir, Luke».

Lo hizo y su cuerpo se desvaneció, dejando vacía la roca. En el lugar donde había estado, la Fuerza se onduló y se estremeció. Un momento después, esta perturbación se perdió en medio de otras incontables corrientes de un atardecer de otoño en la isla, y la Fuerza continuó como siempre, luminosa, vasta y eterna.

Las manos de Rey temblaron y ella cayó de rodillas, con los ojos fijos en la nada. Los cansados soldados de la Resistencia que se apresuraban a subir por la rampa del *Halcón Milenario* se detuvieron, mirando a la mujer que los había salvado.

Pero la General Organa llegó a su lado de inmediato y le extendió su mano. Rey la tomó como si estuviera ciega, con la boca abierta. Entonces la general la ayudó a ponerse de pie.

—Tenemos que irnos —le dijo Leia, con ojos tristes pero cálidos.

Kylo irrumpió a través de la grieta en la enorme puerta, y los stormtroopers se apuraron a hacerlo detrás de él con sus rifles preparados, a la caza de enemigos.

No había nadie allí que los enfrentara: sólo transportes vacíos y un revoltijo de equipo descartado.

Kylo, con el rostro como una máscara de furia, entró en el centro de control. También estaba vacío, desierto. Caminó de un lado a otro, mostrando los dientes, y los stormtroopers encontraron rápidamente una razón para irse a cualquier otro lugar.

Algo en el piso llamó la atención de Kylo. Se hincó, mientras sus dedos enguantados se cerraban sobre un par de dados dorados unidos por una cadena corta.

Mientras Kylo los miraba, percibió algo más: un temblor en la Fuerza, el preludio de una conexión familiar.

Miró a Rey. Ella lo miró a él, con la mirada a la misma altura y sin temor. No había odio en sus ojos, como una vez lo hubo. Tampoco había compasión.

Un momento después Rey cortó la conexión, dejando a Kylo solo en la penumbra con los dados de su padre descansando en la palma de su mano levantada. Luego, los dados se desvanecieron y desaparecieron.

El *Halcón* se elevó sobre sus repulsores, con los motores gimoteando, luego giró con gracia y se esfumó en los cielos de Crait, la onda de choque de su paso onduló la piel de varios zorros que miraban desde un afloramiento rocoso.

Unos cuantos minutos después el carguero maltrecho emergió de la envoltura de la atmósfera del planeta. Antes de que alguien a bordo de los destructores estelares de la Primera Orden pudiera dar una orden, había desaparecido en el hiperespacio.

Dentro, Leia estaba desconcertada por descubrir que el decrépito carguero se encontraba infestado con aves regordetas, de grandes ojos. Parecían estar por todos lados: anidando en enredos de cables, asomándose por escotillas de acceso y hasta graznando en piquetes territoriales a los soldados de la Resistencia que se atrevieron a sentarse alrededor de la mesa de juego.

—Fuera —dijo ella, eludiendo a otro más cuando entró en la cabina de mando—. ¿Cuándo se convirtió este viejo armatoste en una jaula para pájaros?

Chewbacca estaba sentado en el asiento del copiloto, con sus manos peludas flotando sobre los controles con una gracia que contradecía su tamaño. El wookiee se regodeó divertido, luego indicó que ella debería tomar el asiento del piloto. El asiento de Han.

Los pasos de Leia la llevaron justo detrás de la silla, pero no más allá. Se detuvo con la mano sobre el respaldo del asiento.

—Chewie… —dijo ella, luego se detuvo y necesitó un momento para controlar sus emociones—. Luke… entregó su vida por nosotros. Para darnos tiempo. Para salvarnos.

Las manos de Chewbacca redujeron su velocidad sobre los controles, luego se detuvieron. El wookiee gimió, un pequeño sonido casi perdido en lo profundo de su garganta. Sus manos cayeron en su regazo y se hundió en su asiento.

La mano de Leia se posó en el hombro de él, mientras ella miraba por los ventanales, recordando.

Chewie estaba en ese mismo asiento la primera vez que ella entró en la cabina del *Halcón*. Ella recordaba el caos, cuando la obligaron a servir como un par de ojos y oídos adicionales durante su frenética huida de la Estrella de la Muerte. Cuando la última de las naves centinelas imperiales quedó destruida, ella se arrojó a los asustados brazos del wookiee, eufórica por su improbable escape.

Se sentaron lado a lado durante muchas largas guardias en el viaje agonizantemente lento de Hoth a Bespin, sin estar seguros de que la Alianza Rebelde hubiera sobrevivido. Y una vez más, cuando volvieron sobre sus pasos a la Ciudad de las Nubes para rescatar a Luke.

Y aquí estaban de nuevo, tantos años después. Demasiados años y demasiadas pérdidas.

—Sólo quedamos nosotros —dijo Leia—. Pero encontraremos un camino.

Ella se dio cuenta de que las lágrimas se estaban agolpando en las comisuras de sus ojos y trató de contenerlas, irritada consigo misma. Pero no tenía caso. Se levantó, en silencio y rígida, mientras líneas gemelas de lágrimas corrían por sus mejillas.

Chewbacca volteó a verla, con sus ojos azules y brillantes. Él vio su rostro y se levantó de su asiento, elevándose sobre ella.

Leia trató de decirle que estaba bien, pero las palabras no salieron. Él estiró su mano hacia ella y la estrechó contra su pecho.

Leia enterró su rostro en el pelaje cálido del wookiee, aferrándose a él, y finalmente se permitió sollozar, rendirse al dolor que la había llenado hasta rebasarla. Lloró por Luke, por Han y por Ben. Por todos a quienes había perdido.

Chewbacca no hizo sonido alguno; tan sólo la sostuvo, con un abrazo sorpresivamente gentil. Se quedaron así, con el pecho de Leia agitado, hasta que ya no fue capaz de dominarse y se apartó. Miró afuera, al infinito del hiperespacio hasta que su respiración volvió a ser lenta y regular, y ella supo que estaba lista para ser lo que la gente que esperaba en la bodega del *Halcón* necesitaba que fuera.

Encontraron la bodega llena de soldados y pilotos de la Resistencia. C-3PO estaba contando a R2-D2 sobre los muchos ultrajes que debió soportar desde que se separaron en D’Qar, mientras BB-8 escuchaba y cloqueaba con simpatía. Cuando Leia y Chewbacca llegaron, Poe, que se acababa de presentar ante Rey, levantó la vista, sonriendo mientras el wookiee estiraba su largo brazo para acercar al piloto.

Al otro lado de la bodega, Rose permanecía en la litera de recuperación del *Halcón*. Un escáner de diagnóstico monitoreaba sus signos vitales, mientras Finn buscaba en los compartimientos debajo de las literas. Estaban llenos de basura, por supuesto; mientras Leia y Rey miraban, él apartó baterías, viejas herramientas y un montón de libros antiguos hasta que finalmente encontró lo que buscaba. Sacó una cobija y tapó con ella suavemente a Rose, que permanecía dormida. Rey dejó de mirar a Finn y mostró a Leia lo que sostenía en sus manos: las mitades del sable de luz partido de Luke.

—Luke Skywalker se ha ido —dijo Rey—. Lo sentí. Pero no era tristeza o dolor. Era paz. Y propósito.

Leia asintió.

—También lo sentí.

Su hermano había pasado a la Fuerza. Como ella lo haría un día. Como todos lo harían. Pero la Fuerza permanecería. Estaba a todo su alrededor, conectándolos y elevándolos. Y dondequiera que estuviera la Fuerza, también estaría alguna parte de Luke.

«Nadie se va realmente».

Rey levantó la vista de las mitades rotas del sable de luz de Luke al puñado de combatientes heridos y agotados de la Resistencia.

—Kylo es más fuerte que nunca —dijo ella—. Tiene un ejército y un puño de hierro sobre la galaxia. ¿Cómo construimos una rebelión a partir de esto?

Leia sólo puso su mano sobre la de Rey y sonrió.

—Tenemos todo lo que necesitamos.

Todos los días en Ahch-To, los lanais cortaban el musgo y los arbustos de uneti que amenazaban con reclamar los escalones de piedra de la isla sagrada, barrían el área común fuera de las cabañas y realizaban las reparaciones necesarias. Y si cualquier forastero residía allí, los lanais le cocinaban y limpiaban sus ropas, para que pudiera dedicar sus horas a la meditación.

Alcida-Auka había supervisado estas tareas por muchas estaciones, desde el día en que su madre le había pasado el título de matrona y sus responsabilidades. De la misma manera en que un día ella pasaría el título a su propia hija mayor.

Si había un patrón en cuándo y cómo llegaban los forasteros, los lanais nunca lo habían discernido. Pasaban largos periodos en que no había forasteros en absoluto y breves lapsos en que un grupo de forasteros se quedaban juntos en la isla. Unos cuantos de los forasteros habían sido amables, tan devotos de los lanais como estos lo eran de ellos. Y unos cuantos habían estado locos: las canciones secretas de los lanais recordaban años de fuego y ruina en que los habían expulsado de su hogar hasta que las cosas retomaron su propio curso. Pero casi nadie había dejado una impresión en particular, puesto que se mantenían reservados y dedicados a sus estudios.

El último forastero había sido curioso. Había llegado portando artefactos; las canciones de los lanais recordaban que algunos de ellos habían sido tomados de la isla mucho tiempo antes. En lugar de mantenerse apartado, había aprendido el idioma y las costumbres de los lanais, y cada mes se aparecía en el Festival del Regreso. Y había insistido en hacer sus propias tareas, recolectar su propia comida y realizar reparaciones junto con ellos.

Con el tiempo, Alcida-Auka había aceptado que esas actividades eran parte de sus prácticas y se acostumbró al forastero. Él había representado poco problema después de eso, aunque no se podía decir lo mismo de su ruda y destructora aprendiz, la que él había dicho que era su sobrina.

Ahora ambos se habían ido. La aprendiz se fue a bordo de su velero de cielo con sus dos acompañantes, mientras que el maestro simplemente había desaparecido; sus túnicas y su arma se descubrieron en la roca saliente por encima del mar. Tal vez había saltado desde el pico y entregado su cuerpo a las olas. O tal vez se había rendido y se había vuelto una sombra, dispersándose dentro de la luz y la oscuridad que creaban todo. Las canciones de los lanais recordaban que ambos caminos habían sido elegidos antes.

Cualquiera que fuera la verdad, él se había ido y ya no estaba a cargo de Alcida-Auka. Pero mucho trabajo restaba por hacer. Había que reconstruir una cabaña, regresar

un pararrayos a su techo (una descarga acababa de destruir la biblioteca en el anciano tronco de uneti) y todos los demás daños hechos por la sobrina descuidada. Había que arreglar escalones y limpiar musgo rastrero. Estaban además las tareas de rutina de la isla. Pronto llegaría el invierno, cuando los lanais y cualquier nuevo visitante dependerían del pez salado, de las algas secas y de la leche de sirenas thalas reunida durante los días más amables, que eran verdes y de crecimiento.

Alcida-Auka pidió a una de sus hijas limpiara las túnicas del forastero y las guardara en la cabaña de almacenamiento, junto con sus prendas de lana, su mochila y sus botas. Ella instruyó a otra hija para que llevara el arma, la brújula estelar y su otro equipo extraño al depósito, donde se uniría a otros artículos reunidos durante generaciones.

Alcida-Auka supervisó el trabajo de sus hijas y verificó que lo habían hecho como era debido. Ella se amarró bien su hábito para soportar el viento, que se había vuelto frío y le cantaba acerca de la nieve. Cuando esta llegara, los lanais la barrerían de las cabañas y las escaleras. Alcida-Auka no sabía si el siguiente forastero vendría durante su época, la de sus hijas, o hasta que fuera el turno de una matrona que aún no nacía.

Pero otro vendría y encontraría todo en orden. Porque los lanais cumplirían con su deber.

En un mundo desértico y caliente, tres niños estaban sentados en un sucio cuarto de suministros. A Temiri no le agradaba Oniho; el chico mayor se relajaba cada vez que Bargwill Tomder no estaba cerca, lo que obligaba a Temiri y a los otros niños a trabajar de más para mantenerse al día con las tareas que tenían que hacerse. Si no lo hacían, Bargwill gritaría y patearía, y tal vez usaría su látigo contra alguien.

El hosco mozo de las caballerizas había estado de un humor rancio desde el escape de los fathiers, y Temiri sospechaba que Bargwill no creyó su historia de que habían sido los intrusos quienes liberaron a las bestias y causaron todos los problemas.

Pero a Arashell Sar le agradaban las historias de Oniho y le había pedido a Temiri que viniera con ella y escuchara la más nueva de ellas. Y Temiri haría casi cualquier cosa si eso significara la oportunidad de sentarse al lado de Arashell.

Por fortuna, la historia de Oniho era buena, representada con los muñecos que los niños fabricaban con basura, trozos de madera y alambres desechados. También había echado la casa por la ventana: en esta historia no sólo había soldados, sino también caminadores y naves estelares de juguete.

Temiri no pudo seguir muy bien toda la historia (tenía muchos giros y vueltas), pero el clímax era demasiado bueno. Todo se reducía a un hombre con algo que Oniho llamaba sable de luz, y ese hombre se enfrentaba a todo un ejército.

Antes de que Temiri pudiera saber lo que le sucedía al héroe de Oniho (el llamado Luke Skywalker, Maestro Jedi), la puerta se abrió de golpe y Bargwill estaba disparando

rápidamente insultos en cloddogranés, bañándolos con saliva de su boca cavernosa y moco de sus zarcillos nasales encarnados.

Oniho ya había huido. Temiri trató de mantener su cuerpo entre Bargwill y Arashell, esperando que ella notara lo que él hacía por ella, y por poco recibió una patada feroz en la espalda por sus problemas. En todo caso, Arashell no necesitaba su ayuda: ella se deslizó ágilmente a la seguridad, lejos del portero del establo.

Mientras Bargwill vociferaba y despotricaba contra nadie en particular, Temiri tomó su escoba y volvió a barrer los establos de los fathiers. Las bestias estaban corriendo, pero pronto serían traídas de regreso y era necesario que las lavaran y acicalaran. Habría mucho que hacer antes de que pudiera acostarse para pasar la noche, y tal vez Oniho estaría demasiado cansado para terminar la historia y contarles lo que le había sucedido al Maestro Jedi que había luchado solo contra todo un ejército.

Las puertas del establo estaban abiertas y las estrellas ardían en el cielo nocturno de Cantonica, arriba de la pista de carreras. Temiri seguía barriendo, pero sentía como si las estrellas lo llamaran. Los movimientos de su escoba se hicieron más lentos y luego se detuvieron. Miró en su dedo el anillo que le regaló la mujer a la que había ayudado, el recuerdo que hasta ahora había logrado ocultar a Bargwill.

Estudió la insignia rebelde y se preguntó qué le habría pasado a aquella mujer. Tal vez estaba viviendo sus propias aventuras allá afuera, entre las estrellas. Como las que Temiri seguía diciendo a Arashell que ellos habrían de vivir algún día.

Mientras levantaba la vista hacia las estrellas, el niño dio vuelta a la escoba en sus manos, distraído, hasta que la tuvo a su lado, como un sable de luz.

AGRADECIMIENTOS

Este libro existe porque Rian Johnson escribió una maravillosa historia y tuvo la generosidad de permitir que yo tonteara con ella. Para expresar mi agradecimiento apropiadamente se necesitaría por lo menos la misma cantidad de palabras de un cuento. Gracias a Ram Bergman por ayudar a organizarme y hacer entregas puntuales. Y, por supuesto, nada de esto hubiera sucedido sin George Lucas y Kathleen Kennedy.

En la editorial Del Rey, estoy enormemente agradecido con mi amable, paciente y divertida editora, Elizabeth Schaefer, a quien prometí llevar al Tonga Room cuando esté abierto. Erich Schoeneweiss ha sido un querido amigo y un defensor infatigable, mientras que Tom Hoeler merece el agradecimiento de todos los fanáticos de *Star Wars* por su inteligencia, amabilidad y paciencia de santo. Y un agradecimiento de corazón a Nancy Delia, Scott Biel, Scott Shannon, Keith Clayton, Julie Leung, David Moench y Shelly Shapiro.

En Lucasfilm, le debo tanto a tantos, empezando con Michael Siglain por creer en mí y manejar mil millones de cosas con un inagotable buen humor. Gracias a Jennifer Heddle por mantenerme en el camino y salvarme de demasiadas vergüenzas impresas, y a Pablo Hidalgo y Leland Chee por años de lecciones sobre narración, sabiduría popular y simpática elegancia. Gracias también a Matt Martin, James Waugh, James Erskine, Sammy Holland, Phil Szostak, Brett Rector, Caitlin Kennedy, Rayne Roberts, Kiri Hart, Dan Brooks, Andi Gutiérrez, Justin Bolger, Dennis VonGalle, Dana Jennings, Chris Argyropoulos y Anina Walas.

Este libro es más rico y profundo gracias a las contribuciones de muchos compañeros autores de *Star Wars*, una caravana de inocentes con quienes siempre colaboro felizmente. Gracias a Elizabeth Wein, Michael Kogge, Alan Dean Foster, Claudia Gray, Delilah S. Dawson, Cavan Scott, Greg Rucka, Chuck Wendig, Cecil Castellucci, John Jackson Miller, Rae Carson, Saladin Ahmed, Mira Grant, E. K. Johnston, Gary D. Schmidt y Alexander Freed. También he sido afortunado de poder trabajar sobre las bases construidas por Dave Filoni y Brian Daley.

Ningún autor llega lejos sin toneladas de amabilidad, ayuda y estímulo. Estoy agradecido con Dan Wallace, Craig R. Carey, Ryder Windham, Frank Parisi, James Luceno, Karen-Ann Lichtenstein, Rob Valois, J. W. Rinzler, Joanne Chan Taylor, Carole Roeder, Sue Rostoni, Kristen Hidalgo, Delia Greve, Scott Chernoff, Jonathan Wilkins, Rachel Barry, Steve Sansweet, Nanci Schwartz, Brian Larsen, Tricia Barr, B. J. Priester, Jay Shah, Chris Reiff, Chris Trevas, Jeff Carlisle, Simon Beecroft, Sadie Smith, Karen Miller, James Floyd, Bryan Young, Cole Horton, Sterling Hershey, Kemp Remillard, Mary Ann Zissimos, Meg Roth, Amy Nathanson, Tom Hutchens, Pete Schay, Allan Carscaddon, Jim y Sarah Jones y Martha y Robert Bernstein.

Por último, doy las gracias cada minuto por Emily, Joshua, mamá y papá.

Los agradecimientos vienen con el terror de que olvides a alguien; me sentiré afortunado si sólo olvidé a una docena de personas. Si eres una de ellas, hazme saber cuándo quieres una cerveza y una humilde disculpa.



Durante años, el Maestro Jedi Luke Skywalker se ha ocultado en el remoto planeta Ahch-To. Cuando la joven carroñera Rey llega a pedirle su ayuda, Luke la rechaza, porque cree que la galaxia se encuentra mejor sin él.









La Primera Orden está invadiendo la galaxia y sólo la Resistencia se interpone en su camino. Cuando el ejército del mal ataca, Poe Dameron y BB-8 corren a su X-Wing para proteger a la flota de la Resistencia.

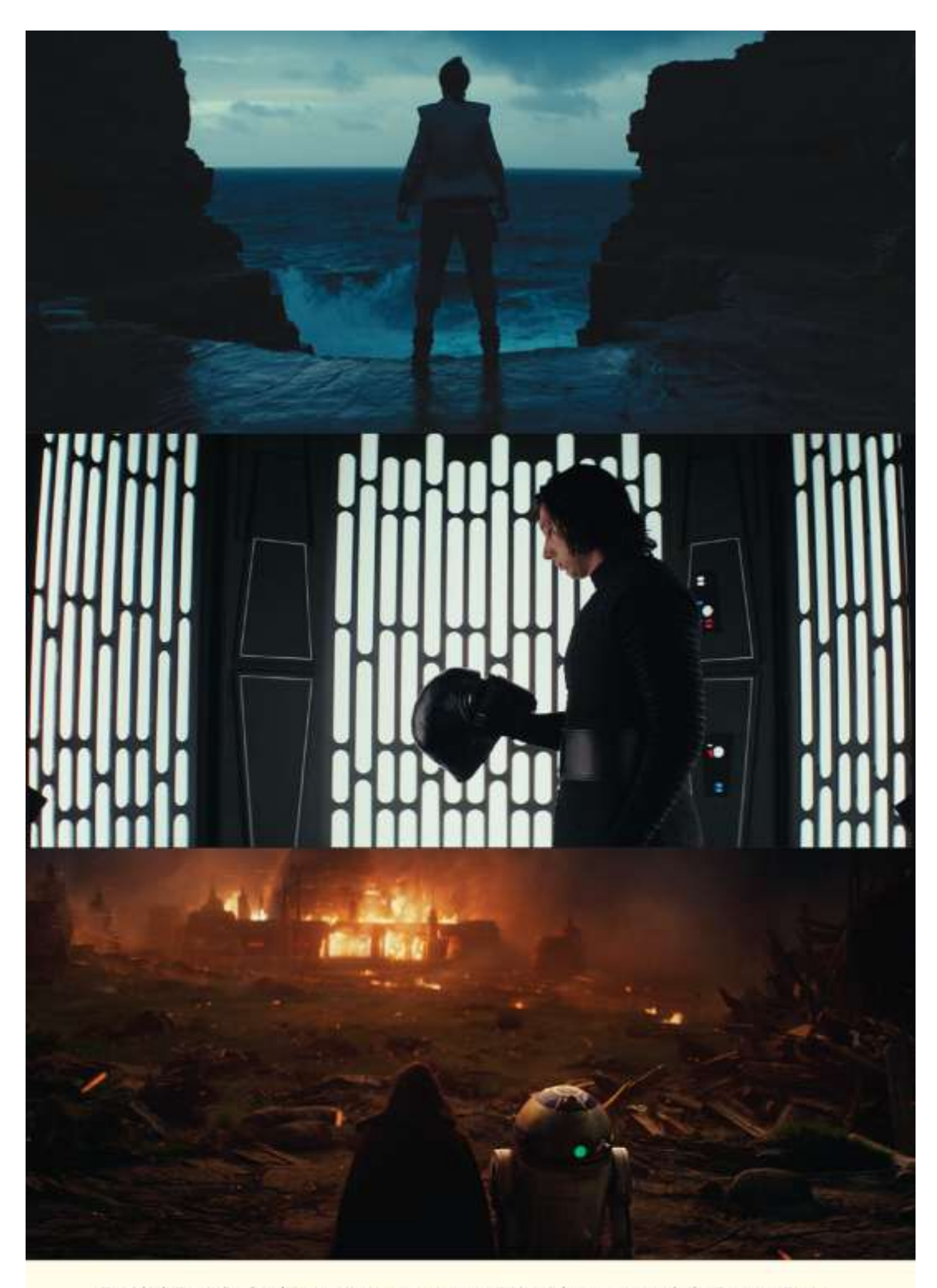


La General Leia Organa siempre ha liderado la Resistencia contra la Primera Orden. Sin embargo, después de un devastador ataque, la Vicealmirante Holdo se ve forzada a tomar el mando. Aunque Leia y Holdo han sido amigas desde la infancia, tienen estilos muy diferentes de liderazgo.





Preocupado por su nueva líder, Poe envía a la técnica Rose Tico y al exstormtrooper Finn en una misión secreta. Su búsqueda los lleva a la hermosa y mortal ciudad de Canto Bight. Allí encuentran a un habilidoso decodificador llamado DJ, quien puede ayudarlos con su misión.

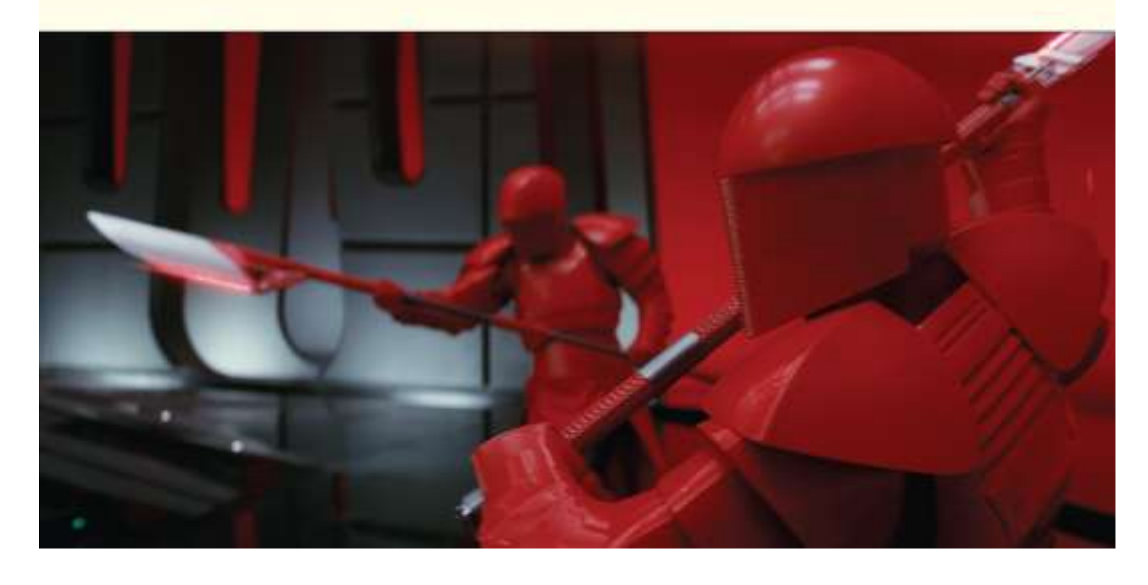


En Ahch-To, Luke finalmente acepta entrenar a Rey en las usanzas de la Fuerza. Pero una sorpresiva conexión con Kylo Ren provoca que Rey dude de Luke y del destino que tiene ideado para los jedi.



Rey abandona Ahch-To y viaja hasta la flota de la Primera Orden para confrontar a Kylo y salvar a la Resistencia. Mientras tanto, Finn y Rose abordan el mismo destructor estelar de clase Mega y luchan contra sus enemigos de la Primera Orden.







La batalla de la Resistencia contra la Primera Orden culmina en el planeta Crait, donde los AT-M6 de la Primera Orden y los speeders de esquí de la Resistencia se enfrentan sobre las antiguas planicies de sal.





Rey usa sus formidables habilidades de la Fuerza para rescatar a la Resistencia y guiar a sus combatientes hacia la libertad. Aunque la Primera Orden sigue fortaleciéndose, ahora la Resistencia tiene a una poderosa jedi a su lado y abriga esperanzas para un futuro mejor.

ACERCA DEL AUTOR

JASON FRY ha escrito o coescrito más de cuarenta novelas, cuentos y otros trabajos ambientados en una galaxia muy, muy lejana. Entre sus otros libros se incluyen el cuarteto *Servants of the Empire* y la serie de fantasía espacial para adultos jóvenes *The Jupiter Pirates*. Vive en Brooklyn con su esposa, su hijo y aproximadamente una tonelada métrica de material de *Star Wars*.